

HADAS CON TACONES AFILADOS



RUBÉN SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

se

La emisión del programa nocturno de videncia Astroesotérico se ve interrumpida por las llamadas telefónicas de un misterioso personaje que desafía a su presentador, el vidente César Velano, a demostrar la certeza de sus predicciones. Pero cada llamada finaliza con la aparición de una víctima salvajemente asesinada en algún lugar de la ciudad. De la investigación se hará cargo el Inspector Silvio Tanco, un hombre cuyo presente está marcado por su caída en desgracia en la Policía, que se debate entre dos mujeres de su pasado y que se ve amenazado por una grave circunstancia que pondrá en peligro su futuro.

Ciencia, religión y pseudociencias enfrentadas, misterio, violencia, pasión y deslealtades. Todo eso es Hadas con tacones afilados. Una novela donde nada es lo que parece.



Rubén Sánchez Fernández

Hadas con tacones afilados

ePub r1.0

Titivillus 15.09.15

Título original: *Hadas con tacones afilados*
Rubén Sánchez Fernández, 2015
Diseño de cubierta: Antonio López Galdeano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Yolanda.

¿A quién si no?

PREÁMBULO

Se había jurado no hacerlo, pero la bofetada la despertó de nuevo.

Su cuerpo ardiendo, la respiración agitada, y ni un mísero pensamiento que pudiera alejarla de allí. Por instinto, y a duras penas, separó los párpados hinchados por los hematomas, pero la claridad que recordaba haber visto antes de perder el conocimiento había desaparecido. Tal vez hubiera llegado la noche. Aunque para entonces le pareció que su noción del tiempo ya no se regía por medida alguna.

Tumbada boca arriba, en medio de la oscuridad y con las muñecas escocidas por las ligaduras, Gisela era incapaz de distinguir dónde se hallaba ahora su captor. Aguardó inmóvil, cociéndose su propio pánico entre los sedimentos de la saliva turbia que a duras penas lograba mantener húmeda su garganta. De pronto su corazón dio un vuelco. Se retorció como una culebrilla asustada, intentando alejarse del agrio rumor del aliento que acababa de sentir sobre su mejilla izquierda. Notaba el tibio hálito acariciarla, entre curioso y complacido, con el sosegado y deleitado ritmo con que la ola de agua estancada se empeña en lamer una límpida orilla. La arcada le sobrevino de repente, pero al intentar vomitar, una mano enérgica le tapó la boca. La tos violenta convulsionó su pecho, quemándose por dentro bajo el influjo de una bilis sin escapatoria.

Conforme fueron extinguiéndose las contracciones, el tono de la áspera mano se relajó hasta retirarse. Le pareció que se alejaba unos pasos y, aun a pesar de la absoluta oscuridad, supo que se había detenido un poco más allá para contemplarla. Al cabo de unos interminables segundos se acercó de nuevo. Pese al dolor que le provocaban los pequeños jirones de su piel despegándose, sintió verdadero alivio cuando su secuestrador le retiró con inesperado esmero las cuerdas que la sujetaban. Entonces, por primera vez,

tuvo esperanza. Luego la silueta volvió a alejarse y llegó el silencio. Pero Gisela no se atrevió a moverse, incapaz de asimilar esa sensación. Cuando por fin se decidió a hacerlo, escuchó el inconfundible sonido de una afilada hoja metálica deslizándose fuera de su funda. Abrió la boca intentando gritar, pero para cuando su propia voz alcanzó sus oídos ya se había convertido tan solo en un gruñido irracional.

I CAPÍTULO

Si yo fuera pianista, tocaría dentro de un maldito armario.

J. D. SALINGER.

El guardián entre el centeno

—¿Y ahora?

—Un poco.

Sus ojos cegados por la intensa luz blanca se esforzaron por escudriñar el rostro de aquel tipo que palpaba con gesto grave su abdomen cuidadosamente.

—Está bien —desistió—. Vístase.

Cuando se incorporó para recuperar su camisa, Silvio notó de nuevo un agudo pinchazo en el costado. El médico le miró con aire dubitativo.

—Si solo le duele al moverse podría tratarse de un síndrome irritativo. Una hernia, tal vez.

—¿Eso significa operarme?

—Es demasiado pronto para saberlo —dijo elevando los hombros—. De momento voy a mandar que le hagan algunas pruebas.

El médico relleno un par de volantes y, tras rubricarlos con gesto enérgico, se los entregó.

—Baje al sótano, al Servicio de Radiodiagnóstico, y presente este papel. Allí le darán cita para las pruebas. La analítica de sangre se la haremos ahora mismo. Mientras tanto, si sigue doliéndole, puede tomar paracetamol.

—¿Tardarán mucho en llamarme?

—¿Tiene prisa?

—Soy un hombre muy ocupado.

—Todos lo somos —convino el doctor—. Pero no se preocupe, no creo

que vaya para largo.

Después de la extracción de sangre, al salir, Silvio se despidió de la enfermera de recepción. No era especialmente guapa, pero tenía una bonita sonrisa. De esas que, sin proponérselo, regalan la calidez que a veces se mendiga en lugares tan hostiles como a él le parecían los hospitales. Al fin y al cabo, se dijo, policías y médicos tenemos algo en común: todo el que acude a nosotros lo hace porque está jodido. Iba a devolver la sonrisa a la chica, pero otro molesto pinchazo en el vientre le borró las ganas de golpe.

Los trámites para las pruebas fueron rápidos. Un par de sellos en los volantes y hasta dentro de unos días. Cuando regresó al aparcamiento, su compañero seguía en el mismo lugar donde le había dejado. Apoyado sobre el capó, con la mirada huraña que tienen los tipos que nunca pierden detalle, el Oficial de Policía Hugo Bográn fumaba un purito tranquilamente. Al llegar Silvio a su altura, se incorporó y le miró sin decir una sola palabra. El tiempo se había torcido en aquella tardía primavera de abril, llenando los días de un intenso frío bajo el que el humo blanco que escapaba de las comisuras de Hugo se tornaba espeso, ascendiendo perezosamente hacia un cielo cubierto de nubarrones.

—Volvamos a comisaría —dijo Silvio por todo saludo.

El ruido del motor desperezándose quedó encubierto por el rumor lejano de un trueno. Aún no era mediodía, pero la ciudad se había teñido de un gris oscuro solo roto por las luces de otros vehículos y de los semáforos. Conforme abandonaban las estrechas calles de la zona y se aproximaban a las avenidas, el tráfico fue volviéndose cada vez más denso hasta quedar detenidos en un atasco. Hugo cogió el purito y examinó la boquilla de cerca para devolverlo a continuación a sus labios y aspirar largamente. El mosaico de luces rojas, naranjas y verdes provocaba un curioso efecto en las fumaradas que se escapaban por la ventanilla entreabierta.

—¿Qué te han dicho? —preguntó, soltando una bocanada.

Rompió a llover por fin, y del cielo se despeñaron goterones que repiqueteaban sordamente contra la chapa del vehículo. Silvio miraba absorto a través de la ventanilla el desfile de personas y coches que se deformaban tras la cortina de agua.

—Nada.

—¿Sigues doliéndote?

—A ratos. Según la postura. Hay momentos en los que solo me alivia apretar con la mano.

Hugo apartó un instante la vista del parabrisas.

—¿Vas a coger la baja?

—¿Y que os toquéis a dos manos? Ni lo sueñes —sonrió débilmente—. Tenemos mucho trabajo atrasado.

El revés de las ciudades habitualmente soleadas es que con cuatro gotas todo el parque móvil invade las calles. A esas alturas, la orquesta de cláxones se había incrementado y comenzaba a gustarse, y a cada cambio de luz del semáforo la caravana de vehículos avanzaba apenas unos centímetros. Hugo tamborileaba con sus dedos sobre el salpicadero y Silvio se revolvía incómodo en su asiento sin dar con la postura adecuada. Por el carril reservado de su izquierda les adelantó velozmente un autobús de línea, levantando a su paso un charco de agua que se coló por la ventanilla del conductor y les empapó por completo. Hugo estrujó el purito deshecho y lo arrojó al exterior con rabia.

—Al carajo —masculló, abriendo la guantera y sacando el lanzadestellos de color azul. De un golpe seco lo fijó al techo, metió primera y con el motor rugiendo invadió el carril bus.

—No me pagan por perder el tiempo en atascos —dijo mientras con la mano libre se encendía otro purito.

Al cabo de unos quince minutos el imponente edificio surgió entre el telón de lluvia y nubes. Aquella solemne construcción de estilo monumentalista, con altísimos techos y gruesos muros de mampostería, albergaba la comisaría desde hacía más de tres décadas. No dejaba de ser llamativo el hecho de que un cuerpo de Policía cuyas funciones y medios reflejaban su evolución acorde con una sociedad moderna, lo hiciera alojado en una edificación con un aire tan retrógrado. Dejaron el vehículo camuflado en el aparcamiento y atravesaron corriendo el amplio patio bajo el diluvio. Hugo llegó rápidamente hasta la puerta trasera del edificio y desapareció tras ella, pero Silvio aún no había logrado alcanzarla cuando súbitamente se detuvo. Allí quedó, inmóvil, contemplando estupefacto cómo resbalaban por la piel y los labios de la inesperada figura con la que acababa de toparse las gotas de una lluvia que de

pronto había dejado de importarle. La mujer estaba junto al portón de entrada, cubierta con un largo abrigo y esforzándose por salvaguardar del aguacero una pequeña maleta bajo el alero de la garita de seguridad. Entonces sus miradas se cruzaron. Fue solo un segundo, pero tan difícil de sostener como lo haría un funámbulo sobre un efímero y tenso cable. Silvio se pasó la mano lentamente por el pelo empapado antes de darse la vuelta, entrar en el edificio y reparar en el sonido de la tercera llamada consecutiva que recibía en su teléfono móvil.

—¿Diga?

—Lo tenemos.

—¿En condiciones?

—Yo no diría tanto.

—Preparad los papeles. Se va a quedar aquí.

—¿Estás seguro? Yo lo veo cogido con pinzas. Oye, ¿dónde estás?

—Exactamente detrás de ti.

Raquel Alvarellos se giró al escuchar su voz. Silvio había subido corriendo las dos plantas y ahora aguardaba en la puerta de su despacho. La joven agente notó en su mirada esa especie de ausencia que ya había observado en otras ocasiones en las que, como ahora, prefería no tratar de averiguar su origen. Se limitó a colgar el teléfono y tomar una silla por el respaldo.

—¿De dónde salís?

—Parece que de un diluvio —murmuró Silvio, tomando asiento—. ¿Dónde está?

—En el despacho de al lado.

—¿Cómo le habéis encontrado?

—No ha sido fácil. Hilando muy fino y tirando de contactos. Labores de investigación —sonrió la joven.

—En otras palabras —interrumpió Hugo mirándola fijamente—: yonqui desesperado, un par de días *tronchando* poblados y el zombi apareció andando por su propio pie.

—Bueno... más o menos —se excusó con un mohín de turbación.

—Da igual el modo. Buen trabajo, chicos —zanjó Silvio—. Vamos a hablar con él.

La blanca luz de neón resaltaba sus uñas ennegrecidas. Sus dedos temblorosos intentaban liar torpemente un cigarrillo al tiempo que miraba a todas partes con pretendido aire de suficiencia. De los dos agentes de paisano que le vigilaban, uno esperaba apoyado en el archivador; el otro, más veterano, estaba sentado detrás de una mesa. Cuando la puerta del despacho se abrió, el Nazareno se irguió intentando aparentar cierta dignidad.

—Hombre, inspector... —saludó ofreciéndole la mano—. Cuánto tiempo.

—Aquí no se puede fumar, Nazareno —respondió Silvio, manteniendo ambas manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

—Vale. Lo dejaré para más tarde.

Con el gesto fruncido por el desplante, el Nazareno guardó el cigarro en el bolsillo de su camisa moteada de lamparones.

—¿Y para qué soy bueno, si puede saberse? —preguntó.

—¿Tú? Ni para estar durmiendo. Pero ese es otro tema.

El inspector lanzó una inequívoca mirada a los dos agentes, que sin decir ni una palabra salieron del despacho, dejando allí al detenido en compañía de Hugo, Raquel y él mismo. Entonces se aproximó a uno de los archivadores, abrió el segundo cajón y extrajo una carpeta no demasiado abultada.

—La cosa es que aún tenemos pendiente lo de la muerte del Tato, y si su cadáver olía mal cuando lo encontramos, este asunto ya ni te cuento.

El Nazareno fue a decir algo pero Silvio lo interrumpió con un gesto.

—Y como la mañana avanza y se acerca la hora de comer, te lo voy a poner fácil —continuó—. Colaboras, me lo cuentas todo y dejamos esto arreglado cuanto antes, o a la temporada en el talego vas a tener que añadirle tres largos días aquí dentro.

El otro abrió mucho los ojos amarillentos por la ictericia. Repasó de un vistazo las desnudas paredes de la oficina y se recostó en la silla con los brazos cruzados y una sonrisita chulesca en los labios.

—No puede hacer eso y lo sabe, jefe. Estoy enfermo del corazón, no me riega bien... —ahora se palpaba con gesto fatigado la piel violácea del cuello—. Aquí dentro no le daría más que problemas, ¿y qué ganaríamos los dos con eso?

—Por mi parte dar carpetazo a este asunto y a ti retirarte un tiempcito de la circulación, ¿te parece poco?

El Nazareno no respondió. Consultó los rostros inexpresivos de Hugo y Raquel, que no le quitaban ojo de encima. Poli bueno, poli malo y todo eso. Siempre hay quien termina ofreciendo un cabo al que poder agarrarse. Pero esta vez parecía que no iba a ser así.

—Últimamente frecuentabas el *Marilyn* —dijo Silvio—. Varias veces a la semana.

—Eso es mentira —protestó.

—Mira, gilipollas —repuso con tono calmado—, cuando vayas a un puticlub de farra procura que tus colegas no te hagan fotos. Tarde o temprano acaban colgadas en Internet.

Y diciendo esto, abrió la carpeta y extrajo dos copias en blanco y negro de unas imágenes. El Nazareno las miró de cerca, sin atreverse a cogerlas, disparado el tono púrpura de su piel y resollando despacio.

—Primera mentira —sentenció Silvio—. Uno a cero. ¿Seguimos?

—Vale —admitió, alzando las palmas de las manos—. Fui varias veces al *Marilyn* a divertirme un rato. ¿Dónde está el problema?

—En que no me estás contando nada que yo no sepa. Pero sigue, a ver si empatas.

Alguien tiró de la cadena en el piso de arriba y se escuchó el gorgoteo del agua cayendo por la tubería tras el tabique, junto al rincón de los archivadores. En esa zona la pared se tornaba gris por la humedad y la pintura se desconchaba como un eccema pálido. Allí se perdían ahora los ojos enfermos del Nazareno.

—Yo con el Tato no tenía nada. No era más que el portero del local. La primera vez tuvimos un encontronazo, eso es verdad. Íbamos muy pasados y no nos dejó entrar. Pero luego nos hicimos colegas; se enrollaba bien, nos invitaba a alguna copa... Nada más.

—Pues algo habría cuando apareció junto al barranco de la vieja estación cosido a puñaladas. Dos a cero.

—¡Le digo que no tengo nada que ver, joder! —exclamó el Nazareno—. Yo solo iba, me divertía, echaba un polvo y a casa.

—No me creo esa película. Se acabaron las tonterías. Vas a decirnos quién lo hizo y tendrás mucha suerte si solo te detenemos por encubrimiento.

Acto seguido cogió una silla, la colocó del revés frente al Nazareno y

tomó asiento, apoyando sus brazos sobre el respaldo.

—¿Cuánto hace que no te chutas? —le preguntó.

El otro bajó la mirada. Sus dedos temblaban casi tan rápido como su respiración se agitaba.

—No lo sé. Desde ayer, creo...

—Sabes perfectamente que tenemos de sobra para dejarte aquí —le advirtió—. Vas a pasarlo muy mal encerrado tanto tiempo hasta que te llevemos delante del juez.

El Nazareno hundió la cabeza entre las manos, gimoteando. Pero a sus treinta y nueve años, el inspector Silvio Tanco, jefe del grupo de Homicidios de la Policía Judicial, había contemplado esa escena muchas veces. Demasiadas ocasiones. Demasiadas personas. Por eso sabía que quien es capaz de matar también lo es de fingir, lo mismo inocencia que desolación. La maldad y la mentira son solo muros estancos, y la ausencia de compasión una eficaz grieta que termina por echarlos abajo. Al fin Silvio se levantó y apartó la silla a un lado, despacio, mirando los mechones de pelo grasiento y ensortijado estremeciéndose al ritmo de los sollozos.

—Preparad las actas de derechos y al calabozo —ordenó.

—¡No puede hacerme eso! —chilló—. ¡Salga a la calle a buscar a quien le mató! ¡Yo no soy un asesino!

—Tal vez. Pero sabes quién lo hizo y acabarás por decírmelo. Feliz estancia.

—¡Hijo de puta!

El Nazareno se levantó de la silla de un salto y se abalanzó sobre Silvio. Medio segundo después se oyó un estampido metálico. La mano delgada y nervuda del jefe de Homicidios sujetaba el cuello del detenido contra el archivador. Hugo y Raquel aguardaban, tensos, sin mover ni un músculo. Silvio acercó su cara al rostro lívido del Nazareno, que continuaba lanzando insultos y espumarajos por la boca. La esclerótica amarilla inyectada en sangre confería a sus ojos un peculiar color anaranjado.

De pronto sonaron dos golpes lentos y pausados y se hizo el silencio. Hugo titubeó un poco antes de abrir la puerta. No era demasiado alto, pero su ancha espalda ocultaba toda la escena al recién llegado. El Nazareno bufaba pero al menos había dejado de gritar. Silvio alcanzó a escuchar el siseo de la

apresurada conversación. Cuatro frases en voz baja bastaron para denotar la insistencia del recién llegado.

—Jefe, te buscan. Es urgente —dijo Hugo sin volverse.

Silvio aún esperó unos segundos antes de aliviar la presión de sus dedos. Tragó saliva, se arregló la camisa y se encaminó a la puerta. El Nazareno quedó aplastado contra el archivador, jadeando, con los ojos clavados en el cogote del inspector mientras le daba muerte de mil maneras en su imaginación.

—Salgo un minuto —informó—. Hugo, explícale tú la legislación vigente mientras tanto.

El Subinspector Agustín Roncales se arreglaba las charreteras del hombro cuando Silvio apareció ante él. El jefe de turno de la Sala del 091 era menudo, con una presencia tan delicada como los nudillos con los que había llamado a la puerta. Se ajustó las gafas por tercera vez antes de anunciar lo que había venido a comunicarle.

—Tenemos un cadáver.

—¿Dónde?

—En la calle Ruipérez... —sacó el bloc de notas de su bolsillo y lo hojeó hasta dar con la página correcta—, número veintitrés. En el portal de una casa unifamiliar. El aviso nos entró por la sala y ya he comisionado dos patrullas al lugar.

—De acuerdo, gracias Agustín. Vamos para allá en un minuto —respondió, volviendo a abrir la puerta de su despacho.

—Faltaría más. Oye, por cierto ¿qué son esos gritos?

—Nada, no te preocupes. Un agobiado.

El sedante por fin hizo efecto, de manera que el hombre recostado en la camilla solo debió de alcanzar a ver llegar, como en un sueño entre la neblina, el vehículo gris del que descendieron tres sombras que cruzaron la cinta de seguridad y se introdujeron en el portal. Dentro no había más que silencio, roto a intervalos por los comunicados de la emisora que desentonaban, estridentes y ajenos, con la situación. De los recién llegados, uno parecía estar ausente. Nada más bajar del coche, Silvio había reconocido el lugar. Si sus

sospechas se confirmaban, aquello tenía pinta de complicar mucho las cosas. Sin embargo, su preocupación era otra. No lograba desembarazarse del inesperado encuentro que había tenido en el patio trasero de comisaría. Ni siquiera era capaz de distinguir, de entre el torrente de sensaciones que había experimentado durante ese breve lapso, la alegría de la tristeza o la rabia. Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que no reparó en la ansiedad que se había instalado en los ojos de Raquel, fijos en él. Pero no era la única. Los policías uniformados que protegían el recinto se volvieron con una mezcla de recelo y curiosidad en sus miradas, clavadas todas ellas en Silvio. Uno de ellos, el Coordinador de Servicios, un inspector maduro y con el pelo canoso, se les acercó.

—Está ahí dentro —dijo sin más, señalando al fondo del portal.

Caminaron hacia el ascensor. No habían llegado hasta él cuando, a través del estrecho cristal traslúcido de la puerta, adivinaron los trazos de la carnicería que albergaba el pequeño habitáculo. El agente que lo custodiaba la abrió. Lo primero que Silvio observó fueron los zapatos de color marrón, sucios y gastados. A continuación, sus ojos recorrieron con ligereza los pantalones vaqueros, pasando por la chaqueta gris que cubría la camisa blanca y parcialmente desabotonada, entre cuyos pliegues se adivinaba una fina cadenita de la que pendía una cruz de oro, hasta llegar a lo que había sido la cabeza, que ahora solo era una masa deforme y sanguinolenta.

—Le han cosido la cabeza a tiros —ilustró con mundana obviedad el policía que sostenía la puerta.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Silvio.

—Su hermano —respondió el del pelo canoso, que ya se encontraba a sus espaldas—. Está fuera, en la ambulancia. Ha sufrido una crisis de ansiedad.

Silvio se apartó del ascensor y Hugo ocupó su lugar. Raquel seguía a un lado, con aire pensativo.

—Habrà que avisar a los jefes —murmuró Silvio—. Esto va a traer cola.

—Ya lo hago yo —se ofreció el Coordinador.

—Como quieras, Bernardo.

El otro iba decir algo, pero Silvio ya le había dado la espalda y ahora miraba a sus compañeros.

—¿Sabéis quién es? —preguntó.

Ambos hicieron un gesto afirmativo.

—Cuando trascienda que a Gerardo Barruezo le han dado matarile van a empezar los nervios y las prisas —explicó—. Habrá que actuar rápido. ¿Está avisada Científica?

—Vienen de camino —respondió Bernardo—. De todos modos, yo no lo veo tan grave. Un mafioso asesinado, un problema menos.

—Si hay alguien capaz de matar a Barruezo, eso significa que tenemos un problema mucho mayor.

El otro le miró con aire displicente.

—¿Quieres algo más? —preguntó—. Aquí ya estamos de sobra.

—Sí. Que mantengáis el perímetro de seguridad hasta que lleguen los de Policía Científica. Y que recuerdes a tus chicos que se pongan guantes cuando manipulen la escena de un delito. Ahora no hay más remedio que tomarle huellas de cotejo al compañero del ascensor.

—No sé ni por qué te dejan seguir aquí —masculló Bernardo mordiéndose un labio—. Si quieres algo más, habla directamente con el oficial que dejo al cargo. Yo me marchó.

—Que te vaya bien —respondió Silvio con tranquilidad.

El Coordinador de Servicios abrió la puerta del edificio para salir, y las trazas de un sol que se asomaba entre las nubes inundaron el suelo blanco del portal. Raquel se entretuvo en contemplar, distraída, las anárquicas formas que resultaban de la combinación de la luz con las impurezas del mármol, hasta que el chasquido del portón cerrándose le devolvió a aquel lugar. Cuando volvió a mirar a Silvio, este ya se encontraba en cuclillas junto al cadáver.

Era un ascensor privado, que daba servicio a los tres pisos de aquella vivienda unifamiliar. El cadáver de Barruezo estaba sentado, ligeramente inclinado hacia la derecha, como si hubiera desfallecido resbalando por la pared. Entre la sangre aún podían distinguirse sus ojos entreabiertos y la lengua colgando, lo que le confería una expresión grotesca. No quedaba ni un palmo de la cabina sin salpicaduras de sangre proyectada.

—¿Cuántos le han dado? —preguntó Hugo—. ¿Tres, cuatro?

—No lo sé —respondió su jefe—. No hay casquillos. Por el destrozo, con ese calibre habrá muerto al primer disparo. Pero se aseguraron bien.

—¿Habéis hablado con los vecinos? —preguntó Raquel al oficial de

radiopatrullas.

—Dicen que no oyeron nada, compañera. Fue su hermano el que lo descubrió cuando regresó a casa esta mañana.

Silvio hurgó en sus bolsillos y extrajo unos guantes de látex. Se los colocó y, con sumo cuidado, palpó las ropas del muerto. Al llegar al pecho sus manos se detuvieron. Despacio, levantó la solapa de la chaqueta y la visión de lo que ocultaba le hizo fruncir los labios.

—Buena herramienta —apuntó Hugo—. Un 38 especial.

—Que no le dio tiempo a sacar. Un empresario de la noche chungo que siempre va armado y que no confía en nadie, vuelve a casa de madrugada y con el revólver a punto. ¿Cuál es el único momento en que se sentiría seguro?

—Cuando ya está dentro de su propio ascensor —dijo Raquel.

—Exacto. Quien hizo esto tenía bien estudiado el momento propicio. Rápido y sin ningún ruido.

—Un silenciador —murmuró la joven.

—Un tipo listo —dijo Hugo.

—¿Un sicario?

Fuera, la lluvia había dado tregua, y el olor picante de la humedad inundó el portal. El despliegue empezaba a llamar la atención de algunos vecinos que ya se agolpaban en los alrededores de la vivienda. El oficial de Seguridad Ciudadana interrogó a Silvio con la mirada.

—Está bien —dijo este con un gesto afirmativo.

Mientras el agente se dirigía a ampliar la zona de seguridad, el jefe de Homicidios se quitó los guantes y empezó a tomar notas.

—Preguntad a los sanitarios si el hermano del muerto está en condiciones de hablar —pidió.

Raquel se dirigió a hacer la gestión. Hugo se alejó del cadáver y se apoyó en el buzón de la entrada. Sacó un purito de la camisa y lo encendió, reflexivo. Dio un par de caladas y observó cómo el humo se retorció buscando el aire frío del exterior. Sacudió lentamente la cabeza.

—¿Cuánto tenemos? ¿Dos días?

—Quizá menos —respondió Silvio—. Hay que comprobar los vuelos con origen y destino a los países de interés desde hace varias semanas. Y eso suponiendo que sea extranjero.

—En caso de que lo sea...

—Puede estar fuera del país en un par de horas.

—Lo tenemos difícil.

—Lo tenemos peor, Hugo.

Raquel regresó de la calle.

—El hermano no está ni para hablar del tiempo. Se lo llevan al hospital —
informó—. Y Policía Científica acaba de llegar.

—Muy bien —murmuró Silvio palpándose el estómago mientras intentaba
disimular una mueca de fastidio—. Que pasen.

II CAPÍTULO

Cuantas veces estuve entre los hombres, volví menos hombre.

TOMÁS DE KEMPIS

El grito de dolor se elevó por el patio de luces al tiempo que Silvio cerraba la puerta del congelador. Chupó el cubito de hielo, se lo pasó por la nuca y las ganas de vomitar desaparecieron momentáneamente. Luego volvió al salón con paso titubeante.

—Toma —dijo arrojando lo que llevaba en las manos—, esto te aliviará.

La bolsa de hielo se estrelló contra el regazo del hombre sentado en el sofá que miraba aterrado a los dos inesperados visitantes con aire de no comprender qué pasaba. La gran mancha que su propia sangre había dejado en la alfombra se había expandido hasta adoptar la forma de algo parecido a una media luna.

—Empezamos de nuevo. Vuelve a contármelo —dijo Silvio.

El hombre emitió un suspiro que sonó gangoso al contacto con la sangre acumulada en su boca.

—Yo no sé nada —dijo con fuerte acento rumano—. El día que le mataron no le vi.

El hueso crujió bajo un nuevo golpe, pero esta vez no gritó. Cayó hacia atrás con la nariz rota, agitando las manos en el aire como una inútil defensa y barbullando excusas inundadas de sangre. Apoyado en la pared, Silvio palpaba, con aire ausente, la tirita redonda que a pesar del polvo y la mugre aún se mantenía pegada a su antebrazo. Ionut Vasile había cambiado mucho. No se parecía en nada a las fotografías que conservaban de él en los archivos

policiales. Ahora, el que había sido machaca de Gerardo Barruezo llevaba el pelo afeitado, barba de dos días y veinte kilos más de anabolizantes repartidos por todo el cuerpo. Pero a pesar de su aspecto brutal, el hombre gimoteaba como un corderillo ante los inmisericordes y certeros golpes de Hugo.

—Te pasabas la vida con la lengua pegada al culo de tu amo —comentó el jefe de Homicidios—, y justo el día en que lo matan vas y te quitas de en medio.

—Le juro que fue una ca... casu... —se interrumpía cuando le era difícil expresar alguna palabra en español—, ¿casualidad? Se lo juro, inspector.

Silvio no devolvió la mirada al rumano. La paseaba por la madera lacada y blanca de los muebles y por los equipos de alta fidelidad. Había contemplado tantos hogares del mismo estilo opulento y hortera que ya había perdido la cuenta. Ni siquiera el dinero a raudales puede comprar el buen gusto, pensó. Cuando terminó el repaso, volvió a concentrarse en su deliberado mutismo. Ese que siempre decanta la balanza del lado del interrogador.

—Me dijo que no hacía falta que le acompañara el lunes por la noche —agregó Vasile—; había quedado con unos amigos de confianza.

—¿Qué amigos?

—¡No lo sé...!

Al responder miró de reojo al oficial, esperando el golpe. Pero este no llegó. Tuvo que sonar una segunda vuelta de llave en la cerradura para que el rumano se apercibiera de lo que medio segundo antes ya había puesto en alerta a los dos policías. Ionut abrió mucho los ojos y la boca, pero sintió la repentina presión de dos dedos sobre su tráquea.

—¿Esperas a alguien? —susurró Hugo.

El rumano negó con la cabeza.

—¿Por qué tiene llaves, entonces?

Ionut volvió a sacudir la cabeza.

Hugo le mantuvo controlado en su asiento mientras su compañero se deslizaba hacia el pasillo silenciosamente, dejando entreabierta la puerta del salón. Era un corredor largo, en forma de L, así que contaba con un par de segundos antes de que el recién llegado pudiera detectar su presencia. Se escuchó el tintineo de las llaves cayendo sobre algún mueble y unos pasos

livianos que se acercaban. Silvio buscó refugio en la habitación más próxima al giro del pasillo y aguardó en la penumbra. El inesperado invitado se había detenido a mitad del primer tramo del pasillo y ya no se escuchaba nada. La irrupción de los dos policías en el piso no había sido sigilosa, precisamente: tras seguir a Ionut hasta la vivienda, ya en el portal, este les había detectado y emprendido la carrera. Por escasos centímetros, el pie de Hugo había evitado que el antiguo guardaespaldas cerrara la puerta, y lo que siguió a continuación Silvio ya había comenzado a olvidarlo. Pero en la refriega no se había fijado en la distribución de las habitaciones a lo largo del pasillo, y ahora solo podía esperar hasta divisar a quienquiera que fuese a ciegas, sin saber dónde estaba ni qué demonios hacía. Así se mantuvo hasta que de pronto escuchó reanudarse los pasos. A través de la rendija de la puerta vio acercarse una sombra difusa proyectada en el suelo. Afinó el oído, temiendo escuchar algún grito delator procedente del salón, pero nada. Una silueta atlética ataviada con ropa verde oscura cruzó súbitamente el pasillo. Lo que viera a través de la cristalera entornada del salón le hizo correr hacia allí, pero al abrirla se topó con el rostro serio de Hugo y la mirada aterrorizada de Ionut. Fue al intentar decir algo cuando su voz se estrelló contra la mano que acababa de taparle la boca.

—Una sola palabra y te mato aquí mismo —musitó Silvio.

Sus dedos se separaron lentamente de los labios carnosos de la joven que había asentido dos veces, aterrorizada. La agarró fuertemente de un hombro y la hizo girar hacia sí, quedando enfrente a ella. El cañón de su pistola se había relajado y apuntaba algo más bajo, pero su dedo aún seguía acariciando, tenso, el acero del guardamonte. Le bastó un vistazo a la ajustada vestimenta deportiva de la chica que destacaba exageradamente sus formas para comprobar que no iba armada.

—¿Quién eres? —preguntó Silvio.

La chica no respondió. Sus labios temblaban sin que apartara la vista del arma.

—Curvă blestemata! Ți-am zis să nu vii acasă! —gritó Ionut.

—¿Qué cojones estás diciendo, capullo? —preguntó.

La joven seguía muda. Sus ojos, húmedos y aterrorizados, miraban ahora al matón.

—Es una puta —intervino Hugo.

Ionut giró la cabeza hacia él, con aire sorprendido. En realidad, el oficial solo conocía algunas palabras en rumano, pero le habían bastado para hacer entender al machaca que su única baza para comunicarse con la chica acababa de venirse abajo.

—Es solo una puta —admitió Vasile—. No tiene nada que ver con esto, no dirá nada. Dejad que se vaya...

La respiración agitada de la joven hacía latir su pecho bajo la ceñida sudadera verde. Era guapa, de rasgos dulces, pero en sus grandes ojos castaños despuntaba una aspereza que no se correspondía con su evidente juventud. Ahora estudiaban al inspector, implorantes, como si esperaran su decisión. Pero la mirada de Silvio había vuelto a perderse vagando por los rincones de aquel salón mientras sujetaba fuertemente a la joven con una mano. Entornó los párpados, pensativo, y siguió moviendo despacio sus pupilas hasta que se reencontraron con las de la chica. Se sostuvieron la mirada con la distante curiosidad de quien intenta ver algo al otro lado de un precipicio insondable. Por su parte, Hugo se acariciaba la gran cicatriz que atravesaba su mejilla izquierda, a la expectativa.

—Dejadla ir... —insistió Ionut.

Por toda respuesta, Silvio asió con más fuerza a la joven y, empujándola, la hizo girar de nuevo y caminar delante de él, despacio, como si aún desconfiara del pensamiento que acababa de asaltarle. Borearon la mesita auxiliar para, a continuación, rodear el sofá, situándose detrás de él. Hugo seguía los movimientos de ese extraño itinerario con la cabeza, mientras obligaba a Ionut a mantener la suya agachada. El desconcertante recorrido finalizó frente al ostentoso aparador blanco. Fue allí hacia donde Silvio terminó de conducirla, ahora con más suavidad, hasta detenerla cuando estuvieron apenas a un centímetro de él. El vaho del aterrorizado aliento de la chica empañó el cristal de la puertecita.

—Ábrela —ordenó fríamente.

El vidrio devolvía a la mujer el reflejo de la difusa silueta de Silvio tras ella. Sus finos dedos temblaron al posarse sobre el picaporte, echándose ligeramente hacia atrás para dejar que la puerta se abriera del todo. Luego quedó ahí, paralizada y con los brazos caídos. Platos con filigranas, copas finamente talladas, figuritas de porcelana... Silvio recorría con los ojos los

anaqueles abarrotados de objetos buscando uno en concreto. Por fin dio con él. Oculto por el azar, eventualmente disimulado entre dos pequeños candelabros de cristal, sobresalía la pequeña pieza que el jefe de Homicidios creía haber visto a lo lejos minutos antes.

—Cógelo —dijo.

Las manos de la joven aferraron el pequeño marco dorado antes de girarse hacia su captor, que lo recogió de sus manos y lo alzó levemente para contemplar a la luz la fotografía que contenía. En ella podía verse la imagen de un hombre joven a cuyo regazo se encaramaba una niña de cinco o seis años. Dos rostros felices que desde el descolorido papel fotográfico miraban a Silvio con una sonrisa despreocupada. Los mismos rostros que, algunos años después, ahora le miraban aterrorizados en aquel mismo salón.

—Por poco nos la juegas con la treta del rumano, pero una puta no tendría las llaves de tu casa ni te preocuparías tanto por su suerte —dijo Silvio, y añadió mirando a la joven que ahora le sostenía la mirada con dureza—: Siéntate ahí, anda. Junto a tu padre.

Ionut se abrazó a su hija. Pero hasta en ese aparente gesto espontáneo no había sino el calculado intento de evitar el castigo que Hugo podía infligirle por haber sido engañado. Nada más lejos de la realidad. El oficial tenía ahora una media sonrisa dibujada en la cara, exactamente igual a la de Silvio. Ionut les miraba desconcertado. Era un tipo duro, con muchos tiros pegados e inteligente. Pero no lo suficiente como para entender que en ese preciso instante aquellos dos policías habían comprendido lo cerca que estaban de obtener de él lo que querían. Porque con el dolor de la tortura pueden conseguirse muchas cosas, pero ninguna tan valiosa como la que puede arrancársele a un hombre que experimenta en su propia carne el terror que despierta la posibilidad de perder a su propia hija.

Unas horas después, Silvio pasaba los dedos por el filo del sobre que llevaba consigo, intranquilo.

—Serán cinco minutos —explicó—. Es urgente.

La funcionaria del juzgado volvió a levantar la cabeza cansadamente, mirando a los dos policías por encima de sus gafitas de pasta blanca.

—Avisaré al Secretario —musitó, levantándose.

El jefe de Homicidios apoyó una mano sobre el mostrador y dio un sorbo al café que había sacado de la máquina del pasillo. Las coronillas de los funcionarios sobresalían entre los montones de carpetas multicolores que se agolpaban sobre sus mesas y que junto a las estanterías atiborradas de legajos conformaban una suerte de biblioteca cuyo único contenido eran relatos sobre crímenes y dilaciones. La cortinilla metálica de la ventana estaba retorcida, dejando entrever afuera la heterogénea alineación de vehículos de los distintos cuerpos policiales. A su lado, del revés, apoyados los codos sobre el mismo mostrador, Hugo consultaba su reloj.

La puerta gris del despacho de la jueza se abrió bruscamente. De su interior salió un hombre vestido con pantalón de pinza y polo de color rosa que se detuvo bajo el dintel, oteando la estancia hasta que sus ojillos burocráticos localizaron a los dos agentes. Caminó decididamente a su encuentro seguido por la funcionaria, que al pasar junto a su mesa aprovechó para recuperar su asiento. Silvio apuró de un golpe el último trago de café, arrugando el gesto al quemarse los labios. Cuando los tuvo enfrente, el Secretario Judicial saludó secamente.

—Buenos días. Su Señoría está firmando autos de ingreso en prisión. ¿Puedo ayudarles en algo?

El pelo tieso y engominado del fedatario judicial reflejaba la luz de los halógenos del techo.

—Se trata de la investigación por el homicidio de Gerardo Barruezo —explicó Silvio—. Hemos detectado un piso del que sospechamos que contiene pruebas, pero necesitamos el mandamiento por vía urgente.

El Secretario estudió a ambos con aire de recelo. Luego arqueó una ceja, suspiró quedamente, y sin decir nada más, dio media vuelta y volvió a entrar en el despacho. Al cabo de un minuto, su cabeza repeinada asomó de nuevo.

—Sean breves —se limitó a decir.

El inspector se aproximó hasta la puerta y dio dos golpecitos con los nudillos pidiendo permiso para entrar, pero justo al hacerlo recordó el vaso de plástico que aún llevaba en las manos. Como un estúpido impulso se lo guardó en el bolsillo de su cazadora.

Sin ser demasiado grande, el despacho estaba exquisitamente decorado.

Junto a la entrada, una pequeña mesa de reuniones en la que se amontonaban algunas revistas jurídicas recibía al visitante. Al fondo se hallaba el escritorio de caoba oscura y tapete verde, en cuya silla la jueza contemplaba con expresión displicente a los recién llegados.

—Buenos días, Señoría —saludó Silvio.

Asunción Téllez les devolvió el saludo con un lacónico «siéntense». Luego se acomodó en su asiento y ladeó la cabeza, presta a escucharles.

—Hemos venido por lo de Gerardo Barruezo —le explicó—. Le remitimos las primeras diligencias hace un par de días.

La jueza asintió en silencio.

—Comenzamos investigando su entorno —continuó Silvio— y comprobamos que Barruezo se movía en varios sectores, lo cual deja abiertos demasiados frentes.

La estilizada figura de la jueza Téllez ocultaba parcialmente la enseña nacional en tela de raso ubicada detrás de su silla, junto a la ventana. El pelo castaño y ondulado le caía hacia la izquierda, cubriendo el pico del cuello azul marino de ese lado de su camisa. Sobre la mesa, además de papeles y carpetas, destacaba junto al ordenador una pequeña reproducción dorada de la diosa Temis, finamente tallada, representando alegóricamente la Justicia con los ojos vendados y sosteniendo en una mano la balanza y en la otra la espada.

—Decidimos centrarnos en una de las personas que más tiempo pasaba con él y mejor le conocía —continuó Silvio, sacando del sobre una fotocopia de la ficha policial del rumano—. Ionut Vasile. Una especie de guardaespaldas.

La jueza Téllez alargó su mano para coger la hoja que le tendía y la examinó con aire concentrado.

—Le localizamos esta mañana cuando se dirigía a su domicilio. Cuando entró en el portal nos detectó. Intentó huir, pero le dimos alcance justo cuando intentaba acceder a la vivienda. Se revolvió contra nosotros. Llevaba oculta una defensa extensible y nos atacó con ella.

Asunción Téllez dejó caer el papel y se inclinó hacia adelante, apoyando sus manos entrelazadas sobre el escritorio.

—¿Creen que lo hizo él?

—No, no nos cuadra. Es solo un segundón, demasiado cobarde para

intentarlo. Pero sabemos que desde hace un tiempo habían surgido discrepancias entre él y Barruezo. Es muy posible que facilitara al autor información sobre los hábitos de su jefe y las medidas de seguridad que adoptaba.

La jueza entornó sus ojos cargados de rímel y echó de nuevo un vistazo al rostro de la fotografía.

—¿Y qué esperan encontrar en ese domicilio? —preguntó con indiferencia.

—Aún no lo sabemos. Pero por la forma en que ejecutaron a Barruezo sospechamos que ha podido ser un profesional contratado.

A la jueza se le escapó un repentino gesto de sorpresa.

—El tiempo es fundamental para dar con él —precisó Silvio, a rebufo de la revelada preocupación de Su Señoría—. Documentos, ficheros, correos electrónicos... Es de vital importancia hallarlos ahora para seguir el rastro del autor antes de que salga del país.

La incomodidad se había instalado en la cara de Asunción Téllez. Parecía molesta consigo misma por haber delatado su inquietud ante las revelaciones del jefe de Homicidios. El sillón de piel emitió un crujido arrastrado cuando se reclinó sobre su respaldo, volviendo a adoptar la misma posición indolente de antes.

—¿Y Vasile? —preguntó, el aire desconfiado de quien acaba de caer en la cuenta de un cabo suelto.

Silvio notó sobre sí repentinamente los ojos de Hugo, pero no apartó los suyos de los de la jueza.

—Escapó —soltó con aplomo—, aunque me avergüence reconocerlo. Ese tipo tiene formación militar, es una bestia. Sabe lo que se hace.

Al gesticular levantó la mano derecha, reparando con disimulo en sus nudillos magullados.

—Pero no es él quien me preocupa ahora —remató abriendo de nuevo el sobre que traía consigo.

—Aquí está el oficio solicitando el mandamiento de entrada y registro y la intervención de los teléfonos relacionados con el entorno de Barruezo.

El inspector depósito las hojas de papel sobre la mesa. Asunción Téllez no se movió ni un ápice de su posición. Nada de volver a cometer dos veces el

mismo error, debía de estar diciéndose. Recorrió con sus pupilas los folios escritos antes de terminar posándolas sobre la diosa Temis.

—Esto no basta —sentenció tras un exhaustivo repaso a la estatuilla—. Un seguimiento, una pelea y un tipo huido. No me parecen indicios suficientes para motivar un auto de entrada y registro y otro de intervención de las comunicaciones.

De nuevo crujó el mullido repique del sillón bajo el movimiento de la jueza Téllez acomodándose.

—En nuestro oficio suele resultar suficiente para resolver un caso antes de que se pudra entre un montón de carpetas y legajos.

A Silvio le vino a la mente justo en ese preciso momento la imagen caótica de la oficina del juzgado. Tal vez no había sido el mejor ejemplo.

—Yo los llamo elementos de investigación —añadió.

—Y yo derechos fundamentales —zanjó la jueza.

En la boca de la mujer se dibujó una sonrisa de irritada victoria. Silvio echó una ojeada por la ventana. Las nubes habían clareado un poco, y un rayo de sol incidía sobre la pequeña biblioteca de nogal situada detrás de Su Señoría. Entre enciclopedias jurídicas, actualizaciones en materia procesal y códigos penales de diferentes editoriales lujosamente encuadernados, destacaba una cajita alargada de color azul con una raya blanca que la cruzaba en diagonal. Estaba abierta, y en su interior reposaba la Cruz al Mérito Policial con Distintivo Blanco. El inspector la observó durante unos segundos, apretando las mandíbulas en un supremo esfuerzo por no abrir la boca. Cuando volvió a bajar la vista, sus ojos volvieron a encontrarse con los de su interlocutora.

—Nadie discute el sentido institucional de esa condecoración, señor Tanco —adivinó—. Pero, por suerte o por desgracia, pertenezco a esa categoría de jueces ilusos que piensa que se la ha ganado haciendo su trabajo. Y además, haciéndolo bien.

Hugo miró de soslayo a Silvio, esperando su respuesta. Pero este, contra todo pronóstico, solo sonreía.

—Yo también hago bien mi trabajo, o al menos vivo en esa creencia. Y hacerlo bien es ir más allá de la mera instrucción. Es investigar.

Asunción Téllez acusó la impertinencia.

—No intente darme lecciones sobre cómo resolver los delitos que se cometen en mi partido judicial —rebatí con sequedad—. Pero no caigamos en un error, usted de cuestionar mi labor y yo de verme obligada a recordarle que últimamente no es lo que podría decirse un ejemplo a seguir ni en lo profesional ni en lo personal.

Silvio descargaba su ira tamborileando sobre el tacón del zapato de la pierna que mantenía cruzada. Consideró el asunto. Podía entrar al trapo y recordarle a Su Estirada Señoría que nadie estaba libre de pecado, a cuenta de una vieja historia sobre filtraciones que desde su propio juzgado se habían realizado a raíz de una investigación relacionada con la trata de blancas, cuando él solo era un inspector recién llegado a la Brigada de Extranjería. Toda la prensa se hizo eco, y lo que siguió durante algún tiempo fue una tormenta de mutuas acusaciones de indiscreción entre la Policía y los Juzgados. Un escándalo que se saldó sin mayores consecuencias. Pero el jefe de Homicidios sabía que Asunción Téllez aún guardaba ese tema rumiándole las entrañas. O por el contrario, cabía la posibilidad de dar una larga cambiada al puyazo que acababa de recibir, mentar para sí mismo a su puta madre y pasar por el aro.

—Señoría, le pido disculpas. Nada más lejos de mi intención cuestionar su labor. Lamentablemente, a veces me puede la pasión por mi oficio.

La jueza Téllez esbozó una sonrisa satisfecha y descreída al mismo tiempo.

—Existen dos tipos de jueces, inspector —sus dedos jugaban con la balanza de la estatuilla—. Los que aplican las leyes y los que imparten justicia. Yo pertenezco a la primera clase por una sencilla razón: usar la estricta legalidad no siempre conlleva que la justicia triunfe, pero evita muchas complicaciones.

En otras palabras, allá con la justicia mientras yo salve el culo, concluyó Silvio mentalmente. Pero notó un hálito de satisfacción en su interior. Había creído leer entre líneas la aplastante simpleza del argumento de la jueza que era, en realidad, la solución a su acuciante problema. Contra derechos fundamentales, indicios racionales, sean cuales fueren. Echó un rápido vistazo a su reloj y con dos dedos recuperó las hojas de papel que yacían desdeñadas sobre el escritorio.

—Vuelva cuando este escrito esté mucho más motivado —le aconsejó la jueza, confirmando la idea que rondaba en su cabeza—. Póngamelo fácil para fundamentar los autos.

—Tal vez reflejando tres o cuatro vigilancias más... —probó Silvio.

No busque mi complicidad hasta ese punto, pareció decir la expresión de Asunción Téllez. Usted ahí y yo aquí. Los dos policías se pusieron en pie, pero por toda respuesta a su adiós, la mujer inclinó la cabeza para volver a enfrascarse en las firmas interrumpidas.

—Espero que logren detener pronto al autor —murmuró—. Y que encuentren a Vasile.

Silvio y Hugo atravesaron la oficina del juzgado para dirigirse al pasillo. Esperando al ascensor se agolpaba una docena de personas, por lo que decidieron bajar apresuradamente las cinco plantas por las escaleras. Solo tenían un par de horas para reflejar en el atestado unas vigilancias que nunca habían existido.

—Llama a Raquel y dile que continúen *tronchando* el piso —le indicó a Hugo—. Y de paso que vayan limpiando la sangre.

Justo a la salida del edificio Silvio recordó súbitamente algo. Dio media vuelta, volvió a entrar en él y tras hurgar en el bolsillo de su chaqueta arrojó a la papelera el vaso de plástico vacío en cuyo fondo yacía adherida la tiritita arrugada que acababa de arrancarse del brazo.

III CAPÍTULO

El corazón del hombre necesita creer en algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

—¡Joder, me he manchado la chaqueta con cera!

Aquel tipo se movía de un lado a otro del plató agitando las manos como si buscara algo en el aire que no terminaba de caer en ellas.

—¡Rápido, se va a secar! —chasqueó la lengua y los dedos.

Bajo la tenue luz del estudio, Leticia corría buscando algo que mitigara la mancha y la ira de aquel fulano.

—Empezamos bien la noche —gruñó el hombre, arrancándole de las manos la toallita que la joven ayudante de producción había traído por fin.

—Ni las gracias. Gilipollas... —masculló Leticia dándose la vuelta.

—¡Que alguien se lleve este cirio de aquí! ¡Ponedlo ahí abajo!

—Si lo movemos no sale en el plano, César.

—¿Y qué? Poned otra cosa. Velitas, velones, San Judas..., lo que sea. Pero sacadlo de ahí.

Un asistente había apagado ya el cirio y se disponía a retirarlo.

—Te recuerdo que es un regalo de doña Mercedes, por lo del ritual que le hiciste a su marido enfermo —le aclaró la ayudante.

—Ah. ¿Y qué tal? ¿Mejóro?

—Murió la semana pasada, aunque la pobre señora está muy agradecida. Dice que eres poderoso, pero que claro, por encima está Dios.

—Amén. Pues quitad ese cirio de ahí.

—Pero le hacía ilusión verlo en directo...

—Decidle que lo hemos puesto en nuestro altar privado, por el alma del difunto, y tan contentos. Bueno, ¿qué pasa con ese café?

El plató del programa *Astroesotérico* tenía un tamaño considerable. Paredes y suelo estaban pintados de beige, pero el efectista juego de luces provocaba que tornasolaran en tonos azules, lavanda y malva. Durante las emisiones, al fondo, sobre la pantalla de *chroma key* se proyectaba una alegoría del Sistema Solar donde, pretendidamente, la Tierra era el centro alrededor del cual giraban el resto de planetas. Remataba el centro del estudio un gran atril redondo de metacrilato, en cuya superficie estaban grabados los doce signos del Zodíaco dispuestos en círculo.

César Velano destacaba burdamente en medio de aquello. Alto, delgado, de pelo corto y moreno, lucía una perilla perfilada al milímetro. Vestía un elegante traje de riguroso negro, roto tan solo por una camisa color rojo borgoña cuya abertura superior dejaba entrever dos gruesos cordones de oro de los que colgaban medallas de vírgenes y santos, irreconocibles entre la maraña de pelo que cubría por entero su pecho. Al hablar gesticulaba mucho con las manos, largas y nervudas, cubiertas de anillos.

Leticia entró en la cabina y se dejó caer sobre una silla junto a Julio, el realizador, que ultimaba el repaso de la escaleta de contenido junto a los operadores de vídeo y sonido. En una habitación contigua, Néstor, el ayudante de realización, tenía ya dispuesta la centralita destinada a recibir llamadas durante la emisión del programa. Julio comprobó por última vez la secuencia de rótulos y sintonías en los monitores.

—Dos minutos, César —le anunció por el pinganillo mientras aquel se esforzaba por retirar los últimos restos de cera que aún brillaban en la solapa de su chaqueta.

Faltaban cinco segundos para las doce cuando, desde su asiento, Julio hizo un gesto y el operador de vídeo introdujo los rótulos. Sonó una fanfarria estridente y las cámaras enfocaron al vidente terminando de atusarse su engominado cabello.

—Buenas noches, amigos y amigas televidentes que estáis ahí, en vuestras casas, dispuestos a pasar una velada muy especial con nosotros —saludó con una amplia sonrisa—. Soy César Velano, vuestro vidente intuitivo, tarotista,

astrólogo, quiromántico..., en fin, y un largo etcétera. Desde mi nacimiento, he puesto mis habilidades a vuestra disposición para ayudaros en todos vuestros problemas: amor, trabajo, salud o dinero. No importa lo difícil que sea. Mi fabuloso equipo de videntes y yo —soltó una risita— estamos aquí por y para vosotros.

No parecía el mismo de hacía unos segundos. Su expresión se había transformado en una meliflua prédica mientras sus manos danzaban, lentas y ceremoniosas, como empeñadas en sostener cada palabra en el aire.

—Os recuerdo que emitimos en riguroso directo. Para comunicaros conmigo solo tenéis que marcar el teléfono que aparece debajo, en vuestras pantallas. Pero si preferís una atención personalizada, podéis enviar un mensaje de texto a este otro número —señaló la parte inferior de la pantalla—, o poneros en contacto con nuestro gabinete privado.

—Ninguna llamada en espera —le informó Néstor por el pinganillo.

—Llevamos muchos años compartiendo veladas —continuó—, ayudándoos en vuestros problemas sin importar de qué tipo sean. Sé que todas las noches estáis ahí, incondicionalmente, dispuestos a recibir grandes dosis de amor universal. Pero ahora quiero escucharos al otro lado de la línea telefónica, sentir vuestra voz y haceros felices aquí, en *Astroesotérico*.

—Seguimos sin llamada. Aguántalo un poco —insistió el ayudante de realización.

—Cuando algún problema relacionado con vuestros seres queridos os quita el sueño, cada vez que sentís que cualquier preocupación os ahoga, aquí estamos nosotros. ¿Merece la pena vivir pensando que algo no tiene solución? Llamad al teléfono que aparece en pantalla y os demostraremos que no.

Seguía sin producirse ninguna llamada. En la cabina, Julio indicó al operador de sonido moviendo la palma de la mano hacia arriba que subiera el volumen de la sintonía de fondo.

—¿Sabéis qué? —César se giró como si buscara algo—. Esta noche vamos a hacer algo muy especial, un magnífico y poderoso ritual. El ritual para la salud.

Del montón de objetos esperpénticos que se acumulaban en un expositor cercano al atril, cogió una urnita de cobre con tapa y la mostró a cámara.

—Queridos televidentes, ¿os notáis cansados y sin fuerzas? ¿Alguna

enfermedad os impide llevar una vida normal? Esta noche, a través de mi oración especial al Espíritu Santo, voy a intentar sanar al mayor número de personas. Para ello tenéis que llamar al teléfono que aparece ahí y decirme cuál es la enfermedad que os aflige. Es tan sencillo como escribir vuestra dolencia en un pedacito de papel, mezclarla con sal bendecida y quemarla dentro de la urna de San Rafael que sostengo ahora mismo en mis manos. Me pregunto a cuántas personas lograremos curar esta noche —César dedicó a la cámara su más calculada sonrisa—. Con este ritual, han sido miles de...

—Tenemos llamada —anunció Néstor—. Una mujer, sin más datos.

—¡Buenas noches, amiga mía! ¿Cómo te llamas?

Era una voz madura, que hablaba entre sollozos.

—Buenas noches, César. Mi nombre es... Libra.

—Muy bien. ¿De dónde eres, Libra?

—De... —la mujer dudó un instante—. Prefiero no decirlo.

—No te preocupes. ¿Qué problema te aflige?

—Necesito ayuda para mi hijo. Es adicto a las drogas y yo cada vez le veo peor. ¿Podría usted hacer algo?

El rostro de César se tornó circunspecto.

—¿Qué edad tiene tu hijo, querida?

—Treinta y cinco años.

—¿Cuál es su signo del Zodíaco?

—Leo.

—Bien, amiga mía —dijo, llevándose la palma de la mano a la frente con aire concentrado—. Existen muchas teorías sobre las drogas, la mayor parte de ellas sin ningún fundamento. No quiero polemizar, pero hasta los médicos están equivocados en ese aspecto. El daño más importante que provocan esas sustancias no es físico. En realidad, desestabilizan el flujo normal de nuestra energía y afectan al espíritu. Es ahí donde se originan el resto de problemas que arrastran consigo.

César mantuvo el suspense de su discurso con un estudiado silencio.

—Pero estoy viendo que tu hijo va a salir bien de esta —continuó—. Tendrá que luchar duro, naturalmente, y ponerlo todo de su parte. Pero lo va a conseguir.

—¿Sí?... —la voz de la mujer estaba a punto de quebrarse.

—Te doy mi palabra —dijo, uniendo ambas manos—. Invocaré a Santa Clara para que nos ayude en esta difícil misión.

El vidente abrió entonces los brazos en cruz y, elevando la mirada, pareció entrar en trance.

—Gloriosa y digna Santa Clara, espejo de santidad y pureza, base firme de la más viva fe y erario riquísimo de virtudes. Por la especial prerrogativa que el Altísimo me ha dado para acceder a ti y por el poder que me ha sido concedido, te pido que alcances a Leo con tu infinita piedad, que limpies su alma de manchas y culpas, y la destituyas de todo el efecto terreno de las sustancias malignas que la mantienen cautiva. Intercede por mí ante Nuestro Señor para que pueda salir de ese infierno y seguir tu camino. Amén.

—Amén —susurró la mujer al otro lado del teléfono.

—Mi amor, en tres meses tu hijo estará completamente curado —sentenció.

—¡Pero... —la mujer rompió a llorar—, si lleva diez años enganchado! César miró fijamente a la cámara.

—Hasta hoy no me conocías, pero esta noche has hablado conmigo, y lo que he dicho se va a cumplir porque César Velano lo ha decretado. Confía en mí.

—Vale... —la mujer ahogó un suspiro—. Gracias, gracias por todo.

—De nada, amiga mía. Duerme tranquila y sé feliz. Un beso de luz.

—Un beso de luz... —murmuró con asco Leticia desde su asiento.

—¿Tenemos otra llamada? ¡Buenas noches! ¿En qué puedo ayudarle?

Sonó un pitido que le hizo derramar el café. Pero Raquel tuvo que aplazar su intención de limpiar las salpicaduras y, en vez de eso, arrimó el asiento a la mesa mientras se esforzaba en desenredar apresuradamente el cable de los auriculares. En la pantalla, el Sistema Integral de Interceptación de las Comunicaciones Electrónicas, SITEL, advertía mediante un destello que uno de los teléfonos intervenidos acababa de activarse en ese momento. Rápidamente, tecleó en otro ordenador el número del destinatario. No estaba registrado. Anotada la hora de la incidencia, las 02:46 de la madrugada, se dispuso a escuchar la llamada. Sobre el intermitente tono de espera pudo oír el

sonido ambiente de un murmullo que no supo interpretar. Después de seis tonos sin obtener respuesta, colgaron.

El cuarto de escuchas se encontraba en la última planta de comisaría. Un discreto rincón reservado a aquellos miembros de los grupos de investigación que estaban autorizados a usarlo, lo que equivalía a pasar allí un sinfín de noches solitarias y desalentadoras, asumibles solo por el azaroso aliciente que suponía interceptar la llamada precisa que hiciera saltar las alarmas y permitiera tirar de un asunto. La mayoría de las guardias, sin embargo, se reducían a una tediosa amalgama de horas perdidas entre el sueño y el café. El mismo cuyos restos Raquel trataba de eliminar de su camiseta justo cuando llamaron a la puerta. En la rota quietud de aquella pequeña habitación la joven inspiró el fuerte olor a humedad mientras se preguntaba quién podría ser a esas horas. Debía de ser algo realmente importante para que alguien decidiera subir hasta ese abandonado rincón. Su mano se apoyó sobre el gélido metal del pomo y lo giró con suavidad. Pese a que el resplandor de los neones del pasillo le hizo arrugar sus ojos, acostumbrados a la semioscuridad del cuartucho, reconoció al instante la familiar silueta inmóvil en el contraluz del umbral y que, tras una breve vacilación, dio un paso al frente. La piel curtida del rostro de aquel hombre rozó la de ella, que se erizó al notar los labios del recién llegado posarse sobre los suyos. Fue un beso breve, casi furtivo, tras el que Raquel se hizo a un lado para dejarle entrar. Allí dentro el espacio era muy reducido, por lo que el intempestivo visitante se limitó a permanecer de pie en un rincón.

—¿Qué haces aquí?

Jacobo Duarte, jefe del grupo de Secuestros y Extorsiones de la Policía Judicial, iba a responder a su esposa cuando el crepitar de la radio le interrumpió. El operador de sala alertaba de una reyerta en un bar del centro, no muy lejos de allí. Ambos se mantuvieron en silencio, escuchando cómo a las dos patrullas comisionadas se iban sumando espontáneamente otras que comunicaban su intención de acudir al lugar. Así hasta cinco. Raquel recordó por un momento sus inicios en Seguridad Ciudadana. En ese tipo de servicios nunca se sabe, pensó. Todo apoyo es bueno. Y en el peor de los casos, siempre conviene mantenerse ocupado en algo a esas horas de la madrugada, aunque al final probablemente solo sean dos borrachos que se están llamando hijo de

puta. Cuando las voces metálicas se apagaron, el matrimonio seguía mirándose.

—Se nos ha alargado la vigilancia. Hemos pasado seis horas custodiando un señuelo junto a un contenedor para nada.

Duarte se acariciaba la perilla encanecida que acentuaba las líneas de su delgado rostro. El tono púrpura de sus ojeras otorgaba algo de color a su pálida tez.

—Bueno, ya daréis con él —le consoló ella.

—No creas, el tipo es listo. Estoy convencido de que es un familiar del extorsionado. Parece conocer al dedillo sus horarios y costumbres, y nos está dando esquinazo —suspiró—. ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas?

—Nada importante hasta el momento.

—Todo el mundo habla del asesinato de Gerardo Barruezo y tú dices que nada importante. Al menos dime, ¿estáis cerca?

Raquel miró a su marido de forma extraña, como si le costara aceptar que la pregunta fuera dirigida a ella.

—Nunca se sabe. Puedes estar junto al asesino sin advertirlo, o lo que es peor, saberlo y no poder probarlo. Para eso gastamos tantas horas aquí dentro.

—¿Y cuál es la situación? ¿Podéis saberlo o podéis probarlo? —insistió él con tono de fastidio.

Duarte se había sentado sobre un tablero en el que descansaban hacinadas un par de antiguas grabadoras de cinta. De la calle ascendió el tronar del motor revolucionado de una de las patrullas que pasaba junto a la comisaría para dirigirse al lugar de la reyerta. Acudía en silencio, sin sirenas, dada la hora, y los destellos azules que se colaron por el cristal revelaron a Raquel un brillo de reproche en los ojos de su marido.

—No hará tantos años que apareciste por la puerta de comisaría con aire asustado y tu uniforme sin estrenar en la maleta —dijo él—. Recuerdo cuando pasaste por el grupo: todo te llamaba la atención y todo lo preguntabas. Por eso hiciste unas prácticas excelentes. Cuando juraste el cargo habían pasado varios meses y muchas cosas, entre ellas lo nuestro. Cómo me gustaba verte llegar a casa emocionada con tu nuevo trabajo, contándome hasta el más mínimo detalle de lo que te había ocurrido ese día...

—Todos cambiamos, Jacobo. Fíjate, si no, en ti.

Con un leve giro de su cintura Raquel volvió a concentrarse en el monitor, cuyos reflejos blancos y verdes imprimían cierta dureza a sus facciones en la penumbra.

—Yo he tardado casi veinte años en ir ascendiendo desde policía hasta inspector, Raquel. Todos cambiamos, es cierto. Pero no de manera tan brusca.

Las suaves líneas de los labios de la joven se crisparon ligeramente.

—Sigo siendo la misma, cariño, pero cada grupo se rige por sus propias normas, igual que el tuyo. Y aquí, sobre todo en ciertos momentos, la discreción es fundamental.

—¿Más que la confianza en una relación?

Raquel levantó la cabeza bruscamente buscando los ojos de su marido, pero no los encontró. Andaban perdidos recorriendo la alianza de su mano izquierda.

—Por favor —le reprochó ella—, no compares una cosa con otra.

Jacobo no respondió. El ventilador del cuadro de circuitos anclado en la pared se había puesto a soplar con fuerza mientras él se entretenía en hacer girar mecánicamente el anillo de oro. Al cabo de unos segundos se detuvo bruscamente, alzó la mirada y esbozó una risita desabrida.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer cuando no sigas en el grupo?

No pareció sorprendida por la pregunta. No era la primera vez que él se la formulaba. Tampoco la primera que se la hacía a sí misma. Alargó la mano para coger un botellín de plástico y apuró las últimas gotas de agua que contenía antes de responder:

—¿Por qué no habría de seguir aquí?

De desabrida, la sonrisa de Duarte se había transformado en impertinente.

—No me hace falta SITEL para estar al tanto de los rumores. Los jefes quieren recomponer el grupo.

—¿Y qué?

—Recomponer, reestructurar... Son eufemismos usados en esta bendita empresa cuando pretenden cargarse un equipo. Aquí no se construye nada si no es sobre algo previamente derribado. Y el primer muro que pretenden echar abajo es tu jefe.

—Aun siendo eso cierto, ¿por qué habría de afectarme?

Su marido hacía grandes esfuerzos por contener su ira.

—Silvio llevaba demasiado tiempo pisando la línea, pero lo del accidente aquella noche... Ha metido la pata hasta el corvejón y solo es cuestión de tiempo que lo defenestren. A él y de paso a todo Homicidios. Así que si yo fuera tú, iría pensando en dónde ir cuando ese momento llegue —su voz adoptó entonces un tono comprensivo—. Conozco a casi todos los jefes, yo podría hablar...

Aquí es Z-41. Oye, no hace falta que venga nadie más aquí, esto está controlado. La voz chirriante de la radio interrumpió a Duarte, que se acercó hasta el aparato, lo cogió y giró el rotor para bajar el volumen. Acto seguido, apoyó una mano en lo alto del cuadro de circuitos. De la chapa de metal emanaba un intenso calor y el ventilador bufaba como si se hubiera vuelto loco. Luego se volvió hacia su esposa.

—Cuando arriba deciden quitarse de en medio a un jefe de grupo —al decir esto, con el canto de una mano barría la palma abierta de la otra— saben que es muy difícil cambiar nada si no eliminan también a sus adeptos.

—¿Adeptos? —se indignó ella—. ¿De qué estás hablando?

—Puedo comprender la lealtad pero no el fanatismo. ¡Vamos, cariño, esto es solo un trabajo, no toda tu vida! Fuera de aquí tenemos cosas mucho más importantes que hacer y que conservar, o al menos quiero pensar que todavía es así.

Las últimas palabras de su marido cobraron forma en la mente de Raquel, en cuyo rostro huidizo se dibujó una tentativa de sonrisa nostálgica. La bruma de tristeza que envolvió la sensación de perder los recuerdos y los proyectos de una vida en común le hizo pensar una vez más que aún sentía algo por él.

—Míranos, Jacobo —se lamentó—. En vez de un matrimonio intentando arreglar las cosas parecemos dos extraños que discuten sobre opciones laborales. Y no es que me importe. Lo hemos hecho tantas veces últimamente que ya casi ha dejado de preocuparme. Lo que me desconcierta es esta maldita impresión de que ya no hay forma de entendernos.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que sí —insistió—. Dime de qué estás hablando, cariño, dime a dónde quieres llegar. Estoy harta de tener que romperme la cabeza para interpretar tus palabras. De tus celos infundados, disfrazados de consejos sobre lo que es mejor o no para mí en mi trabajo. Te guste o no te guste, a día

de hoy Silvio es el jefe de Homicidios, y por lo tanto el mío. El grupo funciona a su modo, pero funciona, y lo que no saquemos adelante es trabajo perdido que nadie va a resolver por nosotros. Puede que no hayamos hecho las cosas como debíamos y que Silvio cometiera el error de su vida, pero sus adeptos, como tú nos llamas, hemos pasado página y seguimos trabajando. No quiero que esto termine por convertirse en una absurda guerra entre ellos y nosotros... o entre tú y yo.

—Digas lo que digas, ese tipo es un mierda que no sabe lo que es trabajar en equipo salvo para mangonear a quien tiene cerca y apuntarse el tanto. Ni sabe lo que es actuar conforme a la ley si no es para saltársela cuando le viene en gana. Me trae sin cuidado que eso pueda costarle el puesto a cualquiera de sus policías, Raquel. Excepto si eso te ocurriera a ti.

—¿Solo es eso lo que te preocupa?

—Depende. ¿Tienes algo más que contarme?

Entonces, el pensamiento que desde hacía varios meses la mortificaba se presentó de nuevo en su memoria como un doloroso aldabonazo. Ni siquiera estaba segura de lo que él sabía. ¿Y si fuera este el momento de afrontar esa conversación pendiente? Al fin y al cabo, se dijo, la realidad siempre termina imponiéndose, y los errores del pasado acaban por convertirse en el bálsamo del futuro. Notaba su corazón latir, a caballo entre sus sienes y su conciencia, pero el remordimiento y la cobardía terminaron por aliarse cuando por fin se decidió a despegar los labios.

—No —mintió.

Raquel se colocó de nuevo frente al monitor. Jacobo sacudió la cabeza y abrió la puerta con cuidado, volviéndose para echar un último vistazo a la espalda y al rubio cabello de su mujer antes de pronunciar un adiós en voz baja y marcharse. La joven apoyó su frente en las manos y se mantuvo así durante unos minutos. Luego arrojó la botella de plástico a la papelera y consultó su reloj. Eran las 03:04 de la madrugada cuando el sistema volvió a emitir un aviso. Se puso los auriculares mientras al otro lado sonaba el tono de la llamada.

—¿Diga? —preguntó una voz.

—Soy yo. Necesito contarte una cosa. Es urgente —dijo Ionut Vasile.

IV CAPÍTULO

He visto las ciudades de muchos hombres y aprendido sus costumbres.

(Atribuida a HOMERO)

La Odisea

Mientras bajaba por las escaleras todo le pareció igual de previsible y cotidiano. La misma luz e idéntico ambiente, donde cada ruido, aunque por sí solo no significaba nada, aportaba su granito de arena al conjunto de esa Babel policial que comenzaba a resultarle irrespirable. Durante el breve itinerario se cruzó con varios rostros cuyas miradas esquivas guardaban la dosis exacta de desconfianza como para no ir más allá de un saludo cortés antes de continuar su camino. Se fijó asimismo en que las paredes seguían manteniendo el color de las promesas incumplidas, salpicadas de un aire mustio y desconchado. Recordó el último Día de la Policía, cuando el Delegado del Gobierno, además de con pinchos y canapés, se había llenado la boca con planes de reformas y compromisos de mejoras, y con la cantinela de que resultaba incomprensible que «a pesar de su excelente nivel, nuestras Fuerzas y Cuerpos de Seguridad se vean obligadas a trabajar en estas lamentables condiciones». Lo de siempre. Raídos augurios resbalando por las escaleras que conducían a Silvio hasta el sótano.

Cruzó el acceso de la zona de seguridad y llegó al primer sótano, donde se ubicaban los calabozos. El extractor estaba conectado, y la fina corriente de aire torcía la dirección del humo del cigarrillo que un policía consumía a hurtadillas detrás del mostrador. Silvio solo alcanzaba a ver su cabellera gris y rala, rematada en lo alto por unas gafitas de lectura. Le inundó la nariz el

olor acre y espeso de la miseria acumulada, mezclado con el sintético que despedían las colchonetas y mantas. Al fondo, uno de los detenidos gritaba «¡Jefe!» constantemente. El inspector continuó su camino y bajó hasta el segundo sótano. Nada más entrar, a sus oídos llegó el estampido seco y amortiguado de seis disparos, agrupados de dos en dos, que procedían de la galería de tiro. Pasó de largo entre las sillas diseminadas por la sala contigua y entró en el cuarto de control. Allí permaneció de pie, observando a través del cristal blindado el interior de la galería. La luz, ya de por sí tenue, era absorbida por la piel negra de la mujer cuya silueta atlética se recortaba sobre los blancos perforados por los proyectiles. Habían pasado escasos días desde su encuentro, pero la visión de su figura le hizo sentirse aún peor que la primera vez. Estaba de espaldas, mirando hacia el fondo de la galería. En la consola, una luz parpadeaba con monótona cadencia: tres, cuatro, cinco veces. Bip. Tras el pitido, el sistema automático giró los blancos hacia ella durante dos segundos. Pam, pam. Volvieron a plegarse bajo los auspicios de la lucecita latiendo. Le pareció más alta que como la recordaba. Su largo pelo moreno, recogido en una cola, caía sobre su espalda de manera calculada y meticulosa. Hasta en el más mínimo detalle era disciplinada, recordó él. La camiseta blanca de tirantes apenas cubría una piel que envolvía a la perfección músculos y tendones, aparentemente relajados hasta que se contraían abruptamente al sonar el pitido. Bip. Pam, pam.

No volvieron a desplegarse las dianas. Enfundó la pistola y bajó los brazos, inmóvil, como si necesitara un instante para aplacar la tensión y recuperar la calma. Respiró profundamente un par de veces y sacudió los hombros, sobresaltada por el movimiento de los blancos que acababan de girarse inesperadamente para exponer el resultado. Alguien había pulsado el botón desde la cabina. Entonces se volvió, y la vehemencia de su mirada atravesó las gafas de protección y el cristal blindado. El aire era helado en el cuarto de control, pero por primera vez en mucho tiempo, Silvio no fue capaz de distinguir entre el temblor y el escalofrío.

La puerta de seguridad se abrió y ella avanzó por el corredor que comunicaba la galería con la cabina. Cuando apareció en el umbral, el inspector la miró bajo la esclarecedora luz de los focos. Seguía siendo guapa. Más aún, bella. Tan bella como lo son las cosas que sabemos perdidas para

siempre. Dio un par de pasos hacia él y luego se detuvo, indecisa, pero lo suficientemente cerca como para que el aroma dulce de su fragancia le alcanzara.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó al fin.

Sus labios, de un intenso encarnado, quedaron entreabiertos, como si todas las respuestas posibles a la cuestión que acababa de plantearle pendieran, inciertas, de ellos. Silvio no supo qué responder. En realidad solo sentía un instintivo agradecimiento por el estruendo del extractor que apaciguaba de algún modo aquel incómodo silencio.

—Ha sido casualidad —se excusó—. Bajé para comprobar en el libro de registro los miembros del grupo que faltan por hacer el ejercicio mensual.

—Ah...

—No tenía ni idea de que volvías.

Sus palabras parecieron una rendición más que una confesión. Ella le lanzó una mirada tan fugaz que Silvio nunca hubiera advertido la contradictoria mezcla de alivio y decepción que contenía. Dejó los cascos y las gafas de protección sobre la mesa de control y se inclinó para desconectar el mecanismo automático de la consola.

—¿Sabías que acabo de ascender a subinspectora?

—Sí. Enhorabuena.

—Gracias... Mi traslado aquí salió publicado hace más de un mes en la Orden General.

—No suelo leerla. De cualquier modo, ha sido una sorpresa.

—Eso me pareció el otro día, en el patio. Ni siquiera te acercaste para saludarme —dijo tomando una pequeña libreta y un bolígrafo antes de encaminarse hacia la puerta—. ¿Vienes?

Entraron juntos en la galería, al ritmo del ahuecado murmullo que sus pasos arrancaban al suelo acolchado. 25 metros, leyó Silvio escrito en la pared mientras avanzaban. La perspectiva del recorrido a lo largo del túnel forrado en madera se le antojó una especie de regreso al pasado. Conforme se aproximaban a los blancos notó cómo el delicado perfume iba perdiendo intensidad, diluyéndose entre el fuerte olor de la pólvora en suspensión. 15 metros. Le parecía tan irreal estar caminando a su lado... Jamás hubiera podido imaginarlo, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que se habían

dicho adiós la última vez. 10 metros. Pero al fin y al cabo, por dura que sea la tormenta, nunca se sabe en qué lugar del inmenso océano puede materializarse de repente una isla en medio de la nada. 5 metros. Solo que en esta ocasión no estaba seguro de querer poner un pie en tierra ni un solo instante.

Dos blancos. Veinticinco disparos. Trece en el de la izquierda y doce en el de la derecha. Los impactos del blanco izquierdo estaban muy bien agrupados, observó. Los de la derecha también, salvo uno de ellos, desviado, fruto de la excesiva tensión del primer disparo. Por lo demás, una tirada tan precisa y eficaz como recordaba a la mujer que ahora, junto a él, calculaba la puntuación mientras anotaba el insignificante error con gesto contrariado. Cuando finalizó, quitó los corchetes de sujeción con presteza y retiró ambos blancos antes de arrojarlos arrugados a un cubo colocado al efecto.

—Me incorporo a la Brigada de Policía Científica —dijo mientras caminaban de regreso a la cabina de control.

Silvio dudó un instante antes de responder.

—Parece que de un solo golpe por fin consigues todo lo que querías.

Una vez en la puerta que daba acceso a la cabina, Silvio cedió el paso a su compañera, que accionó la manivela y entró en primer lugar. Luego, con aire cansado, se pasó la mano por detrás del cuello, echando a un lado la brillante cabellera de pelo oscuro y suspirando con aire resignado.

—Todo no... —murmuró.

Antes de que Silvio pudiera percibir el sentido de esas palabras, la mujer cogió un libro alargado con las tapas azules, lo abrió y pasó lentamente las páginas hasta dar con el último registro. La piel mulata de sus manos destacaba sobre el blanco impoluto del papel. Tomó un bolígrafo de plástico cuyo extremo estaba astillado y anotó su nombre, su número de carné profesional y la puntuación obtenida. Cuando terminó, cerró el libro y se lo alargó a Silvio.

—Toma, ¿no querías comprobar algo?

—Ah, sí. Gracias —respondió con torpeza.

Ella se puso en pie y recogió una bolsa de deporte que había junto a la puerta. Antes de salir, se giró hacia él.

—Me alegra volver a verte.

—Lo mismo digo.

Después, la mujer se marchó. Y cuando el sonido de la puerta cerrándose se disipó en el aire, Silvio se quedó allí completamente solo, sin más compañía que su estupefacción, sus recuerdos y el desabrido murmullo del extractor. Pasaron segundos, tal vez minutos, hasta que se decidió a abrir el libro de registro y buscar con avidez la última página escrita. El estremecimiento que negaba a su propio corazón escapó para alcanzar las yemas de sus dedos, que temblaron mientras recorrían los trazos de tinta azul con los que la mujer había escrito su nombre sobre el papel: *Zulema Ncara*.

Todos los oficios tienen su propio refugio. Las modernas salas del personal de los hospitales, con sus mesas de madera laminada, sus máquinas expendedoras y un televisor con el que consolarse por las interminables noches de guardia. Esas flamantes cafeterías privadas de los aeropuertos donde las tripulaciones comparten la intimidad que el tránsito y la lejanía del hogar imponen. O esos bares enormes de los polígonos industriales, saturados de trabajadores que maquillan con alcohol y calorías los efectos de los madrugones. Pero nada de eso puede compararse con un bar de policías. Algo muy alejado de un simple establecimiento donde se sirven café y otras bebidas. Es un territorio particular donde los tópicos se esfuman, excepto en aquellos casos en que se acentúan con insospechada brusquedad. Un lugar para el descanso, las discusiones más o menos provechosas y en algunas ocasiones, por qué no, para ajustar cuentas que siguen pendientes.

El local recordaba a uno de esos preventorios del siglo diecinueve, con techos altos y una considerable cantidad de espacio desperdiciado. No había trazas de estética allí. Las paredes mostraban ligeros abombamientos, como si los muchos años transcurridos les hubieran provocado inevitables tumores o deformidades. Solo en algunos momentos el bullicio de los parroquianos llenaba sus enrevesados huecos. El resto del tiempo, el bar guardaba con celo desconfiado los entresijos que esconde una profesión más allá del manido imaginario de la placa y la pistola.

En la pared del fondo, sobre un gran tablón de corcho, se amontonaban en fiera disputa por el mejor sitio decenas de carteles. Anuncios de pisos en alquiler, ofertas de peluquerías, promociones en el lavado de coches... El

revoltijo de letras, números y colores recordaba a esos cuadros que de cerca no parecen representar nada pero que vistos desde la suficiente distancia conforman una determinada imagen. Imagen que, desde su rincón, al otro extremo de la barra, Hugo Bográn había desistido hacía rato de intentar descifrar.

—¿No ha venido el niño?

El autor de la pregunta era Pepo, el único camarero del bar y a la vez el alma de aquel negocio. Tal vez por eso nadie sabía con certeza el nombre del establecimiento, porque para todos los policías aquel era, simplemente, el bar de Pepo. Con lo de *el niño* se refería en esta ocasión a Silvio, aunque utilizaba la misma forma para denominar a cualquiera de los dos compañeros que no estuviera presente. Hugo negó con la cabeza. Le resultaba extraño que su jefe de grupo se retrasara, más aún teniendo en cuenta que en unos minutos tenía pendiente una reunión con el jefe de la Brigada de Policía Judicial. Entretanto, Pepo había abierto y colocado sobre la barra un tercio de cerveza. Pero en su expresión, normalmente sonriente, había algo diferente esa mañana.

—¿Qué pasa? —preguntó Hugo.

El otro esbozó una sonrisa mohína, casi infantil, un gesto muy suyo cuando ardía en deseos de contar algo pero no sabía cómo abordarlo.

—Últimamente no paro de darle vueltas a la cabeza —respondió.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Esto —dijo describiendo un arco con el brazo— no funciona como es debido. Se ha estancado, le falta empuje.

El oficial le miró en silencio.

—Al otro lado de la calle han abierto un par de bares nuevos y se está notando el bajón. No puede ser por el precio, porque más barato que aquí... Pero a la gente le gusta el cambio, probar cosas nuevas.

—Tú eres un tipo ingenioso —señaló—. Si introduces algunos cambios...

Pepo negó con la cabeza.

—Los dueños se sienten seguros, están muy acomodados. Una contrata de este tipo es una bicoca. Te relaja mucho. Ellos con pagar facturas se conforman, pero yo no.

Hugo levantó de nuevo su tercio de cerveza justo en el momento en que Pepo sacaba otro de debajo de la barra. Aguardó hasta que lo hubo destapado

y brindaron despacio, sin entusiasmo. Los ojillos del camarero brillaban.

—Estoy pensando en Australia —dijo con una media sonrisa y en voz baja—. Mi cuñado trabaja allí. Cosa de antenas. Aquello es muy grande; mucho terreno y pocos habitantes, y las viviendas aisladas necesitan instalaciones potentes para recibir la señal de televisión. En fin, que le va muy bien.

Hugo miró el reloj. No porque la conversación le aburriera, sino porque Silvio se retrasaba ya diez minutos.

—Entre lo que tengo ahorrado y pedir un pequeño crédito, tengo para pagarme el viaje y tres meses de estancia. Mi cuñado me lo buscaría todo. Sería cuestión de probar suerte.

—¿No había nada más lejos? —se burló—. ¿Y si no funciona?

—Pues vuelvo. O me quedo a amaestrar canguros, ¡yo que sé! —rió Pepo.

—Veo que lo tienes claro.

—Creo que sí.

—Entonces, ¿por qué me lo cuentas? ¿Quieres compartirlo o que te diga que es una buena idea?

Los ojos del camarero eran ahora los de un gato melancólico.

—Las dos cosas —murmuró—. ¿Tú cómo lo ves?

A la barra llegaron tres policías del servicio de seguridad. Era su hora de descanso. Pepo les saludó y, sin preguntarles nada, se fue directo a la máquina del café para preparar dos cortados y uno con leche mientras canturreaba con su acento flamenco *Australia es un buen destiiiino...* Cuando terminó de servirlos, volvió a acodarse frente a su interlocutor, que en ese momento estudiaba el perfil de la única mujer del trío de uniformados. Era joven, más llamativa que guapa, con el pelo rubio recogido en una coleta que daba pequeñas sacudidas cuando se reía. Estaba junto a la ventana, y los galones dorados recién estrenados sobre sus hombros brillaban bajo el sol de media mañana que se colaba a través del cristal.

—¿Y tus hijos? —preguntó Hugo.

—Esos ya vuelan solos. ¡Qué coño! Más bien despegaron para no volver.

—Pero si la cosa va bien, ¿te planteas quedarte a vivir allí?

—Quién sabe... Además, ¿y si me echo una novia australiana?

Al oficial se le escapó una carcajada.

—¿Y qué culpa tienen las pobres?

Pepo había sacado la cartera y buscaba algo en su interior.

—En serio, para mí eso no es un problema. Voy, trabajo, hago dinero y ya pensaré cuándo volver. Nada me ata en verdad aquí. Ya aprenderé a utilizar Internet para hablar con los chicos; incluso —arrugó la nariz— creo que así hablaría más con ellos de lo que lo he hecho en los dos últimos años. En cuanto a mujeres, si hay suerte, vale, y si no...

Y diciendo esto arrojó sobre la barra una tarjeta de colores chillones. *Club Miau*, leyó Hugo, y debajo un número de teléfono móvil anotado a mano.

—Carolina —dijo muy ufano—. Me hace precio especial. Cuando la cosa aprieta, a mí por veinte euros me quieren —guiñó un ojo.

El oficial contuvo la risa echando un trago. Volvió a mirar en dirección a la joven agente que aún seguía departiendo con sus compañeros, pero sus galones ya no brillaban bajo un cielo que había comenzado a encapotarse. Cuando bajó el botellín, se topó con la mirada felina de Pepo, que lo observaba con ansiedad.

—¿Hay más? —preguntó casi al mismo tiempo en que se arrepentía de hacerlo.

—Sí. Pero es otro tema —susurró, bajando la cabeza—. Oye, ¿tú sabes cómo podría legalizar un revólver del .22?

Sin esperar respuesta, volvió apresuradamente a enredarse en la máquina de café, tal vez por la acumulación de clientes delante de la barra, por la mirada asesina que Hugo le había dedicado o porque Silvio acababa de entrar. El inspector estaba muy pálido, y una sombra de barba se asomaba a su piel. Su compañero cogió el botellín de cerveza y caminó hasta un rincón del local, tomando asiento en una mesa. De camino a ella, Silvio saludó con un gesto a Pepo, que en ese momento golpeaba contra el cajón metálico el cacillo del café.

—No tienes buen aspecto —saludó Hugo.

—Tú tampoco. Así ninguno destaca —soltó para cambiar de tercio rápidamente. Tenía prisa y se le notaba—. ¿Qué hay del registro en el piso de Vasile?

—Poca cosa. Un ordenador portátil, dos mil y pico euros escondidos dentro de una lavadora, un machete de monte y un par de porros.

—Eso no significa que sea inocente.

—Tampoco que sea culpable —repuso—. Aunque aún falta que los de Tecnológicos y Científica examinen el portátil para estudiar su contenido, pero hasta ahora solo tenemos aire.

—Al menos sabemos de dónde sopla.

Hugo miraba muy serio a su compañero, que se frotaba las manos bajo la mesa. Pepo llegó hasta ellos con el café solo largo en la mano, intercambiando dos o tres frases de cortesía con el jefe de Homicidios y volvió tras la barra. Conocía de sobra esas reuniones improvisadas en el último rincón del bar y, cuando las celebraban, procuraba no entretenerles más de lo necesario. Silvio extrajo de su bolsillo una pastilla blanca y alargada, la sostuvo un momento en su mano, observándola, para terminar introduciéndosela en la boca mientras bebía un sorbo largo de café. Cuando volvió a dejar la taza, una mueca de disgusto se dibujó en sus labios.

—¿Te duele?

Asintió. Había algo extraño en él esa mañana, reflexionó su amigo, pero no sabía el qué.

—¿Crees que nos hemos equivocado? —preguntó Silvio.

Hugo apuró el botellín de cerveza antes de responder.

—Creo que no hemos mirado en la dirección correcta. Vasile es un hijo de puta y se lo merecía. Si no está implicado en esto lo estará en otro asunto que aún no conocemos, eso me da igual. Pero este lastre está empezando a pesar demasiado y hay que soltarlo antes de que nos hunda.

—¿Y por qué habría de pasar eso?

El oficial tomó aire y miró a su jefe fijamente.

—Anoche Raquel interceptó una llamada de Vasile. Se citó con alguien para contarle algo. Por el tono de voz estaba realmente cabreado.

—¿Y qué? Es para estarlo —dijo iniciando una sonrisa que acabó por transformarse en una molesta tos.

—No conocíamos el número de teléfono de su interlocutor. Raquel se ha pasado toda la noche haciendo gestiones hasta que ha podido localizarlo.

Silvio se limitó a elevar las cejas. Consideraba estúpido preguntar algo cuya respuesta sabía que iba a obtener al instante. Pero Hugo no dijo nada. En vez de eso, extrajo su bloc de notas, escribió algo en una de las hojas, la arrancó y por último se la entregó a su jefe, deslizándola sobre la mesa. El

inspector leyó el contenido y su piel se tornó aún más pálida. Respiró hondo mientras se mesaba el atisbo de barba. Se le habían quitado las ganas de hablar. Tosió un par de veces, miró el reloj y sin añadir nada más se levantó de la mesa, dejando atrás a un preocupado Hugo, un café a medias que se enfriaba y a Pepo detrás de la barra fregando platillos mientras seguía cantando con su peculiar acento *Australia es un buen destiiiino...*

El despacho de Manuel Fuenteprada constituía un verdadero salto en el tiempo. Todo vestigio de modernidad desaparecía, engullido por el aroma penetrante de aquel mobiliario de nogal estilo *remordimiento*. Una rancia solera lo impregnaba todo, desde la fastuosa mesa con cubierta de cristal biselado hasta las estanterías plagadas de recuerdos y menciones, algunas de las cuales se remontaban a los inicios de Fuenteprada como profesional en el Cuerpo General de Policía, allá por el año 1973. Si algún tema de conversación desarmaba al jefe de la Brigada de Policía Judicial, ese era desgranar realidades y anécdotas de una época que él consideraba había sido la única verdaderamente policial. De las paredes colgaban diversas condecoraciones. Cruz al Mérito Policial con Distintivo Rojo y dos más con Distintivo Blanco. El título de licenciado en Ciencias Físicas constituía el único rasgo visible que recordaba vagamente a tiempos presentes.

El Inspector Jefe Fuenteprada poseía un difícil carácter que se agudizaba dentro de aquel despacho, desde el que gustaba de adoptar todas sus decisiones sin importar lo controvertidas que pudieran llegar a ser. Aquellas cuatro paredes estaban acostumbradas a contener los gritos que flameaban desde su garganta durante el transcurso de las reuniones o cuando las cosas no iban bien en la brigada. Por eso, cuando Silvio cerró la puerta tras de sí, ya había abandonado toda esperanza de que aquel fuera un encuentro de cortesía.

Se sentaron ambos. El jefe de Homicidios se mantuvo erguido en la silla estilo Luisloquefuera. Fuenteprada, en cambio, se inclinó hacia delante y le miró fijamente, con las manos entrelazadas. Parecía que iba a decir algo, pero en vez de eso se volvió y echó un vistazo por la ventana, como si quisiera asegurarse de que estaban solos.

—Lo que nos faltaba, que se fastidiara el tiempo —dijo—, con todo el

trabajo que tenemos ahora... Por cierto, ¿cómo se encuentran de ánimo los chicos?

Vaselina para comenzar. Cuando iba a entrar a degüello, el jefe de Policía Judicial sabía preparar el ambiente como nadie. Un señuelo para distraer la atención del incauto y a continuación podía estar destilándote puñaladas hasta que se le durmiera el brazo. Manuel Fuenteprada era perro viejo pero, pese a la diferencia de edad, Silvio también. Había contemplado demasiadas veces aquel método y sabía que, tras los muletazos, la estocada era inevitable, por lo que decidió bajarse de aquel tobogán cuyo destino sospechaba de antemano.

—Supongo que esto no es una reunión de evaluación del personal, Manolo.

Eran contadas las ocasiones en las que Silvio llamaba a su jefe por su nombre de pila. Los años compartidos en la misma comisaría no importaban. Distintas categorías, diferentes personalidades. Frente a quienes lo hacían a diario para congraciarse con él u obtener réditos, Silvio lo reservaba para ocasiones como esta. Su olfato para detectar encerronas era tan intenso como su odio hacia ellas. A mí no me la das, se dijo a sí mismo para aguardar seguidamente y con resignada paciencia a que su jefe estallara. Pero eso no ocurrió. Fuenteprada se limitó a abrir un cajón, sacar un paquete de tabaco y ofrecérselo a Silvio, que lo rechazó. El inspector jefe tomó un cigarrillo, lo encendió y se recostó en el sillón. Las volutas de humo ascendían, lentas y pesadas, mientras afuera el cielo había terminado de volverse gris por completo. Inesperadamente, Fuenteprada soltó una risita que dejó a la vista sus dientes amarillentos y las encías descarnadas.

—No podemos evitar lo que somos, pero por alguna razón las cosas resultan hoy muy distintas —comentó, dando una profunda calada.

Silvio observó el humo, todavía sin saber en qué dirección se movía, y se limitó a asentir con la cabeza.

—Las costumbres se han deformado tanto que no se parecen en nada a las de antes —tosió un poco antes de continuar—. Joder, hasta las charlas entre compañeros ya no son lo que eran. Si yo te contara las que teníamos cuando las mujeres ingresaron por primera vez en el Cuerpo...

—¿Las que teníais o las que evitabais?

Fuenteprada miró a Silvio a través del humo de un modo extraño.

—La rutina aumenta la confianza y acerca posturas, aunque a veces eso

puede volverse peligroso —dio otra calada lenta, como si retuviera un pensamiento.

—Explícate...

—No hace falta. Sabes perfectamente a qué me refiero. Como comprenderás, me da igual a quién te tires, pero si quieres un consejo, al menos hazlo con discreción. Empieza a haber rumores, y no quisiera que la tensión entre dos inspectores de mi brigada terminara a tiros por los pasillos.

Desprendidas las caretas de la cortesía y la formalidad, Silvio agitó la cabeza, decepcionado por la mundanidad de los argumentos de su jefe.

—¿Desde cuándo haces caso a rumores?

—Desde que sospecho que pueden ser verdad —respondió Fuenteprada—. Con la que está cayendo, lo último que me apetece es andar metiendo las narices en los líos de faldas de nadie. Simplemente te aviso: ten cuidado.

—Te agradezco el consejo, pero creo que está de más decirte que Raquel solo es una compañera más del grupo cuyo único delito es haberse integrado perfectamente. Superado el recelo inicial, claro.

—¿Recelo? —arrugó el gesto.

—A nadie le gustan las imposiciones, Manolo. Tampoco a ti, supongo.

—¿Las imposiciones... o las órdenes? —replicó muy serio.

Silvio lanzó un pequeño suspiro y elevó las cejas.

—Tú sabrás. Catorce minutas firmadas por compañeros veteranos y de probada solvencia aguardando durante meses en un cajón de mi mesa para optar a la única plaza disponible en Homicidios, y un lunes cualquiera se me presenta una agente de nuevo ingreso cuya existencia yo mismo desconocía —soltó con toda la acidez de la que fue capaz—. Pero en fin, sé que la idea no partió de ti, así que supongo que así es como funciona esto. Recibimos imposiciones que luego hacemos pasar por órdenes, jefe.

Había pronunciado muy despacio las dos últimas sílabas, satisfecho por el dardo envenenado. De perdidos al río, para lo que me queda en el convento, etcétera, concluyó. Fuenteprada dejó el cigarrillo sobre el cenicero y apoyó las manos sobre la mesa como si fuera a levantarse de un salto. Pero en lugar de eso permaneció sentado.

—Si me limitara a recibir imposiciones, ten por seguro que tú y yo no estaríamos manteniendo esta conversación.

Silvio apretó los labios.

—¿Me estás haciendo algún tipo de favor?

—Lo que estoy intentando hacer es mi trabajo —Fuenteprada recuperó el cigarrillo y dio dos caladas cortas—. No te estoy dando ninguna limosna, pero tampoco estás en situación de ponerte digno.

—¿A qué llamas dignidad? ¿A mi trayectoria, a mi rendimiento? Es increíble que a estas alturas un solo hecho te impida ver todo lo demás.

Fuenteprada se levantó de su asiento y se asomó a la ventana de nuevo. Había comenzado a llover, y a lo lejos se escuchó un trueno arrastrarse quedamente.

—Hace años los policías nos estorbábamos en los despachos. Sobraban *chapas* en investigación. ¡A la calle! ¡Más zapatilla!, solían decirnos —su voz había adquirido súbitamente un tono de derrota—. Al menos en los momentos duros teníamos buenos tipos donde elegir. En cambio, ahora no es fácil encontrar a alguien capaz de aparcar su vida personal y esas mariconadas de la conciliación familiar, y aguantar la enorme presión que eso supone. A mí me bastaron horas para comprender que tú sí eras uno de esos. Aquí nadie sabía más de tu vida que el personal de seguridad, y solo porque conocían al dedillo las horas a las que entrabas y salías, pero nada más. Inteligente, trabajador, con ese punto de arrogancia del novato que piensa que puede comerse el mundo. Hasta que la vocación, la avaricia o incluso esa misma arrogancia acabaron por hacerte dar pasos en falso y perder el norte.

—¿Y ahora es cuando se supone que empiezas a hablarme claro?

—Sabes de sobra de qué estoy hablando.

—No suelo andar figando en la vida de mis compañeros, y aún menos en la de mis jefes —dijo Silvio—. Si tienes un móvil privado, allá tú. Que yo sepa, solo a tu mujer podría llegar a importarle si llegara a saberlo. Y a lo mejor hasta ni eso.

Fuenteprada giró a medias la cabeza. Los dedos que sostenían el cigarrillo le temblaban ligeramente.

—Guárdate tu descaro para otros, Tanco, o a lo mejor se me olvida quién soy y dónde estamos —le advirtió con dureza—. Tienes tablas, pero aún te faltan muchos años y experiencia para distinguir en qué ocasiones debes preocuparte cuando suena un teléfono móvil no declarado para darte una

información. Y la de un confidente acusando a dos agentes de mi brigada de torturas, secuestro y amenazas es una de ellas.

Las espirales de humo danzaban ahora con frenética rapidez alrededor del grueso escorzo de Fuenteprada. Silvio recordó entonces el nombre de su jefe de brigada escrito en la hoja de papel que Hugo le había mostrado hacía unos minutos en el bar. Al menos las cartas ya estaban sobre la mesa. Y eso le hacía sentir una inesperada calma interior.

—¿Le crees? —preguntó.

—No te preocupes por lo que yo crea, hazlo por lo que el médico forense refleje en su informe. Me importa un carajo lo que me cuente un aprendiz de mafioso sobre mi gente, son los hechos que se demuestran en un juzgado los que pueden llegar a afectarme.

Fuenteprada bajó la mano que sostenía el cigarrillo casi consumido y miró con ansiedad a Silvio.

—¿Qué ha pasado con su hija?

—Ionut Vasile sabe quién mató a Gerardo Barruezo, o al menos de quién partió el encargo. Y me lo va a decir. Ya lo creo que me lo va a decir.

En los ojos de Silvio brillaba una excitación contenida.

—No solo se ganan batallas a hostias, Manolo —continuó—. Lo sabes mejor que yo. Cogimos a ambos, los sacamos de allí y nos llevamos a cada uno por un lado. La chica putea en la carretera de la costa, así que la trasladamos al piso para mujeres maltratadas de las Hermanas Claretianas, con la excusa de protegerla. No nos costó convencer a las monjitas de que es una testigo protegida algo rebelde y de que debían tenerla vigilada noche y día para evitar que escape. Di orden de que hubiera un policía vigilando permanentemente el piso, por si acaso. Mientras tanto, a ese imbécil de Vasile le ronda por la cabeza cualquier drama descabellado, que supongo es el que te contó anoche.

Fuenteprada titubeó un momento para terminar apoyando una mano en el respaldo de su sillón.

—¿Te parece un drama descabellado torturar a un hombre y mantener retenida ilegalmente a su hija?

Había un imperceptible temblor en su voz. No tanto por el relato que Silvio acababa de referirle sino porque tal vez empezaba a representarse las

consecuencias.

—Me parece aún peor que una red mafiosa que emplea sicarios se instale en nuestra ciudad y no hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para evitarlo.

Su jefe volvió a tomar asiento. Retorció la colilla sobre el cenicero, abrió un cajón y extrajo una carpeta de color rosa palo. En la portada estaban escritos las siglas D. P., un número y el año en curso.

—No sé si vas por buen camino en la investigación, pero desde luego te has equivocado en las formas. Ionut Vasile te ha denunciado en el Juzgado de Guardia. Esta mañana me he puesto en contacto con la jueza Téllez, que me lo ha confirmado. Por cierto, no quieras saber cómo está. Por el juzgado será mejor que no te acerques hasta que te llamen para prestar declaración como imputado, que será lo más seguro. Aquí tienes las diligencias previas —dijo, entregándole la carpeta.

Silvio hojeó las hojas fotocopiadas. Todas ellas selladas y rubricadas por el juzgado del que Asunción Téllez era titular. Su corazón se aceleró un poco al recorrer las líneas. Había que reconocer que todo estaba muy bien descrito, aún a pesar de constar detalles que en ese momento le resultaban difíciles de recordar. Pero la lectura de aquel relato de golpes, amenazas, sangre y privación de libertad a manos de dos agentes de la Autoridad haría necesitar un buen colirio para los ojos a cualquier juez de instrucción. Cuando terminó, volvió a cerrar la carpeta, dejándola sobre su regazo, y miró con aire interrogativo a su jefe.

—Ahora ha dejado de ser una cuestión de buenos o malos —se lamentó este—. Ni siquiera de halagos o decepciones. Teníamos entre manos un caso muy complicado de asesinato y lo habéis puesto en peligro por vuestra torpeza. Acabas de abrir un frente muy delicado.

—Está bien. Ya me lo has dicho todo —dijo Silvio, levantándose.

—No he terminado —añadió Fuenteprada—. El Comisario Provincial y el Jefe Superior ya tienen conocimiento de esto. Se os va a abrir una información reservada por si procediera la apertura de un expediente disciplinario.

Silvio acertó a distinguir un poso de rabia y tristeza al mismo tiempo en los ojos de Fuenteprada, que ahora estaban fijos sobre él.

—Aún tengo que explicar casi a diario por qué te mantengo aquí. Todos

me lo preguntan: el Delegado del Gobierno, el Jefe Superior, la mitad de los jueces y fiscales de esta ciudad... Joder, en cada charla informal, en cada curva en la que se tuerce alguna investigación, sale tu nombre a relucir, y ya estoy empezando a cansarme de justificarte.

—Durante los últimos ocho años trabajando para ti y resolviendo homicidios, supongo que en esas mismas charlas mis resultados me justificaban de sobra. Si no es cuestión de justicia, que al menos lo sea de perspectiva.

—Es tu manera de comportarte la que te está condenando también de sobra —masculló Fuenteprada.

La frase se diluyó en el sordo rumor de la lluvia que arreciaba fuera. El olor dulzón de la madera templada danzaba por el despacho. Silvio tosió un par de veces antes de volver a dejar la carpeta sobre la mesa y ponerse en pie.

—¿Ordenas algo más?

—Sí —murmuró Fuenteprada con los ojos puestos en la portada de la carpeta—. Ten mucho cuidado a partir de ahora. Advertido estás.

Silvio salió del despacho dejando tras de sí a dos personas: un inspector jefe que sostenía entre sus dedos otro cigarrillo mientras pensaba la manera más rápida de quitarse de encima un problema y un hombre que lo que en realidad deseaba era prenderle fuego a aquella maldita carpeta y fumársela de una vez.

V CAPÍTULO

Su figura no le interesaba; no existía para él como cuerpo, solo como una fragancia incorpórea.

PATRICK SUSKIND

El perfume

Pese a su descuidada forma en el vestir, los agujeros en las aletas de la nariz y las orejas que delataban los exagerados vestigios de unos *piercings* ya desaparecidos, la chica era realmente atractiva. Sin embargo, el hombre que acababa de traspasar la puerta apenas se fijó en ella.

Anduvo un buen rato husmeando entre los rincones sin dirigirle ni una mirada, enfrascado en el género irregular que poblaba las estanterías del establecimiento, sin llegar a mostrar un interés particular por nada en concreto. A veces, uno de sus dedos rozaba levemente algún objeto, recorriendo su superficie con delicadeza para volver a flotar, dubitativo, en el aire. El típico aburrido que viene a pasar el tiempo, determinó ella antes de volver a enfrascarse en su lectura. Pero no había llegado a la segunda línea cuando volvió a levantar la cabeza. Los sigilosos pasos del desconocido habían cesado y ahora se encontraba detenido frente a algo que ella no podía ver al quedar oculto tras uno de los muebles, pero que conocía a la perfección. El hombre había arqueado un poco las cejas y bajo la espesa barba negra parecía fruncir los labios con un atisbo de satisfacción. Los dedos de la joven temblaron entre las páginas a medio cerrar del libro en edición de bolsillo que sostenían, y en su fuero interno no pudo evitar un regocijo nervioso que le hizo sonreír con incredulidad.

—¿Le gusta? —preguntó—. Está rebajado.

El cliente hizo ademán de girarse pero, tras las grandes gafas de cristales ahumados, sus ojos se mantuvieron fijos en el objeto que había llamado su atención. Su perfil mostraba ahora un gesto desencantado, como si no fueran esas las palabras que esperaba oír.

—Créame, el precio no me preocupa —dijo, volviendo a arrugar los labios y palpándose los con el dedo índice—. Pero sus formas... cómo se unen a través del color... Es realmente impresionante.

La joven volvió a sonreír, ya sin disimulo, levantándose de su asiento. Rodeó el mostrador para acercarse al hombre, y al llegar hasta él contempló el cuadro a su lado, como si fuera la primera vez que lo hacía, dejando que sus retinas se impregnaran de una imagen que su imaginación jugaba a antojársele recién descubierta. Tan novedosa como la sensación de orgullo que le invadía.

—Su atmósfera es asfixiante, ciertamente —continuó el cliente. Sus palabras sonaban grises, como si cabalgaran a lomos de la misma sombra que ocultaba sus rasgos y su apariencia—. Esa hermosa figura femenina que todo el mundo suele identificar con ilusión y felicidad, aquí causa una sensación de desasosiego.

—En realidad, esa mujer representa la rebeldía ante una fatalidad que, sin embargo, ha aprendido a aceptar como inevitable —explicó ella.

—¿Está usted segura?

—Al menos eso pretendía expresar cuando lo pinté.

Un pesado silencio cayó sobre ambos. Seguían juntos, hombro con hombro, orientados hacia el cuadro colgado en la pared. El hombre había girado su cuello y la miraba ahora, pero el excitado semblante de la joven seguía tan pendiente del lienzo que no pareció reparar en el análisis del que estaba siendo objeto. Los ojos de él recorrieron la piel de su cuello, demasiado gastada a pesar de su juventud, y que se perdía bajo la tela de una camiseta negra cubierta por una chaqueta del mismo color. Se fijó en el llamativo agujero que atravesaba la aleta derecha de su nariz, preguntándose qué tipo de adorno habría podido albergar para dejar una marca de ese tamaño. Un repentino picor en el ojo impidió a la joven darse cuenta de la mueca de complacencia que se había instalado en la boca de aquel tipo.

—¿Entonces...? —se interesó.

—Me lo llevo.

El hombre hizo ademán de ayudarla, pero ella lo rechazó con viveza. En un santiamén descolgó con agilidad el lienzo de la pared. Despacio, lo colocó sobre el mostrador para prepararlo, envolviéndolo con lámina de burbujas para hacerlo seguidamente con papel de embalaje. Cuando lo hubo terminado, guardó en la caja el dinero que el cliente había depositado en sus manos.

—Me alegro de que le haya gustado. Ha hecho usted una buena compra — afirmó.

—Estoy seguro.

—¿Es usted coleccionista o algo parecido?

—No. Solo soy un modesto apasionado del arte.

El hombre cogió el paquete y lo sostuvo en el aire unos segundos, luego pareció darse cuenta de algo y volvió a dejarlo sobre el mostrador.

—Oiga, ¿me haría usted un favor? —preguntó.

—¿De qué se trata?

—He aparcado mi coche un poco lejos, ¿podría dejar esto aquí mientras voy a buscarlo?

—Claro, no se preocupe.

Todavía sonaba en el aire el tintineo del avisador de la puerta cerrándose cuando la joven pegó un gritito de alegría. Por fin una pequeña esperanza en medio de la incertidumbre que amenazaba constantemente la aventura de haber montado aquel negocio. Pero no era la venta que acababa de hacer lo que le producía esa sensación de júbilo, sino la confirmación de que su arte, su obra, la plasmación pictórica de su perspectiva del mundo había logrado calar en alguien. Aquello le hacía sentirse feliz y con la renovada esperanza de lograr su objetivo. Se imaginó retomando su frustrada vocación, entregándose a la creatividad de dibujar la vida tal y como la percibía. El triunfo del arte sobre la incomprensión. Pero su fugaz fantasía se vio interrumpida por la silueta del hombre golpeando con los nudillos el cristal de la puerta. La joven tomó el cuadro entre sus manos y se dirigió a la salida. Ya había anochecido, y en el pequeño callejón donde se ubicaba la tienda no había un alma. El hombre aguardaba junto al coche cuyos neumáticos gastados reposaban sobre el empedrado.

—Puede dejarlo ahí —le indicó.

Apoyó el lienzo embalado sobre la parte trasera de la carrocería que el

cliente le señalaba. El hombre accionó el cierre del maletero y, cuando lo abrió, en lugar de recoger la pintura, se quedó quieto, mirando a la joven con fiera intensidad. Incómoda, dio un paso atrás, pero la curiosidad pudo con ella, y de sus labios brotó una sencilla inquietud.

—Ni siquiera me ha preguntado por el nombre del cuadro.

—No te preocupes —dijo agarrándola de un brazo y lanzándola violentamente al interior del maletero—. Vas a tener tiempo de sobra para contármelo.

Al chasquido del arma montándose le siguió un espeso silencio, como si la propia calma de la noche aguardara, tensa, el disparo. Pero lo único que se escuchó fue el sonido de los metales rozándose de nuevo. Una tenue luz se filtraba por las ventanas del cobertizo de madera construido junto a la vetusta casa de campo. En su interior, a través del cristal, se vislumbraba la sombra de un hombre que se afanaba en manipular algo que su cuerpo ocultaba. Sus brazos temblaron ligeramente. Lo que quiera que fuese sobre lo que hacía fuerza se le resistía. Alcanzó con su mano derecha un bote de aceite, pulverizó un par de veces y sus manos se elevaron para comprobar bajo la luz si había logrado su objetivo. El haz iluminó un impecable rifle de acero negro y cachas de nácar, y cuyo brillo se perdía por los entresijos de la torsión del cañón. Se giró hacia la ventana, volvió a montar el arma y apuntó hacia el exterior. Encaró uno de sus ojos con el visor, parpadeó dos veces y dejó de apuntar. Giró el rifle hacia un lado, lo contempló de perfil y pasó el dedo índice por el exterior del guardamonte, comprobando que no quedaba resto alguno de aceite que secar. Iba a montarlo de nuevo cuando un golpe sonó afuera. Se detuvo un instante y aguardó. Volvió a repetirse el golpe. Rápidamente accionó el interruptor y el cobertizo quedó sumido en la oscuridad. Todo parecía en calma. La luna en cuarto creciente poblaba de franjas plateadas y sombras la extensa llanura delimitada por el pinar a partir del cual se levantaba un pequeño cerro. De pronto divisó una sombra agazapada, detenida junto a la verja metálica. Dejó el rifle sobre la rudimentaria mesa de madera, abrió la puerta y se mantuvo quieto, junto a ella, contemplando con los ojos entornados cómo Silvio intentaba colocar torpemente el apero de labranza que había

derribado sin querer al entrar.

—Hay almas en pena más silenciosas que tú —dijo Hugo, haciéndose a un lado.

—También menos sedientas —protestó mientras entraba en el cobertizo.

El inspector dejó caer pesadamente una gran bolsa de nailon junto a la entrada. A pesar de su fatigado aspecto, atrapó con agilidad la lata de cerveza que su compañero le había lanzado.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó, destapándola.

—Una hora y media. Dos, a lo sumo. Es un coto bastante nuevo, apenas si lo han trabajado en los últimos cinco años. Además, quienes lo llevan son de fiar. Te gustará.

Silvio asintió mientras bebía con avidez el líquido amargo. Cuando acabó, arrojó la lata a la papelera, se agachó y abrió la cremallera de la bolsa. La tapa metálica del bote relució bajo la luz de la lamparita que Hugo había vuelto a encender.

—Lo trajiste...

—Sí. A los cochinos les encanta revolcarse en esto.

El fuerte olor a diesel hizo a Hugo arrugar la nariz. Inspiró un par de veces y abrió el botellín de cerveza que había sacado de la nevera. Se frotó los dedos entumecidos por el frío del cristal mientras Silvio cerraba de nuevo la bolsa. Cuando volvió a notar sensibilidad en sus manos, el oficial miró la muda silueta de su compañero en la penumbra.

—¿Le estás dando muchas vueltas?

—No. ¿Y tú?

La vigorosa fricción de sus manos fue la única respuesta de Hugo en el silencioso helor de la madrugada.

—Vámonos —dijo Silvio, incorporándose—. Nos queda un largo camino antes de poder cazar el primer jabalí.

—¿Y esto? —preguntó Hugo señalando el bote—. ¿No lo metes en la bolsa?

—Si nos paran los del SEPRONA será mejor que nos lo encuentren en el maletero. Está prohibido echárselo a los marranos, pero no creo que pongan pegas porque llevemos una reserva de combustible.

Cerraron el maletero de la furgoneta con las dos bolsas, las armas y la

munición en su interior. Hugo ocupó el asiento del conductor, se sopló varias veces con fuerza en el hueco que formaban sus manos y arrancó el motor. Silvio se acomodó en el asiento de al lado, conectó la calefacción y miró a la luna, limpia e hiriente, brillando en todo lo alto.

—Siento no poder turnarme contigo, colega —dijo sonriendo—. Puedo darte conversación durante el camino, todo lo más...

—No te preocupes —respondió Hugo—. Con que te calles y pongas la radio será suficiente.

La furgoneta se puso en marcha descendiendo por el estrecho sendero de tierra. Cuando hubo recorrido unos pocos metros, Hugo miró por el espejo retrovisor. Su casa ya había desaparecido engullida por la bruma de la madrugada.

—Otra llamada. La voz suena un tanto extraña. No tengo más datos —informó Leticia por el pinganillo.

César Velano levantó la vista del atril sobre el que barajaba distraídamente las cartas.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarte?

La voz distorsionada hablaba apresuradamente, con cierta ansiedad.

—Hola... Tengo preguntas.

—Muy bien, tal vez yo pueda responderlas.

—Es posible. Puede ser, sí...

—¿Qué te preocupa?

—Te veo todas las noches, César.

—Gracias, eres muy amable. Hazme tu pregunta.

—En serio, no me pierdo ninguno de tus programas. Me siento aquí a esperar que empiecen y los veo de principio a fin. Me encanta.

—Gracias, de verdad, muchas gracias. ¿Sobre qué quieres preguntarme?

—Ah, sí. Sobre la salud.

—La salud. Muy bien. ¿Cómo quieres que te lo mire? Puedes elegir una videncia intuitiva, las runas, las cartas del tarot...

—Las cartas del tarot estarían bien.

—De acuerdo —dijo César barajando el mazo de cartas. Cuando terminó,

lo dividió en tres partes iguales—. Dime, ¿izquierda, centro o derecha?

—Ehm... izquierda.

—Izquierda. Perfecto.

Con un hábil gesto refundió los montones situados sobre el atril en el centro y a la derecha, situando el puñado de la izquierda a un lado y separando las cartas una a una.

—Has tenido ciertos problemas de salud, sobre todo en la zona del estómago y el intestino, pero nada grave.

—Puede ser —el tono de la voz parecía algo más relajado—. ¿Qué más aparece?

—Las cartas me dicen que deberías controlar tu colesterol. Tal vez esté todo relacionado. El estómago, el colesterol...

—Asombroso —la voz se iba tornando cada vez más pausada y segura—. Dime, ¿cómo eres capaz de ver todo eso?

El presentador miró fijamente a la cámara.

—Lo importante está aquí —dijo tocándose la frente con un dedo—, en la capacidad de videncia que solo los verdaderos expertos poseemos. Estos naipes me ayudan a enfocar las sensaciones que acuden a mi mente para interpretarlas en tiempo y forma. Pero ya que tienes curiosidad, permíteme decirte que proceden del antiguo Egipto, concretamente del dios Thot.

—Interesante.

—Y tanto. ¿Sabías que las figuras de los arcanos mayores están grabadas en un pasillo de la pirámide de Keops?

—Eso es difícil de creer, César —replicó—. Salvo que seas capaz de explicar cómo, dentro de esos arcanos, una carta de clara influencia medieval como es La Papisa, pudiera ser ya conocida en el antiguo Egipto, varios miles de años antes del Medievo.

—Hay expertos que afirman...

—¿Expertos en qué? —le interrumpió—. No te he mentado. Eres poco menos que una obsesión para mí. Me fascina sentarme aquí, cada noche, para contemplarte pontificando acerca de leyes sobrenaturales y tradiciones milenarias. Siempre argumentas opiniones de expertos, sabios y autoridades mundiales pero, ¿puedes explicar en qué disciplinas?

—Este programa...

—Explícamelo, por favor.

—Este programa —alzó la voz— está realizado por un equipo de profesionales que pretendemos ayudar a todo el mundo con sus problemas, para lo cual empleamos los dones que nos han sido otorgados. No estamos aquí para promover debates ni mucho menos para dar clases de historia.

—Hum... Resulta pretencioso calificar de historia la mayor parte de los cuentos a los que aludes una noche tras otra.

César hizo un imperceptible gesto con el mentón que pasó desapercibido para los presentes en el plató, excepto para Leticia. Un segundo después, la llamada se había cortado.

—El directo es así, queridos televidentes. En este programa nos tomamos nuestro trabajo muy en serio, pero hay personas que no lo comparten ni respetan a quienes lo hacemos. Y lo demuestran con llamadas como la que habéis tenido que escuchar y por la cual os pido disculpas. ¡Pero no importa! —exclamó—. ¡Hemos de continuar con nuestro programa! Vamos a seguir ayudando al mayor número posible de personas. Solo tenéis que llamar al número de teléfono que aparece sobrepreso en pantalla.

—Pasamos unos minutos a publicidad —escuchó por el auricular.

—Vamos a tomar un pequeño descanso. En unos minutos estaremos de nuevo con vosotros.

Estaban fuera. César rechazó con gesto malhumorado la asistencia de la maquilladora. Se dirigió hacia una mesa oculta por un rincón del decorado y se sirvió un vaso de agua. Leticia se acercó y, cuando la tuvo frente a él, la fulminó con la mirada.

—¡No sé cómo coño filtráis las llamadas!

—Para eso habría que tener datos y algún criterio. ¿Cómo esperas que lo hagamos sabiendo tan solo que es una persona que parece una flipada del esoterismo?

—¡Bah! —César apuró el vaso y golpeó la mesa con él al dejarlo—. Ni siquiera sabéis hacer vuestro trabajo —le espetó, dándose media vuelta y volviendo al centro del plató.

Leticia sacudió la cabeza antes de encaminar sus pasos de nuevo hacia la cabina de realización. Mientras tanto, Julio anunciaba la vuelta al directo alzando tres dedos de su mano.

—Estamos dentro en 3... 2... 1...

—¡De nuevo con vosotros, amigos y amigas televidentes, en vuestro programa, *Astroesotérico!* —dijo con una sonrisa—. Soy César Velano, acompañado por mi magnífico gabinete de videntes, y estamos dispuestos a que paséis con nosotros una noche mágica. Llamad ahora mismo al teléfono que aparece en pantalla y planteadnos vuestros dilemas. Juntos hallaremos una solución. Ya lo estáis viendo —abrió los brazos—: cualquier persona, sin distinción de sexo, edad o posición social puede acceder a nuestra videncia, además de contar con la intercesión del Espíritu Santo, que nos ilumina y nos da fuerza esta noche. No lo penséis más. ¡Estamos en conexión total, amigos, aquí, en *Astroesotérico!*

La sintonía del programa irrumpió con fuerza mientras, desde la mesa de mezclas, seleccionaban planos dinámicos del plató. César se ajustó el cuello de la camisa, dio dos ligeros tironcitos al faldón de la chaqueta y se dispuso a recibir la próxima llamada.

—Buenas noches.

—Hola, César.

—¿Cuál es tu pregunta?

—En realidad sigue siendo la misma que hace unos minutos.

El rostro del presentador se puso lívido.

—Joder —dijo para a continuación dar un ligero carraspeo—. Oye, mira...

—Cuánta formalidad —se burló la voz.

—No emitimos este espacio para servir de mofa a nadie. Te repito que ayudamos a las personas, simplemente. Este es un programa serio, así que deja de...

—Llamar trabajo a desplumar incautos mediante una sarta de embustes resulta, cuando menos, pretencioso. Pero calificar de serio un espectáculo así ya es un insulto para cualquier inteligencia.

En la cabina de realización, Leticia se acercó por detrás al puesto de Néstor y apoyó su dedo sobre el conmutador del teléfono.

—Vamos a cortar la llamada —anunció por el pinganillo.

—¡No! —exclamó César, enfadado—. Dejadme responderle.

—Así me gusta —se escuchó por los altavoces del estudio—. De vez en

cuando hay que saber contravenir las normas.

—Los escépticos como tú me hacen mucha gracia, de veras. Incrédulos que consideran que solo la ciencia puede explicar el universo en su totalidad pero luego son incapaces de dar una sola respuesta lógica ante hechos maravillosos e inexplicables. Cómo la videncia, la astrología o las ciencias esotéricas se ponen al servicio del conocimiento, ayudando a prever desgracias, localizar desaparecidos o sanar a personas desahuciadas por los médicos. Cómo alientan y dan fe a aquellos que lo daban todo por perdido. Los ateos y demás ignorantes que disfrutan burlándose de nosotros son incapaces de admitir, ni tan siquiera de comprender, la grandeza de las ciencias ocultas. Pero por desgracia, la ignorancia y el fanatismo siempre han estado ahí. Miren si no a Galileo, condenado a la hoguera por realizar descubrimientos que cambiaron la historia de la Humanidad. ¡También en su época se rieron de él! Exijo respeto para nuestras creencias y para los millones de ciudadanos que se benefician de ellas.

César mantenía su mirada orgullosa fija en la cámara, la cabeza elevada y la pose altiva. Parecía reforzado por el improvisado discurso que había dirigido a su interlocutor, cuyo mutismo había provocado un silencio sepulcral en el plató que duró hasta que el sonido seco de unas lentas palmadas lo interrumpieron.

—¡Bravo, magnífica exposición! Casi has logrado conmoverme. De hecho, creo que has emocionado a los millones de telespectadores que, según tú, se benefician de las ciencias ocultas. Pero has olvidado mencionar un pequeño detalle: el beneficio que dichas ciencias obtienen de ellos. ¿A cuánto pagan el minuto por llamar al teléfono que aparece en pantalla? No lo leo demasiado bien. Tengo buena vista, pero la letra es tan pequeña...

—Muchas personas y sus familias comen de esto. ¿Pretendes que trabajemos gratis?

—Ni se me ocurriría. Pero cobrar engañando a la gente es algo bien distinto.

—¿Tienes algo más que añadir? Vamos a terminar con tu llamada. Me temo que hay mucha gente esperando y el programa debe continuar —remató con una hierática sonrisa.

—Tendría tanto que decirte... pero ambos sabemos que en televisión el

tiempo es fundamental, así que déjame puntualizar una cosa. El ejemplo de Galileo ha sido realmente original. Por poco cuela. Si no fuera porque en realidad Galileo era un científico, y quienes le cuestionaron y condenaron a muerte fueron, precisamente, fanáticos de la religión que sometían a la ciudadanía bajo la imposición de supercherías y falsedades pseudocientíficas como las que vienes a contarnos aquí.

—Se acabó tu tiempo. Buenas noches.

César se mantuvo en silencio mientras el sonido ambiente aún permitía escuchar una respiración tranquila al otro lado de la línea telefónica. Leticia apretaba una y otra vez el conmutador sin resultado.

—No puedo cortar la llamada —gruñó—. Este maldito chisme no funciona.

Sonó de nuevo la risa pausada y tranquila, amplificada por los altavoces del plató.

—Me temo que intentar callarme no va servirte de mucho, así que ponte cómodo. La velada no ha hecho más que empezar.

—¿Qué coño es esto, una broma?! ¿Quién eres?! ¿Uno de esos capullos de las asociaciones de escépticos?!

—Mi identidad es lo de menos, te lo aseguro. Carece de toda relevancia —dijo, y tras unos segundos en los que pareció reflexionar, añadió—. Pero si tan importante es para ti, puedes llamarme Ofiuco.

—¿Cómo?

—La decimotercera constelación del Zodíaco. Bueno, decimocuarta si tenemos en cuenta a Cetus. Pero la ballena alberga al disco solar durante tan pocas horas en los días finales de marzo que podemos obviarla tranquilamente. Sin embargo, ¿cómo puedes ignorar la existencia de Ofiuco?

—Esa constelación no está oficialmente reconocida.

—Te equivocas otra vez, César, qué decepción —suspiró—. Tú, que te defines como la máxima autoridad del ocultismo, deberías saber que Ofiuco es parte del Zodíaco de pleno derecho. El Sol pasa por esa constelación aproximadamente desde finales de noviembre hasta mediados de diciembre. Por tanto, ¿qué razón tenemos para excluirla?

—Las constelaciones no son más que un instrumento de medición. En realidad son los planetas los que...

—Claro —le interrumpió—. Eso mismo dijeron cuando el descubrimiento de la nueva constelación pilló a tus colegas astrólogos y mercachifles con el paso cambiado. Cómo evitar entonces que los... ¿cómo dijiste? ¡Ah, sí! Millones de personas que se habían beneficiado de las ciencias ocultas adquiriendo, previo pago de su importe, una carta astral personalizada, se sintieran estafadas porque la recién revelada figura convertía la supuesta fortaleza moral que les confería el ser Sagitario en una presunta capacidad sanadora propia del nuevo signo...

César parecía cada vez más encolerizado. Sus ojos buscaban continuamente a Julio, que se movía atropelladamente entre el plató y la cabina de realización intentando detener aquello sin resultado.

—Hicisteis lo de siempre —añadió—. Reinventaros y sacar de la manga el truco de la influencia de los planetas.

—Ninguna ciencia es inmutable —protestó el vidente—. Si hay nuevos cambios, nos adaptamos a ellos.

—No te esfuerces, mi querido amigo. Seamos sinceros: Ofiuco es lo de menos. Solo es una pequeña muestra de la gran mentira que es la astrología.

—Esa mentira, como tú la llamas, ha guiado nuestros designios durante siglos.

—¿Te fiarías de la medicina si todavía siguieran vigentes las técnicas que Hipócrates aplicaba? La recopilación más antigua de constelaciones se la debemos a Ptolomeo, que en el siglo II escribió *He Megále Sintaxis*. El Gran Tratado, que fue la base de otros tantos compendios posteriores. Claro que solo contempla las formaciones estelares localizables desde Alejandría, lugar donde realizaba sus observaciones; además de que, por supuesto, ignora cuestiones básicas como la refracción atmosférica o todos los cuerpos celestes que han sido descubiertos con posterioridad a lo largo de los siglos y que presuntamente también deberían ejercer influencia sobre los seres humanos.

César se dejó caer sobre el atril con un sonoro bufido. Sería cuestión de unos incómodos segundos, tal vez minutos, que el equipo de producción lograra cortar la llamada y poner fin a aquella ridícula situación.

—Me he permitido hacerte un regalo, Maestro Velano —continuó la voz—. No tengo experiencia en esto, pero he diseñado una carta astral basándome en el lugar y la fecha de tu nacimiento. Veamos: Valencia, quince de febrero de

mil novecientos sesenta y ocho, a las trece horas y cuarenta y siete minutos.

—¿Cómo demonios...? —balbució César.

—La magia de Internet, mi querido amigo. Te sorprenderías de la cantidad de datos aparentemente inútiles que circulan por la red. Pero a lo que vamos: tu carta astral indica que tienes la necesidad de que otras personas te quieran y te admiren. Sin embargo eres muy crítico contigo mismo. Aunque tienes algunas debilidades en tu personalidad, generalmente eres capaz de compensarlas para que no se noten. Disciplinado y controlado hacia afuera, tiendes a ser preocupado e inseguro por dentro. Te sientes orgulloso por ser un pensador independiente y no aceptar afirmaciones de otros sin pruebas suficientes, pero al mismo tiempo encuentras poco prudente ser demasiado franco al revelarte a los demás. ¿Qué tal voy hasta el momento?

El vidente parpadeó un par de veces y tragó saliva con dificultad.

—En una escala del uno al diez, ¿cuál sería mi nivel de acierto? —insistió.

—Bastante... No sé, tal vez... un nueve. ¡Pero no te burles de mí! Recuerdo perfectamente el contenido de esa carta astral. ¡Yo soy su autor!

—Exacto —aprobó—. De esta y de otras tantas miles de patochadas que has colocado a tus fieles seguidores a tantos euros la palabra. Aunque en realidad te limitaste a copiarlas burdamente, fiel a tu estilo.

—¿De qué hablas?

—Lo que te he leído no es más que un experimento que el psicólogo Bertram Forer realizó con sus alumnos en la Clínica de Higiene Mental y Administración de Veteranos en 1948. Una predicción tan vaga y general que cualquiera podría sentirse identificado con ella. Una simple falacia de la que te aprovechas para llenarte los bolsillos.

—¡Eso es falso! —protestó. Sus dedos apretaban el auricular de su oreja con la vana esperanza de recibir alguna instrucción, o al menos la indicación de que por fin podían cortar la llamada. Miró a su alrededor buscando al regidor, pero hacía rato que este se había escabullido en la cabina de realización.

—Otra afirmación que deberías sostener con pruebas —repuso Ofiuco—. En lugar de eso, solo aportas un montón de tópicos y generalidades sobre las que parloteas cada noche delante de una cámara de televisión dándotelas de

adivino. Piénsalo bien. Medita sobre la cantidad de estudios basados en el seguimiento de miles de personas nacidas, supuestamente, bajo la misma influencia zodiacal, que han demostrado que no existe absolutamente ninguna correlación entre ella y sus personalidades. De los sujetos monitorizados hubo de todo: empresarios de éxito, religiosos, yonquis muertos prematuramente en cualquier callejón... ¿Qué pensaría tu legión de incondicionales si supiera esto? ¡Ups! ¿Aún estamos en directo?

Una risita despectiva sonó por el altavoz. César aliviaba la presión del nudo de una corbata que se le hacía cada vez más insoportable. Entre el fulgor de los focos que le apuntaban creyó distinguir la expresión nerviosa de Leticia tras el cristal.

—Hemos puenteado el conmutador. ¡Ya casi está! —exclamó por el auricular.

César Velano recobró entonces la calma a medias.

—De acuerdo —cedió—. Tienes razón. Reconozco que tal vez estaba equivocado y que la astrología es imperfecta. Al fin y al cabo, hay que saber adaptarse a los cambios. No sé si Ofiuco tendrá validez o no, pero si admito que puedes tener razón, ¿colgarás y nos dejarás en paz para que podamos continuar con el programa?

El murmullo metálico de un profundo suspiro sonó al otro lado.

—En absoluto. Lleváis demasiado tiempo mintiendo a todo el mundo. Tú y tu cattera de profesionales de la videncia lleváis demasiado tiempo tomando el pelo a personas desesperadas para embolsaros unas ganancias que proceden de la ignorancia y la desgracia ajenas. No, Maestro, lamento decirte que esto va a resultar algo más complicado.

El vidente parecía indeciso. Volvió a tragar saliva mientras observaba el conjunto de sombras moviéndose apresuradamente tras el cristal de la cabina de realización, sostenida esa visión sobre el repentino silencio que se había hecho en el estudio.

—Déjame hacerte una pregunta más —añadió Ofiuco entonces—. ¿Hay algún modo de conservar un alma?

César miró interrogativamente a la cámara, tratando de secarse las sudadas manos en el faldón de su chaqueta.

—No entiendo...

—Eres la máxima autoridad en ciencias ocultas. Nadie mejor que tú debería saberlo.

—Eso es imposible —murmuró—. El alma pertenece a Dios.

—Dios. Otro tema interesante. Pero me temo que el tiempo se me ha terminado por hoy. Una pena tener que marcharme. Me habría gustado conocer de boca del Gran Velano algún ritual sagrado para poder conservar el alma de mi rebelde huésped.

—¿Qué?

—Verás —explicó—. Invité a una chica a cenar a casa. Al principio la idea no le atrajo demasiado pero con mis técnicas de seducción y el punto justo de dolor no tuvo más remedio que abandonarse a mi ofrecimiento. Ha sido una noche maravillosa, pero lamentablemente el juego tiene que terminar, y dado que ni siquiera un profesional del ocultismo puede darme la receta para conservar su espíritu...

—¿A qué te refieres? —preguntó César con voz temblorosa.

—Para acelerar el proceso, yo mismo la he llevado junto a Dios. Al menos en el plano físico —rió satisfecho, tornándose su voz a continuación mucho más grave—. Aunque no tiene nada de raro, después de todo, somos pura carne.

—¡Joder tío, eres un puto enfermo! ¡Vamos a llamar a la Policía!

—Hazlo. Si acuden a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción con rapidez tal vez lleguen a tiempo de evitar que el olor de un cuerpo que comenzará a corromperse en breve mancille ese lugar sagrado.

César sudaba. Tenía el rostro pálido y desencajado. Miraba hacia todas partes, sosteniéndose sobre una mano apoyada en el atril, como si no supiera qué dirección tomar.

—Ha sido un placer conocerte. Buenas noches.

El sonido de la llamada interrumpida dejó al presentador boquiabierto, petrificado entre las cortinillas superpuestas que seguían mostrando los números 806 junto a las condiciones legales del servicio en letra de tamaño ilegible.

—¿Llamamos a la Policía? —preguntó Leticia por el pinganillo. Pero César no respondió. Estaba ausente, con la mirada perdida más allá de la lucecita de color rojo sobre la cámara que le apuntaba sin perder detalle.

De pronto la voz de Ofiuco volvió a irrumpir por el altavoz.

—¡Ah, lo olvidaba!

El vidente dio un respingo.

—¿Sabes qué es lo que me preocupa realmente?

—...

—Ahora que hemos revelado la existencia de la constelación de Ofiuco, me temo que esta noche hemos dejado a demasiados escorpions y sagitarios sin la personalidad que hasta hoy creían tener. Y lo que es peor, sin futuro. Hasta pronto, César.

VI CAPÍTULO

De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven.

LIBRO DE JOB; 25:2.

Silvio Tanco se sentía cómodo envuelto en su habitual silencio. La única variable que no controlaba era cuando una llamada o una compañía inoportunas le impedían disfrutar de él. Pero el mutismo de Hugo le exasperaba. Tal vez porque con los años se había rendido a la evidencia de que no era capaz de comprenderlo del todo, lo que le convertía en un compañero, y en ocasiones amigo, difícil de prever. Las intervenciones ya eran otra cosa. Ambos poseían esa extraña química que no necesita enunciar leyes ni procedimientos para entenderse, lo mismo a la hora de observar un detalle minúsculo que de asestar el golpe preciso. Más allá de eso, Hugo ya le había preguntado cómo se encontraba y obtenido su respuesta. Si ahora Silvio tenía ganas de charlar sobre el tema eso era algo que al oficial le traía sin cuidado.

El vehículo completaba las curvas cada vez más abiertas con precisión milimétrica. La pendiente ya no era tan pronunciada, lo que significaba que pronto abandonarían la carretera comarcal para acceder a la autovía. A partir de ahí les quedaba una hora más de camino. Silvio manipulaba el dial de la radio, que arrojaba ruidosas sintonías alternadas entre rezos de programas religiosos y música electrónica. Justo cuando detuvo la búsqueda en un espacio donde un tipo comentaba con grave solemnidad algo sobre los criterios macroeconómicos de Bruselas, hubo de estirar la pierna para sacar el teléfono móvil que sonaba en el interior de su bolsillo.

Los coches que se incorporaban a la autovía reducían bruscamente su velocidad al divisar una furgoneta sospechosamente detenida en el arcén sin los intermitentes de emergencia activados. Pero el temor a que pudiera tratarse de un radar camuflado se esfumaba cuando al pasar a su altura veían las siluetas de dos hombres jóvenes esperando. Una avería, tal vez. Uno de ellos sostenía el teléfono en la mano al tiempo que anotaba en un pedazo de papel los datos que al otro lado de la línea le proporcionaba Raquel Alvarellos, que durante su guardia nocturna en el cuarto de escuchas había oído al operador de radio comisionar una patrulla a una iglesia para comprobar una extraña historia. No te lo vas a creer, la sala está bloqueada por las llamadas de los ciudadanos, le había comentado la agente. Al cabo de un par de minutos, la vieja furgoneta volvió a ponerse en marcha para tomar la salida más próxima y hacer un cambio de sentido.

La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción había sido, en su origen, una basílica defensiva y fortificada. Por esa razón se alzaba, solitaria, sobre un promontorio a las afueras de la ciudad. Posteriormente había albergado una mezquita, pero en el siglo XIV, durante la Reconquista, el templo musulmán fue demolido y transformado en santuario cristiano. Sin estilo determinado, sus formas originalmente góticas se mezclaban con reformas de estilo barroco, sobre las que líquenes y musgos no hacían distinciones a la hora de trepar por ellas. En la actualidad apenas era utilizada para un par de misas al año y algunas celebraciones puntuales.

Habían llegado a la mitad de la senda que ascendía hasta el edificio cuando los destellos azules del coche patrulla que se acercaba por detrás les deslumbraron. No les hizo falta identificarse. Cuando el policía se acercó a ellos linterna en mano reconoció enseguida los rostros de sus compañeros.

—Buenas noches. ¿Qué hacen aquí? —preguntó extrañado.

—Nos han avisado de comisaría —explicó Silvio—. Nos pillaba de camino y hemos venido a echar un vistazo.

El patrullero respiraba agitadamente por el esfuerzo de la subida, mezclándose con sus palabras el vaho que su boca expelía.

—De acuerdo, jefe —elevó los hombros—. Usted dirá.

Silvio consideró la deferencia durante un segundo. Aquel asunto no pertenecía a su especialidad, al menos de momento, y sin embargo el policía

de Seguridad Ciudadana le entregaba los trastos de la intervención. Pero la jerarquía no deja espacio al romanticismo y ya le había tocado vivir situaciones parecidas anteriormente en las que a nadie le preocupaba con quién se estaba batiendo el cobre. Puede que el chaval hubiera tirado por la vía fácil y esperara que él resolviera la papeleta. Tiempo tendría más tarde para hacer lo que le viniera en gana siguiendo las órdenes de su jefe de turno. O tal vez prefería que, puestos a husmear en una iglesia cerrada y casi abandonada para comprobar una insólita historia de videntes y muertos, mejor que entraran primero los de Judicial, no fuera que a él pudiera entrarle la risa. Entretanto, Hugo había sacado de la furgoneta unos pequeños prismáticos y, apoyado sobre el capó, observaba el templo y los alrededores. El cielo estaba parcialmente despejado y la claridad de la luna inundaba el exterior. Todo parecía en calma.

—Coged el coche y vigilad la parte de atrás —ordenó Silvio—. Nosotros intentaremos acceder por la principal. Así que ojito, no vayamos a pegarnos un tiro.

El patrullero adoptó una expresión incrédula, como si considerara imposible ese extremo. Se le notaba joven y apasionado, y en la memoria del jefe de Homicidios se abrieron levemente algunos cajones donde guardaba recuerdos de intervenciones en las que esa misma pasión unida al descuido había terminado mal para todos. *Procura pegar siempre el culo a la pared, así todo lo que venga lo verás venir de frente*, recordó el prosaico consejo que le había dado un veterano subinspector durante sus prácticas. Pero cuando no eres más que un *pepinillo* no llegas a comprender el alcance de esas sabias palabras. Hasta que compruebas que lo que hay detrás de la puerta no tiene la forma de un bregado delincuente o de un traicionero disparo, tal y como tus temores te habían hecho imaginar, sino de algo mucho peor: expediente disciplinario, código penal y Dios vestido con toga y puntillas blancas. Un trágico final demasiado común para tantas películas equivocadas. Nunca descartes nada, volvió a repetirse mentalmente, y al instante deseó habérselo recordado de viva voz a los dos jóvenes policías que ya ascendían por la pendiente a bordo del coche patrulla.

El ralentí del motor sonaba como un tren de mercancías cansado en la tranquilidad de la madrugada. Silvio y Hugo dejaron la furgoneta estacionada

en un recodo de la senda y comenzaron a recorrer caminando, con dos pequeñas linternas en la mano, los casi doscientos metros que les separaban del templo. Cuando estuvieron cerca se detuvieron junto a un árbol raquítico. Luego se aproximaron a la puerta principal, a cierta distancia el uno del otro. El edificio tenía unos cuarenta metros de largo por veinte de ancho, y Silvio pensó que no se distinguía apenas de otras iglesias que había visto con anterioridad, salvo por un detalle: la torre del campanario se alzaba sobre una de las capillas absidiales en vez de hallarse anexa al edificio, seguramente debido a la falta de terreno llano a la hora de construirlo más allá de la pequeña extensión que ocupaba el montículo sobre el que se alzaba.

El ruido del coche patrulla cesó, por lo que Silvio dedujo que los policías ya debían de estar posicionándose en la parte trasera. Entonces cayó en la cuenta de que, al estar fuera de servicio, ellos no llevaban radio y no se habían intercambiado los números de teléfono móvil. Error de novato, se castigó. Habría que esperar un grito en caso de toparse con algo. Vista de cerca, la portada parecía más consistente de lo que las grietas y el desgaste de la madera hacían sospechar. El acceso lo constituía un estrecho arco de medio punto apoyado sobre pilastras. En el interior de las mismas, esculpida en piedra, una hornacina alojaba una imagen de la Patrona de la iglesia. Silvio se aproximó un poco más y entonces sintió cómo se aceleraba su corazón. El enorme portón estaba forzado. Llamó la atención de Hugo con un gesto y se apartó unos pasos, apoyada la espalda sobre la argamasa desgastada del muro. Sus ojos se alzaron hacia el campanario aparentemente desierto a la vez que sus dedos rozaron el frío metal del arma que ahora aguardaba, tensa, en su mano, delatado su brillo pavonado por el resplandor de la luna.

A lo lejos, en la zona industrial de la ciudad, junto a la estación del tren, los depósitos de combustible reflejaban los focos de una factoría formando una nítida bruma de luz blanca que saturaba el cielo, y sobre la que se superponían las emanaciones de vapor que las chimeneas vomitaban con un bramido lejano y difuso. Silvio deseó con todas sus fuerzas que el fragor ocultara el crujido de la madera que ahora cedía, abriéndose, bajo la presión de su brazo. Los años y la experiencia lo aplacan todo, excepto ese imprescindible miedo que se experimenta justo antes de irrumpir en un lugar sobre el que se ignora todo. Ese momento fugacísimo y sin retorno tras el que

el zambombazo en la puerta delata la presencia policial y ya no hay otra dirección en la que correr sino hacia delante.

El haz de luz reveló el fantasmagórico interior de un templo que se le antojó mucho más grande de lo que le había parecido desde fuera. Dirigió la linterna hacia arriba, recorriendo todo el alero hasta llegar a la balaustrada que delimitaba el coro situado en lo alto. Nadie. Hizo un gesto inequívoco a Hugo, que ya sostenía también su arma en la mano, y entró. Franqueado el portón, se desplazó a la derecha y se pegó al muro, protegiéndose tras una columna situada a un metro escaso de la abertura. Su compañero entró a continuación, la linterna apuntando al suelo, corriendo a refugiarse junto a la pila bautismal. Allí dentro el silencio era absoluto, y el furtivo resplandor de sus linternas devolvía el brillo barnizado de una veintena de filas de bancos vacíos dispuestos en perfecta y lúgubre formación. Aquella iglesia era condenadamente grande. ¿Por dónde empezar? Ocho capillas laterales, cuatro a cada lado del templo, lo recorrían en toda su longitud hasta el presbiterio, ligeramente elevado. Silvio volvió a iluminar el techo de la iglesia, distinguiendo apenas algunos frescos desconchados. Salió de la columna y avanzó despacio a lo largo del flanco derecho, mientras que Hugo se mantenía pendiente en la retaguardia. Por un instante el joven inspector se sintió ridículo; al fin y al cabo, todo podía ser una tomadura de pelo, pero en verdad la hora y el lugar no invitaban a conjeturas. Y mucho menos a bromas.

Alcanzó la primera capilla que se abría por su lado, asomando la cabeza con cuidado e iluminando el interior. Tres filas de estrechos bancos a los pies de una pequeña hornacina cercada por cuatro columnitas componían toda la estancia. No había nadie dentro. Iluminó la estatuilla y creyó reconocer en ella la figura de San Rafael. La había visto en alguna de las procesiones de Semana Santa que se celebraban en la ciudad. Sin volverse, sujetó la linterna con la boca y, con la palma hacia abajo, agitó su mano libre de izquierda a derecha. Hugo comprendió el gesto y avanzó unos metros. Conforme Silvio caminaba pegado al muro podía notar el roce áspero de la piedra contra su cazadora. La segunda capilla se hallaba casi pegada a la primera. En realidad, todas guardaban la misma escasa distancia unas de otras, separadas por muros de mampostería y revoque de apenas medio metro de espesor. Volvió a dirigir el haz para iluminar una estancia muy diferente a la anterior. Algo más grande,

era mucho más rica y ornamentada, rematado su fondo con un retablo de madera policromada que envolvía la imagen de una virgen doliente, las manos juntas, el rostro afligido, con un manto negro y morado y la aureola dorada. Seguramente por ese motivo una cancela de hierro protegía la entrada. Silvio enfocó dos filas de bancos dispuestas a ambos lados de la capilla. A simple vista parecía estar vacía, pero entre las columnas laterales del retablo existían huecos con el tamaño suficiente para albergar a una persona. El cierre de la cancela estaba abierto. Silvio se volvió, y con un gesto indicó a su compañero que se acercara y se pusiera detrás de él.

El oficial se apretó aún más contra la pared, pero torció la cabeza hasta casi descoyuntarse las cervicales para intentar ver más allá de la espalda de su jefe, que ya se adelantaba con paso lento arrastrando los pies, notando como la arenilla se desprendía bajo sus zapatos, con cuyas puntas empujó la parte inferior del hierro. La cancela se abrió, desparezándose con un chirrido lastimoso que se les hizo eterno. Levantó el arma, y dirigiendo la linterna al frente penetró con rapidez en el oratorio. El haz de luz blanca agitándose confería un juego de luces y sombras sobrecogedor al rostro de la Virgen que Hugo contemplaba, tenso y apostado, aguardando la señal para actuar.

Fue justo allí, en ese mismo lugar, desde donde el oficial lo vio. Un destello fugaz, un brevísimo parpadeo, pero tan real que no tuvo duda alguna. Quedó inmóvil, dejando de prestar atención a lo que ocurría en el interior del oratorio, y esperó a que Silvio le buscara con la mirada. Cuando lo hizo, elevó el mentón señalando la siguiente capilla. El tintineo de lo que parecía un candil se había hecho visible ahora que estaban más cerca de ella. Era muy débil, casi imperceptible, tal vez los restos agonizantes de alguna vela avivados por una repentina corriente de aire. Silvio notaba el estridente ritmo de sus propios latidos retumbar en sus oídos mientras se aproximaban, guardando la misma disposición pero esta vez con más rapidez, hasta la tercera capilla. Parecía más simple que las anteriores. Dos columnas de bancos convergían en un pequeño altar sobre el que se alzaba un Cristo crucificado cuyo rostro era iluminado por el resplandor de una pequeña candela. El mismo resplandor alcanzaba a la figura de lo que parecía una mujer inmóvil que rezaba arrodillada. Silvio apretó el arma notando un súbito picor en la piel, como si raudales de sudor quisieran inútilmente abrirse paso

a través de sus poros cerrados por el frío y la humedad. Abrió la boca, pero nadie respondió a las palabras que en realidad no estaba seguro de haber pronunciado. Levantó la linterna e iluminó aquella siniestra forma antes de sentir cómo todo su ser se desmoronaba. Aquello ya era solo el cadáver de una joven del color de la cera, la expresión detenida en un petrificado gesto de horror y las cuencas de los ojos vacías.

—Ni siquiera Cristo se atrevió a mirar.

—¿Qué? —preguntó Silvio.

—Fíjate —dijo Zulema, señalando la cruz—. El Cristo tiene la cabeza vuelta justo hacia el lado opuesto al que se encuentra el cadáver.

—A lo mejor tuvo miedo.

La mujer le miró como si se estuviera burlando de ella.

—¿Te has vuelto creyente? —se interesó el inspector.

—Digamos que no me atrevería a rechazar la última esperanza cuando el fin sea inevitable. No te engañes: a la hora de la verdad el que no lo es se convierte por si acaso. Otra cosa —añadió retirándose el mechón de pelo que le ocultaba media cara— es ejercer de católico toda la vida; ya sabes, no comer carne los viernes, sexo para procrear, etcétera.

La claridad de sus ideas y la frialdad con la que las planteaba despertó en Silvio un malévolos interés. Cuánto había cambiado en los últimos años, durante los cuales no había vuelto a estar tan cerca de ella como ahora. Y sin embargo, se le antojaba más lejana que nunca. Aunque en el fondo estaba de acuerdo con sus palabras, no dijo nada. Siguió observando el rostro mulato de la subinspectora escudriñar los detalles de aquella terrible escena. Ubicación del cadáver, su posición, trazas y vestigios... Cuestiones que más tarde les obligarían invariablemente a verse las caras de nuevo para discutir las, y que condicionarían el enfoque de las diligencias antes de remitirlas al juzgado. Desde luego, la situación era propicia para cualquier cosa menos para la introspección emocional, pero aun así Silvio no pudo evitar un pensamiento de incrédula añoranza, como si echara de menos algo que, en el fondo, le parecía imposible que hubiera sucedido. Después de todo, intentó convencerse, los sufrimientos se perpetúan cuando te ponen zancadillas, pero dejan de incordiar

cuando quedan guardados en la mochila de la experiencia.

—Quien hizo esto se aseguró de que la pobre muchacha sufriera antes de morir —dijo Zulema.

Silvio la interrogó con la mirada.

—Hematomas por todo el cuerpo —explicó—, quemaduras provocadas con algún instrumento candente, cortes profundos en cuello y muñecas... Se han ensañado bien.

El ambiente allí comenzaba a parecerse al de un domingo de comuniones. A duras penas podían contener a la prensa que se acumulaba fuera, y cada vez más agentes, relacionados o no con la investigación, se dejaban caer por allí atraídos por el morbo del asunto. El jefe de Homicidios parpadeó dos veces, intentando adecuar su visión a la oscuridad. Solo la tétrica figura de la joven cubierta con un sudario y arrodillada ante el Cristo crucificado se mostraba desoladoramente ajena al enjambre de sombras y voces que pululaban en la penumbra. El mono blanco que protegía el cuerpo de la Subinspectora Ncara se agitó, inquieto, y Silvio captó al instante su significado. Unas palabras con los policías de Seguridad Ciudadana y dos bufidos a los de Judicial y la calma retornó a la capilla. También el macabro silencio.

—¿Lo viste? —preguntó al inspector, volviendo a centrarse en el cadáver.

—¿El qué?

—El programa.

—No —carraspeó—. Ni siquiera sé de qué va.

—Me cuesta creerlo. A esas horas no hay mucho donde elegir, y supongo que sufrirás insomnio estos días.

—¿Por qué lo dices?

Zulema Ncara suspiró.

—A estas alturas del libro no vengas a contarme la portada, Silvio —pareció ligeramente decepcionada—. En serio, ¿cómo llevas lo tuyo?

Las noticias vuelan, desde luego. Apenas llevaba unos días en la plantilla y ya le habían ido con la maldita historia. Intentó mirarle a la cara pero ella no le correspondió. Hablaba con toda su atención aparentemente puesta en la inspección ocular, pero aun así su voz traslucía cierto afecto por él, que no sentía el mínimo deseo de pisar el charco que la mujer le acababa de mostrar.

—No me digas que te va ese rollo de los videntes —pretextó para volver

al tercio anterior.

Las cárdenas líneas de sus labios se curvaron abruptamente sobre sus dientes perfectos en un mohín de extrañeza.

—¿A mí? —rió—. ¿Gente desesperada que gasta fortunas para que la ventilen en un minuto con cuatro obviedades? Francamente, no.

—Esas obviedades no están mucho más fundamentadas que las creencias a las que planeas aferrarte cuando llegue tu hora —mordió Silvio—. ¿Estás segura de que los videntes no pueden ayudar a resolver ciertos problemas?

—Puede. Pero desde luego no el que se te viene encima —le estocó Zulema.

Silvio miró hacia donde su compañera le señalaba. A lo lejos, en el portón de entrada, acababan de aparecer dos personas. Una se adelantó con paso decidido, en tanto que la otra fue perdiendo fuelle hasta quedar detenida unos pocos metros atrás, junto a la bancada.

—Buenos días —saludó Manuel Fuenteprada.

Silvio estaba sorprendido. No había presenciado el programa, pero lo emitido tenía que haber sido gordo para que todo un jefe de brigada se plantara allí a las seis y media de la mañana. Estaba muy serio, con la expresión descolgada por la preocupación.

—¿Qué hay? —respondió.

—Eso deberías contármelo a mí. ¿Qué hacíais aquí Bográn y tú?

Zulema fue a levantarse, pero Fuenteprada alzó una mano para indicarle que no era necesario, así que continuó con su tarea sin perder ni un detalle de la conversación.

—Íbamos a cazar. Estábamos hablando con un compañero de comisaría y nos enteramos por casualidad. No estábamos demasiado lejos y ya sabes, nobleza obliga.

—¿Con qué compañero?

—¿Acaso importa?

—¿A qué pretendes jugar?

—Conmigo. Yo les avisé.

La autora de esas palabras era Raquel Alvarellos, que se aproximaba al grupo en ese momento desde el lugar donde había preferido ocupar un segundo plano. Llevaba toda la noche despierta, pero la tensión de su rostro disimulaba

su cansancio a la perfección. Fuenteprada se había vuelto hacia ella, extrañado, pero al instante adoptó un rictus neutral, apartándose un poco para no dar la espalda a la joven justo cuando Zulema parecía haberse olvidado de sus quehaceres y se levantaba también.

—¿Dónde está el que falta? —preguntó Fuenteprada a Silvio. Este señaló con la cabeza el altar. Allí, bajo las columnas, Hugo observaba la escena con la mirada torva del cazador que vigila el terreno como si nada de lo que ve fuera con él. Al menos hasta que llega su momento.

—De acuerdo —dijo el jefe de Policía Judicial apretándose con los dedos el lagrimal de sus ojos aún encandilados por la tormenta de focos y flashes a los que había tenido que enfrentarse fuera—. Ponedme al tanto.

Pasaron varios minutos de explicaciones. La voz profunda de Silvio llenaba el vacío del templo detallando la llegada al lugar, los primeros indicios, la búsqueda a ciegas y, por fin, el descubrimiento del crimen que tenían ante sí. Caminaban por la nave lateral, atento Fuenteprada a la narración, con gesto grave y sin pronunciar una sola palabra. De vez en cuando se detenía en un punto de su desordenado recorrido para observar la escena desde ese lugar, alisándose con un dedo el bigote antes de continuar. En un determinado momento pareció indeciso, bajó la cabeza mirando al suelo, luego al resto del grupo y por último se aproximó despacio por el lado derecho del cadáver, como si quisiera ver su rostro con más detalle. Pero al instante pareció arrepentirse y se detuvo en seco. El inspector había terminado su relato.

—¿Sabemos quién es? —preguntó.

—Aún no.

—¿Y alguna pista sobre el tipo que llamó al programa?

—Tampoco —admitió—. Nos falta todo por hacer, pero vamos a encajar las piezas.

Silvio deseó que sus palabras hubieran sonado firmes. Pero no estaba en absoluto seguro de ellas. Paseó una mirada dubitativa por el mismo techo que había contemplado de manera más tensa e incierta hacía un rato. Los frescos que lo adornaban no resultaban ahora más acogedores, si acaso le parecían tan desdibujados como la senda que debía seguir para averiguar el porqué de tan despreciable crimen. Terminada la divagación, sus ojos descendieron hasta los

de Raquel, que permanecía junto a sus dos jefes sin abrir la boca.

—Más nos vale —zanjó Fuenteporada, haciendo el ademán de marcharse. Pero acto seguido se paró mirando hacia la salida, recordando de pronto la jauría mediática que aguardaba fuera. Volvió a darse la vuelta y miró fijamente a Silvio—. Te juro por lo que más quieras que solo existe un pellejo, además del mío, en el que no me gustaría estar en este momento. Y ese es el tuyo, Tanco. Procura no cagarla.

Y, subiéndose las solapas de su abrigo, caminó en dirección a la puerta, haciendo una señal a Raquel para que le siguiera. La contrariedad en el rostro de la joven por tener que marcharse no pasó desapercibida para Silvio. Tampoco el clandestino vistazo lleno de dureza que dirigió a Zulema antes de abandonar el lugar. Pero, indiferente, bajo el Cristo crucificado que se empeñaba en mirar obstinadamente hacia el otro lado, la subinspectora había retomado su faena y ahora palpaba cuidadosamente los dedos del cadáver con la atezada piel de su ceño fruncida.

—Qué extraño... —murmuró—. Chicos, necesito un poco de luz.

Un agente de Policía Científica se acercó hasta ella y le entregó una pequeña linterna. Zulema examinó de nuevo las falanges una por una.

—Parece que le hubieran borrado las crestas papilares.

—¿Cómo? —se interesó Silvio.

—No lo sé. Parecen abrasiones por ácido. Habrá que intentar la regeneración de pulpejos o de lo contrario tendremos jodida la *necrorreseña*.

Dicho esto se incorporó, abrió el maletín que tenía junto a ella y extrajo una cámara de fotos. Sin la toma de huellas y en ausencia de otros indicios poco más podían hacer allí salvo esperar a la comisión judicial, así que comenzó el reportaje fotográfico. Silvio se hizo a un lado para no molestar. Zulema se movía alrededor de la escena disparando una y otra vez y comprobando cada instantánea en la pantalla. De repente quedó inmóvil, estudiando con detenimiento la última imagen obtenida.

—Pero qué...

Dejó la cámara en el suelo y se aproximó al cadáver, estudiando de cerca el tétrico rostro ausente. Volvió sobre el maletín y extrajo un pequeño foco de luz fría, que activó y acercó lentamente hasta esa parte del cuerpo. Silvio abrió mucho los ojos, estupefacto, y hasta Hugo dio un par de pasos hacia

delante para cerciorarse de lo que estaba viendo. Porque con tantos kilómetros y tiros pegados, un policía está preparado para la visión de la sangre, el sufrimiento y la desolación siempre presentes en la escena de un crimen. Cualquiera cosa que tenga que ver con la cruda realidad. Pero no para algo que parecía sacado de una mente enferma guiada por una cruel fantasía. Bajo la intensa luz azulada acababa de formarse con súbita rapidez, sobre la frente del cadáver, el dibujo de una serpiente enroscada en un bastón.

VII CAPÍTULO

A dónde podrá ir el que hasta aquí llegó, si más allá solo fueron los muertos.

THOMAS JEFFERSON

La entrada del elenco pareció un vodevil grotesco. El tipo alto y delgado vestido de negro enfiló el pasillo con fingida seguridad, subido a unos zapatos *chúpamelapunta* cuyo sonido al contacto con el suelo se confundía con el teclear de los ordenadores cercanos. Le seguía un hombre gordo con expresión de libidinosa sospecha instalada en su rostro, tratando de disputarle el primer lugar en vano. Algo más alejada, la chica cabizbaja de rastas pelirrojas caminaba con aire avergonzado, consciente de que, en aquel entorno, los tres resultaban demasiado extravagantes para el resto de los mortales.

Al policía de seguridad le costó un par de minutos volver a bajar la ceja una vez les hizo entrega de sus tarjetas de acceso. Segunda planta, suban por el ascensor, les había dicho lacónicamente. El que encabezaba la cuadrilla carraspeó ajustándose por quinta vez la corbata. Cuando la puerta del ascensor se abrió, César Velano contempló su propia imagen en el espejo y esbozó una mueca de satisfacción antes de entrar. Los otros dos le siguieron. Al llegar a la planta indicada se mantuvieron en el pasillo el tiempo suficiente como para que todo el que pasara por allí reparara en ellos de cualquier modo menos con indiferencia.

—Ustedes deben de ser los de la tele —les recibió un joven policía mirándoles de arriba abajo—. Vengan por aquí.

Gregorio Lamparo, el productor del programa *Astroesotérico*, decidido a

demostrar de una vez que lideraba la estrambótica delegación, dio una zancada imposible para su obesa figura revestida de tergal barato. De escaso pelo grasiento y bigote irregular, sus manos gruesas y coloradas se cerraron para convertirse en dos puños que tornaron de pronto al blanco absoluto mientras intentaba darse impulso. Fue inútil. César ya avanzaba un metro por delante, digno y altanero, hacia la puerta que el agente les había señalado. Justo al llegar a ella, Velano se detuvo en seco, provocando que Lamparo chocara contra su espalda.

Había en el rostro de Hugo un rictus de despiadada incredulidad cuando levantó la vista. Examinó con ligereza la espigada figura de ciprés engreído del vidente antes de coger su cazadora y salir del despacho. Sin embargo, César Velano no reparó en él, atento como estaba al tipo joven vestido con un jersey marrón que permanecía sentado, absorto entre papeles y fotografías. Instantes después, Silvio hizo un amago de levantarse, estrechó su mano y se presentó.

—Ustedes dos —señaló a sus acompañantes— han de esperar fuera. Les tomaremos declaración por separado.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Lamparo con gesto contrariado.

—Dependerá de lo que nos cuenten.

El orondo productor y Leticia volvieron a salir al pasillo cerrando la puerta tras de sí. Velano se acomodó en la silla que el jefe de Homicidios le había ofrecido, quedando enfrentado a él. A su lado, Raquel Alvarellos tecleaba en el ordenador los datos de la documentación personal que el testigo acababa de depositar sobre la mesa.

—¿Profesión? —comenzó el inspector.

—Vidente, tarotista, quiromántico, sanador...

Aunque dejó que César concluyera su retahíla, la joven había dejado de teclear en la segunda palabra. Silvio clavó la vista en el vidente, en cuyos ojos brillaba un destello de vanidad indisimulada.

—Señor Velano —aclaró en el tono más conciliador del que fue capaz—, todas esas... habilidades no son consideradas profesiones en sentido estricto, así que le voy a rogar que escoja una sola de todas ellas. O mejor aún, que especifique una profesión más... realista. ¿Qué tal presentador de televisión?

—Todas mis cualidades... —intentó argumentar el otro.

—No son relevantes para el acta de declaración —le cortó—. El caballero es presentador de televisión —indicó a Raquel, que volvió a lo suyo.

Lo que siguió a continuación fue una completa batería de preguntas que se deslizaban desde lo más vano y general hasta los detalles más minuciosos. Cuestiones acerca del tiempo que llevaba emitiéndose el programa, la relación que mantenía Velano con la productora que lo gestionaba o posibles conflictos con antiguos trabajadores se iban sucediendo, una tras otra, siendo respondidas con mayor o menor precisión por el afamado vidente, en cuyo rostro, una hora y cuarenta y cinco minutos después, comenzaron a aparecer los primeros signos de cansancio.

—Si lo desea, podemos hacer un descanso —le ofreció Silvio.

—No se preocupe. Bastará con un poco de agua —respondió palpándose la garganta con gesto fatigado.

El inspector fue a buscar un botellín a la máquina expendedora del pasillo. Al escuchar la puerta abriéndose, Gregorio Lamparo y Leticia levantaron de golpe sus cabezas, volviendo a bajarlas ante la mirada indiferente que el jefe de Homicidios les dirigió. Poco aguante para una persona que se gana la vida hablando durante horas, pensó cuando colocó frente al testigo el botellín de agua. Hacía un ruido peculiar al beber, como si hiciera horas que por su garganta no se hubiera deslizado ningún líquido. Cuando terminó se limpió los labios con un discreto movimiento de las puntas de sus dedos y tosió ligeramente, dispuesto a continuar.

—¿Sabe cómo se llamaba la mujer fallecida?

—No.

—Gisela Soto Narváez —leyó en voz alta Silvio en el informe de identificación de Policía Científica.

En la cara de César Velano apareció una expresión de alivio. Entornó los ojos y, como quien suelta un pesado lastre del que lleva tiempo queriendo desembarazarse, añadió:

—Ni siquiera me suena ese nombre. No, no la conocía.

Silvio siguió mirando el informe, aparentando leerlo. En realidad lo había hecho tantas veces en las últimas horas que ya se lo sabía de memoria. Pocos datos, de momento. A pesar de la devastadora acción del asesino, habían

logrado salvar parcialmente una huella y obtener una *necrorreseña* medio decente que, una vez cotejada, lo único que había arrojado era ese nombre. Nada más. Por horrible que pudiera parecer, hasta el momento solo sabían qué clase de despiadado infierno había acontecido pero nada acerca de quien lo había soportado. El jefe de Homicidios intentaba pensar rápido, sabedor de que la primera declaración, pese a ser la más inexacta, es la que contiene más trazas de certeza. La verdad suele delatarse con facilidad; la mentira, en cambio, necesita ser elaborada.

—¿Quién es Ofiuco?

Un ligero temblor sacudió los labios de César Velano. Intentó detenerlo mordisqueándose los mientras lanzaba una mirada de angustia a su interlocutor, como quien solicita un poco más de tiempo antes de afrontar una difícil decisión. Tomó de nuevo la botella de agua y bebió un largo trago.

—Ni idea —respondió—. Tampoco conozco a ese loco. Jamás había oído hablar de él. Siempre hay bromistas, gente que llama para reírse de nosotros o de nuestra ciencia, pero jamás habíamos tenido un incidente parecido antes.

No era una situación relajada, pero al escuchar la palabra *ciencia*, Raquel tuvo que reprimir la risa tecleando con más fuerza la respuesta que acababa de ofrecer.

—¿Qué procedimiento siguen cuando reciben una llamada malintencionada? —se interesó Silvio.

—Cortarla directamente. En la centralita se encargan de eso.

—¿Y por qué lo hacen?

César sostenía el botellín de plástico en sus manos. Acababa de quitar el tapón y se disponía a echar otro trago, pero pareció pensarlo mejor.

—¿Bromea? —preguntó, enroscándolo de nuevo—. Cada minuto de emisión desperdiciado en un idiota es uno menos empleado en atender a las personas que realmente nos necesitan.

Silvio lo miró, escéptico.

—¿Solo por eso?

César captó la malicia de la pregunta. Forzó un carraspeo para ocultar un gruñido de desaprobación y se irguió ligeramente con aire digno.

—¿Usted también es de los que creen que vivimos del aire? *Astroesotérico* es un programa de gran audiencia y, con todo el respeto, no

creo que tengan ni idea de lo que cuesta producirlo. Empleados, material, equipos..., todo eso hay que pagarlo. ¿Pretende que lo hagamos a base de buenas palabras, inspector?

Ahora miraba alternativamente a ambos policías. Silvio le sostuvo la mirada sin responder. Raquel, por su parte, seguía transcribiendo sus palabras.

—No —se respondió a sí mismo, satisfecho—. Ya imaginaba que no. Lo dicho, no es oportuno mantener ocupada una línea en un minuto de estupideces pudiendo emplearla en cinco de videncia.

El inspector desistió de seguir por esa línea, pero sonrió para sus adentros al pensar en la distinción que pretendía entre la estupidez y la videncia. Mientras se acariciaba el cuello con deliberada parsimonia, se preguntó si Velano realmente se creía sus propias palabras.

—Comprendo —dijo sin más—. Pero dígame, ¿por qué no pudieron cortar la llamada en esa ocasión?

—Ni idea —encogió los hombros—. Ese tío utilizaría algún tipo de artilugio, yo qué sé. Las cuestiones tecnológicas no son lo mío. Háblelo con mi productor. O mejor aún, con Leticia. Es joven, pero lleva bastantes años en este mundillo y conoce bien el tema.

Silvio se concedió unos segundos para reflexionar, con los ojos fijos sobre las cuidadas manos de Raquel, que se movían con agilidad sobre las teclas negras con caracteres blancos del ordenador. Luego alzó la vista y miró al declarante.

—Señor Velano, ¿tiene idea de por qué le han escogido a usted y a su programa para anunciar un asesinato?

César también le miraba, pero sus ojos parecían hacerlo a través de él, mucho más allá, como si intentara recordar algo con gran esfuerzo. Tras un instante de duda, respondió con un lacónico *no* mientras sacudía levemente la cabeza.

El resto de la jornada transcurrió con normalidad. Hugo y Raquel se iban relevando frente al ordenador, mientras Gregorio Lamparo y Leticia prestaban declaración sobre lo que habían visto y oído en relación con el crimen. Del obeso productor poco se pudo sacar, más allá de sus constantes referencias a la importancia que tenía su labor en todo aquello y su preocupación por que el programa no sufriera ningún perjuicio justo ahora que había logrado

multiplicar su audiencia. Pero esa noche no había estado allí y todo lo que sabía acerca de lo ocurrido lo conocía por referencia de otros. Respecto a Leticia, a Silvio le llamó la atención su asustadiza actitud, pero todas sus respuestas parecían coherentes y bien estructuradas. De cualquier manera, su testimonio tampoco arrojó ninguna luz sobre lo ocurrido. Nadie parecía saber nada acerca de Ofiuco ni de cómo o por qué podría haber cometido un asesinato tan extraño y de cuyos entresijos cientos de miles, tal vez millones, de personas habían sido testigos en directo.

Eran más de las dos de la tarde cuando los tres agentes hicieron un alto para comer. Aquel día de primeros de abril se había levantado espléndido, y el sol del mediodía calentaba la terraza del bar de Pepo. Durante el almuerzo, Silvio estuvo muy callado y apenas probó bocado. Se limitaba a dar toquecitos a la comida con el tenedor, enfrascado en unos pensamientos que parecía decidido a no compartir con sus compañeros de mesa. Después del café subieron de nuevo al despacho pero, justo antes de entrar, Silvio se desvió y desapareció tras la puerta del cuarto de baño. Cuando regresaba creyó divisar a Manuel Fuenteprada saliendo del despacho en el que esperaba César Velano. Pero antes de poder cerciorarse de que era cierto lo que acababa de ver fue interrumpido por Raquel.

—Ha llamado el doctor Guarner —le informó la agente—. La autopsia está programada a las seis y media.

El rostro de Silvio estaba inusitadamente pálido.

—Voy a ir —dijo—. Si para entonces no hemos terminado con las declaraciones, continuaréis Hugo y tú. Ya buscaré a alguien que me acerque hasta allí.

Raquel asintió. Ya se marchaba cuando a su nariz alcanzó el olor ácido y penetrante del aliento de su jefe.

—¿Has vomitado? —se interesó.

—La comida no me ha sentado bien. Pero no te preocupes, no es nada —respondió, volviendo a su despacho.

Las manos nervudas de aquel hombre alto y enjuto, de rostro severo, pelo blanco y gafitas redondas que cabalgaban a lomos de su nariz aguileña,

sobrevolaban el instrumental dispuesto en perfecto orden sobre la angosta mesa auxiliar, señalando cada utensilio con rutinaria solemnidad. No por desconfianza, sino por hábito, el doctor Laín Guarner solía llevar a cabo ese preámbulo a pesar de corresponder por norma a su ayudante, que en ese momento introducía el cuerpo de Gisela en la sala de autopsias. El técnico era un tipo de cierta edad, baja estatura, algo calvo y barba de pocos días. Para compensar su miopía solía mirar con frecuencia por encima de sus gafas de pasta, y poseía unas eficaces manos pequeñas y velludas. Tranqueó el freno hidráulico de la camilla y, con la habilidad propia de la costumbre, colocó el cuerpo inerte boca arriba sobre la mesa. Bajo la luz imparcial de los focos quedó expuesta la imagen de la devastación, el cuerpo de una mujer al que una vez había sostenido la vida y que ahora solo era un despiadado mosaico de heridas, golpes y quemaduras.

Bisturí, pinzas, costótomo... Desde su rincón, Silvio leía en los murmurantes labios del médico forense la misma letanía que le había visto interpretar en tantas otras ocasiones. Detestaba las autopsias, pero su obsesivo afán por no dejar escapar ni un detalle podía más que su repulsión. Por ese motivo solía asistir cuando le era posible al examen de los cadáveres relacionados con la investigación. Para el doctor Guarner, aquello se había convertido también en un hábito. En el interior de la fría sala ambos hombres hacían el trabajo que les correspondía: uno actuar y el otro observar, esquivándose en silencio sin importunarse.

El técnico se había apartado y, sentado en una pequeña mesa al fondo de la sala, repasaba toda la documentación relacionada con la fallecida. Laín Guarner, por su parte, tras colocarse unos guantes azules de nitrilo, activó la grabadora.

—Cadáver del sexo femenino, identificado, de edad aparente en concordancia con la real. Constitución atlética, con una estatura aproximada de ciento sesenta y cinco centímetros y un peso de cincuenta y dos kilos y setecientos diez gramos. El levantamiento fue realizado a las ocho horas y treinta y siete minutos del día cuatro de abril, en el interior de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, desconociéndose el lugar exacto del fallecimiento. El cuerpo se hallaba en el mencionado lugar en posición de genuflexión, envuelto por completo en un sudario. Los fenómenos cadavéricos

están representados por rígor mortis marcado en mandíbula y extremidades. Presenta livideces de coloración no intensa, correspondiéndose con la posición que presentaba en el momento del levantamiento. Enfriamiento total. No es posible establecer inicialmente la data de la muerte mediante los signos de Stenon Louis o el de Sommers.

La ignorancia que delataba el ceño fruncido del inspector no escapó a la atención de Guarner, que interrumpió la grabación con una media sonrisa.

—La tanatooftalmología es una disciplina impagable —aclaró—, pero impone la absurda necesidad de contar con los ojos para su estudio.

Pulsó de nuevo el botón.

—Los globos oculares no se hallan en el interior de las cuencas orbitales. Al no corresponderse su desaparición con signos de putrefacción cadavérica, puede inducirse que han sido extraídos de forma traumática, a la espera de un posterior examen más detallado.

Silvio notó como un gusto amargo le bajaba hasta el estómago, pero respiró hondo y afianzó su espalda contra la pared.

—Policía Científica no pudo encontrar vestigios en el lugar —le previno.

El forense le miró de reojo, incrédulo.

—Siempre quedan indicios en el lugar del delito. Que se encuentren o no ya es otro asunto.

Dicho esto, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y el técnico se aproximó hasta la mesa de autopsias, situándose a la izquierda del cuerpo, cuyos brazos seguían elevados y con las manos entrelazadas, detenidos en una desagradable caricatura. En el lado contrario, Laín Guarner comenzó la palpación del cadáver desde la cabeza hasta los pies. El forense tentaba cuidadosamente cada palmo de piel inerte, con la mirada suspendida y la expresión abandonada en una contradictoria mueca que era de concentración y ausencia a la vez, un gesto que a Silvio se le antojaba sobrecogedoramente extraño.

—Al tacto no se observan alteraciones óseas en la zona craneal ni cervical —narraba en voz alta las conclusiones a la vez que el técnico las anotaba en el protocolo de autopsias—. No existe crepitación en la zona de inserción del atlas y el axis, ni en vértebras cervicales, pero se observan diversas heridas en la parte anterior del cuello, cara anterior del segmento inferior de los

antebrazos y zona femoral, todas ellas con forma fusiforme y bordes regulares y nítidos. Al parecer producidas por un instrumento cortante.

Sus dedos índice y corazón recorrieron los bordes de la gran incisión que cruzaba el cuello del cadáver de Gisela. Lo hacía lentamente, cual si de una lectura en Braille se tratara, como si el tacto pudiera aportarle una información que estuviera vedada a los demás sentidos. El rostro del cadáver se movió mecánicamente bajo la presión de las yemas del forense, que cotejaba la morfología, la extensión y el color del enorme corte con los que presentaba en las muñecas y en las ingles. Somos pura carne, recordó Silvio. Las palabras pronunciadas por Ofiuco la noche anterior, y que él había tenido ocasión de escuchar en la grabación del programa, se materializaban ante sus ojos en una realidad desoladora. Y a pesar de la distancia física y mental que procuraba mantener con ella, comenzaba a pensar que solo adentrándose en la brutalidad del sufrimiento que había sentido aquella joven, ahora macilenta sobre la mesa de autopsias, podría ser capaz de comprender el brutal crimen para poder resolverlo. Laín Guarner había vuelto a levantar la cabeza y le miraba con expresión miope.

—Las heridas —dijo— que el cadáver presenta en los antebrazos y en la cara interior de los muslos muestran retracción de los bordes y de los vasos arteriales seccionados, así como infiltración hemorrágica en los tejidos y presencia de coágulos. La incisión del cuello, en cambio, no muestra ninguna de estas características.

El mutismo de Silvio le animó a seguir hablando.

—Shock hipovolémico —determinó el forense—. Las lesiones de las extremidades fueron producidas en vida. Pero cuando se seccionó el cuello de la víctima ya estaba muerta. Desangrada, para ser exactos.

—¿Y el tatuaje de la frente?

—Todavía he de tomar muestras y analizarlo, pero yo diría que fue pintado con nitrato de plata o algún otro reactivo a la luz.

Sus gafitas resbalaron por el pronunciado tabique de su nariz cuando inclinó la cabeza hacia el cuerpo para observar más de cerca el tosco dibujo.

—La vara de Asclepio —dijo—. El símbolo de la Medicina.

—No entiendo qué tiene que ver...

El médico se quitó las gafas, masajeándose las marcas que estas le habían

dejado en la nariz.

—La credulidad es propia de los jóvenes, Silvio, y aunque te cueste creerlo yo también lo he sido —bromeó—. Hubo un tiempo en el que creía en los horóscopos y consultaba sus presuntos designios en cualquier periodicucho. Tampoco es una pérdida total de tiempo —reflexionó—. No aprendes nada sobre el futuro pero sí ciertas cosas sobre simbología. La figura aquí representada es, además, la representación gráfica del signo zodiacal de Ofiuco.

—¿Una especie de firma?

El doctor Guarner esbozó una sonrisa resignada.

—El rastro que deja un cuchillo es un testigo frío y objetivo. Los motivos que impulsan a un asesino a utilizarlo son, sin embargo, diversos: dinero, celos, una pulsión sexual o religiosa... La explicación de los mismos pertenece al campo de la psicología criminal y mi reino, querido amigo, no es de ese mundo.

La pluma de acero plateado que asomaba por el bolsillo de la bata del forense reflejó el destello del primer disparo que el técnico acababa de realizar con la cámara fotográfica. En la cabeza de Silvio, entretanto, empezaban a postularse todas las explicaciones posibles sobre lo ocurrido, dispuestas a pasar una a una por el estrecho tamiz de la lógica.

—Bisturí —ordenó Guarner, alargando su brazo hacia atrás sin mirar, en un gesto que denotaba la confianza del que sabe que va a obtener inmediata respuesta. De hecho no había terminado la palabra cuando el técnico depositó en sus manos el afilado instrumento. Guarner apoyó lentamente la hoja metálica sobre el hombro izquierdo del cuerpo y empezó a cortar de manera continua bajo las clavículas, pasando por el manubrio del esternón hasta alcanzar el hombro derecho. Terminado el corte horizontal, apoyó de nuevo el bisturí en la mitad del segmento y seccionó en vertical, hacia abajo, sorteando el ombligo hasta el pubis. Silvio observó con desagrado cómo en esa zona el galeno levantaba ligeramente la pared abdominal.

—Si la incisión afecta a las vísceras de poco nos servirán —aclaró.

Un último corte transversal en la parte más inferior dejó dibujada una tosca letra I sobre el tórax del cadáver. Del mismo abdomen salió cierta cantidad de líquido al pasar la hoja, y el doctor Guarner ordenó al técnico

tomar muestras para su análisis. Silvio notó cómo las palmas de las manos empezaban a sudarle. O la refrigeración de la sala se había estropeado o estaba empezando a acalorarse. Se distrajo echando un vistazo a la mesa sobre la que el técnico había colocado el sudario que envolvía el cuerpo de Gisela cuando la encontraron. En el interior de la iglesia le había parecido de un blanco immaculado, pero bajo la luz ofrecía una tonalidad apagada, parecida al marfil. Estaba cuidadosamente doblado sobre una gran bolsa de papel donde, supuso, lo introducirían más tarde para remitirlo al laboratorio en busca de restos biológicos. El calor iba en aumento y la llamada de atención de su estómago también. Aún no sentía náuseas, pero no tardaría en hacerlo. Con la mirada buscó la salida más próxima del aire acondicionado, y tres o cuatro pasos después se había colocado justo enfrente. Cerró los ojos y respiró hondamente, a caballo entre el alivio que sentía y el refilón de la mirada burlona que Laín acababa de lanzarle.

Consultó su reloj. Resoplaba intentando mitigar el calor que le abofeteaba el rostro. No era la primera vez que experimentaba esa sensación, y por eso sabía perfectamente lo que vendría después. Por otra parte, se acercaba el momento que más odiaba de aquel desagradable ceremonial. Su imaginación anticipó el sonido de la sierra circular con tanta fidelidad que casi podía verla ya cortando certera e implacablemente el hueso del cráneo, a pesar de que el forense y su ayudante todavía andaban esforzándose en retirar la parrilla costal. Y como no podía ser de otro modo las náuseas llegaron. Una arcada se elevó a su garganta hasta casi hacerle vomitar allí mismo. Como pudo salió a trompicones mientras el técnico le dirigía un soslayado vistazo por encima de sus gruesas gafas. Laín Guarner ya se encontraba inmerso en la observación de las vísceras del cadáver. En el pasillo, Silvio creyó de veras que no llegaría hasta el diminuto cuarto de baño que se encontraba al otro extremo, rogando mientras corría que no hubiera nadie en su interior. Hubo suerte, aunque no tuvo tiempo ni de cerrar la puerta. Su estómago se retorció hasta expulsar la última bilis del día. Sentía que sus piernas apenas podían sostenerle, conque optó por arrodillarse y ahí quedó, abrazado a la taza y revolviéndose entre violentas contracciones.

Cuando terminó, masculló un juramento y, con dificultad, se levantó despacio, apoyándose en la pared. Al poco empezó a sentirse mejor, caminó

hasta el lavabo y dejó el agua fría correr por su cara y sus manos invadidas por la palidez. Luego salió al pasillo y anduvo unos metros con su mano derecha rozando las baldosas de la pared, hasta que se encontró más repuesto. Decidió subir a la planta principal para tomar un café. Pero a esas horas la cafetería ya estaba cerrada, así que tuvo que conformarse con un capuchino de máquina, cuyo asqueroso sabor competía con el regusto metálico que le había dejado la basca. Mientras lo apuraba, sentado en una de esas sillas de plástico atornilladas al suelo, contempló el desfile de batas y zuecos que parecían atesorar toda la urgencia del mundo. Unos, siempre por parejas, el aire distinguido, portando carpetas metálicas que interponían entre sí mismos y el resto de la gente con la que se cruzaban. Otros, con estetoscopios colgando del cuello, empujando a la carrera enormes camillas con asombrosa destreza en medio de aquella jungla de idas y venidas. Pensó que él no valdría para eso. Tener en tus manos la vida de una persona pendiendo de un acierto o del más absurdo de los errores, o establecer cierta relación con un paciente mientras observas, en el peor de los casos, cómo se extingue su vida. Había que ser de una pasta especial y cada uno está hecho de la suya. Le vino a la mente la conversación que había tenido algunos años atrás con un banderillero en el callejón de una plaza de toros.

—Hay que ser muy valiente para ponerse delante de un bicho de quinientos kilos que a la mínima te destroza —le había dicho Silvio.

Y el otro, la piel de gastado bronce, delgado como un palo seco, pendiente en todo momento de cada gesto del matador mientras realizaba su faena en la arena, apenas si había torcido la mirada hacia él para responderle:

—*Ezo* es como *tó*, jefe. También hay que tener *való pa* estar delante de un hijoputa con navaja o *recortá* y que no te tiemble el *pulzo*. El toro *zigue* ciertas reglas, pero un cabrón nunca *ze zabe* por dónde te va a *zalı*.

El recuerdo de aquel agudo razonamiento en una calurosa tarde de agosto logró arrancarle una débil sonrisa. Inclino el vaso, mirando el aguachirle sin terminar y oteó el corredor en busca de una papelera. Al no hallarla, optó finalmente por dejarlo tras la bancada de plástico, con disimulo, y ya con más brío retornó al sótano bajando por las escaleras de servicio. Cuando volvió a la sala de autopsias, el técnico había terminado de coser el cuerpo de Gisela y, sobre la mesa, rellenaba el registro de muestras para el estudio de los tejidos.

Silvio apenas se atrevió a dirigir la mirada hacia el sendero de liza que recorría sin contemplaciones el cuerpo de una mujer que hasta hacía muy poco había albergado una historia brutalmente interrumpida. Una historia cuyos últimos pedazos él debía reconstruir hasta llegar a la abrupta frontera entre su vida y su muerte marcada por el grueso cordel.

En esto pensaba cuando notó sobre sí la mirada de Laín, y al devolvérsela observó la extraña expresión de su rostro, atravesado por un zarpazo de gravedad.

—¿Hay algo más? —preguntó.

El médico aguardó un par de segundos antes de responder.

—Durante el examen interno del cadáver hemos descubierto algo inesperado.

—¿De qué se trata?

El técnico seguía con la cabeza agachada sobre los papeles, la mano que sostenía el bolígrafo inmóvil, atento a recibir una indicación de su jefe. Pero esa indicación no llegó. Guarner había decidido ahorrarle al inspector el trago de ver el contenido de uno de los botes que se apilaban, perfectamente etiquetados, sobre uno de los mostradores. El ayudante retomó, pues, la escritura de su informe, mientras que el forense tomaba a Silvio por un hombro.

—Hemos encontrado un feto de tres meses. La víctima estaba embarazada.

El jefe de Homicidios no dijo nada. De hecho, desde ese momento apenas cruzaron dos o tres frases más. Las suficientes para enumerar los resultados más relevantes de la autopsia y acordar la fecha de entrega del dictamen forense. Después de eso, Silvio se encaminó hacia la salida para marcharse. Antes de cerrar la puerta se volvió para despedirse de Guarner. Pero lo único que divisó fue su espalda. Había vuelto junto al cuerpo de Gisela y ahora lo contemplaba, inmóvil, con los brazos caídos a ambos lados. Por un momento, le pareció escuchar un susurro que brotaba de los labios del médico. Conocía demasiado bien a ese hombre frío y seguro de sí mismo, escéptico hasta el fanatismo y que no desaprovechaba la oportunidad de agujonear con su descreída ironía a cualquiera que rozara siquiera la prohibida línea de la creencia en lo sobrenatural. De no haber sido por eso, Silvio hubiera jurado que Laín Guarner musitaba una oración.

VIII CAPÍTULO

Todas las familias felices se parecen unas a otras, cada familia desdichada lo es a su manera.

LEÓN TÓLSTOI
Anna Karenina

No siempre el clima y la tristeza se dan la mano, pensaba Silvio cuando bajó del coche, seguido por Hugo. Frente a ellos, la gran casa de madera de tres plantas se erguía en medio de aquel campo empeñado en anunciar la primavera tardía del mes de abril. Junto a la laguna que marcaba el final del diminuto pueblo, las níveas flores de un cerezo encorvado reflejaban el sol que se derramaba sobre los amplios ventanales de la vivienda, confundida su blancura con la palidez del rostro de la mujer que les contemplaba tras el cristal.

Abrió la puerta una señora de cierta edad que estudió durante unos segundos, el gesto arrugado entre la miopía y la curiosidad, la placa dorada que Silvio exhibía.

—Pasen, les está esperando —dijo por fin.

El interior era sombrío y fresco, como si los lóbregos muebles fueran inmunes a la abrasadora claridad de afuera. Caminaron con paso ligero hasta llegar al salón. La asistenta les dejó a la entrada de la estancia y se despidió con una sonrisa cortés, escabulléndose rápidamente. Silvio caminó hasta que el suelo de madera dejó de delatar sus pisadas, absorbidas por la gran alfombra persa que a partir de ahí cubría la estancia casi por completo. Al fondo, la mujer de brazos cruzados continuaba mirando imperturbable por la ventana, como si la presencia de aquellos dos hombres en el exterior de su

casa le hubiera pasado desapercibida. Silvio carraspeó un poco, antes de que su voz tronara en el triste sosiego de aquel salón.

—Buenos días. Soy el Inspector Silvio Tanco, y este es el Oficial Hugo Bográn.

La mujer aguardó unos segundos antes de volverse hacia ellos con desgana. A pesar de la distancia, a Silvio le pareció que su aspecto era más juvenil y atractivo de lo que le había resultado a través del vidrio.

—Me llamo Rebeca Soto —dijo mientras caminaba hacia ellos, manteniendo los brazos cruzados.

Silvio iba a responder cuando una desagradable impresión se apoderó de él. Conforme se aproximaba pudo reconocer en aquel semblante altivo los demudados rasgos del rostro inerte del cadáver que había contemplado sobre la mesa de autopsias el día anterior. La misma nariz chata, las cejas rectas e idénticos labios breves y perfilados. Observó la feminidad de su cuerpo también moldeado, cubierto por unos vaqueros ajustados y un jersey negro de cuello vuelto. Aquella mujer era Gisela Soto.

No pareció sorprendida, sin embargo, por el azorado silencio de Silvio. Más al contrario, les invitó a sentarse en el tresillo de escay negro que había junto a ellos.

—Gisela era mi hermana gemela —comentó acomodándose en un pequeño sillón cercano. Había en su voz un tono de ágil malicia que denotaba la costumbre que tenía de aclarar ese detalle con frecuencia.

Silvio mantenía los brazos caídos hacia delante con los dedos pulgares entrelazados, un gesto muy característico en él cuando algo le incomodaba.

—Lamentamos la muerte de su hermana, señora Soto. No queríamos molestarle en la intimidad de su hogar, pero dadas las circunstancias es fundamental que obtengamos cuanto antes toda la información que pueda resultarnos útil para resolver este...

Se detuvo justo antes de pronunciar la última palabra. Una mueca de suficiencia afloró en los labios de la anfitriona.

—No se preocupe por llamar a las cosas por su nombre, señor Tanco. Al fin y al cabo, ustedes están más que acostumbrados a eso. Y en cuanto a mí... Le sorprendería conocer las cosas a las que ya estoy hecha.

Silvio hizo un gesto de conformidad y miró a Hugo, que observaba a

Rebeca.

—¿Qué tipo de relación mantenía con su hermana? —preguntó.

—A pesar de lo que pueda parecerles, no he tenido una vida fácil, en absoluto —dijo como si no hubiera escuchado la pregunta—. Que no les engañe el tamaño o el estilo de esta casa. Mi padre trabajaba en astilleros. Negociaba las contratas con las empresas encargadas de las instalaciones de agua y electricidad en grandes barcos. Siempre le fue bien. Era un buen hombre, aunque tal vez demasiado recto en su educación. De cualquier modo, nunca dejó que confiáramos en el dinero o en el bienestar, así que nos hizo estudiar muy duro desde pequeñas.

Por el cabio mal ajustado de una de las ventanas se deslizó una corriente de aire que agitó las cortinas de color burdeos. A ellas miraba ahora Rebeca Soto.

—Gracias a Dios pude conservar esta casa desde que él falleció, a pesar de que a estas alturas contiene más recuerdos dolorosos que de otra clase —dijo, y como si de pronto hubiera caído en la cuenta volvió a mirar a Silvio antes de preguntar—. Dígame, ¿cómo murió mi hermana?

El inspector abrió mucho los ojos, sorprendido. De entre la cantidad de respuestas que acudieron súbitamente a su cabeza intentó escoger una.

—Verá, señora... Conocer ciertos detalles sobre la muerte de su hermana no le haría ningún bien. Sería innecesario.

El hiriente fulgor de los ventanales se reflejó en los ojos grises de Rebeca Soto.

—Hay suplicios peores que la propia muerte, señor Tanco.

—¿A qué se refiere?

—A la traición, por ejemplo.

—Explíquese.

—Lo que le ha ocurrido a Gisela es una tragedia para mi familia. Pero su muerte solo es la culminación de otra tragedia mayor. Mi hermana ya no está en este mundo, pero en realidad hacía demasiado tiempo que había dejado de existir en nuestras vidas.

—Entiendo que no tenían una buena relación.

—Entiende mal. No teníamos ninguna relación.

—¿Ni sabe dónde vivía actualmente o en qué trabajaba?

—No.

Silvio había dejado suspendida la mano sobre el bolsillo de su camisa con intención de sacar el cuaderno de notas, pero desistió y volvió a bajarla. Hugo continuaba escrutando a Rebeca, y en sus ojos revoloteaba un ardiente interés por desentrañar aquella singular personalidad.

—No es una información muy útil —aclaró el inspector con toda la diplomacia de la que fue capaz.

Rebeca Soto compuso un mohín infantil y luego miró de reojo a Hugo.

—Gisela era un alma libre, en el sentido más amplio de la palabra. Además de una persona desordenada y de costumbres poco ortodoxas.

—¿En qué sentido?

—En todos. Podríamos llamarla rebelde, marginada, inadaptada... ¿Se le ocurre algún adjetivo más?

Hugo respiró sordamente mientras cruzaba una pierna sobre la otra, lo que atrajo la atención de Rebeca.

—¿Por qué se deterioró la relación entre ustedes? —preguntó el oficial.

La mujer sacudió ligeramente la cabeza mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa con tintes de desprecio.

—Depende de a quién le pregunte. Aunque en el fondo no habría demasiada diferencia entre la respuesta que podría haberle dado Gisela y la mía. Supongo que ella le hubiera dicho que no se parecía en nada a mí, que estaba destinada a hacer grandes cosas. Que era especial.

—¿Y cuál sería la suya?

—Que se creía especial —puntualizó con acidez.

—Concrete un poco más —intervino Silvio.

A Rebeca Soto parecía divertirse aquello. Apoyó ambas manos sobre los brazos del sillón y pareció que de un momento a otro iba a balancearse, pero en vez de eso se levantó.

—Acompáñenme, ¿quieren? —dijo, dándose la vuelta.

Los dos policías la siguieron mientras subía con paso ligero la escalera de caracol situada tras la puerta trasera del salón. Llegados al primer piso, Rebeca Soto se apartó y señaló una habitación en medio del pasillo cuya puerta estaba entreabierta. Silvio y Hugo entraron. Rebeca permaneció bajo el quicio, con una mano apoyada en el marco.

No era una estancia excesivamente grande en relación con el tamaño de la casa. Ningún estilo identificaba la decoración, si es que podía llamarse así al escuálido conjunto de muebles de aquella alcoba. Una discreta cama desvencijada se confundía con la cómoda pintada de negro, sobre la cual acumulaban polvo un par de figuras de hadas modeladas en resina, de esas que pueden adquirirse en cualquier mercadillo, y un joyero sin lustre. Un sencillo armario de madera provenzal remataba la modesta dependencia. Silvio buscó en vano con la mirada alguna imagen o fotografía que le permitiera identificar a Gisela en vida, pero hubo de conformarse con los rasgos de la mujer que desde la puerta contemplaba la pared de la que colgaban tres cuadros. En el primero de ellos, a pesar de estar pintado con trazos ingenuos, Silvio pudo reconocer la casa en cuyo interior se encontraban y la campiña que la albergaba. Un segundo mostraba una especie de callejón sin salida, pintado a base de tonos rojos. El tercer lienzo representaba una silueta difusa e indeterminada, pero tras observarla detenidamente, Silvio creyó adivinar las formas femeninas de una mujer alada que lloraba. En la esquina inferior derecha de todos los lienzos figuraba la misma firma: las letras G y S entrelazadas.

Rebeca Soto se anticipó al momento en que Silvio comenzaba a perder interés por las pinturas y, entrando en la habitación, apoyó su espalda contra la pared que acogía los tres cuadros.

—Cuando era pequeña, Gisela era la niña perfecta. Educada y buena estudiante. Yo, sin embargo, no cumplía las expectativas de mis padres. Mi único interés era la pintura.

—Creí que eran hermanas gemelas —señaló Silvio.

—No siempre la genética sabe hacer promedios, inspector —respondió casi sin dejarle terminar la frase—. Yo tenía tiempo y voluntad, pero no talento. Con el paso de los años fue Gisela la que heredó mi vocación frustrada por los lienzos. Bueno, y mis materiales. Y aquí tienen el resultado —añadió con tono sarcástico—. Toda una muestra de arte, como pueden ver.

Silvio pasaba ahora distraídamente los dedos sobre los tiradores de los cajones de la cómoda.

—¿Le importa si...?

Rebeca Soto alzó las palmas de las manos.

—En absoluto. Nada se ha tocado desde que mi hermana desapareció.
Silvio dejó a medio abrir el primero de los cajones.

—¿Desaparecida?

—Conforme fuimos creciendo, a Gisela le cambió el carácter. Dejó de ser una niña responsable para convertirse en una adolescente incapaz de convivir con su familia o de relacionarse con sus amigos de siempre. Ya nunca volvió a ser la misma.

Ahora las miradas de Silvio y Hugo estaban fijas en ella, que continuó hablando.

—Cambió en todos los aspectos. Se volvió solitaria, irascible, extremadamente celosa de su intimidad. Hasta empezó a fracasar en los estudios. Por aquel entonces yo solo era una joven que comenzaba a descubrir la vida más allá de estas paredes de madera y la pintura había dejado de ser algo fundamental para mí. Gisela, sin embargo, se refugió en ella de una manera casi obsesiva.

Silvio continuaba mirándola al tiempo que sus manos registraban distraídamente el interior del cajón.

—Todos sus cuadros son igual de angustiosos, con esos horribles tonos chillones. Hay muchos más en el sótano. En realidad, no sé por qué Gisela colgó precisamente estos tres aquí.

No había nada de interés en ese cajón, observó Silvio. Algunas camisetas oscuras estampadas, un par de cajitas con pendientes de hierro en forma de aro y varias pulseras y collares de cuero con pequeñas esferas de cristal engarzadas.

—¿Cómo desapareció exactamente? —preguntó acometiendo el examen del segundo cajón.

—Apenas nos dirigía la palabra, los amigos dejaron de venir a visitarla... Toda su existencia empezó a girar en torno a algo, pero no tengo ni idea de qué se trataba. La cosa es que un día se marchó, sin más. Conforme fueron pasando los días la desesperación se apoderó de mis padres. Nos pusimos en contacto con la Policía. Prometieron buscarla, aunque nos advirtieron que al ser mayor de edad y presumir que su marcha había sido voluntaria, poco se podía hacer. Y así fue.

Silvio iba a abrir la boca para pretextar algo pero prefirió dejarlo en

manos de Hugo, que en ese momento observaba el interior del armario sin ninguna intención de despegar los labios.

—El último año que pasó en esta casa nuestra comunicación fue nula. Mis padres valoraron la posibilidad de enviarla a un internado para terminar los estudios de secundaria, pero todo fue inútil. Como un proyecto perfectamente calculado, igual que un cautivo cuenta los días que le restan para escapar de su prisión, Gisela se largó justo el día en que cumplió dieciocho años. Eso provocó que el delicado estado de salud de mi padre se agravara. Seis meses después de la desaparición de mi hermana falleció de un infarto fulminante.

Rebeca Soto mantenía la mirada perdida en el suelo, pero su rostro no parecía reflejar dolor, si acaso una mezcla de resignación y rencor. Por un instante, en esa abandonada expresión hueca, Silvio volvió a reconocer los rasgos del cadáver de Gisela.

—Después de aquello, mi madre cayó en una depresión de la que nunca se recuperó —continuó—. No dejaba de hablar del tema a quien se acercaba a escucharla, topándose siempre con un trasfondo de compasión que la destrozaba aún más. Hasta que empezó a huir de la rutina de la ciudad y de las miradas que asentían sonrientes mientras en el fondo gozaban contemplando cómo nuestra desahogada felicidad de otros tiempos se iba consumiendo lentamente.

Rebeca Soto se despegó de la pared con un grácil gesto de cintura y se colocó junto al armario, sin perder un detalle del hacer de Hugo.

—Mi madre nunca fue especialmente religiosa, pero cuando el dolor se le hizo insoportable volvió a reparar en Dios, y eso le devolvió las fuerzas para seguir adelante. Yo, sin embargo, pasé a convertirme en un simple lazarillo que todos los días guiaba a una mujer ciega por el sufrimiento en su camino por encontrar algún tipo de alivio. Conoció a un sacerdote y lo que empezó siendo una confesión diaria se convirtió en horas de charlas espirituales todas las tardes. No perdonaba ni un solo día. Conforme pasaban las semanas aumentaba su bienestar; se la veía más animada, más vital. Incluso un día llegué a pensar que había decidido enterrar el recuerdo de Gisela. Fue entonces cuando comenzó a hablarle de mí. Recuerdo cómo me sonreía y me acariciaba la cara mientras refería al cura mis cotidianos logros o decepciones. Hasta que un día me di cuenta del engaño. Todo era una simple

burla. Una patraña.

Las manos pequeñas de uñas rectas y recortadas de la mujer se cerraron, crispadas.

—Ya en alguna ocasión la oí pronunciar el nombre de mi hermana en vez del mío. Al principio no le di demasiada importancia; lagunas mentales de una anciana, supuse. Pero al poco reparé en que muchas de las vivencias que explicaba al sacerdote pertenecían a Gisela y no a mí. ¡Yo había dejado de existir para pasar a ser el recuerdo de una hija desaparecida habitando en un cuerpo de idéntico aspecto! Perdí mi identidad para quedar relegada a ser el báculo inútil de una vieja.

Fue al cerrar Hugo la puerta del armario cuando se escuchó el ruido de un objeto cayendo. El oficial se asomó detrás del mueble y, con cuidado, lo separó unos centímetros de la pared, introdujo su mano y extrajo un cuadro polvoriento.

Rebeca abrió mucho los ojos y Silvio pudo observar como su tez adquiría un tono de rubor. El lienzo era una especie de *collage* con el fondo pintado en tonos malvas y oscuros, al cual habían adherido fotografías de distintos tamaños y formas que mostraban a una chica en distintas poses, algunas de las cuales eran de una explícita intimidad, sola o en compañía de otras jóvenes. La mujer reprimió el impulso de arrebatar el cuadro de las manos de Hugo que, incómodo, lo dejó a un lado intentando aparentar desinterés. Pero ya la vergüenza en el rostro encendido de Rebeca había dado paso a la ira.

—Ya se lo dije —dijo, apretando los dientes—. Mi hermana era una mujer extraña, una inadaptada, una...

—Una buena persona que ha sido asesinada.

Los dos hombres se giraron sobresaltados, pero Rebeca ya se había adelantado de un salto con los brazos extendidos hacia la decrepita mujer despeinada y vestida con un camisón que junto a la puerta se aferraba con ambas manos al marco para no caer.

—¡Mamá! ¡Deberías estar en la cama!

La voz de la anciana resumía su propia presencia. Tan temblorosa que parecía estar a punto de quebrarse en cualquier momento, pero sostenida por el mismo dolor de la desesperación.

—¿Son ustedes los policías? Ya ven que nada de interés hay en esta

habitación que pueda ayudarles.

Rebeca Soto la sostenía con ambos brazos.

—Solo hacen su trabajo, mamá. Cuantos más datos averigüen, más posibilidades tendrán de castigar al responsable de que Gisela esté muerta — dijo mirando a ambos como quien implora que le secunden en una mentira.

—Tu hermana murió hace muchísimo tiempo para nosotros —se alteró—. ¿Por qué les has dejado entrar en esta habitación? Ahora ya es inútil que se empeñen en saber tantas cosas sobre ella. Debieron haberlo hecho cuando había alguna esperanza.

—Señora... —comenzó a decir Silvio.

—La visita ha terminado, caballeros —le interrumpió con dureza Rosario Narváez—. Si me disculpan, necesito volver a mi habitación. Rebeca les acompañará a la salida.

Los dos hombres bajaron en silencio por las escaleras hasta el descansillo, donde permanecieron hasta que Rebeca volvió. Los labios le temblaban ligeramente, pero en sus ojos había un poso de irritada victoria, como si se sintiera satisfecha por haber escuchado de labios de su madre la acusación que ella misma no se había atrevido a formular.

—Hay personas a las que ni siquiera la vejez y los años les conceden el lujo de olvidar —dijo.

Nunca supo si se había tratado de una excusa o de una disculpa, pero en cualquier caso a Silvio le había sonado tan hueca como el lejano graznido de ganso que provino de la laguna.

—Precisamente ese es el lujo que nosotros no podemos permitirnos en este momento, señora Soto —aclaró mientras le entregaba una tarjeta en la que había escrito un número de teléfono.

Rebeca Soto estudió la minúscula cartulina con el nombre y el cargo de Silvio y el escudo del Cuerpo Nacional de Policía grabado en relieve. Luego esbozó una sonrisa triste y contenida antes de acompañarles hasta la puerta.

—Mi hermana siempre tuvo la cabeza llena de hadas —dijo a modo de despedida, desde lo alto de los peldaños de la entrada.

—Unos pájaros, otros hadas... A ciertas edades todos los tenemos — señaló Silvio.

—¿Acaso ha visto usted alguna volar y canturrear entre las ramas de esos

árboles, señor Tanco? —respondió Rebeca volviendo a mirar la tarjeta mientras cerraba la puerta.

Cuando Hugo arrancó el motor, desde su asiento, Silvio volvió a acordarse de su libreta que esperaba, olvidada, en el fondo del bolsillo de su camisa. Aunque esta vez no la necesitaba. Había obtenido tan poca información que no habría gastado ni dos trazos de tinta sobre el papel cuadriculado. Mientras el vehículo dejaba atrás la laguna turbia que reflejaba la silueta de aquella gran casa, concluyó que de allí se llevaba una historia de dolor y celos que resultaba tan crucial para sus protagonistas como inútil para la investigación.

—¿Cuánto podrías tardar?... No. Demasiado.

Las frases deshilvanadas que Silvio escupía a su teléfono mientras caminaba sin rumbo entre las mesas llegaban en forma de retazos a Hugo, que apuraba su vaso de cerveza. La tarde estaba avanzada y apenas quedaban un par de clientes, pero el soniquete de los camareros recogiendo las sillas y purgando la máquina del café ahogaba la débil melodía que salía de los altavoces de la cafetería. Al oficial le parecía una versión demasiado moderna de *Wish you were here*, de *Pink Floyd*, pero el ruido era tan confuso que no estaba seguro. Justo cuando afinaba el oído pudo alcanzar a escuchar las últimas palabras con las que el jefe de Homicidios zanjó la conversación telefónica.

—Me da igual que sea tarde. En veinte minutos nos vemos en esa dirección —dijo tomando asiento frente a su compañero.

Silvio dejó el teléfono sobre la mesa de mármol y resopló mirando distraídamente por la vidriera del local. Tras ella, la tarde había vuelto a las andadas plomizas que llevaba demostrando toda la semana, como si la meteorología de la mañana hubiera sido solo una tentativa de la primavera que, pese a todo, cada vez se palpaba con mayor claridad en el ambiente. Interrogó a su compañero con la mirada, observando los restos de espuma de su vaso vacío. Obtenida su aprobación, levantó la mano para pedir dos cañas más.

No fue difícil, dijo mientras probaba la cerveza de barril. Lanzar el nombre de la fallecida contra todas las bases de datos de la Policía y otras

instituciones con las que hubiera podido tener contacto, un poco de paciencia y ahí estaba, en los archivos de la Seguridad Social y el Registro Mercantil. Una única inscripción que señalaba a Gisela Soto Narváez como titular de un establecimiento dedicado a la venta de objetos de arte. Silvio desdobló el folio en el que había imprimido la información, lo leyó de nuevo y volvió a sonreír al comprobar el nombre de la tienda. Rememoró su etapa en el instituto, y cómo esa asignatura se le había atragantado durante los dos años en que la estudió como obligatoria. Y no por difícil, para eso ya estaban las Matemáticas o la Física, sino porque representaba un mundo que le era totalmente ajeno, un idioma más indescifrable si cabe que sus primeros estudios de Latín o Griego. El edificio que había albergado su instituto estaba muy cerca de allí. Recordó las tardes de invierno, cuando acudía a las clases del *nocturno* siempre con el tiempo justo, apretando el paso por la misma avenida que ahora contemplaba a través del cristal, confundidas, igual que hacía veinte años, las últimas luces del cielo vespertino con las primeras farolas que comenzaban a titilar débilmente dentro de sus globos de plástico mugriento.

Los dos agentes terminaron sus cervezas, pagaron y salieron a la calle, pero en vez de coger el vehículo oficial, tomaron la acera de la derecha y dieron la vuelta al edificio, perdiéndose por las estrechas callejuelas traseras. Caminaron durante unos diez minutos. El adoquinado húmedo les devolvía el reflejo deformado de los rascacielos de la zona empresarial que se alzaban, a lo lejos, tras los edificios de cuatro plantas situados a ambos lados del callejón donde acababan de detenerse. Comprobaron la dirección y el número de la vía. Coincidían. Tenían ante sí un edificio un poco más oscuro que el resto, como una gran caverna rectangular de piedra negra. Tras los cristales polvorientos de las plantas superiores se asomaban, consumidos, algunos carteles antiguos de inmobiliarias y particulares con la leyenda *Se vende*. Solo en la primera resplandecía una lucecita cuyo fulgor escuálido iluminaba sin demasiada convicción el cartel de madera lacada que colgaba sobre la puerta de la pequeña tienda. *Histeria del Arte*, leyó Silvio, confirmando el juego de palabras que daba nombre al negocio, y cuya lectura en el registro le había despertado esa sonrisa. Pero ahora ya no lo hacía. En lugar de eso, se dirigió al tipo regordete y ceñudo que estaba apoyado en el lateral de una pequeña

furgoneta blanca mientras se frotaba las manos enguantadas. Intercambió dos o tres palabras con él, y Hugo acertó a escuchar un exabrupto por parte del fulano, que fue contestado por Silvio con palabras aún más duras. El otro respondió quitándose uno de los guantes de lana con rabia y cogiendo la caja de herramientas que yacía en el suelo, junto a sus pies, para dirigirse hasta la persiana metálica del establecimiento sin mirar al oficial cuando pasó junto a él. Cuando estuvo delante de ella, la miró de arriba abajo dos o tres veces, se arrodilló junto al cierre y empezó a manipularlo sin ningún atisbo de delicadeza. Fue cosa de medio minuto. El crujido del bombín de acero puso fin a la tarea del cerrajero al que Silvio había hecho salir de la cama en aquella fría tarde con treinta y nueve grados de fiebre. De un manotazo atrapó el billete que el inspector le alargaba y se metió en su vehículo dando un portazo antes de alejarse por el callejón abajo, dejando a los dos policías solos ante los restos de una historia tan oscura como el espacio que se adivinaba tras la persiana quebrantada.

Cuando el estampido de la hoja de metal subiendo cesó, Silvio encendió la pequeña linterna que portaba y entró, seguido por Hugo. Movié el foco a izquierda y a derecha buscando el interruptor de la luz, hallando tres palanquitas que al accionarlas iluminaron el lugar con una luz blanca y suave. La tienda era de mediano tamaño, con las paredes llenas de desconchones que habían tratado de disimularse colgando cuadros de cierto tamaño. Todo parecía estar en orden y no demasiado sucio. Al parecer, un conocido que conservaba una copia de las llaves había cerrado el local cuando constató que Gisela se había esfumado. Pero tampoco a él habían podido localizarle.

Hugo deambulaba por un lateral de la tienda con los brazos atrás, como si temiera rozar involuntariamente alguna de las antigüedades que reposaban en las estanterías de madera rústica. Por su parte, Silvio se dirigió al mostrador de metal y cristal que había al fondo y hojeó los albaranes y facturas dispuestos en un azaroso desorden. Nada de interés, observó. A modo de separador, una de las facturas descansaba entre las hojas de un pequeño cuaderno de tapas negras. El inspector lo cogió con sus manos cubiertas por guantes de látex y separó las hojas con delicadeza. La pieza de papel rosa estaba insertada entre las últimas páginas, y cuando la retiró, volviéndola a dejar sobre el mostrador, recorrió con ligereza las líneas de los versos que las

componían. Casi llegando al final, se detuvo. Dio marcha atrás y leyó de nuevo las palabras con las que un poema titulado *El mal y yo* concluía:

*En el fatídico pozo donde mis cenizas,
reposan sin el ansia de contemplar los restos de mi pasado,
solo la quietud de lo perdido puede más que la calma,
de saber que, ante lo perdido y lo ganado,
antes fui presente que pasado,
antes soy yo que mi alma
de suerte que nunca entendí, es cierto,
el miedo a un castigo divino,
y aunque ya soy más muerte que calma,
antes fui muerto que vivo
antes soy yo que mi alma*

IX CAPÍTULO

¿Le aflige acaso el verse sumergido por mucho tiempo en la oscuridad?

Pues de usted depende que esa oscuridad no sea eterna.

FIODOR DOSTOIEVSKY

Crimen y castigo

Sobre el atril, César Velano ultimaba, absorto, una tirada de cartas bajo la atenta mirada de Gregorio Lamparo, que fumaba compulsivamente en un rincón del estudio. La pedrería que adornaba las manos del vidente proyectaba en el techo un racimo de luces multicolores que danzaban al ritmo que la destreza de sus movimientos imprimía a los naipes del tarot, cuya disposición revelaba un destino que solo su imaginación era capaz de traducir. Los operadores de cámara ultimaban los ensayos de planos y encuadres con el realizador, y el barullo incesante de los técnicos moviéndose de un lado a otro disimulaba los pasos torpes del obeso productor, que ya se encontraba junto a César cuando este quiso darse cuenta.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó sacudiéndole los hombros con una sonrisa que agitaba su desigual bigote—. El programa va a ser un éxito a partir de ahora.

La mirada del espigado vidente le fulminó.

—¿A partir de ahora? —dijo, deteniendo la mano que sostenía una carta.

Gregorio Lamparo enrojeció de repente.

—Bueno, quiero decir... —balbució—. Es evidente que la estrella de este programa siempre has sido tú. Pero con lo que ha pasado...; en fin, ¿te das cuenta de la cantidad de personas que esta noche van a encender el televisor

para verte? Un espacio de videncia y un asesino. Es morbo, es espectáculo, es... ¡un éxito!

—Si tú lo dices... —replicó, lacónico, César, dejando sobre el atril una carta que representaba a un hombre colgado.

Gregorio Lamparo abrió mucho los ojos, y al elevarlos se cruzaron con la torva mirada del vidente. El pitido de aviso sonó en el estudio y el productor se marchó apresuradamente a la cabina de realización. César estaba recogiendo las cartas cuando Leticia se aproximó con el guión para repasar los últimos coletazos. En realidad era muy sencillo. La prioridad del programa era lograr que un gran número de personas llamara al teléfono 806 y mantenerlas en comunicación el mayor tiempo posible. Todo lo demás era, simple y llanamente, pura parafernalia misticona de ilusionismo barato. Invariablemente, el presentador comenzaba cada programa anunciando con aire ceremonioso que esa noche iba a ser especial, prometiendo que en algún momento de la emisión realizaría un importante ritual relacionado con el amor o el dinero, normalmente sacado de cualquier libraco comprado en una tienda de esoterismo. A continuación, se pasaban grabaciones de llamadas en las que clientes agradecidos comentaban los aciertos de César... y poco más. El resto se reducía a la máscara fija en pantalla con los teléfonos de tarificación adicional para las llamadas y los mensajes de texto, y algún primer plano de elementos decorativos del plató para llenar tiempos muertos. En eso consistía *Astroesotérico*.

—Treinta segundos —anunció el regidor—. La maquilladora dio unos retoques al rostro del vidente y Leticia desapareció tras la puerta de la cabina. La sintonía del programa comenzó a sonar, momento en el cual César aprovechó para abrirse el cuello de su camisa color salmón justo cuando la mano del regidor le indicaba que ya estaban dentro.

—Buenas noches, queridos televidentes —comenzó. A continuación hizo una pausa, alzó la mirada y frunció los labios, tratando de escoger las palabras—. El programa de hoy va a ser diferente. Distinto a todos los que hemos realizado hasta ahora. Y supongo que conocéis el porqué.

César remachaba cada palabra pronunciándola lentamente, como si se escuchara a sí mismo, imprimiendo un tono afectado a su discurso. Tenía muy presentes las palabras que Gregorio Lamparo le había dicho hacía unos

instantes. Morbo. Espectáculo. Éxito. En su imaginación brillaba la ampulosa certeza de que una audiencia multiplicada se hallaba expectante al otro lado de las cámaras que convergían en él, y eso le hacía sentir una perversa autocomplacencia.

—El mundo que habitamos da cabida a todo tipo de gente —prosiguió—. Personas que pretenden aprovecharse de un escaparate como este, de un programa que solo busca ser un servicio público ofreciendo consuelo y apoyo, para demostrar su maldad a sabiendas de que sois muchos los que nos estáis viendo. Pero es precisamente por vosotros, estimados amigos, por quienes, pese al desagradable incidente del otro día, vamos a seguir aquí dando lo mejor de nosotros.

Solo había transcurrido un minuto de programa y en la centralita todas las líneas estaban ya saturadas. Néstor trataba de gestionar la avalancha hasta que César terminara de hablar, para regocijo de Lamparo, quien, sentado en la parte de atrás, aspiraba el aroma del purito que se disponía a encender.

Finalizada la presentación, las llamadas telefónicas se fueron sucediendo, administradas con calculada habilidad por el operador, a caballo entre arcanos mayores y runas esculpidas en supuestas piedras antiguas cuyo valor en realidad no superaba lo que costaba un simple minuto de conexión. César despachaba cada consulta a base de obviedades, la mayoría de las ocasiones sin dar tiempo al atribulado espectador a contestar y confirmar si, en efecto, la supuesta predicción había acertado.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarte?

Al otro lado de la línea se oyó un prolongado jadeo.

—¿Buenas noches...? —insistió César.

En la vida, la antesala de una mala noticia no es más que un pertinaz vacío formado solo por un sobrecogedor silencio, donde las probabilidades de que lo que va a suceder a continuación sea terrible o simplemente la nada son exactamente las mismas. Y lo que sucedió flotaba sobre una voz pausada y familiar. Demasiado familiar para César Velano.

—Es curioso, ¿verdad? Hacemos una media de doscientas treinta y siete mil trescientas quince llamadas durante toda nuestra vida. En este país existen más de setenta y cinco millones de líneas telefónicas, y en este preciso instante trescientas cuarenta y dos mil novecientas trece personas están hablando por

teléfono. En medio de ese laberinto inabarcable de cifras existe una línea. Una sola línea, César. Y en cada uno de sus extremos estamos tú y yo. Resulta sobrecogedor eso que llaman destino.

Velano pareció no inmutarse. Revestido aún del misticismo con el que había comenzado el programa se mantuvo firme junto al atril, con expresión hierática. Pero en sus ojos se vislumbraban las trazas del miedo que comenzaba a tomar forma y conciencia de la situación. Todas las gargantas presentes en aquel estudio se paralizaron de repente, secas, acompañando en su silencio al presentador, esperando a que pronunciara una sola palabra para recomponerse. Solo una persona reaccionó levantándose de pronto, como impulsada por un resorte, para dirigirse rauda hacia una mesa fabricada con una tabla y un par de caballetes que estaba ubicada en una esquina de la cabina de producción. Raquel Alvarelos apoyó las dos manos sobre la tabla, intentando reprimir el galope nervioso de su corazón y, con gesto torpe, se colocó unos auriculares, señalando con un gesto al policía de Medios Especiales sentado junto a ella que diera comienzo al rastreo.

—El destino es algo poderoso... —intentó salir del paso César.

—No te imaginas cuánto —respondió Ofiuco, con voz tan sibilina que las palabras parecieron mezclarse con una risita contenida—. O tal vez sí, ya que crees tan firmemente en él.

—Creo porque existe —se defendió.

—Que algo exista no implica necesariamente conocer su causa. ¿O todavía crees que los rayos del cielo obedecen a la ira de Zeus? —volvió a escucharse, lejana, la risita despectiva—. Puede que en otros tiempos. Pero hoy me gustaría poder contemplar las caras de aquellos hombres antiguos cuya visión del mundo se basaba en la mitología, si pudiéramos explicarles el verdadero origen de un simple fenómeno meteorológico —hizo un silencio, y añadió—. ¿A ti no te gustaría?

—El destino es una fuerza poderosa. Nadie hasta ahora ha logrado demostrar que no exista —se reafirmó.

—Puedes engañar a tus queridos televidentes, pero no a mí —la voz parecía contener un tono de desengaño—. Quien afirma la existencia de algo es quien tiene que probarlo. Pretender lo contrario convierte cualquier discusión en una sucia trampa. Pero ya metidos en faena, me gustaría saber por

qué el destino es una fuerza. ¿Es acaso una magnitud de carácter vectorial capaz de medir la intensidad de las interacciones entre dos partículas? ¿Cuántos newtons es capaz de desarrollar el destino?

El vidente continuaba de pie, junto al atril, notando como su miedo se iba transformando lentamente en bochorno disfrazado de falsa dignidad. Frenados por el cristal de la cabina, los ojos inmensos de Raquel Alvarellos parecían devorarlo, presa del ansia por obtener cualquier información que un gesto o una simple expresión pudieran revelar. Pero César estaba demasiado ocupado para darse cuenta de ese detalle.

—Está bien. El destino no existe —admitió—. Y dado que no hay ninguna causa ni fuerza que nos haya colocado a ti y a mí en este lugar y momento, dime, ¿por qué estás ahí? ¿Qué quieres?

Ofiuco aguardó unos segundos antes de responder.

—Si poseyeras la misma habilidad haciendo predicciones que la que tienes para darle la vuelta a cualquier argumento creo que te habría ido mucho mejor en la vida —dijo—. En cuanto a mí, bueno, en realidad sí existe una fuerza poderosa de la que muy pocos pueden escapar, pero que nada tiene que ver con extrañas energías o pamplinas sobrenaturales.

César arqueó una ceja, perplejo.

—La voluntad —aclaró—. La facultad de ordenar nuestra propia conducta según el fin que nos hemos propuesto. La conciencia aliada con el poder elegir qué camino tomar. Y mi elección es mantenerte ahí, frente a mí, para que todas esas personas descubran de una vez lo que les haces sin un atisbo de rubor o vergüenza.

En su voz palpitaba una ira lenta y contenida, como si se deleitara saboreando cada palabra antes de escupirla hacia Velano.

—En cuanto a la causa —añadió—, aún es pronto para revelarla. No obstante, espero que seas capaz de soportar lo que va a sucederte con la mayor fortaleza.

—¿Me estás amenazando? —se indignó.

Se escuchó una risa confiada por toda respuesta.

—Vamos, no disimules. Puedo oler tu miedo desde aquí. ¿Por qué te preocupas? Posees dones sobrenaturales, tú mismo nos lo recuerdas cada noche. Utilízalos para predecir tu propio futuro y salir de dudas.

César no contestó.

—Hum. Bien pensado, es un reto interesante —consideró Ofiuco—. Coge ese mazo de cartas.

El presentador miró los naipes que reposaban amontonados boca abajo sobre el atril. Se mantuvo inmóvil durante unos segundos, preguntándose cómo podía escapar de aquel trance. De pronto alzó la cabeza, cogió el mazo de cartas y golpeó con él el atril.

—No voy a prestarme a tu juego —resolvió mirando fijamente a la cámara.

—Desde luego que vas a hacerlo. Aunque, lamentablemente, esto no es un juego.

—¿Cómo puedo saberlo? —exclamó—. ¿Cómo sabemos que no eres un loco o un bromista que se hace pasar por el asesino de esa pobre chica? ¡Esto es absurdo!

—Relájate, mi querido amigo. Yo que tú procurarías conservar las fuerzas. Te queda mucho camino por recorrer y es muy probable que te hagan falta. En cuanto a tu inquietud, déjame que te responda con otra pregunta: ¿no te parece suficiente evidencia un cadáver dentro de una iglesia?

—Cualquiera podría saber eso —bufó—. Ha salido en todos los informativos.

En el estudio se hizo un espeso silencio que se prolongó hasta que la voz calmada de Ofiuco volvió a escucharse.

—Qué extraño... Porque ningún medio de comunicación ha mencionado que esa joven fuera tan religiosa como para seguir rezando hasta después de muerta.

Al otro lado del teléfono se escuchó una respiración lenta y prolongada, antes de añadir:

—Pero eso ya es agua pasada. Algo que me gustaría olvidar, aunque me resulte imposible. La mirada de esa joven me persigue día y noche. Y no por remordimiento, ¿sabes? Son sus preciosos ojos grises guardados ahí, sobre mi mesita, los que me imploran cada vez que abro el cofre en el que los guardo.

—¿Cómo puedo hablar con él?! ¡Díganme cómo hacerlo! —Raquel Alvarellos se había lanzado sobre la mesa de control y buscaba frenéticamente el botón que permitía comunicar con César a través del auricular. Gregorio

Lamparo intentó sujetarla, pero la joven agente lo apartó de un empujón. Leticia, encogida, le señaló tímidamente su ubicación.

—¡Oiga, escúcheme! Lo que está diciéndole es cierto. Deje de retarle y sígale la corriente. Necesitamos saber más —le ordenó a través del pinganillo.

César estaba pálido y sudoroso. Sintió que se desvanecía y tuvo que apoyarse sobre el atril. Fue a decir algo pero sus labios temblaron sin responderle.

—¿Es suficiente para ti? No, supongo que no. Un tipo escéptico como tú, siempre en una búsqueda continua de la verdad, no puede conformarse con algo tan superficial —se burló, para a continuación repetir con tono imperativo—: César, coge ese mazo de cartas.

Las manos le temblaban cuando cogió los naipes. Los sostuvo sobre el atril, obediente, alternando su mirada entre las cartulinas y la cámara mientras esperaba sumisamente la siguiente instrucción.

—¿Qué dicen las cartas del tarot sobre mi futuro? —preguntó.

—¿Cómo...? —balbució César.

—Deberías alegrarte. Tienes la oportunidad de demostrar a los millones de personas que nos contemplan si tu videncia es tan poderosa como siempre les has vendido —afirmó—. Verás, he hecho un ligero cálculo. Entre llamadas y mensajes, durante las cuatro horas que dura cada programa debéis de embolsaros unos treinta y cinco mil euros diarios, aproximadamente. Supongo que la gente querrá saber si su dinero está bien empleado, ¿no? Adelante. Haz la tirada.

El vidente intentaba contener su ansiedad. Respiraba profundamente, mientras el sudor del rostro le empapaba el cuello de la camisa y el pecho.

—¡No! —reaccionó irguiéndose de nuevo—. ¡No voy a prestarme a esta burla! No sé quién eres ni por qué estás haciendo esto. Me importa un carajo en qué creas o no, pero no pienso quedarme aquí mientras te burlas de mí.

Su desplante fue respondido con un gruñido desaprobador.

—Ojalá el mayor de tus problemas fuera el que me burlara de ti —argumentó—. Pero es algo mucho más complicado. Esto no ha hecho más que empezar, Maestro Velano; así que por última vez —insistió—: haz la tirada.

—No... —repitió César, esta vez sin demasiada convicción, devolviendo

las cartas al atril.

—Eres testarudo, ya lo creo —concluyó—. Dado que no atiendes a razones, tendré que ofrecerte una motivación añadida. En realidad —dijo bajando la voz, en tono de confidencia— la tirada no era para mí sino para un amigo. Te lo presentaría, pero me temo que no está en condiciones de hablar.

Sonó de nuevo la risita burlona de Ofiuco. El agente de Medios Especiales alzaba los brazos en señal de impotencia bajo los empujones que Raquel le propinaba en la espalda, exigiendo sin palabras que hiciera algo, lo que fuera y de cualquier modo, a la vez que se esforzaba por cortar el hervidero de llamadas en que se había convertido su teléfono móvil. A esas alturas, medio organigrama de la Policía quería saber lo que estaba pasando en ese estudio para ser los primeros en ir corriendo a informar a jefes y políticos. Desde su rincón, satisfecho, Gregorio Lamparo no apartaba la vista del espectáculo que se estaba celebrando a un lado y a otro del cristal de la cabina de realización. Jamás su programa volvería a tener una publicidad gratuita como esa, y ahora tocaba disfrutarlo. Raquel, por su parte, apretó la tecla verde del teléfono solo cuando el nombre de Silvio apareció en la pantalla.

Fue una conversación breve. El jefe de Homicidios conocía de sobra lo que es sufrir la impertinencia de la llamada a destiempo, de la exigencia de información rápida en momentos en los que se necesitan concentración y frialdad para tomar las decisiones correctas. Las mismas que, mucho más tarde, y desde la mesa de sus despachos, otros alabarán o criticarán según convenga. Bastaron, pues, cuatro datos de ida y un par de consignas de vuelta para que la joven agente recobrarla la seguridad que aquella difícil situación le estaba arrancando a dentelladas. Mientras, en el estudio, la voz sosegada de Ofiuco seguía escuchándose por los altavoces.

—Sería una lástima que a mi amigo le pasara algo. No le conoces, pero yo he tenido la oportunidad de tratarle durante algunas horas y parece un buen tipo. Puede que demasiado idealista; casi podríamos decir que sueña despierto. Y además parece algo inestable. Lo cierto es que durante nuestras prolongadas charlas ha pasado de la esperanza por recobrar la libertad a hundirse en el sufrimiento —explicó—. En cualquier caso, su estado es muy delicado. De momento está conectado a un respirador artificial que le mantiene con vida. Incluso tengo un pequeño desfibrilador a mano por si la

cosa se complicara.

El sudor que resbalaba por los dedos del policía de Medios Especiales inundaba las teclas del portátil que manoseaba con frenesí. Junto a él, sobre una pila de CDs con programas y aplicaciones, había un pañuelo de papel arrugado que cogía intermitentemente para secarse las manos, sin lograrlo del todo. En los escasos momentos en los que el teléfono móvil de Raquel dejaba de sonar, en medio del silencio de la cabina de realización, podía escucharse el tecleo atropellado del joven casi imberbe que se esforzaba por rastrear cada puerto, acceder a cada servidor, llegar, en definitiva, a algún lugar en medio de la maraña de falsos hilos que el desconocido comunicante había dispuesto a modo de macabra e imposible telaraña.

—Creo que voy a desconectar el respirador y todo el país podrá escuchar su agonía en directo —anunció Ofiuco—. ¿Cómo lo ves, Maestro?

La respiración del vidente se había vuelto superficial y arrastrada. Se había rendido a la evidencia de que no podía hacer nada salvo continuar con aquello hasta que Ofiuco quisiera. Un trémulo suspiro se asomó a sus labios antes de preguntar:

—¿Qué... qué quieres saber?

—Yo, nada —continuó imperturbable—. Son tus espectadores los que se estarán preguntando dónde se encuentra este pobre hombre para poder enviarle auxilio cuanto antes. Por cierto, creo que ha perdido la noción del tiempo y del espacio, así que resultaría inútil preguntárselo a él. Por suerte te tienen a ti, Maestro Velano: ¿pueden tus cartas indicar su ubicación exacta?

Pareció que César iba a decir algo, pero su boca quedó detenida en un rictus de extrañeza mientras sus manos atrapaban de nuevo las cartas y las barajaban con frenética torpeza.

—Por cierto —añadió Ofiuco—, no tiene cruzados los brazos ni las piernas. En fin, toda esa mandanga preparativa que acostumbras a soltar. Adelante con la tirada.

El apagado chasqueo de los naipes moviéndose pugnaba con los jadeos agitados de César. Todo lo demás era silencio en el estudio. Nunca se había dado cuenta hasta ese momento de cuánto le estorbaba la pedrería de sus dedos para manejar esos tarjetones multicolores.

—Se acaba el tiempo —le apremió.

Uno a uno, el vidente fue colocando con su mano izquierda sobre el atril hasta diez naipes que quedaron dispuestos en forma de cruz irregular. El realizador había seleccionado un primer plano de las imágenes captadas por la cámara cenital, quedando la tirada expuesta a la vista de los telespectadores.

—Tirada en cruz celta —murmuró, satisfecho, Ofiuco—. Hay que reconocer que eres un tipo que cuida los detalles.

César estudió detenidamente la disposición de las cartas y las figuras en ellas dibujadas. Luego, su dedo índice se posó sobre la central.

—La carta de la luna señala pérdida y confusión —dijo—. Deseo de encontrar la luz, el camino...

Interpretaba los naipes con el rostro y la voz contritos, apenas moviendo los labios por los que resbalaban con esfuerzo sus palabras, de cuya lentitud al pronunciarlas cualquiera podía deducir que intentaba convencerse a sí mismo de la verosimilitud de cuanto decía. Su dedo continuó deslizándose hacia el segundo naipe, sobre el que se detuvo. Al retirarlo, la imagen mostró una leyenda en la que podía leerse *El Loco*.

—El camino para encontrar a esta persona es inestable y engañoso, pero... —guardó silencio un instante—. Veo... veo un espacio. Algo cerrado, asfixiante, en medio de una gran extensión. Hay dolor y sufrimiento... —siguió recorriendo las cartas en un orden determinado hasta que llegó a la situada más a su derecha. Sus manos temblaban cuando levantó la última carta: *El Diablo*. Unas palmadas lentas y marcadas se escucharon al otro lado de la línea.

—¡Bravo! —exclamó Ofiuco—. Toda una muestra de exactitud y certeza.

—Las cartas del tarot ofrecen una visión general —se defendió César—. No son un mapa detallado.

—Lo sé —replicó—. Y ahora también lo saben millones de espectadores. Esos que te pagan fortunas solo para que les recomiendes *cuidarse los nervios* o *vigilar su sistema digestivo*. Los mismos que toman decisiones fundamentales en su vida solo porque les previenes sobre la *negatividad de una persona de su familia*, o que se emocionan como gilipollas cuando ves el espíritu de su querida abuela junto a ellos. Una simple y burda lectura en frío basada en vagas predicciones en las que cualquiera con una mínima dosis de credulidad podría encajar.

Para evitar distracciones, Raquel había silenciado el teléfono móvil, que seguía vibrando compulsivamente mientras recibía una llamada tras otra. Hacía rato que no miraba la pantalla, pero notaba cómo le ardía en la mano.

—Así pues, tras tu rosario de mentiras, la situación sigue siendo la misma —dijo Ofiuco—. Pero tengo una buena noticia: está en tu mano poder cambiarla.

César se había desabrochado la chaqueta y con gesto disimulado trataba de secarse el sudor de las manos en su camisa. Se mordió los labios, recorrió con la mirada todo el estudio y volvió a posar sus ojos interrogativos sobre el objetivo de la cámara.

—Se me ocurre que podríamos celebrar un duelo —propuso Ofiuco—. Tus poderes contra la fuerza del destino. Interesante, ¿verdad?

Nada interesante. En absoluto. De hecho, la sangre que el corazón agitado del vidente bombeaba con fuerza comenzaba a agolparse en su cabeza. La congestión que sentía y el enjambre que parecía haberse instalado en sus oídos iban transformando su desazón en una ira lenta e inexorable que se iba adueñando de él poco a poco. Por un instante estuvo tentado de lanzar lejos el atril, salir del estudio y mandar al infierno el desafío, a Ofiuco, al desconocido cuya vida estaba en sus manos y a la puta que los había parido a todos. Pero quienquiera que fuese el enfermo mental que le contemplaba al otro lado de la pantalla se dio cuenta de ello, puesto que el tono impersonal de su voz adquirió un tinte de sincera complicidad.

—¡Vamos! —insistió—. ¡Sería lo nunca visto en televisión! Puedes consultar las cartas, las runas, las líneas de la mano... Todas las *mancias* que has aprendido a lo largo de tu dilatada carrera. Si logras averiguar dónde se encuentra ese hombre serás su salvador, César. Te aclamarán como a un héroe. No habrá vidente que pueda competir contigo y habrás demostrado a tu legión de seguidores que yo estaba equivocado y que tus poderes sobrenaturales son ciertos.

César volvió a abrocharse la chaqueta, entornando los ojos y escrutando el cristal de la cabina de realización, que le devolvía su propio reflejo. Un reflejo que ahora le parecía de una dignidad recobrada. No terminaba de comprender por qué era el elegido para estar ahí, pero después de todo no parecía tan mala idea asumirlo. Asintió con una leve inclinación de cabeza sin

apartar la mirada del cristal, sabiendo que, más allá de su imagen, otros ojos le contemplaban detrás, entre los cuales se hallaban los de Gregorio Lamparo, que destellaban ansiosos mientras sus labios susurraban: «Adelante con el espectáculo».

—Está bien —anunció—. Acepto el desafío. Pero, ¿cuáles son las condiciones?

—Un tipo listo —sonrió—. Verás, no quiero dejarlo todo en manos del azar. Yo creo firmemente que todos somos responsables de nuestros actos, y ¿de qué manera este sería un duelo justo si contaras con todo el tiempo del mundo para resolver la cuestión? Comprenderás que, en consecuencia, corra en tu contra. Y en la suya.

—¿Qué quieres decir?

—El respirador automático está programado para desconectarse dentro de cinco horas y media. Hasta entonces, la iniciativa es tuya, Maestro.

—¡Hijo de puta! ¡No puedes hacer eso! —protestó.

—Ya lo creo que puedo, y de hecho lo estoy haciendo —respondió—. Cinco horas y media, César. Hasta entonces.

X CAPÍTULO

Mi decisión fue ir a buscarlo, más allá de toda la gente en el mundo.

ERNEST HEMINGWAY

El viejo y el mar

Sonaron los goznes, y los Costaleros Descalzos, que hasta ese momento se habían mantenido en oración, a duras penas aguantaron el impulso de ponerse en pie. Se abrió el portón y apareció el Hermano Mayor, que al divisar al Jefe de Costaleros esperando entre los últimos bancos inclinó la cabeza, haciéndole un gesto de conformidad. Detrás de él, el resto de hermanos de la cofradía esperaban, pacientes, la hora señalada para comenzar el Vía Crucis.

Todo fue muy rápido, puesto que lo esencial ya había sido preparado hasta el detalle. El Consiliario leyó el manifiesto, unos versículos del Evangelio de San Marcos, y dirigió unas palabras a los congregados antes de partir.

—¡Capuces abajo! —ordenó el Hermano Mayor.

Las sencillas capuchas negras, desprovistas de capirote, cubrieron los rostros dejando tan solo a la vista miradas sobrecogidas que temblaban, vidriosas, frente a las llamas de los pebeteros de las andas fúnebres sobre las que se alzaba el cuerpo crucificado del Cristo del Perdón.

Tras la apertura de las puertas, los tambores destemplados de los Esclavos del Bombo se elevaron sobre el toque incesante del Hermano Campanillero, precediendo en su avance al Guión del Vía Crucis. Golpes crudos, a ritmo lento, marcaban el paso descalzo de los penitentes, sumidos en su exigido y funesto silencio. El Cristo crucificado fue sacado de la iglesia de San Ildefonso, y la procesión dio comienzo avanzando por la calle de Nuestra

Señora de las Mercedes. No quedaba muy lejos de allí la comisaría, llegando hasta ella el doblar de los tambores como un difuso rumor. En la madrugada, la opaca silueta del edificio era quebrada por dos tenues luces dispersas en la fachada: la Oficina de Denuncias y la Sala del 091. Diversos vehículos iban llegando a toda velocidad, quedando estacionados en cualquier rincón disponible, algunos incluso sobre la acera. Al cabo, una tercera luz se encendió en la primera planta, justo en la parte que todos conocían como *la zona noble*. En el pasillo, Silvio apuraba el café que había logrado sacar de la máquina al tercer intento. Cuando terminó, entró al despacho del Comisario Sogorb, Jefe Provincial de la Policía. Sentados esperaban el propio comisario y Jacobo Duarte, que le miró de reojo cuando lo tuvo a la vista. El jefe de Homicidios saludó antes de tomar asiento.

—Señores —comenzó Sogorb—, no hace falta que les explique por qué se les ha convocado a esta reunión de urgencia. Como ya habrán constatado, Fuenteprada está ausente. No hemos podido localizarle, como tampoco podemos perder el escaso tiempo del que disponemos. No me andaré con rodeos, pues. Inspector Tanco, ¿últimos datos?

El murmullo de pasos acelerados filtraba a través de las paredes un nerviosismo que ya se había contagiado a todos. La rapidez con la que Sogorb hablaba delataba que su aparente calma era fingida.

—Nada nuevo, de momento. Dos compañeros del grupo van hacia el estudio para relevar a Raquel, por si Ofiuco volviera a llamar.

—¿Qué dicen los de Medios Especiales?

—Poca cosa. Nada, en realidad —se corrigió—. No han logrado averiguar el origen de la llamada. Debe de usar un sistema bastante sofisticado. Por ahora, lo único que pueden hacer es estudiar la grabación.

—Avisen a Delitos Tecnológicos cuanto antes —ordenó.

—Ya están avisados.

Hasta ese momento, Duarte había paseado su mirada distraídamente por el despacho del comisario. Pero al escuchar esto último, descruzó los brazos e introdujo su mano en la bandolera de piel que llevaba colgada.

—¿Quién lleva el tema en Tecnológicos? —preguntó, sacando un teléfono móvil de su interior.

—Laureano —murmuró Silvio.

—De acuerdo —dijo levantándose—. Voy a ponerme en contacto con él. En cuanto tengamos algo le aviso, jefe.

Muy pocos pliegues en la cara de Silvio quedaron sin arrugarse.

—Hasta nueva orden, ambos grupos trabajarán mano a mano —aclaró Sogorb, viéndolo venir—. Y hasta la llegada de Fuenteprada, yo les coordinaré personalmente.

—¿Puedo saber el motivo?

—Desde luego. Técnicamente, mientras no encontremos otro cadáver, esta parte de la investigación también corresponde a Secuestros.

Silvio levantó la cabeza y miró a Duarte, arqueando una ceja. ¿Tú estás de acuerdo con esto?, decía el gesto. Pero el jefe de Secuestros y Extorsiones no tenía ninguna intención de quedarse a responder, y ya caminaba hacia la puerta enfrascado en la marcación del teléfono. Entonces lo comprendió todo. Le estaban haciendo la cama. De dos por dos, con edredón, sábanas y bajera. Un asesino que anuncia en televisión la muerte en pocas horas de un secuestrado, millones de personas histéricas que han visto el programa en directo saturando las centralita de la comisaría, media plantilla avisada de urgencia, y al parecer la mayor preocupación de aquellos dos hombres era atarle en corto por lo que pudiera pasar. Se dispuso a contener su rabia para no estallar, pero al instante se sorprendió. No la sentía en absoluto. Más bien era una sensación de desconcierto. Mucho le despreciaban o mucho tenían que temer un comisario y un inspector cuando, en medio de algo tan grave, preferían dedicar parte de sus esfuerzos a mantener controlado a uno de los suyos. En cualquier caso, ninguna de las dos posibilidades le ofrecía consuelo. Esto va para largo, se dijo mientras procuraba ponerse cómodo apoyándose bien sobre el respaldo de su asiento.

—¿Y qué pasa con las diligencias? —preguntó—. Están bastante avanzadas.

Duarte se detuvo en la puerta, volviéndose hacia el Comisario Provincial y lanzándole una de esas miradas en apariencia casuales pero que encierran un *te toca* descomunal. Pero el funcionario más caracterizado presente en aquel despacho pareció considerar que aún no había llegado su momento, conque declinó el regalito envenenado que su subordinado le ofrecía mirando por la ventana.

—Crearemos un módulo de trabajo compuesto por miembros de ambos grupos —le aclaró Duarte.

Silvio también había captado la discreta espantada del comisario. Había girado la cabeza hacia su compañero, pero se aseguró de que sus palabras llegaran a oídos de Sogorb.

—Supongo que eres consciente de que ese parche está condenado al fracaso.

El comisario ni se inmutó. Hacía falta quemar mucha más correa para provocar a un veterano con el colmillo tan retorcido. Duarte, en cambio, intentaba a duras penas controlar su mal genio.

—Escúchame, Tanco. El día que en la Orden General publiquen que han derogado el especial deber de colaboración que tienen las distintas unidades del Cuerpo entre sí, tal vez hagamos las cosas como a ti te apetezca. Pero como hasta el momento eso no ha ocurrido, ya conoces el procedimiento que vamos a seguir.

—Como quieras —respondió Silvio, levantándose—. De todos modos, ahora yo no me preocuparía demasiado por eso.

—¿Qué quieres decir con...?

Unos golpes en la puerta impidieron al inspector acabar la pregunta. Sin esperar el permiso, el Coordinador de Servicios entró apresuradamente, teléfono en mano.

—El Grupo Especial de Operaciones llegará en una hora y media, aproximadamente —informó.

—Gracias, Bernardo —respondió Sogorb—. Asegúrate de proveerles aparcamiento a su llegada.

—Sí, jefe. ¿Ordena alguna cosa más?

De un simple vistazo al manto de luces brillantes que arropaban a la ciudad bajo la oscuridad de la noche nadie hubiera dicho que algo iba mal. El sereno resplandor de allá afuera parecía contradecir a la tensión que se vivía dentro de aquellas paredes y que se acrecentaba conforme pasaban los minutos. Desde su silla, el comisario continuaba mirando esas mismas luces a través de la ventana. Duarte también miraba ahora en la misma dirección, solo que esperando que su jefe se pronunciara, cosa que no ocurrió. Así pues, sacudió la cabeza y Bernardo se marchó tan rápido como había llegado.

Mientras, Silvio se mantenía de pie, tras su silla, con las manos apoyadas sobre el respaldo. El zumbido de su teléfono móvil arrancó al comisario de su estado contemplativo. El inspector miró dubitativo a Sogorb, que hizo un gesto afirmativo. Lo cogió y escuchó a su interlocutor sin decir nada. Cuando colgó, parecía un poco más nervioso.

—Si hemos terminado, he de continuar —se disculpó.

El Comisario Provincial asintió de nuevo, frunciendo el ceño, y Silvio abandonó aquel despacho. Pero no fue muy lejos de allí.

La marea negra de penitentes enfiló la calle del Silencio. Abrasados sus pies por el roce con el asfalto, los costaleros se detenían ante algunos balcones, desde los que manos trémulas se estiraban hasta lo imposible para rozar la talla del Cristo crucificado, cubriéndola, agradecidas, de una lluvia de pétalos de rosa que se retorcían violentamente al contacto con el fuego. El aire comenzaba a teñirse de un peculiar aroma a clavel e incienso amargo, y algunas personas que esperaban sobre la acera para contemplar el paso de la procesión lo comentaban entre susurros. El Vía Crucis continuó su atribulado camino afrontando un breve trecho de la calle Murcia hasta alcanzar la Plaza de San Sebastián.

Raquel acababa de llegar al despacho y, todavía jadeante, refería su relato a Silvio, que la escuchaba con atención. Poco después entró Hugo, sosteniendo en sus manos un montón de papeles.

—¿Lo tienes? —preguntó Silvio.

—Sí —respondió el oficial dejando la pila sobre la mesa—. Entre nosotros y la Guardia Civil, en lo que va de mes hemos recibido cinco denuncias por desaparición en la provincia.

De pie, su jefe ojeaba con atención las copias de los atestados.

—¿Motivos para centrarnos en alguna?

—Todos y ninguno —reconoció—. Un anciano que padecía Alzheimer y cuyo rastro se perdió en una zona de huertos, un estudiante al que sus amigos dejaron a cien metros de su casa tras una noche de farra, el propietario de una pequeña empresa de limpieza...

Un parado de veintipocos años y una adolescente de un poblado gitano

remataban la lista de personas de las que no se había vuelto a saber nada durante los últimos treinta días. Nada consistente y ningún motivo especial. Podría ser cualquiera, pensó Silvio antes de considerar ampliar la búsqueda a desapariciones denunciadas en fechas anteriores. Pero parecía bastante improbable creer que una sola persona tuviera suficiente infraestructura como para retener tanto tiempo a otra, si es que era cierto que seguía con vida. El inspector tomó asiento, apoyó ambos codos sobre la mesa cubierta de papeles rubricados y mordisqueó sus pulgares.

—Aun dando por hecho que alguna de estas denuncias tenga relación con el tema, es imposible investigarlas todas en una sola noche —murmuró. Luego calló un instante y descolgó el teléfono—. Pero es lo único que tenemos.

Hugo y Raquel se sumergieron en las pantallas de sus ordenadores mientras Silvio marcaba el número de extensión. Fue una charla en voz baja, de apenas medio minuto. Cuando colgó, su mirada había recobrado cierto brillo.

—Sogorb va a encargar a los de Secuestros que sigan comprobando denuncias. Vosotros reunid al resto del grupo. Tenemos muy poco tiempo.

La Cruz Guía se detuvo en mitad de la Plaza de la Catedral, envuelta en el humo de los incensarios de Viático que la flanqueaban. Al toque de cornetín, las columnas de penitentes la imitaron. El rumor de los devotos en los balcones quebraba la mudez de la madrugada. La campana interrumpió el sonsonete para ser relevada por la trompeta, que interpretó el toque de Silencio ante el magnífico templo. Las notas, simples y desgarradas, ascendieron en la noche para perderse arrastradas por la gélida brisa al tiempo que los fieles, sobrecogidos por la emoción, se apretujaban unos contra otros en un vano intento por combatir una temperatura que ni siquiera el ardor de su fe parecía capaz de aliviar. Brotaban sollozos de las gargantas de quienes, a pesar de las ropas que los cubrían, se sentían desnudos de su mundana seguridad y más que nunca cristianos ante su Dios. Un par de notas se desviaron de lo consignado en la partitura —tal vez el frío o la propia emoción—, y tras dar por finalizado el toque, los costaleros volvieron a elevar las andas con esfuerzo y sacrificio redoblados, y a retomar su castigado

paso, acompañados del resto de la procesión.

Fue una reunión breve, con todos los miembros del grupo. Resumir la información previa —algunos habían visto también el programa—, establecer el procedimiento a seguir y advertir del escaso tiempo con que contaban. Aquellos policías no necesitaban más explicaciones para entender la gravedad del asunto y el enorme esfuerzo que se les exigía para ganar esa involuntaria batalla contra el tiempo y la muerte. A esas horas, mientras docenas de agentes repartidos por la ciudad rastreaban cada mínimo indicio relacionado con las denuncias en busca de la feliz coincidencia que les llevara hasta su objetivo, desde su mesa, Silvio contemplaba irritado el imparable tránsito de las agujas del reloj al tiempo que analizaba la información que los equipos volantes le iban transmitiendo a través del teléfono y la emisora de radio. Notaba el sabor amargo del perro de presa excitado que acaba mordiendo el vacío. Estaba en casa cuando había vuelto a escuchar por segunda vez la voz metálica e impersonal de Ofiuco, y allí mismo había tenido la feroz convicción de que podía atraparlo. Pero conforme pasaba cada minuto sentía esa certeza extinguirse irremediabilmente. Cinco horas y media. Muy pocas para salvar una vida y demasiadas para equivocarse el camino.

Los teléfonos parecieron concederle una tregua. Giró sobre la silla y abrió uno de los cajones de su archivador. Apartó el montón de carpetas que se acumulaban y rescató del fondo una caja de cartón polvoriento que colocó sobre la mesa. De la veintena de cuadernos de notas de distintas marcas y colores que se agolpaban cogió uno al azar. Era aquel un ritual que gustaba de realizar para relajarse en los tiempos muertos. *2007*, estaba escrito a bolígrafo en la portada de color azul. En realidad, apuntaba las fechas por aproximación, en un intento por organizar aquella caótica literatura que pretendía vanamente ser el compendio de su trayectoria. Nombres y direcciones, placas de matrícula, un sencillo croquis de alguna calle perdida... Ni siquiera recordaba algunos de los sucesos de los que hablaban aquellas páginas. Estudió con curiosidad su caligrafía: esmeradas anotaciones coexistían con trazos apresurados e ilegibles, como un fiel reflejo de las circunstancias en las que habían sido escritas cada una de esas líneas. Por primera vez aquella noche sonrió levemente mientras repasaba las hojas de la libreta, entregado al recuerdo de un pasado que ahora se le antojaba

confortable y exento de problemas. Hasta que su dedo índice se detuvo en uno de los apuntes. Lo retiró por instinto, pero ya era demasiado tarde: aquel nombre asaltó su memoria con la cruel eficacia que poseen los malos recuerdos.

Se conocían del barrio desde pequeños, con esa edad que es, sin saberlo, la última en la que dos críos volverán a coincidir en nada durante su vida. Pasaron los años y cada uno tiró por sus derroteros. Silvio, policía. Santiago Uclés, camionero. Pero de un modo u otro mantuvieron siempre ese vínculo indisoluble que poseen los que comparten origen. Uclés era un buen tipo: padre de familia, atento y trabajador; de vez en cuando se cruzaban en alguna calle o taberna, aprovechando para arreglar el mundo desde sus puntos de vista tan diferentes. Pero tal vez por no llegar a fin de mes, por aspirar a algo más o, simplemente, por esa parte oscura que todos tenemos —nunca se molestó en averiguarlo—, lo cierto es que un día, durante una investigación conjunta con el Grupo de Estupefacientes, alguien mencionó el nombre de Santiago. Silvio lo anotó en su libreta con la frialdad desencantada del zorro que sabe que nadie de la manada está a salvo de meter la zarpa donde no debe. Guardó un discreto silencio sin apartar ni un segundo la vista de la investigación. El resultado: doscientos kilos de cocaína incautados, ocultos en cajas de verdura. Fue el mismo Silvio quien le detuvo junto a la cabina de su propio camión. Por un momento se contempló a sí mismo mirando a Santiago, que, sentado sobre una vieja silla de metal, lloraba desesperado, con la cabeza hundida entre sus manos mientras se retorció la cabellera. Pero no eran lágrimas por miedo a la cárcel, o porque a su familia pudiera faltarle el pan. En ningún momento pidió clemencia o se excusó diciendo que aquello no era suyo. Él no era de esos. En cambio, le cogía las manos a Silvio, suplicándole allí mismo que hicieran público cuanto antes que le habían detenido y confiscado el cargamento. Eran otros tiempos, y el gabinete de prensa de comisaría no funcionaba con la misma diligencia, además de que la operación seguía abierta. ¿Por qué conformarse con un simple grifo cuando puedes llegar hasta la llave de paso?, le había dicho Fuentesprada. Lo cierto es que en el fondo Silvio estuvo de acuerdo. No hubo reseña en ningún periódico, y tras una breve estancia en prisión, el juez puso en libertad a Santiago con cargos a la espera de juicio. Dos semanas después, su cuerpo apareció en un barranco

linchado y cosido a puñaladas. Hay patrones a los que les basta la mera sospecha de la traición para cobrarse en sangre la pérdida de un cargamento.

Sintió que se asfixiaba, y al toser el dolor desfiguró su rostro en una mueca. Puso la mano derecha sobre su estómago y notó cierto alivio durante unos segundos. Sentía la desesperante certeza de estar viviendo de nuevo una realidad que ya creía olvidada, como el animal confiado a punto de entrar en su madriguera nota de pronto el aliento de la serpiente que le abraza y se contrae en torno a él. Cuando se calmó la tos, dejó de nuevo la caja en el fondo del archivador y lo cerró con fuerza. El dolor punzante disminuía lentamente, y en la ausencia de timbres y pasos podía escuchar el zumbido de las agujas del reloj de pared girando. Se acababa el tiempo. Empezaba a sospechar que la presión de esa fatídica cuenta atrás se le hacía insoportable. ¿Dónde buscar? ¿Hacia dónde mirar? Le resultaba tan difícil creer que un tipo tan locuaz como Ofiuco no hubiera cometido ningún error en toda su perorata que les diera una pista para orientarse. Volvió a repasar mentalmente todo lo que Raquel le había referido, pero esa conversación plagada de alusiones a las pseudociencias formaba un batiburrillo sin sentido en su cabeza. Habían vuelto a llamar al estudio sin resultado alguno. César Velano no estaba en condiciones de averiguar el paradero del secuestrado, les habían dicho. Demasiado afectado. Tiene gracia, pensó. La desesperación por alcanzar un objetivo provoca que uno acabe depositando hasta la última de sus esperanzas en lo más alejado de sus creencias. Resultaba estúpido haber pensado ni por un momento en que un tipo tan estrafalario pudiera encontrar el rastro de ese pobre hombre solo por interpretar su personalidad y entorno con unos simples naipes.

De pronto olvidó el dolor de su estómago. Notó la saliva secándose en su boca y corrió hacia su asiento, manoseando con nerviosismo la pila de folios que descansaba sobre su mesa. Hugo y Raquel estaban en el despacho contiguo. Les llamó a gritos, y cuando entraron a la carrera les miró con impaciencia.

—Raquel, ¿dónde está tu bloc de notas?

—Aquí —señaló el bolsillo de su pantalón.

—Léemelas de nuevo —le apremió.

A la joven le faltaban aún muchos kilómetros en la Policía. Pero al menos

tenía escuela: la que Silvio le había enseñado. Más vale lápiz corto que memoria larga, le repetía su jefe hasta la saciedad. Pasó las hojas de la libreta apresuradamente y, cuando encontró lo que buscaba, leyó de corrido las notas que había tomado a vuela pluma sobre lo acontecido durante la intervención de Ofiuco en el programa. Palabras exactas, detalles en apariencia nimios... hasta las reacciones de César Velano habían quedado plasmadas en aquellas hojas bisoñas. Acabado su escueto relato, los dos agentes miraron a Silvio interrogativamente.

—Es una estupidez, estoy seguro, pero no tenemos otra cosa. —Y añadió, dirigiéndose a Hugo—. Necesito que busques algo en Internet.

Intentó explicarle lo que le interesaba, y el oficial comenzó a teclear. A su lado, Raquel repasaba sus anotaciones una y otra vez, desechando cada vez más páginas conforme su compañero afinaba la búsqueda. Al cabo de unos minutos, los dos agentes se habían centrado en una sola de las hojas del bloc. Eran las 03:32 cuando el sonido de las teclas cesó. Raquel abrió mucho los ojos, incrédula. Hugo se palpaba la barbilla con la mano izquierda y la vista clavada en el monitor. Por su parte, Silvio había tomado en sus manos las decenas de folios que contenían las denuncias de las desapariciones y ahora las ojeaba de nuevo.

—Pasadme ese rotulador —pidió.

Raquel le alargó un fluorescente de color rojo. Silvio revisaba una hoja tras otra, subrayando algunas partes e ignorando otras. Cuando terminó, alzó los brazos y les mostró cinco hojas con otras tantas fechas señaladas.

—El tipo del Alzheimer nació un nueve de octubre. El joven, un diecisiete de junio, tres días antes que la chica gitana, que lo hizo el día veinte. El parado nació en una fecha curiosa: un veintinueve de febrero. En cuanto al empresario —señaló una marca en la última hoja—, nació el seis de marzo de mil novecientos sesenta y cinco.

—¿Y qué? —preguntó el oficial.

—Vuelve a mirar el ordenador —respondió señalándole la página web—. Según su fecha de nacimiento es Piscis.

—Idealista, sueña despierto, inestable... —leyó Raquel en voz alta, alternando la vista entre las palabras de Ofiuco que había escrito en su libreta y las características de ese signo reflejadas en la pantalla.

—No puede ser... —sacudió la cabeza Hugo.

Silvio consultó su reloj.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Apenas dos horas —apuntó Raquel.

Hasta lo imposible tiene sus tiempos. Durante el resto de la noche aumentaron las llamadas telefónicas y las carreras por las calles y los pasillos. Los grupos de Homicidios y Secuestros continuaron trabajando frenéticamente sin perderse de vista. No podían abandonar ninguna de las otras líneas de investigación, pero todos buscaban ahora en el mismo lugar. Cuatro agentes de policía despertaron de madrugada en su domicilio a la desconcertada esposa del empresario, cuya desesperación aumentaba por momentos. Aunque no pudo aportar mucho más. Eduardo Belmonte parecía un tipo corriente, propietario de una empresa de limpieza que no atravesaba su mejor momento, pero sin conflictos aparentes con empleados o acreedores. El matrimonio no tenía hijos y Eduardo, que era un apasionado de la navegación, poseía un pequeño velero. El domingo por la mañana había salido a la mar y desde entonces nada se sabía de él. La embarcación había zarpado pero no había regresado a puerto. Conocido esto, minutos después sonaban los teléfonos de la torre de control de Salvamento Marítimo. Evidentemente, ya tenían conocimiento de la desaparición de la nave y habían establecido su propio dispositivo de búsqueda, pero llegada la noche se suspendía para reanudarse al día siguiente. Los miembros de la Autoridad Portuaria mostraron su extrañeza por la forma en la que el velero se había evaporado. Ni avisos de socorro previos ni Llamada Selectiva Digital. Nada. El Comisario Provincial dio la orden de focalizar la búsqueda en la línea litoral. Dos helicópteros del Servicio de Medios Aéreos de la Policía despegaron con la misión de sobrevolar la mayor cantidad de costa posible, teniendo en cuenta la dirección e intensidad del viento y las corrientes marinas desde el momento en que se había perdido el rastro de la embarcación. Por su parte, la Guardia Civil hacía lo propio con sus recursos aéreos y marítimos dentro de las aguas territoriales.

Eran las cinco de la mañana cuando uno de los helicópteros de la Policía que volaba sobre la cala conocida como Los Vélez localizó un velero que encajaba con la descripción del que buscaban. Estaba fondeado en un pequeño recodo, con numerosas corrientes y que apenas ofrecía abrigo. Ningún

marinero solía detenerse en aquel lugar, salvo en ocasiones en las que no había más remedio que echar el ancla donde fuera por causa del temporal o alguna emergencia. En la quietud de la madrugada, la embarcación borneaba mecida por una ligera brisa del nordeste, y desde el helicóptero, el copiloto pudo distinguir con las primeras luces del alba la inscripción *Indalo III* pintada sobre la amura de babor. Era el velero de Eduardo Belmonte.

Apenas quedaban unos metros para que el Vía Crucis regresara a la iglesia. La fatiga mellaba las fuerzas de los costaleros, que temblaban ya a cada paso, notando como sus espaldas crujían en medio de un dolor ahogado. Cuando el último de los penitentes hubo entrado, los Esclavos del Bombo se situaron frente a la puerta, esperando la llegada del Cristo. Las andas enfilaron en solitario el último tramo del recorrido. Separados del gentío, los Esclavos del Bombo tocaron Tinieblas para recibir al Cristo del Perdón. Dejaban los devotos el espacio justo para que maniobraran los costaleros sin riesgo de dañar la talla contra un balcón o saliente. Órdenes de báculo e imperativas miradas fueron guiando eficazmente la maniobra. Tocó la trompeta Silencio por última vez, aupada por los tambores que redoblaban suavemente y que fueron aumentando su intensidad hasta expirar por fin el fragor en brazos, de nuevo, del silencio. Se cerraron las puertas y el interior de la iglesia quedó sumido en tinieblas. Flameaban aún los pebeteros que iluminaban una oración en los ojos consumidos de los presentes cuando el Hermano Mayor subió al púlpito y gritó:

—¡Capuces arriba!

Se alzaron las máscaras en medio del júbilo y el alivio. Todos, niños y adultos, danzaban en medio del templo repartiendo abrazos y vivas al Cristo, y derramando ardientes lágrimas en cuyo temblor se narraban suplicios que ahora ya no eran más que pasado.

Solo un penitente permaneció al margen de aquella alegría. Inmóvil junto a una columna y oculto por la penumbra, sostenía el capuz en su mano. Observó a un costalero palpándose las llagas con una mueca de dolor y sonrió para sus adentros, pensando en la ironía de que el Cristo crucificado que ese mismo joven había portado habría de mostrar las mismas heridas a los incrédulos una vez resucitado. Se abrió el portón de la iglesia y una corriente de aire agitó los nombres de los hermanos fallecidos, grabados en las cintas que colgaban de la

bandera de la Hermandad. Un hombre entró apresurado y se detuvo, inquieto, oteando torpemente el tumulto de cofrades. El de la columna no movió un músculo, sabedor de que, en medio de aquel barullo, su propia inmovilidad delataría su presencia. El recién llegado lo vio por fin, y con pasos cortos y rápidos se acercó hasta él. Luego le susurró algo al oído y se quedó quieto, como si esperara algo. El tipo de la columna estrujó el capuz entre sus dedos y con un gesto enérgico de su cabeza retiró el gran mechón blanco que le caía por la frente. Aquel gesto pareció ser lo que Manuel Fuenteprada esperaba: tras meter las manos en los bolsillos de su gabardina y embozarse el cuello del jersey, dio media vuelta y se marchó tan rápido como había llegado, sin mirar atrás.

Sobre un acantilado cercano, una veintena de policías soportaba el frío de aquel Viernes Santo que amanecía. El Comisario Sogorb y otros mandos de la comisaría se apretujaban en un corrillo, embozados en sus bufandas. Separado del resto, junto a un vehículo camuflado, Silvio observó la llegada de Manuel Fuenteprada. La cara de Sogorb era todo un poema, pero se limitó a cruzar tres o cuatro frases con él. No muy lejos de allí, policías de Seguridad Ciudadana contenían a duras penas el tropel de periodistas acumulados. Algunos desistían y se daban la vuelta, convencidos de poder llegar al lugar desde algún otro acceso. Embarcaciones del Servicio Marítimo de la Guardia Civil habían establecido un perímetro de seguridad lejano para impedir que nadie pudiera entrar ni salir de la cala por el mar. Por su parte, los miembros del Grupo Especial de Operaciones aguardaban en sus puestos sin inmutarse. Establecido contacto visual, todo parecía normal desde el exterior. Sin señales ni movimientos. El pequeño velero seguía a merced del viento, que comenzaba a arreciar conforme despuntaban los primeros rayos de sol. No había nadie sobre la cubierta y los portillos estaban cerrados, lo que imposibilitaba ver qué ocurría en su interior. Silvio se acercó hasta el grupo de jefes.

—¿Cuánto más vamos a esperar? —preguntó—. El plazo está a punto de cumplirse.

Fuenteprada le miró por encima de las solapas de la gabardina.

—El velero ya está localizado —dijo—. Ahora dejemos a los especialistas trabajar.

—¿De qué nos sirve un barco con un rehén muerto?

—Que tengamos la embarcación no significa que su dueño esté dentro.

—¿Y si lo está?

—En ese caso, aunque me cueste creerlo, quizá se halle también Ofiuco. Y ante esa posibilidad no vamos a arriesgarnos.

Silvio intentaba controlar el temblor que la rabia provocaba en sus labios mordiéndoselos. No había nada que negociar allí, conque se dio media vuelta y volvió al vehículo gris en el que esperaban Raquel y Hugo.

Aún transcurrió casi una hora más sin que se lograra ningún tipo de contacto. El Comisario Provincial hizo llamar al inspector del Grupo Especial de Operaciones. Tras una breve entrevista, acordaron por fin el asalto a la embarcación. Dos comandos operativos se aproximaron con extraordinario sigilo hasta el velero a bordo de lanchas neumáticas. Doce siluetas negras, rápidas y eficaces, subieron a bordo desde distintos puntos y en pocos segundos accedieron al interior. Fue tan rápido que el crepitar de la radio sorprendió a todos.

—Zona controlada —informó el jefe del comando—. Hay un varón. Asistencia médica urgente, repito, urgente.

Bajo la lluvia de flashes de los periodistas, un miembro del GEO logró acercar el *Indalo III* hasta las rocas, abarloándolo a una de las zódiacs. Los reporteros gráficos, muy alejados de ese punto, apuraban el zoom de sus cámaras todo lo que podían desde lo alto del acantilado. El equipo de urgencias médicas bajó hasta el lugar con grandes dificultades, acompañado por los agentes. Subieron a la embarcación sorteando a varios de esos tipos completamente vestidos de negro, pertrechados hasta la cabeza y cuyos ojos enérgicos seguían atentos tras el pasamontañas cada uno de sus gestos. Una doctora de mediana edad entró en primer lugar, colocándose unos guantes de látex, pero cuando bajó la escalera y el policía del GEO se apartó para dejarle paso, se limitó a soltar un bufido y mover la cabeza antes de volver a quitárselos. Sobre una especie de camilla construida con una tabla de madera y una colchoneta raída, y junto a una mesita auxiliar atestada de tubos y viales, yacía el cuerpo desfigurado y sanguinolento de un hombre conectado a un ventilador mecánico. No hacía falta ser médico para comprender que nada podía hacerse ya por aquel desgraciado, tan solo certificar el fallecimiento y sobrecogerse ante el escenario de la cruel partida sin reglas que durante la

madrugada habían disputado Eduardo Belmonte y la muerte.

Las ramas más bajas de los pinos, sacudidas por el viento que ahora azotaba la zona con fuerza, golpeaban los rostros del Comisario Provincial, Fuenteprada y el resto de mandos que bajaron a continuación, descendiendo por las oscuras rocas basálticas que daban forma a aquel abrupto recodo en medio del mar. También los policías de Homicidios hicieron el amago de salir disparados pero Silvio les detuvo. Raquel se volvió a mirarle, y en la expresión de su rostro adivinó una extraña serenidad que no encajaba con todo aquello. O puede que fuera sensación de derrota, no estaba segura. Luego Silvio se puso en marcha, caminando delante de ellos despacio, como si se tomara su tiempo para llegar hasta la embarcación. Hugo caminaba a su derecha, algo retrasado.

—¿Qué pasa? —preguntó el oficial, mosqueado.

—Nada. Dejémosle su terreno al jefe y a sus apóstoles —respondió sin dejar de caminar. Luego, la barba de dos días que cubría sus mejillas se arrugó para dibujar una débil sonrisa—. Es curioso, ¿sabes? Puede que sea por la época y que te parezca absurdo, pero estoy empezando a creer que esos cuentos que narra la Biblia no andan tan desencaminados.

Hugo asintió levemente, pese a no haber entendido ni una sola palabra. Tanto mejor, puesto que Silvio tampoco tenía ganas de ofrecer ninguna otra explicación. Completados los casi trescientos metros de descenso, llegando al velero se detuvieron en seco. Los miembros del GEO habían maniobrado para atracarlo junto a un pequeño risco de roca plana, de manera que ahora tenían a la vista la popa por la que en ese mismo momento abandonaba la embarcación el Comisario Provincial, que rechazó con un gesto de agradecimiento la ayuda que Duarte le ofrecía. Cuando el jefe del Grupo de Secuestros vio a Silvio se acercó a él.

—Ya no se puede hacer nada por ese pobre hombre —le informó. Pero, aunque se encontraban frente a frente, sus ojos parecían querer escapar de allí cuanto antes, voluntad que Silvio estaba dispuesto a permitir, puesto que los suyos buscaban ya el acceso al barco por encima de los hombros de su compañero. Fue en ese mismo momento, justo cuando se adelantaba para subir a bordo, cuando Duarte le detuvo cogiéndole del brazo.

—Espera. Los jefes quieren hablar contigo.

Los ojos de Silvio se posaron sobre la mano crispada que se mantenía, indecisa, cerrada sobre su bíceps, para ascender a continuación hasta los de su compañero, que la retiró con un gesto rápido. Cuentos de la Biblia, recordó. La lividez de la cobardía anida lo mismo en un beso traidor que en el endeble agarre que solo busca colocar a la víctima en el lugar propicio. Y así debía de ser porque, como si esa fuera la señal convenida, un segundo después Fuenteprada y Sogorb estaban junto a ellos.

El jefe de brigada miró al comisario. Este seguía impertérrito, pertrechado en su tres cuartos de color gris oscuro con los brazos sobre su barriga y la mano derecha posada sobre la izquierda. Silvio no apartaba la vista de Fuenteprada. Había en él cierto aire dramático e irremediable, como un padre severo duda por primera vez al tomar la más dura de sus decisiones. Tras un instante, se dirigió a Silvio.

—Desde este momento estás cesado como jefe de Homicidios.

Dos cosas fundamentales se enseñan a un inspector en la academia: acostumbrarse a vestir uniforme y que la confianza que sustenta un puesto de mando está hecha de un cristal fino que se convierte en pedazos desde el momento en que el *debe* pesa más que el *haber*. Y lo curioso es que hasta lo entendía. Por algún motivo no era capaz de ver dónde se encontraba la línea, pero en el fondo sabía que llevaba demasiado tiempo pisándola. Tal vez por esa razón, llegado el momento que más temía, se mantuvo tranquilo. Solo sintió un poso de amargura cuando su pensamiento voló hacia el resto de agentes del grupo que aguardaban tras él, algo más alejados, ajenos a lo que en aquel reducido círculo en medio de las rocas desnudas que el sol comenzaba a lamer estaba sucediendo. Quizá fue eso lo que le hizo considerar que, puestos a morir, lo haría matando.

—¿Cuál es el motivo? ¿Es por haber sido capaz de encontrar a Belmonte? ¿O porque se lo han cargado por haber esperado tanto para asaltar el barco? —preguntó con toda la mala leche de la que fue capaz.

Fuenteprada pareció agradecer el ataque. La impertinencia de su subordinado le permitía poder dar rienda suelta a su cólera y restar así incomodidad a la situación.

—Te advertí que te estabas condenando tú solo —repuso—. Régimen Disciplinario ha decidido abrirte un expediente por lo del tema Vasile, y la

jueza Téllez está pensando en imputarte torturas, detención ilegal, lesiones y un largo etcétera. No puedes seguir al frente ni del grupo ni de esta investigación.

—¿Y qué pasa con los demás? —dijo señalando discretamente a sus compañeros.

Fuenteprada respiró hondo. Miró de reojo a Hugo, que se había separado del resto y se disponía a encender un cigarrillo para amenizar una espera que ya intuía larga. Bajo los primeros destellos del sol anaranjado, la enorme cicatriz de su mejilla adquiría una profundidad inusitada.

—Por ahora la cosa va solo contra ti —le informó—. Ya veremos qué pasa con tu colega, pero de momento su situación no varía.

Silvio asintió, conforme. Pero a continuación sacudió, incrédulo, la cabeza. Todo aquello parecía una pesadilla. Demasiado extraño hasta para una novela. Pero el nuevo día no solo arrojaba luz sobre la Cala de Los Vélez. También lo hacía sobre una cruel realidad que se imponía, basada en un asesino que anunciaba sus crímenes en directo a todo un país, dos personas asesinadas y un cadáver aún caliente que él acababa de quedar desautorizado para ver.

—¿Quién se hará cargo del grupo?

Fuenteprada separó los labios para decir algo, pero la mirada y el gesto torcidos del ya exjefe de Homicidios le hicieron desistir. Un poco más allá, Jacobo Duarte se mantenía hierático y satisfecho. No hacía falta la respuesta. Ni tan siquiera hubiera hecho falta formular la pregunta. Un beso a cambio de treinta monedas de plata. O lo que es lo mismo, asir pusilánimemente el brazo de un compañero a cambio de una jefatura de grupo. No, no andaban desencaminadas esas historias que cuenta la Biblia, volvió a recordar Silvio. El Comisario Sogorb, que hasta ese momento había permanecido en silencio, separó las manos y elevó los brazos ligeramente. Tenía unos ojos saltones y expresivos que ahora le escrutaban entornados, molestos por la intensa luz del amanecer.

—Siempre ha contado con nuestra atención, Tanco —dijo—. Pero por alguna razón que se nos escapa, últimamente parece usted empeñado en acaparar demasiada.

—Pues no es mi intención —respondió Silvio—. Aunque, por otra parte,

cuando las cosas iban bien y todo eran éxitos, eso no parecía importarles mucho.

Sogorb se inclinó levemente para tomar aire. Cuando volvió a erguirse, en sus ojos flameaba un rescoldo de cólera.

—No es el momento ni el lugar de entrar en detalles, inspector — masculló, volviendo a colocar la mano derecha sobre la izquierda—. Pero si no es capaz de entender por qué he tomado una decisión tan personal como dura es que, una de dos: o es usted un inconsciente que aún no se ha dado cuenta de la gravedad de su conducta, o es simplemente un chulo con ínfulas de héroe. En cualquiera de los dos casos, lo único que su actitud me confirma es que hago bien al cesarle en su puesto de trabajo.

Silvio se volvió con brusquedad hacia Fuenteprada, buscando sin saber muy bien qué. Pero el inspector jefe miraba a su vez a Sogorb, quien ahora consultaba su viejo reloj de pulsera, acariciando la esfera de color cobre, pensativo. Al cabo, sacudió el brazo un par de veces hasta que la manga volvió a cubrir la gastada joya.

—No hagamos esto más difícil de lo que ya es —sugirió en un tono repentinamente conciliador—. Nada más lejos de mi intención que pecar de paternalista, y menos con un inspector de su talento, pero llevo más de tres décadas en esta maldita empresa y sé muy bien lo que me digo, así que créame: la vida profesional, cualquiera que sea el puesto de trabajo que uno desempeñe, está compuesta de etapas. Y usted ya ha cumplido de sobra la suya en Homicidios. Ha honrado a su brigada con el duro esfuerzo de su trabajo y ahí están los resultados, lo admito. Pero incluso en la más óptima de las trayectorias acaban por surgir sombras. Sombras que nos persiguen y que aunque intentemos evitarlas por todos los medios un día terminan por alcanzarnos. No se deje contaminar por su pasado, Tanco; ni siquiera por su presente. Asuma lo que ha hecho y enfrente su futuro. Si no con elegancia, sí al menos con dignidad.

Silvio le miraba como si no hubiera escuchado ni una sola palabra de su discurso.

—Supongo que es usted consciente de que se carga un buen grupo en medio de una investigación. Seguramente la más jodida a la que ha tenido que hacer frente en sus más de tres décadas en esta maldita empresa.

—Silvio... —comenzó a decir Fuenteprada.

—¡Vaya! Por fin mi jefe de brigada recupera el habla.

—¿Cómo te atreves...?

—La próxima vez que te solaces en tu despacho mirando tu colección de medallas espero que no olvides gracias al sudor de quién las obtuviste.

—Tú sí que me has provocado sudor cuando he intentado cubrir tus gilipolleces. Te creías por encima del bien y del mal pero eso se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó!

—¡Venga ya! ¡Ni antes era tan bueno ni ahora tan malo! ¡Me tratáis como a un criminal!

—¡Condujiste borracho, joder! ¡Y dejaste a aquel tipo en silla de ruedas! ¡¿En qué te convierte eso?!

Fuenteprada no obtuvo respuesta. Tampoco Silvio hubiera podido dársela. Porque ahora todos miraban en dirección a una de las rocas de la cala, a muy pocos metros, justo en el lugar donde Hugo forcejeaba con un cámara de televisión que había logrado burlar la barrera policial y, oculto allí, había grabado toda la escena. Pero el periodista logró zafarse del oficial y, a trompicones y a la carrera, desapareció, dejando a los pies del mar a un grupo de hombres y mujeres desolados que, por distintos motivos pero con la amenaza común de lo que ya se había confirmado como un asesino en serie, maldecían su suerte.

XI CAPÍTULO

A veces en la vida hay que saber luchar no solo sin miedo, sino también sin esperanza.

ALESSANDRO PERTINI

En realidad aquel tipo no le miraba. Pero cada vez que pasaba por ese lugar, Silvio creía distinguir entre la bruma del amanecer la forma inconcreta de un hombre tumbado sobre las rocas, el aire despreocupado y la mirada vigilante. Luego, cuando volvía a rodear el acantilado de vuelta a la orilla, bajo la luz de la mañana avanzada, de aquella visión solo quedaba la realidad de un pantalón vaquero raído y una camisa que un tiempo atrás debía de haber sido blanca extendidos sobre la roca, con la supuesta y pretérita intención de secarse al sol. Por algún motivo, su dueño jamás había vuelto a recuperarlas y allí habían quedado, eternas, lo mismo bajo el hiriente sol que refugiadas en la humedad de la madrugada junto al mar, como una fantasmagórica compañía que le aguardaba siempre que surcaba a bordo de su piragua las aguas del Peñón de Alborán.

Glog. La pala del remo quebrando el agua sonaba en el pesado silencio del mar aún sin amanecer, como una gigantesca garganta tragando con dificultad. Una, dos, tres... La cadencia de paladas se sucedía con pulcra exactitud hasta completar las seis millas cada mañana de sábado. Remaba hacia el este, de manera que la inmensa sábana de agua comenzaba a desteñir delante de sus ojos, pasando del azul marino bajo la piragua al indefinido ámbar allá en el horizonte. La jornada se adivinaba fresca y el mar se mostraba inusualmente agitado para las horas que eran. Cuando estuvo bajo la sombra del peñón de

roca blanca se desvió todo lo que pudo a la izquierda hasta tocar con la punta de los dedos un saliente y quedar al abrigo de la brisa que soplaba con intensidad. Aguardó unos instantes con la cabeza agachada, escuchando el chapoteo de las diminutas olas contra el costado de la canoa, pero las náuseas no disminuían. Colocó el remo transversalmente sobre sus piernas, y con la mano húmeda y fría se palpó el vientre. No sentía dolor. Era el alcohol con el que había inundado su cuerpo durante la tarde y la noche anteriores el que pugnaba por salir de la manera que fuese. La cabeza le daba vueltas y ni siquiera recordaba cuándo había parado de beber. Apenas recordaba retazos ininteligibles de sensaciones e imágenes inconexas. Mareo, rabia, las cifras verdes y borrosas de un reloj digital, la etiqueta de una botella o el estruendo de un remo cayendo al suelo en el cobertizo. Solo conforme el aire salino y húmedo penetraba en su organismo iba recobrando la conciencia de una horrible noche que ya se alejaba para dejar paso a un día que se le antojaba aún peor.

Allí seguía, quieto, con los ojos cerrados, mecida la piragua por el ligero vaivén de las olas que le mareaban todavía más. Sobre su cabeza escuchó un par de aleteos y unos graznidos lastimosos de gaviotas jóvenes. Las náuseas iban en aumento y esperó pacientemente, sintiendo cómo los ruidos y el balanceo se agolpaban en su cabeza. Por fin, se aferró a la roca con ambas manos y vomitó sobre el agua. Sus músculos abdominales se contraían doloridos por las arcadas y la postura. Cuando terminó, respiró varias veces profundamente. Ya no sentía el desagradable balanceo y los graznidos habían cesado. Quedaba el tímido goteo del agua que resbalaba por el remo para volver a unirse al océano, y eso le relajó. Cogió un poco del líquido salado con la mano y mojó su cabeza, sintiendo al instante la sal reseca la piel de su cuello.

El Peñón de Alborán no quedaba lejos de la costa, aunque sí lo suficiente como para divisar toda la zona marítima de la ciudad construida bajo sus faldas. El viento traía desde el puerto pesquero rumor de actividad y cansancio, y ya las primeras luces de los barecillos comenzaban a despuntar a lo largo del paseo marítimo. Silvio miró su reloj, notando el gusto amargo y etílico de su boca. Tomó un par de tragos de agua salina y los escupió antes de cambiar su rumbo para remar hacia el Espigón del Oeste. No le llevó más de

quince minutos cubrir el trayecto, favorecido por el viento que soplaba en esa dirección. Empezó a notar en la espalda los primeros latigazos suaves del sol y por primera vez en muchas horas se sintió verdaderamente aliviado, aun sabiendo que aquella impresión no era más que un espejismo pasajero.

Cuando alcanzó la orilla bajó de la piragua y, sujetándola con firmeza, tiró de ella sin demasiado esfuerzo. Las olas acariciaban la costa con el ansia de quien busca saciar su deseo sin miramientos, y los guijarros redondeados crujían arrastrándose bajo la embarcación. Una vez sobre tierra, la depositó sobre un pequeño carrito, desplazándolo una decena de metros hasta un poste metálico al que lo ató, asegurándolo con un candado. Caminó sobre la cuesta de cemento en dirección al paseo marítimo y, según ascendía, divisó la inconfundible forma de un vehículo que le resultaba demasiado familiar aparcado a pocos metros de la Taberna Azimut.

El hombre sentado en la terraza tampoco le miraba. Silvio contempló su perfil grueso y despreocupado, enfrascado en un duelo vital entre la fina navaja con cachas de nácar que sostenía en sus manos y un tomatito regado con aceite de oliva sobre el que descansaba una anchoa fresca. Tras varios intentos, por fin logró metérselos en la boca y, a pesar de sus grandes gafas de sol, se notaba que había cerrado los ojos con delectación. Masticaba despacio mientras bajo el bigote canoso se iba formando una sonrisa burlona y complaciente que alcanzó su máxima expresión cuando lo tuvo delante.

—Tienes buen aspecto y todo eso —saludó.

Aquello sonaba aún más sarcástico teniendo en cuenta las pintas de Silvio. Aunque ahí parado, con una pequeña mochila en la mano, el traje corto de neopreno enfundado hasta la cintura dejando al descubierto el pecho lampiño y una piel tan mortecina como su agotado rostro, no estaba para cumplidos.

—¿Qué quieres? —preguntó.

El hombre sostuvo la navaja con delicadeza entre dos dedos y la alzó un poco. Su rostro adoptó un aire forzosamente grave y, tras los cristales de espejo de las gafas, pareció considerar algo. Puede que se preguntara si su enfermiza epidermis rivalizaba en blancura con el nácar de la faquita, o tal vez el punto más certero para clavársela. Tratándose de él, pensó Silvio, cualquier extravagancia podía estar rondándole la cabeza. Lo que quiera que fuese, finalmente le hizo estallar en una carcajada.

—¡Siéntate, vas a coger frío! —exclamó mientras volvía a dejar la navaja sobre la mesa—. ¿Quieres tomar algo?

Sin esperar respuesta levantó la mano para atraer la atención de la camarera. Cuando se acercó hasta la mesa, Silvio la observó un instante. Era joven y atractiva, con grandes ojos oscuros y una bonita sonrisa. Sus uñas, en cambio, estaban sucias y descuidadas, y eso le desagradó.

—Un café solo, ¿verdad? —se adelantó el hombre—. ¿Algo para comer?

Seguía de pie, dudando. Hubiera matado por ese café, pero también sentía unas ganas irrefrenables de matar al tipo gordo sentado en la mesa metálica que fingía tanta amabilidad. Tal vez era el cansancio o los últimos vestigios de la borrachera, pero de veras que tenía el ánimo y las fuerzas para arrancarle esa calabaza gris y mostachuda de encima de los hombros de una sola patada. Sin embargo le conocía bien. Demasiado bien. Y sabía que, tras su aparente atención por las gráciles formas de la camarera, sus ojos hundidos tras las gafas estilo Cobretti le mantenían controlado en todo momento. De cualquier modo, terminó por decirse Silvio, se ataca o se huye mejor con el estómago lleno.

—Una tostada de tomate y jamón —convino, tomando asiento.

El lugar iba cobrando vida por momentos. Los primeros paseantes enfundados en chándales de colores imposibles recorrían a buen ritmo el paseo marítimo. Sobre la arena, un grupo de palomas revoloteaban en torno a unos restos de conservas que algún campista había dejado olvidados adrede mientras al fondo cortaba el agua del mar una franja de luz plateada que marcaba la imaginaria frontera entre el norte y el sur. El brillo deslumbró a Silvio un instante, y cuando volvió a mirar en dirección a la arena las palomas habían desaparecido, ahuyentadas por un perro labrador que ahora giraba sobre sí mismo buscando algún ave despistada a su espalda. El sonido del cuchillo pinchando torpemente en el plato le devolvió a ese momento y lugar. A diferencia de la figura del acantilado, el hombre que se hallaba sentado frente a él sí era real.

—Deberías probar las anchoas —masculló, brotándole de la boca algunas migas de pan—. Son un buen remedio para la resaca.

Silvio apartó la vista de la playa para encararse con su compañero de mesa, pero solo encontró el difuso escorzo de su cara gruesa vuelta hacia la

lejanía.

—Menuda la que has liado —dijo sin volverse mientras apartaba el grueso mechón de pelo blanco que le caía por el rostro ocultándole el ojo derecho—. Se ha visto tu escenita en todas las televisiones, e incluso creo que el video tiene el récord de visitas en Internet —rió—. Pero así son las malas noticias. Como el aceite. Deslizándose sin control hasta que lo pringan todo.

—Hay a quien le gusta vivir siempre revolcado en la pringue —apuntó Silvio.

Eladio Manchón volvió a reír broncamente. Había arrancado un diminuto pedazo de papel del servilletero metálico y se afanaba en limpiar las puntas de sus dedos una a una. A cada pasada del papel encerado observaba las yemas con detenimiento para volver después a su laboriosa faena. Bajo la fina navaja que había vuelto a dejar sobre la mesa permanecía intacta una servilleta de tela de color hueso, cuidadosamente doblada. El sol ya pegaba con fuerza sobre el respaldo de su silla, del que colgaba una chaqueta de piel gastada color marrón. El resto de su vestimenta era tan vulgar y descuidada como su misma apariencia.

—Supongo que lo dices por ti —respondió tranquilamente—. Al menos coincidirás conmigo en que disfrutas viviendo deprisa. Que se lo digan si no a ese pobre tipo al que dejaste en silla de ruedas. Alcohol y conducción, mala combinación —dictaminó.

—Deberías quejarte al cocinero de la taberna. Rellenan esos tomates con demasiada moralina.

Eladio se volvió de nuevo hacia él con expresión perpleja, como un padre dolido por la inesperada réplica de su hijo. Permaneció callado unos instantes, la expresión seria y detenida bajo las enormes gafas de sol. Pero también esa Silvio la conocía de sobra, y sabía que no era especialmente rápido de reflejos. Por eso, detrás de esos grandes cristales, adivinó que sus ojos no estaban ahora fijos en él sino que vagaban buscando la respuesta adecuada.

—Los niños parlanchines que parecen viejos provocan gracia hasta que dejan de ser niños —dijo al fin con tono satisfecho, como si construir esa sentencia le hubiera costado un gran esfuerzo—. Entonces maduran, se convierten en adultos y los dardos de sus palabras empiezan a resultar incómodos.

Alzó el rostro, y en su boca se dibujó una media sonrisa.

—Sabía... —agitaba el dedo índice, reprendedor—, sabía que ese veneno tuyo acabaría por traerte problemas. Pero también sentía cierto orgullo cuando escupías a quien fuera sin importarte su edad o sus galones. Fue divertido tenerte a mi lado, enseñarte el oficio mientras aprendía al mismo tiempo de un puto novato. Porque aprendí muchas cosas de ti, te lo aseguro. Aunque me faltó enseñarte lo más importante. O a ti aprenderlo, no lo sé bien.

La camarera regresó con el café y la tostada. Los dejó sobre la mesa y se alejó. Silvio vertió el contenido del sobre de azúcar dentro de la taza, moviendo la cucharilla mecánicamente. En la playa, el labrador seguía solo, enfrascado en frenéticas y repetidas carreras entre la orilla y el pequeño muro que separaba el paseo de la arena. Eladio Manchón parecía aguardar impaciente a que Silvio volviera a prestarle atención.

—Cuando se dispara con las palabras y los gestos hay que apuntar en la dirección adecuada, inspector —continuó—. No sirve de nada morder si no se sabe rematar la faena porque, tarde o temprano, la presa termina por revolverse y devolver el golpe.

—Llevo ocho años en Homicidios. Cinco de ellos como jefe del grupo. ¿Cuántas denuncias calculas que llevo a la espalda? Si no es por una mala intervención es por una hostia a destiempo, ¿qué más da? Cuando piso un juzgado, a veces tengo que pararme a pensar si estoy allí para pedir un mandamiento o en cambio asisto como acusado a un juicio. Esto quedará en nada, como siempre. Tú, sin embargo...

Silvio mordió el pan crujiente para dejar inconclusa la frase deliberadamente. Masticaba despacio, preso de una íntima satisfacción. Pero no le duró demasiado. Manchón había vuelto a coger la navaja y con la punta apoyada sobre el metal de la mesa la hacía girar distraídamente en ambos sentidos. Al hacerlo, la estrecha franja de luz reflejada por la afilada hoja barría su cara intermitentemente, confiriéndole un brillo aún más vivo al mechón de pelo blanco que ahora caía sin control por ella.

—Hasta para agujonear has sabido tener estilo, Tanco. No seas grosero —murmuró con un poso de decepción—. No importa cuántas veces te haya salpicado el fuego. Al final acabas quemándote cuando menos lo esperas.

—Me he quemado muchas veces. Ya conozco esa sensación.

—A juzgar por tu cara, esta vez la quemadura te ha dolido como nunca. Pero te comprendo, a mí también me llegó ese momento.

—No me ofendas comparándome contigo, Eladio. Si me ha pasado esto es por hacer bien mi trabajo, por afrontar problemas que yo no he creado pero tengo la obligación de resolver.

—¿Sin importar de qué forma? —preguntó aquel, escéptico.

—Gastamos años de nuestra vida en aprender y aplicar las leyes, hasta que un día te das de bruces contra ese muro y entonces te preguntas *para qué*. Llámalo como quieras: no existe la justicia, los delincuentes se salen con la suya... Hay mil explicaciones según el grado de vocación o romanticismo de cada cual. Yo, simplemente, he llegado a la conclusión de que hay gente que no habla ese mismo idioma, que no se ven afectados por él en absoluto. Por eso a veces hay que llevarlos hasta la senda correcta, aunque sea a rastras.

—Interesante filosofía —dijo Manchón, que aún sostenía la navaja pero había detenido su giro—. ¿Así se lo explicarás a la jueza Téllez cuando te tome declaración por lo de Vasile y su hija?

—No es una filosofía, es algo tan real como sencillo. Incluso aprendes a reírte para tus adentros cuando esos tipos, acostumbrados a bregar con los ambientes más sórdidos, acuden para denunciarte al mismo sistema penal que desde siempre contemplaron desde la distancia y el desprecio. Resulta divertido, en cierto modo.

Manchón dejó la navaja sobre la mesa, se inclinó hacia delante y cruzó los dedos sobre la mesa metálica, mirándole fijamente.

—No cuando está a punto de costarte la carrera profesional.

Silvio encogió los hombros.

—Búscate otras fuentes, Eladio. Las tuyas están desfasadas. Saber el final de esta historia consiste en algo más que andar sonsacando a tus correveidiles de comisaría.

Manchón puso un poco de agua en un vaso y tomó un trago. Silvio sostenía la taza de café en sus manos, tanteando con los dedos su temperatura.

—Esto no es un asunto de gestiones particulares —continuó—, de abogados que te alargan unos billetes pretextando que se te han caído al suelo a cambio de que les pases información ni de las amigas de los sospechosos haciéndote favores para que mires hacia otro lado. Mi obsesión es trincar

hijos de puta. La tuya solo era trincar para ti. Por eso te expulsaron de la Policía. Esa es la diferencia entre ambos, maestro —remató con tono despectivo.

Manchón levantó la servilleta despacio y se secó las gotitas de agua que habían quedado prendidas en su bigote. Luego sonrió y se levantó las gafas. Tenía unos ojos diminutos y oscuros, con la piel de los párpados muy arrugada, como si hubiera pasado toda su vida sospechando del mundo que le rodeaba. Unos ojos que ahora despellejaban a Silvio.

—Para tenerlo tan claro tienes pinta de andar bastante perdido —dijo—. Esto ya no es como al principio, cuando yo era un policía veterano y tú solo un *pepinillo* recién salido de la academia que siempre actuaba bajo la seguridad de mis alas. Ahora te toca a ti afrontar esta encrucijada solo. Si quieres un consejo, no cometes la torpeza de pensar que lo sabes todo. Aprendiste mucho sobre el antes pero, créeme, no tienes ni puta idea de lo que viene después.

Silvio tanteó el café con los labios. El líquido negro se había enfriado un poco y dio un sorbo. Notaba el calor de la mañana sobre su pecho descubierto, pero un golpe de brisa fresca le erizó la piel.

—A mí también me sorprendió la bofetada cuando me llegó el turno, no creas —prosiguió Manchón en tono de confianza—. Pero así funciona esto: pasas de ser alguien reconocido en tu profesión, con amigos y compañeros dispuestos a dar la cara por ti, a verte en la más absoluta soledad... y a eso.

Había alzado la cabeza señalando con el mentón el taxi aparcado a pocos metros de la mesa. Era un Mercedes clase E, tipo berlina, cuya pintura blanca brillaba impoluta bajo la claridad matinal. Silvio dejó caer la taza pesadamente sobre el platillo.

—¿A qué cojones has venido, Eladio?

El otro volvió a ponerse las gafas. Con ellas, su rostro recuperaba ese aire ambiguo y desconcertante.

—A avisarte de que esta vez va en serio, Tanco. Lo del tipo al que dejaste parálítico fue solo un accidente. Eso en realidad no le importó a casi nadie dentro del Cuerpo, al menos hasta que ha salido en todas las televisiones. Imagínate el escándalo. Pero respecto a lo otro, si bien es cierto que no has hecho nada distinto a lo que hacías cuando trabajábamos juntos, por alguna razón esta vez alguien ha dicho basta.

Mientras decía esto, limpiaba con la servilleta de tela la hoja de la navajita. Cuando terminó, la plegó cuidadosamente y, recuperada la chaqueta, la guardó en uno de sus bolsillos.

—Durante años fuiste un eficaz marinero que al llegar a capitán traspasó la dudosa línea que separa la vocación del profesional de las manías de un mercenario —sacudió la cabeza—. Ha llegado al momento de que aprendas a navegar solo, Inspector Tanco. Las leyes que valen para los marineros son muy distintas a las que rigen para los piratas. Y ya prácticamente nadie quiere tener uno en su barco.

La última frase la había pronunciado de una forma entre arrastrada y despectiva, como si quisiera asegurarse de que esa fuera la única idea de toda la conversación que su interlocutor debía retener en su cerebro. Luego murmuró algo que el crujido del pan entre sus dientes impidió a Silvio escuchar, dejó un billete de diez euros sobre la mesa y se marchó con la chaqueta colgada del brazo en dirección al taxi. Cuando el vehículo se alejó, Silvio volvió a notar la presencia de la camarera revoloteando por el resto de mesas vacías a su alrededor, limpiándolas a conciencia una y otra vez. Con la taza de café tocando sus labios, sin volverse, recordó su bonita sonrisa, pero la imagen de sus uñas desaliñadas volvió a asaltarle de nuevo.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de darse cuenta. Había vuelto a mirar a la arena y allí, junto al muro, entre lamentos desgarradores, divisó al perro boca arriba, indefenso, agitándose desesperado mientras recibía una lluvia de patadas por parte de un hombre que sostenía una correa de cuero en sus manos. Se oían claramente los golpes de la bota en el tierno abdomen del animal. Glog, glog, glog... Una, dos, tres... Cada patada rebotaba en su cabeza como el sonido del remo contra el agua, con la misma sorda profundidad solo que teñida de angustia. El tipo siguió a lo suyo hasta que cambió de idea. Elevó cuanto pudo en el aire la mano que sostenía la correa y la descargó con furia. Pero no impactó sobre el perro sino contra la pared de cemento y piedra, de modo tan violento que brotaron chispas del mosquetón metálico de su extremo. Silvio le había agarrado de los hombros haciéndole errar el golpe, girándolo de un brusco tirón y ahora, sujetándolo por el cuello de la camiseta, le propinaba certeros puñetazos en el rostro hasta que al otro se le aflojaron las piernas y no pudo

sostenerse en pie. El animal huyó a la carrera mientras Silvio escuchaba, sin quitar la vista del rostro sanguinolento de aquel tipejo, cómo los gemidos se hacían cada vez más lejanos en sus oídos.

—Escúchame, gilipollas —masculló lleno de rabia—, hay que ser muy cobarde para hacerle eso a un perro. Ahora, ¿qué sientes, eh? ¿Te gusta que te den de hostias una tras otra?

El hombre abrió como pudo los ojos y, jadeando, alzó tímidamente las manos, en un intento por no recibir más golpes.

—Es que se me ha escapado —gimoteó—. Siempre lo hace, por más que...

El puñetazo que impactó en su boca le impidió terminar la frase. Emitió un grito ahogado, entre gorgoteos de sangre mezclada con saliva. Silvio se puso en pie, asiéndole de la camiseta ensangrentada, y le hizo levantarse.

—Tienes dos opciones, capullo. Llamamos a la Policía y le contamos lo que ha pasado o nos olvidamos el uno del otro y te largas por donde has venido. De todas formas, como vuelva a verte la cara te daré suficientes motivos para desear haber elegido la primera opción. Tú decides.

El otro echó un vistazo a su camiseta. Luego le miró incrédulo, como si no fuera capaz de creer o tan siquiera comprender lo que había pasado allí. Asintió con gesto tembloroso y Silvio le dejó marchar. Se alejó despacio, con paso titubeante. Ni rastro del perro. Silvio se dejó caer sobre el muro, las manos abrazando su nuca, posados los brazos sobre su pecho salpicado de gotas de sangre e intentando recuperar el aliento. Escuchaba su respiración agitada silbar dentro de los pulmones y poco a poco creyó que recobraba la calma. Sintió de nuevo el agradable calor del sol sobre su cuerpo y miró a lo lejos. La estrecha línea sobre el mar seguía brillando intensamente, pero por alguna razón sus límites se habían vuelto por completo difusos. Entonces Silvio se dio cuenta de que el Peñón de Alborán también estaba borroso. Luego todo fue una mezcla de colores y destellos sin orden ni significado, prevaleciendo sobre todos ellos y sobre el rumor de la gente que se iba agolpando en torno a él los gemidos lejanos del perro que aún seguía huyendo. O tal vez fuera el aullido de la sirena de una ambulancia. No le dio tiempo a averiguarlo.

Cuando despertó, todo a su alrededor parecía etéreo. Primero notó el roce áspero de un tejido contra su mano y al intentar apartarla notó un pinchazo. Retiró el brazo instintivamente y lo acercó a su cara, abriendo lentamente los ojos. Tenía insertada una vía de plástico firmemente sujeta por esparadrapo. Poco a poco fueron regresando los sonidos pero apenas un par de colores. El blanco lo dominaba todo, a excepción del indeterminado tono pastel de la pared y la raya verde de las sábanas que le cubrían. Se sentía extraño, incapaz de calcular o percibir el paso del tiempo. Oía pasos apresurados y breves, sin orden ni frecuencia determinados. A ratos cobraba fuerza un lamento bajito, temeroso, que se elevaba penosamente para volver a caer en un desconcertante silencio. No se encontraba bien allí pero tampoco se planteaba la idea de ponerse en pie. Le fallaban las fuerzas pero también las ganas. Y cuando creía que las había recuperado, entonces volvía a perder el conocimiento, sin dejar de escuchar el gemido y las pisadas. Luego, esos mismos pasos sonaron tan fuertes que parecían caminar junto a sus oídos. No supo si había abierto los ojos o todo fue fruto de su imaginación, pero pudo ver el pelo negro con toda claridad. Sin saber el motivo se sintió aliviado antes de caer dormido de nuevo. Cuando despertó, los pasos se habían esfumado pero no la cabellera morena. Al intentar cambiar de posición, de su boca escapó un suspiro y un profundo escalofrío le recorrió la espalda. Un mechón de ese pelo negro le rozaba el rostro mientras que unas manos cuidadas cogían las sábanas y volvían a taparle de nuevo. Silvio abrió como pudo los ojos, y al mechón azabache siguió el óvalo de una cara que mostraba una sonrisa preocupada.

—¿Puede oírme? —dijo el rostro.

Silvio se estremeció violentamente. Se sentía invadido por el frío de la peor resaca. La joven vestida de blanco aferró de nuevo el borde de la sábana con intención de abrigarle pero la mano de Silvio la detuvo. *Enfermera*, leyó bordado en letras azules sobre el bolsillo del uniforme.

—Cálmese —le tranquilizó la mujer—. Está usted en un hospital.

Quedó perplejo por un momento. Su cuerpo yacía detenido, en una frustrada tentativa por incorporarse. Intentó recordar qué había pasado pero no logró salir de su momentánea confusión. La enfermera le miraba expectante, con los ojos muy abiertos. Era joven y guapa, con una media melena recogida torpemente en un moño del que escapaban un par de mechones de pelo negro y

brillante. Parecía muy interesada en averiguar qué iba a hacer o decir Silvio a continuación, como una alumna aventajada que ha estudiado de memoria todo lo referente a los shocks y desmayos y ahora tiene por fin ante sí la oportunidad de ver la realidad de cerca. Él la miró entonces con cierta ansiedad.

—Se desmayó, creo que en la playa —dijo, adivinando la pregunta—. Le trajeron hace varias horas. ¿No recuerda nada?

De pronto pareció recordar algo. Incluyó la cabeza y, bajando el tono de voz, preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

Los labios de Silvio se abrieron para responder pero el intermitente gemido había aumentado su intensidad y la enfermera desapareció apresuradamente tras la cortina que dividía la habitación en dos. Sonó un débil repiqueteo, como suenan esas ruedecitas de los tubos de suero al girarlas, y pudo escuchar cómo el murmullo de la voz consoladora de la mujer se alejaba a lomos del mareo que comenzaba a apoderarse de él. Al cabo de unos segundos, la enfermera descorrió un poco la cortina para regresar a su lado. Fueron apenas unos centímetros pero bastaron para que Silvio alcanzara a ver el escaso pelo blanco de la cabeza de un anciano que miraba al techo con la boca abierta y sin expresión. Todo lo contrario que la de la joven, que había recuperado —tal vez no la había perdido durante su fugaz ausencia— la curiosidad que inundaba su mirada.

—No llevaba documentación —retomó su pesquisa.

—Usted tampoco la lleva —apuntó Silvio, fijándose en la tela desnuda del uniforme.

—¿Cómo que no? —dijo, sacándola de un bolsillo.

La sostenía en el aire, mostrándosela y sonriendo. *Elena*, decían las letras negras impresas sobre el impoluto plástico.

—No la utiliza mucho —murmuró con un hilo de voz.

—Apenas. Ya la he perdido tres veces y los de administración me advirtieron que no iban a hacerme más duplicados.

Frunció sus cejas casi imperceptiblemente, como si hubiera reparado en que estaba ofreciendo demasiada información de sí misma a cambio de nada.

—¿Entonces su nombre es...?

—Silvio.

—¿Como el...?

—Sí, como el cantante —respondió con tono de fastidio.

—Veo que se lo dicen mucho. Pues encantada, Silvio. Me gusta hablar con los pacientes sabiendo que tienen un nombre, que son algo más que un código.

La expresión de Elena se tornó circunspecta.

—Entró en urgencias inconsciente y con restos de sangre. Estamos esperando el resultado de los análisis, pero de la exploración que le han realizado no han averiguado gran cosa. Si lograra recordar qué le ocurrió nos sería de gran ayuda para terminar cuanto antes. De todos modos, le advierto que...

Silvio sacudió la cabeza afirmativamente.

—Van a avisar al juzgado por si mis lesiones fueran producto de alguna agresión. Conozco de sobra el procedimiento, no se preocupe.

Elena pareció sorprendida.

—¿Se ha visto antes en otra como esta?

—Ni se imagina en cuántas.

Pidió un poco de agua pero la joven le respondió que no podía ser. El suero que se introducía en su cuerpo mediante la vía ya era suficiente. Entonces, con calma, expuso en un par de trazos su identidad. Mientras hablaba, intentó recordar los momentos previos a su desmayo, aunque solo conseguía visualizar una confusa concatenación de imágenes breves y deformadas sin aparente sentido. Cuando terminó de referirle su exiguo relato a Elena, esta, satisfecha su curiosidad, volvió a arroparle, echó un vistazo a los botes de suero que colgaban del pie de goteo y se despidió, prometiéndole volver más tarde. Pero al llegar a la puerta se detuvo y giró sobre sí misma.

—¿Qué hacemos con sus pertenencias? —preguntó.

—Dijo que no había traído ninguna.

—Dije que no tenía documentación —puntualizó—. Pero cuando le encontraron había alguien junto a usted, tumbado y lamiéndole las manos. Los de la ambulancia no sabían qué hacer con él así que lo trajeron también. Está ahí fuera, en el patio, junto al comedor del personal sanitario. Es un perro precioso —observó.

Silvio cerró los ojos con expresión tensa. Súbitamente recordó la pesada

resaca, la deslumbrante estela plateada sobre el mar, el Peñón de Alborán, los graznidos de las gavillas y aquel tipo que en realidad nunca le miraba. Luego esas mismas imágenes fueron dando paso a otras más grises y fúnebres: el olor ácido de las anchoas bañadas en aceite de oliva, la brutal paliza de aquel tipejo al indefenso animal y, por fin, la sangre que lo llenaba todo del mismo rojo encendido que los tomatitos sobre el plato del que comía Eladio Manchón mientras salpicaba sus palabras con malos augurios y soltaba un discurso sobre la lealtad de los capitanes caídos en desgracia y convertidos en mercenarios o en simples...

—¿Cómo se llama? —preguntó Elena.

—Pirata —respondió él, sonriendo.

Una hora y media después, Elena volvió a la habitación acompañada por un joven médico. Lipotimia, probablemente causada por el estrés, el alcohol y el cansancio. Ese fue el diagnóstico. Puede que esa explosiva mezcla también fuera la causa de las molestias que le atenazaban desde hacía algún tiempo, meditó. Estaba llegando al límite físico y si de algo podía servirle aquel incidente era para concienciarse de que debía pisar el freno de una vez. Echó un vistazo a su alrededor. Alguien se había tomado la molestia de poner a secar su traje de neopreno, que yacía doblado sobre una silla, junto a la ventana. Bajo la misma, sus escarpines, perfectamente colocados. No disponía de otro atuendo para vestirse, pero daba igual. Tenía demasiadas ganas de salir de allí.

Una vez se lo hubo enfundado y firmado el alta, se dirigió a los ascensores con paso alegre. Cualquier cosa le sentaría mejor que un hospital. Al llegar al descansillo observó, resignado, la ingente cola de personas que esperaban su turno para utilizarlos. Tras cinco minutos de espera, sintió ganas de ir al baño. Buscó el más cercano, entró, y cuando se hubo aliviado volvió a colocarse el traje. Achacó la sensación de ardor en el estómago a la medicación y a la falta de alimento en las últimas horas. Pero sus maltrechas vísceras insistieron, contrayéndose en un latigazo de dolor tan inesperado que no le dio tiempo a agacharse sobre la taza. Al terminar, abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás, asustado. Acababa de vomitar sangre.

XII CAPÍTULO

No puedo desear que ganen los buenos, ya que ignoro quiénes son.

GONZALO TORRENTE BALLESTER

Tenía sueño, pero la intensa luz que atravesaba las cortinillas blancas, que de tan ajadas ya eran casi diáfanos, le impedía conciliarlo. Debían de ser ya las diez o las once de la mañana, quizá más tarde. Creyó haber sentido sombras revoloteando a su alrededor durante la madrugada, pero al despegar los párpados comprobó que estaba solo en la habitación. El sopor le quitaba las ganas de alzar la voz para avisar a alguien. Sacó el brazo derecho de debajo de la tosca sábana y alargó la mano, buscando a tientas sobre la mesilla metálica el teléfono móvil. Las puntas de sus dedos rozaron algo liviano y flexible que cayó al suelo, casi sin ruido. Luego palparon una inconfundible forma rectangular. Cuando lo tuvo delante de sus ojos entreabiertos comprobó que en realidad era el mando a distancia del televisor. Lo dejó caer sobre su pecho, cerró de nuevo los ojos y emitió un profundo suspiro, agotado por aquel ínfimo esfuerzo. Pasó un tiempo más que no sabría calcular, sumido en una duermevela limitada por las paredes pintadas de un gastado color calamocho. Una vez hubo recuperado algo de su maltrecha consciencia, se acordó del mando que descansaba bajo su barbilla, entre sus dedos débilmente entreabiertos. Como pudo, lo apuntó hacia el pequeño televisor que colgaba de la pared casi a la altura del techo y apretó el botón de encendido. No tenía interés en ver nada, pero cualquier cosa sería mejor que aquel tedioso aislamiento. Tras equivocarse varias veces con las teclas de

ajustes y del teletexto, divisó en la pantalla una especie de mesa redonda alrededor de la cual se hallaban sentados varios periodistas de los que solían denominarse a sí mismos *suceseros*. Era un programa matinal, de los que comentan noticias de actualidad, y junto a ellos también ocupaba su asiento otro habitual de este tipo de espacios: Manuel Escullero, antiguo portavoz de la Policía, ahora jubilado y reconvertido en comentarista de las secciones de sucesos televisados. Gesticulaba con énfasis para apoyar sus palabras, las cuales Silvio no podía escuchar debido al escaso volumen. En un rincón de la pantalla divisó una fecha. Su cerebro embotado hizo un cálculo rápido: llevaba dos días ingresado. Se hallaba más despejado y consideró que no se encontraba mal; no al menos con dolores ni molestias, aunque por otra parte se preguntó si los frascos de cristal con líquido que colgaban sobre su cabeza y conectaban a través de un catéter insertado en su brazo derecho no tendrían que ver con aquello. Eran, sin embargo, las lagunas mentales las que le preocupaban. Percibía correctamente los estímulos que le rodeaban: luces, olores, murmullos fugaces detrás de la puerta... Incluso podía recordar todos los acontecimientos de los últimos días con total precisión. Pero las últimas cuarenta y ocho horas habían quedado reducidas a una mezcla de sensaciones difusas, destellos inconexos en los que el tiempo había desaparecido y el espacio quedaba reducido a aquella habitación de hospital.

Se quedó mirando la mano en la que sostenía el mando a distancia. El tubo que desaparecía bajo su piel estaba rodeado de un grueso vendaje sellado con esparadrapo. La levantó y la agitó suavemente, sintiendo un dolor no demasiado intenso. Se preguntó cuánto tiempo faltaba para que los botes quedaran vacíos del líquido que iba penetrando en su organismo. Volvió a bajarla y, localizados los botones del volumen, los pulsó para aumentarlo. La cámara ya no enfocaba a Manuel Escullero, y en su lugar, un doctor en psiquiatría, también veterano de las mañanas y cuyo nombre no recordaba, analizaba con ademanes lentos y pedagógicos, cual si pontificara, detalles del comportamiento de alguien. Fue al escuchar de sus labios el nombre de Ofiuco, cuando su corazón se disparó, acelerado, otorgándole la cantidad de sangre necesaria para incorporarse en su lecho y, apoyada la espalda sobre el almohadón, prestar atención a las palabras del galeno. El asesino experimenta una sensación intensa de poder y dominio cuando mata —explicaba—. El

origen de su sadismo parece ser un resentimiento o un odio profundo hacia la religión o cualquier otro tipo de creencia espiritual. Pero aparecer en televisión para publicitar sus asesinatos —puntualizaba una de las periodistas— exige un dominio de recursos tecnológicos que le asegure el anonimato. ¿Quién puede estar detrás de un proceder tan complejo?, había terminado por preguntarse.

La misma cuestión quedó retumbando en la cabeza de Silvio hasta que recordó que ya no le correspondía a él planteársela. Sin embargo, no sentía tristeza; más bien al contrario: algo parecido a la serenidad se iba apoderando de su espíritu ahora que podía darlo todo por perdido. Ya no era el jefe de Homicidios y su horizonte laboral pasaba más bien por vegetar detrás de una mesa de despacho con el laminado color caoba y las esquinas plastificadas en negro —la oficina del DNI quedaba en la planta baja de comisaría y había pasado tantas veces por la puerta que era esa imagen, junto con la de la enorme fila de archivadores grises, la que se había instalado en su ideario—, recibiendo las quejas constantes del personal por las formidables colas que se formaban mientras se rompía la cabeza para que las cuentas de las tasas de pago cuadraran hasta el último céntimo. Eso en el mejor de los casos, pensó con fastidio. Dos días allí ya le parecían suficientes para que los médicos hubieran encontrado de una vez qué fallaba en su maquinaria y le pusieran remedio. Si lograban eliminar los dolores de estómago y las náuseas se daría por satisfecho. En el televisor, el psiquiatra continuaba a lo suyo, pero el ansia de Silvio por saber más del caso se había esfumado repentinamente. Ese debía ser el primer paso de su nueva vida. Al carajo Fuenteprada y Sogorb, Duarte, la investigación, la comisaría y los juzgados. Solo un hálito de tristeza se deslizó por su garganta cuando volvió a pensar en el resto de compañeros del grupo. ¿Qué estarán haciendo ahora?, se preguntó. Aunque les conocía tan bien, de tal forma, que le bastó con visualizar a cada uno de ellos para convencerse de que seguirían inmersos en sus rutinas de sabuesos, y eso volvió a insuflarle calma. Cerró los ojos e inspiró profundamente, con la voz pausada y cansina del loquero como ruido de fondo, sintiendo cómo el sopor comenzaba a invadirle de nuevo. Cuando volvió a abrirlos, la cabeza canosa de Laín Guarner mirándole atentamente cubría por completo la pantalla.

—¿No es un poco pronto para contar con tus servicios? —preguntó Silvio,

desperezándose para ocultar su sorpresa.

El forense enarcó levemente las cejas mientras mantenía los labios apretados, controlando una tentativa de sonrisa cómplice. Su rostro, en cambio, tenía ese aire grave y escrutador que su amigo había visto en tantas ocasiones planeando sobre la carne ausente que ocupaba la mesa de autopsias. Como pudo, el inspector se incorporó nuevamente hasta quedar recostado sobre uno de los almohadones, sin que en ningún momento el doctor Guarner abandonara su lugar a los pies de la cama. Sus dedos aferraban sin crispación la barandilla que coronaba esa parte del lecho, pero su movimiento constante, como si trataran de masajear el metal niquelado, delataba la preocupación que su cara se esforzaba en disimular.

—Ni por joven te asegures, ni por viejo te apresures, ya sabes... De todos modos, no tendría más remedio que esperar. He intentado conseguir un par de guantes de látex pero en este hospital no regalan ni los usados.

Silvio amagó con una media sonrisa que terminó de borrarse cuando su vista se perdió entre las siluetas de las montañas pardas difuminadas tras las cortinas de la ventana, las mismas hacia las que el doctor Guarner miraba. Ambos parecían incómodos, fuera de lugar. No era aquel el contexto donde acostumbraban a verse, y ahora la tradicional barrera laboral que les separaba y unía al mismo tiempo había desaparecido de pronto. Esos dos profesionales de lo suyo, que solían penetrar juntos en el hostil territorio de la crueldad humana, allí eran tan solo dos seres humanos, enfermo y visitante, sin la protección que la dureza de sus perspectivas les había procurado hasta entonces.

—Por algún extraño motivo, últimamente te veo en los sitios más insospechados —comentó Laín mientras se ajustaba las gafitas con el dedo índice.

Los ojos de Silvio se elevaron por encima de los hombros del médico, que con la otra mano señalaba el televisor suspendido tras él. Esa era una de las cosas de las que no había vuelto a acordarse en los últimos días, pero el patético episodio del acantilado recobró la nitidez en su memoria. Maldita prensa. Esa extraña compañera de viaje que alterna entre el discreto libado de la información y la desaforada succión de lo más escabroso a la mínima oportunidad. Y sin embargo, siempre hay quien prefiere abandonar la trinchera

policial para subirse a ese traicionero carro, pensó mientras contemplaba en la pantalla a Manuel Escullero, a quien habían vuelto a enfocar.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó Laín.

—Ahora mismo bien. Algo cansado —respondió—. Oye, ¿qué haces tú aquí?

El doctor Guarner había sacado un pañuelo de tela del bolsillo de su chaqueta y se secaba la nariz discretamente. Tenía la piel de las mejillas ligeramente enrojecida y aspecto cansado. Al ir a guardarlo, sus gafitas redondas volvieron a deslizarse por su nariz pero fueron detenidas a tiempo por la mano que tenía libre.

—No me habías comentado que estabas enfermo. ¿Qué te ocurre?

Silvio sonrió, incrédulo.

—El doctor Guarner jamás hace preguntas retóricas. Ya te las habrás apañado para conseguir mi historial. ¿Dónde lo escondes? —preguntó haciendo el ademán de mirar bajo la cama.

—En absoluto —Laín elevó ambas manos, desechando esa idea—. Como te he dicho, aquí no dan ni la hora. Por otra parte, es lógico que se anden con cuidado de facilitar ningún dato personal a extraños.

—Ni siquiera entre colegas. Ya...

—¿Cuáles son los síntomas? —insistió.

Se escuchó el áspero siseo de las sábanas rozando las rodillas de Silvio al doblarse. Meditó unos segundos antes de responder.

—Comenzaron hace varias semanas. Al principio parecían ardores de estómago, como una indigestión que iba y venía. Tomaba bicarbonato y sal de frutas para calmar las molestias, pero fueron haciéndose cada vez más intensas. Luego llegaron los vómitos...

El rostro de su amigo seguía imperturbable, atento a sus explicaciones, pero a la luz que las cortinas se empeñaban en disimular, Silvio atisbó una sombra de preocupación cruzando la frente del galeno.

—Y la pérdida de consciencia.

—Apenas dormí la noche anterior. Además, había bebido mucho. No sé... —aclaró, cogiendo el mando a distancia y apagando el televisor. Desaparecido el ruido del aparato, el suave gorgoteo de los goteros hizo a Silvio levantar la vista hacia ellos.

—Aún no se han terminado —indicó Laín, observándolos sobre los aros de sus gafas.

Silvio parecía intranquilo. Se mantuvo pensativo un instante antes de atreverse a preguntar.

—¿Qué se dice por ahí?

—¿De qué?

—De lo que pasó.

—Bueno, estabas allí. Nadie mejor que tú sabe lo que ocurrió. La diferencia estriba en que millones de personas fueron testigos.

—Que no es poco.

—Que no es poco... —repitió el médico, agitando suavemente la cabeza.

Volvió a mirar Silvio todo lo lejos que las cortinas le permitían. Un motivo más para cerrar definitivamente esa etapa de su vida, se dijo. Un policía de la *pringue* con el careto grabado en las retinas de medio país no vale ni lo que su aliento. *Mordido* para siempre. Laín se movió despacio hasta acabar sentado en una esquina de la cama, con la cabeza ligeramente inclinada.

—¿Hay algo más que quieras saber? —concedió.

No bastan los buenos propósitos. Toda adicción impone la necesidad de desengancharse poco a poco. Por eso, pese a la firme intención de desprenderse de lo que habían sido sus rutinas hasta entonces, Silvio no pudo evitar regresar su mirada y clavarla en la de su amigo. Había esa inconfundible ansiedad por comprender en el fondo de sus ojos, y eso fue suficiente para el forense.

—Lo de Gisela fue una merienda en el parque comparado con lo que Eduardo Belmonte sufrió —explicó—. Quemaduras en los genitales producidas por un agente eléctrico, amputación traumática de los pezones con lo que parecen unos alicates, asfixia mecánica incompleta y prolongada... Todo un rosario de torturas.

—¿De qué murió en concreto?

Laín Guarner se quitó las gafas. Aún faltaban los resultados de las analíticas y del estudio de tejidos, explicó. Mientras limpiaba los cristales con el satinado del interior de su chaqueta, giró la cabeza hacia la ventana, ofreciendo su perfil a la vista de Silvio. Su nariz le parecía ahora más aguileña que nunca.

—No estoy seguro —respondió, colocándose las de nuevo—. Oficialmente, fue una parada cardiorrespiratoria lo que acabó con él, pero era tal el destrozo en su cuerpo y la afectación a sus órganos vitales que pudo haber sido cualquier cosa.

Se volvió hacia él, señalando su reloj.

—El ventilador mecánico le mantuvo con vida hasta pocos minutos antes de que llegárais vosotros. No obstante, Ofiuco prolongó de tal modo su sufrimiento que encontrarlo muerto fue lo mejor que pudo suceder. Creo que hubiera sido tan despiadado como inútil intentar recuperar ese cuerpo deshecho.

Silvio tragó saliva, compitiendo el sonido seco de su garganta con el burbujeo de los goteros.

—A lo largo de casi treinta años de profesión he perdido la cuenta del número de autopsias que he llevado a cabo. He visto las miserias humanas proyectadas de mil formas sobre cadáveres de niños y adultos, hombres y mujeres, sin distinción de oficio ni posición social. Los celos, el lucro, la ira... Nunca han faltado motivos para que algunas personas descubran el monstruo que llevan dentro. Pero hacía mucho tiempo, quizá demasiado, que no me enfrentaba a tanto sadismo y crueldad. Quien quiera que haya hecho esto disfruta con el dolor de sus víctimas mientras contempla sus vidas extinguirse de la manera más lenta y horrible.

El inspector se revolvió en la cama. No por lo que su amigo le refería, sino porque ahora comprendía más que nunca que ya no tenía ningún papel que desempeñar dentro de ese relato. Ahora era un mero espectador sin capacidad de obra ni de decisión. Y aunque había tratado de convencerse de lo contrario, lo cierto es que eso empezaba a consumirle por dentro.

—¿No hubo firma esta vez? —preguntó.

Laín le miró. No te metas en fangales que te adivino de lejos, leyó en sus arrugas miopes. Justo frente a ellas había unas pupilas marrones inquisitivas, casi suplicantes. Como un yonqui que mendiga una dosis más con la falsa promesa de que será la última. El médico apartó ligeramente la cara para toser un par de veces y luego respiró quedamente antes de responder con la voz tan baja que pareciera estar arrepintiéndose de proporcionarle esa información.

—Al examinar el estómago de la víctima descubrí un bulto. Algo pequeño

y sólido.

Silvio había interrumpido su respiración. Sus ojos congelados parecían querer devorar a Laín, que mientras hablaba había recorrido con los suyos el tubo del gotero hasta detenerse en uno de los frascos, prácticamente vacío. Se incorporó con parsimonia y se acercó hasta él, dando un par de golpecitos al regulador, que apuraba las últimas gotas de líquido transparente. Entonces, introduciendo su mano tras el cabecero de la cama, extrajo el avisador y pulsó el botón dos veces para volver a dejarlo caer. Sin moverse, permaneció de pie y, mordiéndose el labio inferior, buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Algo pequeño y sólido —repitió—, envuelto en un plástico resistente. Con cuidado, separé los bordes con unas pinzas y al retirarlo solo quedó un cartoncito plegado cuidadosamente. Cuando lo abrí, encontré esto.

El pelo canoso le llegaba hasta los hombros, fundiéndose con una gran barba del mismo color que caía sobre una túnica púrpura en cuyos pliegues se reflejaban los destellos del farolillo con el que alumbraba sus pasos. *El Ermitaño*, podía leerse en la carta del tarot. O más bien en la fotografía que del arrugado naipe había hecho el doctor Guarner en la sala de autopsias con el teléfono móvil que ahora mostraba a Silvio.

—Ese tipo juega con nosotros —sentenció el forense—. Se burla, pero no por descaro sino por placer. El mismo que sin duda experimentaba cuando humilló a Eduardo Belmonte haciéndole tragar esto.

Silvio volvió a apoyarse en la almohada, mirando fijamente al techo mientras la fuerza de la costumbre le hacía elucubrar una decena de explicaciones a ese simple pero truculento detalle. *Un minuto para pensar, un segundo para actuar*, recordó el veterano consejo. La fuerza del corazón no sirve de nada sin una razón que la canalice. Al principio solo hay datos, sin más orden ni lógica que los que el asesino haya querido o no haya tenido más remedio que imprimir a su ejecución. Por eso es necesario combinarlos de mil formas sin descartar ninguna. Luego llegará el filtro del razonamiento, del análisis exhaustivo que eliminará todas esas hipótesis que en un principio parecían tan absolutamente probables como luego se revelarán definitivamente absurdas. Todas, excepto una. La que mostrará los dos caminos que sigue siempre el autor de un homicidio: el que le lleva a cometerlo y el que recorre

para escapar. Cuando terminó de pensar en ello, volvió a levantar la cabeza y reparó en Laín, que aún aguardaba de pie, a su lado.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

El médico se disponía a abrir la boca cuando alguien llamó a la puerta. Sin que ninguno de los dos tuviera tiempo de responder, esta se abrió con ligereza para dar a paso a Elena, que entró sonriente, mascando chicle casi al mismo ritmo de sus pasos enfundados en unos zuecos blancos.

—Buenos días... casi tardes —saludó.

Silvio se sintió incómodo. No era precisamente un tipo de maneras cuidadosas, pero era la segunda vez que se veía expuesto ante esa mujer de cualquier manera. Como pudo, recolocó las sábanas y procuró encogerse dentro de ellas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó consultando el nivel de los goteros. No parecía haber reparado en Laín.

—Bien.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Esperaré un rato antes de traerte la comida.

No preguntó el motivo por el que la habían llamado. Se limitó a extraer del bolsillo de su batín un frasco de suero con medicación. La fuerza de la costumbre, pensó Silvio. La enfermera se aproximó hasta el pie de goteo para cambiarlo cuando, con gesto hábil, Laín ya había extraído el bote vacío y se lo entregaba cortésmente.

—Gracias, papá —dijo Elena.

De no haberse entretenido en corresponder con una ligera inclinación de cabeza a la sonrisa sesgada de su hija, Laín Guarner habría reparado en la cara de estupefacción de su amigo. Ahora estaba claro por qué no le hacía falta andar pidiendo historiales a nadie. ¿Quién los necesitaba teniendo al mejor topo trabajando en el hospital? Un ligero rubor asomó a las mejillas de Elena, encubridora y descubridora a la vez de la piadosa mentira que su padre había mantenido. Silvio miraba a ambos, intentando digerir el asunto, y si entretanto a ella le pareció que la tibia palidez de su rostro y su descuidada barba le daban cierto atractivo, eso es algo que se guardó muy adentro.

—Pensaba que no creías en las casualidades —le recordó Silvio al

forense.

—No creo que cualquier suceso haya de tener forzosamente una causa. Y menos aún que sea intencionada. El destino y esas paparruchas... El azar, sin embargo, es algo completamente distinto, amigo mío. A los hechos me remito.

Con su mano abierta y vuelta hacia arriba recorrió suavemente el aire desde el lugar que ocupaba su hija hasta el lecho en el que él yacía. Los rayos limpios y verticales del sol de mediodía quedaban parcialmente ocultos tras el alero de la ventana, lo que con el auxilio de las vetustas cortinas apaciguaba la claridad de la habitación. Elena se afanaba en terminar de colocar el gotero mientras Silvio observaba su perfil concentrado. Nunca hasta ese momento había reparado en lo aguileña que resultaba la pequeña nariz de la joven.

—En fin, aun en estas circunstancias ha sido un placer verte —dijo Laín ajustándose el cuello de la chaqueta—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que avise a alguien?

—No. Prefiero estar solo. No me malinterpretes, agradezco mucho tu visita.

—Tranquilo, te he comprendido perfectamente. No obstante, estaré pendiente de tu evolución. Ahora ya sabes a quién puedes dirigirte con toda confianza.

Elena correspondió esa alusión con un tímido gesto afirmativo. Silvio también asintió mientras estrechaba la mano de su amigo, quien tras darle un beso a su hija dio media vuelta para marcharse. No habían acabado sus manos de posarse sobre el tirador de la puerta cuando el inspector pronunció su nombre.

—Dime.

—¿Algo va mal?

—Los médicos aún no lo saben. Lo que es seguro es que hay algo que no va bien.

Fue muy rápido. El dedo presionó la cola del disparador provocando que la aguja percutora cayera con toda su fuerza sobre el culote, en cuya superficie quedó moldeado para siempre el fondo de percusión de aquella. Diez milésimas de segundo más tarde, la carga fulminante del interior de la cápsula

estalló, causando la deflagración de la pólvora y la dilatación de la vaina sobre cuyo metal quedaron grabadas señales únicas presentes en la recámara. La presión de los gases en el interior del casquillo se hizo insoportable, por lo que la única forma de continuar su expansión fue saliendo al exterior, liberando con una terrible fuerza el proyectil que inició su mortal recorrido por el interior del cañón empujado por una arteria de fuego y calor. Ya fuera del cilindro, y tras atravesar los vientos balísticos, el proyectil voló libre hasta impactar en su fatal e implacable destino, pero para entonces, sobre su blindada piel habían quedado indefectiblemente campos y estrías que lo individualizarían para siempre. Señales que Zulema Ncara estudiaba ese mediodía bajo el microscopio en el laboratorio de Policía Científica. Finalizado el análisis, no podría hacer mucho más. Las vainas no se habían encontrado en el lugar del crimen y tampoco disponía del arma para obtener muestras de comparación, por lo que solo restaba fotografiar los proyectiles extraídos del cadáver e introducirlos en el Sistema Integrado de Identificación Balística, el IBIS. Hasta la muerte tiene sus rutinas.

Sus manos, posadas con delicadeza sobre la rueda de ajuste, giraron con lenta suavidad hasta obtener el enfoque perfecto. Se hallaba tan concentrada que no fue hasta levantar la cabeza cuando se apercibió de que el murmullo habitual que provenía del pasillo se había incrementado notablemente. Alguien acababa de abrir la puerta.

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó con fingida sorpresa.

—Necesito saber si tenemos alguna huella.

Raquel Alvarellos permaneció detenida en el quicio. No había bajado por gusto, ni siquiera voluntariamente, así que tampoco esperaba quedarse mucho tiempo allí. Conocía de sobra el procedimiento, como también conocía la respuesta que la subinspectora de Policía Científica iba a darle.

—Cualquier resultado que obtenga...

—Lo remitís por escrito a la brigada, lo sé. Pero Fuenteprada está histérico y tiene que calmar a las fieras que le acosan por teléfono de cualquier modo. Es él quien me ha ordenado venir.

Las últimas palabras que los labios de la agente de Homicidios pronunciaron se encaramaron al sonido de la puerta cerrándose. Es importante que tengas esto claro, pareció decir con la coincidencia. Zulema alargó los

brazos contra la mesa, haciendo que su silla rodara hacia atrás hasta alcanzar uno de los muebles archivadores. Se levantó y abrió uno de los cajones situado casi a la altura de sus ojos negros, que se perdieron durante algunos segundos entre las decenas de carpetas que lo poblaban hasta que localizó una delgada de color marrón. Una vez en sus manos, la consultó brevemente antes de resumir:

—No había huellas sobre el cadáver de Gisela Soto ni sobre el sudario que la cubría. Hemos enviado al laboratorio de la Comisaría General muestras de la sustancia con la que dibujaron el tatuaje en su frente, por si pudiéramos averiguar dónde pudo adquirirse y por quién. En cuanto a Eduardo Belmonte, tampoco. Ni huellas ni rastros biológicos.

El endeble montoncillo de folios se curvaba, acariciando, lánguido, la piel atezada de la mano con que la subinspectora los sostenía. Su ceño se había fruncido cuando terminó de leerlos. Ni huellas, ni rastros, repitió murmurando su compañera. De nuevo volvió a interponerse entre ambas un muro de silencio. Pero no se trataba del acostumbrado e incómodo mutismo que las invadía cada vez que se encontraban frente a frente. Esta vez era algo completamente distinto, parecido más bien a la mudez ante la inquietud y el desconcierto. Y si no fuera por su experiencia, también, por qué no, ante el mismo miedo. No era la primera vez que se enfrentaban, cada cual desde su atalaya y con sus propias armas, a un asesino serial. Sabían de la falsedad de los mitos que se empeñan en retratar a los psicópatas como seres inteligentes, superdotados, terroríficos planificadores de cacerías donde la pieza más preciada es un ser humano. Nada más falso. Suelen contar con una inteligencia más bien limitada y a todos, sin excepción, tarde o temprano, les delata cualquier error: su ansia devoradora, su afán de protagonismo o el exceso de confianza. Cualquiera de estos elementos termina por traducirse en un descuido, un vestigio indubitado en el lugar donde yace la víctima o incluso en su propio cuerpo; un paso en falso, en definitiva, que termina por arrancarles su máscara de tinieblas e impunidad y empujarles bajo la intensa luz del flash de la reseña policial. Al fin y al cabo, un caso de asesinatos en serie no deja de ser una especie de macabro juego en el que asesino e investigadores disputan la misma partida con distintas reglas y un elemento común: todos caminan sobre el mismo tablero, lugar donde el homicida, a cada lanzada de

dados, con cada movimiento de fichas, va dejando el imperceptible rastro que caricaturiza, al principio, y dibuja con total nitidez, después, su modo de actuar, su aprendizaje y perfeccionamiento del método empleado, sus deseos, sus temores, sus puntos fuertes y débiles. Por eso el caso de Ofiuco empezaba a parecer sobrecogedoramente distinto. Dos víctimas diferentes, dos lugares sin ninguna relación entre sí, y ningún indicio del que poder partir. Y todo basado en el diabólico e insolente juego de publicitar en televisión y ante millones de personas su próximo crimen.

El breve pitido de la cámara fotográfica instalada en el microscopio indicó que estaba lista para comenzar la captura de imágenes. Raquel rechazó con la cabeza el ademán que Zulema hizo de prestarle la carpeta, por lo que esta volvió a la mesa con ella en las manos. La agente de Homicidios no se movió de su sitio, arrugando los ojos para tratar de ver en el monitor las imágenes del proyectil analizado. Zulema volvía a hundir los suyos en los binoculares, cuando una repentina idea cruzó por su cabeza.

—¿Cómo está Silvio? —preguntó haciéndose la distraída.

Con su mirada inmersa en las microscópicas trazas, la subinspectora no reparó en la turbación que asomó al rostro de Raquel, a la que el desasosiego que sentía por la investigación le resultaba menos difícil de digerir que la ignorancia del paradero del que había sido su jefe y compañero. Lo cierto es que no habían tenido ninguna noticia de él en los últimos días. Ni siquiera Hugo sabía nada de su amigo, y no porque se lo hubiera confiado a ella. Él era de esa clase de tipos al que jamás vence el natural impulso de contar sus preocupaciones. Pero esa indeleble nube negra que se había instalado en su ya de por sí hosca mirada delataba que tampoco comprendía muy bien qué demonios estaba ocurriendo.

—No lo sé —admitió Raquel—. Conociéndole, y con todo lo que ha pasado, seguro que ha decidido quitarse de en medio durante una temporada.

No cruzaron ninguna palabra más mientras Zulema siguió a lo suyo. Sin embargo, Raquel permaneció allí. Cuando terminó el examen, la subinspectora se levantó de su asiento, imprimió las imágenes registradas y las guardó en otra carpeta que continuaba abierta en el enorme tablero blanco sobre el que se ubicaba el microscopio de comparación.

—¿Tú no sabes nada? —se atrevió a preguntar Raquel.

—¿Por qué habría de saber algo?

—Teníais mucha confianza...

Los ojos de Zulema Ncara brillaron clavados en los de su compañera.

—No más que la que hay entre vosotros —repuso—. Lo pasado, pasado está. Además, ¿por qué tengo que darte explicaciones de nada?

Con ademán enérgico, introdujo la carpeta que contenía las imágenes de las vainas en su correspondiente cajón. *Homicidio de Gerardo Barruezo*, leyó Raquel en la portada antes de que Zulema cerrara el archivador de un fuerte golpe. Resulta sorprendente cómo hasta el asunto más importante puede volverse secundario repentinamente para que otro aún peor ocupe su lugar, pensó mientras salía del laboratorio en silencio y a paso ligero.

—¿Qué posibilidades existen?

—Aparentemente ninguna.

Manuel Fuenteprada se pasó un dedo por el bigote, despacio. Tal vez no había formulado la pregunta con bastante claridad. Estaba sentado, vuelto hacia la ventana, reparando en lo distinta que resultaba la panorámica desde allí, a pesar de que el despacho de Silvio Tanco se hallaba en la misma planta del edificio que el suyo. Pero al fin y al cabo, las cosas siempre se ven diferentes desde otros niveles de responsabilidad.

—¿Ni por pequeña que sea? —insistió.

Hugo Bográn mantuvo la mirada fija en el respaldo de la silla que Fuenteprada ocupaba. Y lo de ocupar era literal, determinó. Desconocía por qué el jefe de la brigada le había convocado allí en lugar de en su despacho, aunque en realidad tampoco le importaba demasiado.

—No.

Fuenteprada giró la silla, despacio, como si se concediera un poco de tiempo para replantear la cuestión. Cuando volvió a tenerlo delante, observó que el oficial continuaba en la misma postura. De pie, ambos brazos caídos a los lados, frente a la mesa gris que su amigo había ocupado durante los últimos cinco años, y aguardando pacientemente.

—Aún falta tomarle declaración a la viuda de Eduardo Belmonte —añadió—. Por razones obvias, no ha estado en condiciones de contar nada. Pero todo lo demás está comprobado. De los registros de la tienda de Gisela Soto y del domicilio y el barco de Eduardo Belmonte no hemos obtenido nada

destacable. Ninguna pista o indicio. Nada que los relacione.

Fuenteprada separó con una mano la solapa izquierda de la chaqueta e introdujo la otra como si buscara algo. Pero debió de arrepentirse o no hallarlo, porque cuando la sacó estaba tan vacía como había entrado.

—¿Por qué alguien escoge la televisión para anunciar un asesinato?

Había hecho la pregunta con el mismo tono de voz del que piensa en voz alta.

—Existen antecedentes de asesinos en serie que han procurado dar la máxima difusión a sus crímenes, pero casi siempre lo han hecho por carta o empleando cualquier otro tipo de comunicación que asegurara su anonimato — comentó Hugo—. Lo que convierte en distinto este caso es el método utilizado.

—Los tiempos cambian. La única diferencia entre un loco que publicita sus motivos en un periódico y otro que lo hace en televisión son veinte años de por medio.

—No creo que se trate de un loco.

Fuenteprada abrió el cajón superior de la mesa distraídamente. Bajo los párpados hinchados y caídos, sus ojos buceaban, curiosos y distantes a un tiempo, entre el contenido del compartimento.

—¿Cómo calificas entonces a un tipo que mata a personas después de ponerse a debatir con un vidente? —le preguntó sin mirarle a la cara.

—Son conceptos distintos. No me refiero a lo ético o a lo moral de su conducta. Hay algo más que veinte años de por medio en el método elegido para dar voz a los asesinatos. Bastarían unos guantes de látex para no dejar huellas en el papel, alguna forma de escritura y un modo de envío seguro para que un criminal preservara su identidad. Pero llamar en directo a un programa y exponer la voz aunque sea deformada son demasiados riesgos. Tarde o temprano, alguien puede encontrar la forma de rastrearlo hasta dar con él.

Fuenteprada levantó la vista.

—¿Alguien?

—Nosotros, por supuesto.

Cerró el cajón con extremada lentitud, la misma con la que abrió el segundo para seguir curioseando.

—Sigue pareciéndome un loco, y por lo tanto peligroso.

—No discuto eso último. Pero ¿cuántos locos conoce capaces de utilizar

esa tecnología y burlar una investigación policial?

—Tantos como temerarios que se creían impunes y que al final han terminado cayendo.

Hugo era un hombre templado. Tal vez en exceso. Por esa misma razón era inmune al frío que escupían los ojos con los que Fuenteprada acababa de taladrarle. Vale, lo he captado, pensó. No te gustan los derroteros que está tomando esta conversación y no se te ocurre mejor forma de ganarla que andar haciendo paralelismos entre un vulgar asesino y mi antiguo jefe. Asociación de ideas. Churras y merinas. Pues bien, puedes meterte tu puta psicología por donde te quepa, zanjó para sí. El otro cerró el cajón antes de ponerse en pie y rodear la mesa hasta quedar a su altura. Apartó un poco la cabeza y con el puño cerrado sobre la boca tosió un par de veces.

—Sobre ese vidente, Velano, ¿habéis averiguado algo más?

—Lo mismo que ya sabíamos. Es un habitual de ese tipo de espacios. Comenzó su carrera en una televisión local, con llamadas en directo donde los telespectadores tenían que averiguar una palabra, un refrán o algo por el estilo. Había rumores de que las llamadas estaban amañadas, y tras numerosas denuncias por estafa aprovecharon la redistribución de las licencias que el Gobierno llevó a cabo para retirarle la suya, clausurando la emisora de televisión. Después de aquello, malvivió durante algunos años trabajando en teatros y salas de fiestas con un espectáculo de mentalismo, hasta que un día debió de descubrir que lo sobrenatural le salía más rentable y así fue como acabó presentando *Astroesotérico*.

—*Astroesotérico* —masculló Fuenteprada con desprecio—. Un hijo de puta y un estafador. Menuda combinación para aterrorizar al país y de paso cogermé a mí de por medio.

Tras decir esto miró hacia la puerta, con aparente intención de marcharse, pero pareció pensárselo mejor y volvió al oficial.

—Hay que moverse más, Bográn. No podemos seguir tolerando que Ofiuco marque el ritmo en este asunto.

—Estamos en ello, jefe. Aunque los medios con los que contamos empiezan a resultar escasos. Los miembros del grupo están trabajando duramente, sin importarles las horas. Pero también tengo que decirle que no podrán seguir en esas condiciones eternamente.

—¿Y?

—Nos vendría muy bien el apoyo de la Comisaría General.

—No. De momento nos apañamos muy bien sin ellos. No quiero que anden metiendo las narices aquí tan pronto.

—Me temo que no tardarán en hacerlo, dadas las circunstancias.

El jefe de Policía Judicial frunció el ceño y estudió a Hugo desde una prudente distancia.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabe mejor que yo. Dos cadáveres, ninguna pista, y un grupo de Homicidios sin jefe.

¿Te gustan los paralelismos? Pues toma este. De regalo.

—¿Cuántos jefes necesitas, Bográn? ¿No serás de esos que necesitan órdenes para trabajar y si no las tienen buscan a alguien que se las dé?

—Lo que el grupo necesita son más personal y medios, y alguien que los dirija.

—No sabía que te tenías en tan poca estima. ¿No te consideras idóneo para asumir esa responsabilidad?

Hugo torció la boca, descreído.

—¿Un oficial mandando Homicidios?

—¿Por qué no? Ya conoces la norma. Puedes ejercer las funciones de una escala superior.

—De una escala inmediatamente superior —corrigió—. Si viniera un subinspector, tal vez...

—Los subinspectores de la brigada están ya demasiado ocupados investigando los asuntos de sus respectivos grupos. No seas tan legalista; eso no suele dar resultado. Aunque haya una escala de por medio, hasta nueva orden tú eres el jefe de Homicidios. ¿Queda claro?

El oficial no respondió. Fuentesprada emitió un corto suspiro burlón mientras agitaba la cabeza.

—Nunca has sabido elegir bien a tus amigos, Bográn —dijo—. Y jamás me has tenido lealtad.

Aunque Hugo no había dejado de mirarle a la cara, algo en su rostro cambió repentinamente. Sus ojos insondables se habían vuelto tan oscuros como si fueran capaces de absorber todo lo que se encontrara a su alcance.

Despacio, dio un paso al frente hasta quedar a muy corta distancia de Fuenteprada, que le sostuvo la mirada, incómodo.

—¿Cuál es su concepto de lealtad, jefe? ¿Dejar tirado a un compañero que marcó muchos de los tantos que usted y la brigada se han apuntado? ¿Arrojar a los caballos a un inspector que lo ha dado todo por el grupo en cuanto comete un error? —hizo una pausa, antes de continuar—. Ni usted ni el resto de jefes parecen conocer lo que esa palabra significa, entre otras cosas porque nunca han sabido inculcarla. Siempre han considerado esto como un pedazo más de la administración pública así que no me venga ahora con honores y lealtades. ¿Quiere que me haga cargo del grupo? Perfecto, lo haré. Pero si me permite un consejo, no espere milagros con estos mimbres y vaya pidiendo refuerzos.

Una sonrisa de menosprecio relajó las facciones de Manuel Fuenteprada. Bajó un segundo la mirada antes de volver a elevarla para regresar al negro abismo que se había abierto entre los ojos de Hugo y los suyos antes de responder:

—Tenéis mucho trabajo por delante. Vete al otro despacho y vuelve con tus policías, Bográn. Seguramente a ellos les hacen mucha más falta tus consejos que a mí.

XIII CAPÍTULO

Algunas personas son amables solo porque no se atreven a ser de otra forma.

WILLIAM FAULKNER

A pesar de la oscuridad distinguió la silueta femenina que se aproximaba sigilosamente. Hacía rato que no tenía ganas de dormir. Por eso, cuando notó la delgada mano presta a tocarle el brazo, abrió los ojos.

—¿Ya estás despierto? —se sorprendió Elena, accionando el interruptor de la luz.

—He dormido a ratos.

La luz arrugó sus ojos encandilados. Se sentía algo más descansado, pero había perdido la noción del tiempo.

—¿Qué hora es?

—Las seis y media.

Silvio la miró con un ojo cerrado y el otro entreabierto.

—De la tarde —puntualizó.

La joven comprobó el estado de los goteros. Al levantar la cabeza sus labios se despegaron ligeramente. Tenía el superior un poco más prominente, y eso dotaba a su rostro de un aire infantil que se acentuaba cuando no sonreía. Los frascos estaban a medias; no había razón para cambiarlos. Sin embargo, seguía sin apartar la vista de ellos mientras sus labios temblaban. Algo iba mal.

—¿Crees que podrías levantarte?

—Sí.

—El médico quiere hablar contigo. Vendré a recogerte dentro de media hora, sobre las siete, para llevarte a su despacho.

Elena se había vuelto para mirarle, quedando su rostro iluminado a medias por el resplandor del neón, lo que otorgaba mayor viveza al color miel de unos ojos que su flequillo desbordado parecía empeñado en eclipsar.

—Estaré listo a esa hora. ¿Formal o informal?

La turgencia de su boca se allanó para formar un amago de sonrisa antes de darse la vuelta y marcharse. Por su parte, Silvio empezó a desear que el despacho del médico estuviera lo bastante cerca como para no ir haciendo el ridículo con aquel exiguo pijamita que llevaba puesto.

Faltaban dos minutos para las siete cuando Elena regresó. Silvio aguardaba de pie, junto a la ventana, observando las luces que despuntaban en la prematura oscuridad que había engullido aquella tarde de primavera. Era martes. Habían pasado cuatro días desde su ingreso, durante los cuales se había sentido como un conejillo de indias con tanta prueba como le habían realizado. ¿Qué estarían haciendo los chicos?, se preguntaba. ¿Se habrían dado cuenta de su ausencia? Ni siquiera había vuelto a encender el televisor, así que no tenía noticias sobre cómo marchaba la investigación. Pero si las cosas seguían tal y como las había dejado, les quedaba tanto por hacer que no iban a tener tiempo para echarle en falta. La luz amarillenta de una farola iluminaba un parque diminuto y cercado, con los penachos de césped quemados por el frío interrumpidos por rodales de arena sobre los que se apoyaba un desvencijado columpio que mecía el viento. Por primera vez, Silvio se sentía verdaderamente solo.

—¿Vamos? —sugirió Elena.

Por supuesto, el despacho del doctor no podía estar más lejos. Concretamente, en otra área del hospital. Silvio caminaba ligero, procurando que la parte de atrás del pijama no se desanudara. Al menos hicieron el trayecto por pasillos interiores, fuera de la vista del público. Elena no dijo ni una palabra durante todo el recorrido, salvo cuando se detuvieron ante una gran puerta doble que se abría accionada por un pulsador.

—Espera aquí —dijo.

La puerta se cerró con el sonido engolado de una goma cuando hace el vacío. Junto a ella, cinco o seis sillas de plástico azul, ancladas al suelo, se ofrecían a unos pacientes inexistentes. Ya no se sentía solo. Ahora también lo estaba. Tomó asiento en una de ellas y esperó. No había mucho con lo que entretenerse observando. Un cruce de pasillos con las paredes de gotelé pintadas de un amarillo cansado y sin brillo, y nada más. *Oncología*, señalaba el cartel que coronaba la puerta automática. Al cabo de unos instantes, Elena regresó. Por fin parecía haber logrado domar su flequillo azabache, pero no parecía en absoluto contenta por ello.

—Pase —se escuchó tras la puerta.

Entraron ambos, y Elena le dedicó una larga mirada y un breve apretón en el brazo antes de salir de allí. Frente a él había un hombre sentado tras una mesa, con bata blanca. Sostenía entre sus manos varias hojas de papel que le ocultaban parcialmente su cara angulosa. Tenía el pelo castaño salpicado de canas. A su lado, tras una mesa más pequeña, había una mujer ataviada del mismo modo, anotando algo en un cuaderno.

—Siéntese, por favor.

Silvio aceptó la silla que la mujer le indicaba. El médico continuó enfrascado en la lectura de los folios durante unos momentos más. *Doctor Aquilué*, ponía en la plaquita que colgaba de su pecho. Cuando terminó, dejó las hojas sobre la mesa y le miró fijamente por encima de sus gafas de pasta marrón.

—¿Qué tal está?

—Depende.

El hombre arrugó el gesto.

—¿De qué?

—De lo que vaya a decirme.

El tímido siseo de su respiración, el sonido del bolígrafo apoyándose cansadamente sobre el cuaderno, el crujido de una silla que cede bajo un cuerpo que se agita incómodo... Cualquier estímulo habría significado mucho más que el silencio para un animal herido que empezaba a sentir su vida en peligro.

—Tiene usted un adenocarcinoma de células en anillo de sello. Cáncer de estómago, señor Tanco.

A todos se nos ha pasado por la cabeza alguna vez cuál sería nuestra reacción al recibir una noticia así. Silvio no era una excepción. Pero ahí sentado, recto, sosteniéndole la mirada a un perfecto desconocido, ni siquiera sabía qué pensar ahora que había llegado el momento. Se mantuvo en ese estado de estupefacción durante unos instantes hasta que reaccionó apartando los ojos del doctor Aquilué para dirigirlos hacia los dedos de la mujer que se cerraban, indecisos, sobre el bolígrafo.

—Pero... —balbució, volviendo a mirar al hombre.

—La biopsia lo ha confirmado. Es un tumor maligno.

—El otro médico mencionó algo sobre un pólipo. Dijo que tenía toda la pinta cuando me hicieron la radiografía con bario.

El hombre se quitó las gafas y, cogiéndolas por una de las patillas, las hizo balancearse.

—Lamentablemente, el porcentaje de falsos negativos en las radiografías baritadas es alto. Olvídense ahora de eso. Debemos centrarnos en lo importante.

Las imperativas palabras rebotaron en la cabeza de Silvio hasta perderse en un eco difuso que las despojó de todo su sentido. La cagan en un diagnóstico y ahora me vienen con estas, pensó.

—El TAC muestra que el tumor se ha extendido a otros órganos. Hemos detectado metástasis hepática y carcinomatosis peritoneal. Su cáncer se encuentra en lo que llamamos *Estadio IV*.

—¿Y eso qué significa?

El médico intercambió un rápido vistazo con la mujer.

—Que no es aconsejable la cirugía.

—¿Entonces?

—Hay que comenzar inmediatamente el tratamiento para intentar frenar su avance. Si logramos reducirlo, podremos considerar la posibilidad de reseca el tumor quirúrgicamente.

Mientras le escuchaba, Silvio intentaba olvidar el maldito sustantivo que había salido de su boca, pero a cada instante la palabra cáncer asaltaba sus pensamientos. Había visto y oído tantas cosas sobre la enfermedad que no sabía qué era lo que debía sentir ciertamente. En cualquier caso no era miedo, ni ansiedad, pese a considerar que tanta desgracia empezaba a ser demasiada

para una sola persona. En realidad, era más una sensación de hastío, de fastidio por tener que asumir otra lucha en un nuevo frente. Una pelea que no tenía ni ganas ni fuerzas para mantener.

—Comenzará con la quimioterapia y la radioterapia el jueves. Ella es Ana —dijo señalando con el mentón a la mujer—, enfermera del área de Oncología. Les dejaré a solas para que le explique las pautas de cuidados y alimentación que deberá seguir durante el tratamiento.

El doctor Aquilué había cruzado las manos sobre la mesa. Eran diminutas, con unas uñas muy cuidadas, y tenía los dedos completamente cubiertos de un vello duro y oscuro. Su expresión parecía algo más relajada, como si se hubiera liberado por fin de una pesada carga. Lo peor ya estaba comunicado y ahora rumiar el mazazo ya era cosa del paciente.

—¿Tiene usted alguna pregunta?

Muchas, pensó. ¿Y si fuera una señal? Su vida había sido un completo desastre durante los últimos meses. Todo lo que le había sucedido recientemente parecía apuntar en la misma dirección: ya no aportaba nada, había dejado de ser útil para los demás. Hasta la razón más importante que había guiado su vida, su trabajo, había dejado de tener sentido. Tal vez hubiera llegado la hora de abandonar. De quitarse de en medio.

—¿Señor Tanco...?

Claro que, visto lo visto, había muchas posibilidades de que el cáncer le ahorrara la faena.

—Ahora mismo no se me ocurre por dónde empezar.

Sin ofrecerle la mano, el doctor Aquilué recogió los folios en silencio y se marchó de la habitación. Silvio se mantuvo en su sitio, mirando hacia el asiento ahora vacío. ¿Quién me echará de menos?, pensaba. Tal vez algún familiar, o algún amigo. Puede que los compañeros. El rostro de Raquel atravesó, fugaz, su memoria, y antes de que el nudo en su garganta fuera a más, miró a la enfermera.

Todo lo demás quedó envuelto en una especie de cansada bruma en su mente. Fue un largo rato escuchando advertencias sobre efectos secundarios y consejos para atenuarlos. Náuseas, diarrea, infecciones, sangrado... La lista de trastornos le resultaba increíble. Nunca antes se había parado a pensar que un tratamiento supuestamente destinado a evitar la muerte pudiera infligir tales

sufrimientos. Pero ahí estaban, desfilando uno a uno por boca de aquella mujer cuarentona cuyos ojos de pajarillo asustado se hundían al mirarle, sepultados bajo su exagerada melena rizada. Cuando terminó, Silvio se levantó y abrió la puerta. Una auxiliar de enfermería ya estaba esperándole, pero la rechazó agitando la cabeza. Ya conocía el camino de vuelta y quería recorrerlo en solitario. Otra vez.

Ya en la habitación, se disponía a tumbarse de nuevo en la cama cuando Elena regresó. No la miró. Permaneció quieto, junto a la almohada, con las yemas de los dedos posadas sobre las sábanas tersas que la enfermera había vuelto a colocar durante su breve ausencia.

—He olvidado preguntarle al doctor cuánto tiempo tendré que seguir aquí.

—Creo que te dan el alta mañana. Como te han dicho, al día siguiente deberás regresar para la primera sesión del tratamiento.

Silvio se giró para terminar sentándose sobre la cama.

—¿Dónde está Pirata?

—Hay un pequeño solar junto al edificio, donde los depósitos. Está cercado. Los de mantenimiento le han hecho una caseta con unos palés de madera y lo mantienen allí.

—Mañana me lo llevaré.

—¿Cómo estás?

—Acostumbrándome al hecho de que voy a tener que escuchar demasiadas veces esa maldita pregunta a partir de ahora.

Elena no pareció ofenderse.

—Mi vida está tan llena de mierda que tengo que taparme la nariz cada vez que pienso en ella, he perdido mi puesto de trabajo y acaban de decirme que tengo cáncer. ¿Para qué tantas explicaciones sobre tomografías, marcadores tumorales o biopsias? No hace falta ser policía para deducir de la expresión de tu cara o de la de tus compañeros que estáis contemplando a un muerto. Hazme caso, no perdáis más el tiempo conmigo.

Continuaba con la cabeza agachada, pero ahora su mirada se perdía entre los pliegues immaculados de la bata de Elena, que seguía junto a él. De pronto, sintió su mano posarse sobre su hombro.

—No todas las medicinas vienen en frascos de cristal —dijo ella.

—Hazme un favor —respondió, levantando la vista—. Consígueme una

correa para el perro. Me ayudarás mucho más así que usando esa psicología barata aprendida en frases de sobrecillo de azúcar.

La mano se esfumó con una sacudida. Hay veces en que el aplomo se arruga ante la inexperiencia de la juventud. Cuando la indignación de Elena se esfumó tras el portazo de la habitación, Silvio se tumbó en la cama, inspiró profundamente y cerró los ojos, pensando en que nunca hasta ese momento se había dado cuenta del verdadero color que tiene la oscuridad.

Bastaron cuatro segundos y un escrutinio desconfiado para que la escuálida anciana decidiera esperar al siguiente. La puerta volvió a cerrarse, y el único ocupante del ascensor y su perro continuaron su viaje hacia la planta baja. Era el segundo rechazo que habían recibido durante el trayecto, pero su imagen demacrada, con barba de varios días, y el traje de neopreno combinado con un viejo chaquetón azul marino que el personal de enfermería había encontrado olvidado en uno de los cuartos de la limpieza, además del animal de pelo alborozado, disuadían a cualquiera de compartir el estrecho habitáculo con la estrafalaria pareja. Llegados a la planta baja, la puerta se abrió y Silvio empezó a caminar por el vestíbulo del hospital con más aturdimiento que vergüenza. El sol de la mañana atravesaba los ventanales, confiriendo un inusual aspecto alegre al lugar. Muchas personas esperaban. Unas de pie, la mayoría sentadas. Hablaban entre sí mientras algunos chiquillos correteaban ruidosamente entre las sillas y los carritos. Todos parecían participar de un insólito optimismo que contrastaba con la desazón que él sentía. Lo había visto muchas veces. Una mujer paseando por la calle con un pañuelo ocultando su cabeza desnuda, niños en televisión con la mirada cansada de quien aprendió demasiado pronto el significado de la palabra dolor ante una lucha por su vida injusta y prematura, o los comentarios de algún compañero que había perdido a su padre o a un hermano a causa de la misma enfermedad. Pero, ¿cómo podía haberle tocado a él? Le resultaba imposible creerlo. Mientras recorría las sorprendidas miradas que se posaban sobre ambos a su paso, por un momento sintió que nada de aquello estaba ocurriendo. Un mal diagnóstico, una equivocación, alguna otra enfermedad con síntomas parecidos... En el hilo musical, Mercedes Sosa daba gracias a la vida por haberle dado tanto, y Silvio no pudo reprimir entonces una amarga sonrisa. Aquella burla no podía ser cierta.

Ya en el exterior, se detuvo en las escaleras del edificio y echó un vistazo a la calle. A escasos metros había una parada de taxis. Pirata se había sentado, alternando sus vivos ojos azabaches entre la algarabía urbana y el tipo extraño que lo mantenía sujeto por una correa. Bastó un tirón para que volviera a ponerse en marcha y ambos se dirigieron hacia ella. Cuando llegaron hasta el primer vehículo estacionado, Silvio abrió la puerta trasera, evitó que Pirata entrara de un salto y asomó la cabeza al interior.

—Buenos días —murmuró con un hilo de voz.

El conductor no respondió. Se quedó mirándole por el espejo retrovisor, el rostro serio, la ceja enarcada, estudiándolo a fondo. Luego se giró despacio, apoyando su brazo derecho en el reposacabezas del asiento del copiloto.

—¿Qué quiere? —respondió al fin.

—Ir a mi casa. ¿Admiten perros?

Volvió el taxista a revisar por segunda vez el atuendo del presunto cliente, esforzándose por recordar si existía un área de psiquiatría en el hospital que desconociera. O tal vez fuera un yonqui. Con esa pinta, a saber. Aunque el perro era lo de menos, ninguna de las dos opciones pintaba bien.

—¿Tiene dinero, maestro? —preguntó con desdén.

Mierda. Iba con lo puesto, sin ropa ni calzado. ¿Cómo podía ser tan torpe? Era lo último en lo que había pensado. Pero aquel tipo tenía razón. Vio su exhausto reflejo en el cristal de la ventanilla y se sintió avergonzado. En cierto modo, su aspecto no era tan distinto del que tendría el parásito que el taxista creía estar contemplando.

—No... Acabo de... Bueno, da igual. ¿Haría el favor de llevarme a casa? Le pagaré allí.

Parecía imposible lograrlo, pero el taxista fue capaz de levantar la ceja un palmo más antes de retirar la mano lentamente del reposacabezas y agarrar con disimulo el micro de la emisora de radio. Nada que hacer, concluyó Silvio. Este no se fía, y como insista y pulse el botón voy a tener fiesta con él y con la decena de compadres que dormitan en la fila de atrás. Y no estoy ni para medio soplido. Así pues, desistió y cerró la puerta con cuidado.

Se detuvo en medio de la calle sin saber qué hacer. Pirata se había sentado a su lado e inclinaba la cabeza, expectante ante el camino que aquel nuevo miembro de la exigua manada pudiera tomar. Alzó el hocico y venteó un poco.

El cálido sol hacía brillar las diminutas gotitas de su abultada trufa, que se abría y se cerraba con avidez, embargada por cualquiera de los mil olores que los extractores de los bares cercanos arrojaban a la calle. Comenzaba a hacer calor, y Silvio notó cómo el picor de la piel en contacto con el neopreno iba en aumento. Cualquier sitio sería mejor que quedarse allí tirado bajo el intenso sol de primavera, conque decidió volver al interior del hospital para pensar el siguiente paso. Fue al subir las escaleras de acceso al vestíbulo cuando se lo cruzó de nuevo. Ya lo había visto sonreír antes, cuando se dirigía hacia el taxi, aunque pensó que estaría observando a cualquier otra persona de las muchas que deambulaban a esa hora por la calle. Pero ahora lo tenía justo enfrente, apoyado en la pared exterior de la escalinata, sosteniendo con una mano el cigarrillo que sus labios atrapaban y la otra metida en el bolsillo del pantalón de su traje oscuro. Echó un descarado vistazo a Silvio antes de bajar el pitillo y exhalar con delectación. La brisa de la mañana se llevó el penacho de humo blanco, descubriendo justo entre su sonrisa y la parte superior de su camisa gris un alzacuello.

—¿Qué está mirando? —dijo, encarándosele.

El sacerdote le sostuvo la mirada, interrumpiendo el gesto de regresar el cigarrillo a la boca. No le temblaba la mano, observó Silvio. El grueso anillo de oro comprimía un dedo anular que, al igual que los otros cuatro, era largo y fuerte. Todo en su aspecto parecía cuidado y formal. Andaría por los cincuenta, el pelo corto y moreno, con abundantes canas y ligeras entradas. Tenía el rostro rectangular, la boca bien definida y unas cejas pobladas y negras que no ocultaban sus ojos vivos y penetrantes. Su mirada parecía inmersa en una permanente elección entre la piedad y la sospecha. Pero fuera una cosa u otra, ya era demasiada desconfianza para una sola mañana. ¿No creían que era un drogadicto, un pordiosero, un loco peligroso? Quizá había llegado el momento de darles la razón y comportarse como tal.

—Discúlpeme. Debo parecerle un grosero —respondió el otro con una sonrisa conciliadora.

Se había excusado con una voz cálida y profunda, con un ligero toque de despreocupación, como si charlara amigablemente con un feligrés conocido después de acabada la misa. Parecía estar dando la bienvenida en cada palabra. Ya fuera por su extraña apariencia o por cualquier otro motivo, lo

cierto es que aquel tipo no tenía ganas de guerra, ni él tampoco. Así que alto el fuego, se dijo Silvio sin saber qué hacer con todo el veneno que había acumulado durante los últimos treinta segundos.

—La vida de un pobre sacerdote es bastante monótona, y no todos los días uno se cruza con alguien famoso —explicó—. Usted es el policía de la tele, ¿verdad?

Su pregunta obtuvo un desabrido suspiro por toda respuesta, pero eso no pareció amilanarle.

—Así que este bribón es suyo —exclamó, acariciando a Pirata—. Llevaba varios días escuchando sus ladridos hasta que me explicaron que era de un paciente. ¿Quién hubiera dicho que era usted? Los caminos del Señor son inescrutables.

Etcétera, etcétera. Si en algún lugar comenzaba a no desear estar Silvio en ese momento era allí. Lo último que quería era iniciar una charla sobre sendas que se cruzan y demás rollos filosóficos. Pero se sentía tan desfallecido que no tenía fuerzas ni para marcharse.

—Que tiene un aspecto horrible no es necesario que yo se lo diga —dijo con divertida formalidad—, pero la mañana acaba de comenzar y el día puede resultar muy largo. ¿Ha desayunado?

Silvio negó con la cabeza.

—¿Me aceptaría un café?

Arrojó al suelo el cigarrillo inacabado y lo aplastó con la lustrada punta de su zapato. Entraron en el vestíbulo y atravesaron el recibidor, pero al ir a tomar el pasillo de la izquierda que conducía a la cafetería, agarró con delicadeza el brazo de Silvio y le condujo hasta una puerta doble de madera con una placa de metacrilato que rezaba *Capilla*. El sacerdote abrió una de las hojas y se hizo a un lado, invitándoles a pasar.

El silencio y el discreto olor a incienso le hicieron sentirse por primera vez en varios días ciertamente relajado. La capilla era mediana, con las paredes de madera. Al fondo, un pequeño altar de mármol blanco recubierto con un mantelito de lino del mismo color daba un toque de solemnidad al lugar. Tres pequeñas filas dobles de bancos y un gran crucifijo junto al atril para las lecturas remataban aquella discreta estancia.

—El café del hospital no es malo, pero posee un inoportuno efecto laxante

—explicó, divertido, mientras caminaban entre los bancos—. Humildemente, yo puedo ofrecerle algo mucho mejor.

Los excitados jadeos de Pirata resonaban en la quietud del lugar. Cuando llegaron al fondo de la capilla, su anfitrión se dirigió a un rincón y abrió una pequeña puerta cuyas juntas quedaban disimuladas entre los listones de madera de la pared. Silvio y Pirata iban a entrar cuando el cura pareció caer súbitamente en la cuenta de un gran olvido.

—Soy el padre Larrea, el capellán de este hospital —dijo, ofreciéndole la mano.

—Silvio —respondió, estrechándosela.

Era un pequeño cuarto rectangular y angosto. Una taquilla metálica se disputaba el escaso espacio disponible con un armarito de madera. Enfrente, una mesa auxiliar sostenía un infernillo eléctrico y una cafetera.

—Y esto es mi simulacro de sacristía —dijo con tono de disculpa—. No es más que una ratonera, pero también los cristianos primitivos hicieron germinar nuestra hermosa religión en las catacumbas.

Su prudente risita se abrió paso entre el aire que les separaba. Silvio miró de reojo una silla de madera que había junto a la mesa. El gesto no pasó desapercibido para el sacerdote.

—Pero no se quede de pie. Tome asiento, por favor.

Abrió a continuación el armario de madera y extrajo un pequeño saquito de papel y tela. Retiró con cuidado la pinza que cerraba el paquete y con dos dedos separó sus pliegues antes de aspirar profundamente el aroma que desprendía. Luego se lo ofreció a Silvio, que tras dudar un instante hizo lo mismo.

—Creo que le gustará este café. Variedad *catuai*. Es originario de Brasil, pero también se cultiva en Guatemala. Un viejo amigo del seminario es misionero allí, y en las contadas ocasiones en que regresa a España nunca olvida traerme un poco. Por eso solo lo empleo con visitantes distinguidos.

Silvio esbozó una sonrisa tan forzada como el propio cumplido le había parecido. Para variedades estoy yo ahora, pensaba. En ese momento, lo mismo le daba un café de máquina que otro servido por el mismísimo Juan Valdés. Cualquier cosa le iría bien con tal de apagar los quejidos de su maltrecho estómago. El padre Larrea preparó con presteza la cafetera y la colocó sobre

el infernillo. Luego cogió un plato de plástico y vertió un poco de agua para Pirata.

—¿Le gustan? —dijo, sacando una bolsa de dulces del armario—. Son roscos de anís. Tienen un sabor muy peculiar. Los hacen en un pueblo del sur, Vélez Rubio. Pruébelos.

No había tomado nada sólido en varios días. Pero el rugir de sus tripas competía con los ansiosos lamidos al agua que daba Pirata. Cogió uno de la bolsa que el sacerdote le ofrecía y lo mordisqueó con la cabeza agachada. Se fijó entonces en sus pies cubiertos por los escaarpines y pensó en el aspecto ridículo que debía de ofrecer.

—Le resultarán incómodos —apuntó el padre Larrea.

—¿Por qué?

—He visto Carmelitas Descalzas con más alegría en el rostro que usted.

—Vuelva a mirarlas a la cara cuando tengan problemas de verdad. A lo mejor se sorprende.

Por primera vez la sonrisa del padre Larrea desapareció de sus labios. Dejó la bolsa de roscos sobre la mesa y dio un profundo suspiro, como si considerara que la cortesía ya tocaba a su fin y hubiera llegado el momento de afrontar una conversación seria. Tomó una silla de plástico de un rincón y, colocándola a cierta distancia, se sentó frente a su invitado.

—¿Qué le aflige, hijo mío?

Silvio abrió mucho los ojos y miró de arriba abajo al sacerdote.

—¿Está usted loco? No voy a confesarme ni nada de eso.

—Tampoco lo pretendo. Pero no hace falta ese sacramento para compartir lo que nos preocupa. Lo hacemos a diario con aquellas personas que son importantes para nosotros.

—Me temo que en su Biblia olvidaron incluir un capítulo sobre la gente como yo, padre. No se moleste. Ni se ofenda. Pero yo no soy de esos.

Pirata había dejado seco el plato y ahora estaba tumbado junto al mismo. Bostezó con un sordo gañido y apoyó la cabeza en el suelo, mirando a Silvio con expresión cansada. Sobre el perro, colgado en la pared, había un teléfono antiguo.

—Oiga, ¿puedo usarlo?

Primum vivere, deinde philosophari. El padre Larrea no quiso insistir.

Invitó a Silvio a usarlo con un gesto de su mano al tiempo que se levantaba.

—Estaré ahí fuera —dijo, deteniéndose en el quicio de la puerta—. No tenga prisa pero, por favor, cuando el café esté listo retírelo del fuego.

Cuando estuvo a solas, Silvio se quedó mirando al teléfono largamente. Entonces reparó en que no había pensado en nadie a quien llamar. Empezaba a darse cuenta de que su soledad no era fingida sino real. Tan real como que su horizonte, ese que todas las personas contemplan delante de sí y cuya línea está poblada de angustias, deseos e incertidumbres, estaba completamente vacío. Nadie en quien pensar, ni siquiera como un auxilio interesado o un afecto instrumental. Nadie a quien echar de menos. Dadas sus circunstancias, concluyó, tal vez fuera mejor así. Había que cortar los pocos cabos que quedaban cuanto antes. Pero no podía evitar sentir la humillante perplejidad de contemplarse a sí mismo al final del muelle sosteniendo un hacha en la mano y dándose cuenta de la inutilidad de su gesto. De que los cabos hacía mucho tiempo que se habían deshecho por sí solos.

Se oyó un gorgoteo. El café estaba listo. Sus pensamientos se diluyeron temporalmente en el aroma amargo que emanaba de la cafetera. Apagó el fuego, aspiró dos o tres veces el reconfortante vapor y la depositó sobre el salvamanteles de la mesa. Luego se acercó hasta el teléfono, lo descolgó lentamente y marcó un número.

Fue cosa de dos minutos. Al sonido del auricular retornando a su sitio el padre Larrea reapareció.

—¡Ah! Ya está listo el café. Estupendo —exclamó frotándose las manos. Silvio seguía vuelto hacia la pared, la mano apoyada sobre el auricular del teléfono y la mirada perdida entre los números atrapados en el círculo de plástico. Pero el sacerdote parecía ignorarle. Abrió una portezuela situada bajo de la mesa, colocó dos vasitos de cristal sobre el mantel y los llenó hasta la mitad con el negro líquido.

—¿Leche?

—No —respondió Silvio dándose la vuelta para tomar asiento de nuevo.

El vaso le quemaba en las manos. Sopló un par de veces, observando como la oscura superficie se arrugaba bajo el influjo de su débil aliento. Luego dio un primer sorbo, y el intenso sabor inundando su boca le hizo cerrar los ojos. Tragó el líquido y aguardó unos segundos. No sentía ningún dolor. El

padre Larrea, por su parte, había vuelto a tomar asiento en la silla de plástico y se había inclinado un poco hacia delante, sosteniendo con ambas manos su café y recorriendo con un dedo pulgar el borde del vaso, pensativo.

—Dígame una cosa. ¿Continúa siendo policía?

Silvio terminó de dar otro trago y carraspeó.

—¿Y esa pregunta?

El sacerdote pareció ruborizarse un poco.

—Lo decía porque... bueno, supongo que no le resulta agradable hablar de ello pero, en fin, las imágenes en televisión fueron tan... contundentes, por así decirlo, que pensé que tal vez le habrían despedido, si es que eso es posible.

—Ustedes, los curas, tienen su propia jerarquía, ¿no?

—Por supuesto, basada en el voto de obediencia que hacemos al ordenarnos.

—Y si su jefe le apartara de su parroquia y le enviara a predicar a tomar por... muy lejos de aquí, ¿dejaría de ser cura?

—En absoluto.

—Pues ahí tiene su respuesta. Sigo siendo inspector de policía.

De momento, remató para sí sin apartar la vista del padre Larrea, que había bajado la suya y volvía a mover en círculo el pulgar sobre el vaso. El café seguía hirviendo, pero Silvio notaba como se iba apoderando de él una intensa desazón. Sentía la irrefrenable necesidad de salir de allí, llegar a casa y comenzar a ordenar su vida. Lo apuró de dos tragos y se levantó de un salto.

—Ha sido muy amable —dijo—. Gracias por la invitación.

—¡Espere! —exclamó el padre Larrea levantándose también—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Con lo que ha hecho ya es suficiente.

Pirata se había incorporado también al observar movimiento, y ahora miraba alternativamente a los dos hombres agitando vigorosamente su espesa cola. Salieron de la sacristía y anduvieron entre la bancada en silencio. La estancia continuaba vacía. Silvio reparó en algo que le había pasado desapercibido al entrar. La suave luz que bañaba la capilla y que procedía de dos vidrieras multicolores delicadamente ornamentadas con sendas escenas religiosas: la Anunciación y la Crucifixión.

—Nunca había visto esas ventanas desde la calle —murmuró.

—Y no podría haberlo hecho. Esos ventanales no dan al exterior. Esta capilla se construyó hará unos nueve años, sobre lo que antes eran dos almacenes: uno para material de oficina y el otro... bueno, creo que era un cuarto de contadores. Cuando se decidió su ubicación aquí, se derribó el tabique que los separaba, y ya ve el resultado.

—Nadie lo diría. Cuánta luz...

—Artificial, sin más —respondió el sacerdote, soltando una discreta carcajada. Silvio se sentía extrañado por su propio y repentino interés por esa agradable claridad.

—Está muy bien lograda. Supongo que al parecer natural, quien pasa horas encerrado aquí se sentirá menos agobiado.

Habían llegado a la puerta y el padre Larrea se detuvo, mirándole.

—El agobio de quien visita este lugar se debe, sin duda, a otras preocupaciones mucho más trascendentes. Inquietudes que todas las personas experimentan alguna vez en su vida y que les devoran por dentro. Y aunque se esfuercen por ignorarlas o por mantenerlas controladas, al final terminan por aceptar que necesitan desprenderse de ellas, porque siempre hay alguien — señaló al Cristo— que les escucha. En realidad, daría lo mismo que la luz fuera natural o artificial, inspector. Es la fe que les impulsa a acudir aquí la que les ilumina.

XIV CAPÍTULO

En realidad nada era ilegal, ya que no existían leyes.

GEORGE ORWELL
1984

—¿Acaso se ha vuelto loca?!

Asunción Téllez no pareció acusar la vulgaridad de la pregunta. Se limitó a negar gravemente con la cabeza, como si ese gesto resultara imprescindible para vencer la incredulidad que el hombre sentado frente a ella sentía ante lo que acababa de proponerle. Ese hombre era Marco Fontano, director del Canal 6, cadena que poseía los derechos de emisión del programa *Astroesotérico*. Sonó un móvil y Fontano lo buscó torpemente, palpando los bolsillos de su chaqueta, sin dejar de mirarla.

—*Senti, ti richiamo...* —despachó la llamada en voz baja.

—Me considero una mujer prudente, caballero —se adelantó la jueza—, pero entenderá que, dadas las circunstancias, no pueda ni quiera andarme con rodeos respecto a este asunto. Vuelvo a insistirle en la conveniencia de que suspenda la emisión del programa hasta que todo se resuelva.

Fontano permaneció en silencio, con la cabeza agachada y los codos apoyados sobre la mesa. Las manos, una sobre la otra, ocultaban el incesante movimiento de sus labios, que parecían rumiar una saliva que se hubiera vuelto amarga de repente. Al cabo, su mirada despegó por fin de la superficie barnizada para aterrizar de improviso en los acuciantes ojos de la jueza Téllez.

—*Io...* —murmuró tras el escudo de sus dedos crispados—, *io non sono...* eh... seguro de que eso sea lo más conveniente.

—En cambio, yo sí lo estoy —apuntó ella—. Como lo estoy también de que no es una decisión en absoluto favorable para ustedes. Pero mi obligación es garantizar la seguridad de todos los ciudadanos.

—*Certo*, pero se dará cuenta del tremendo perjuicio para la cadena y sus trabajadores.

—Absolutamente. ¿Es usted consciente del peligro que supone para la ciudadanía mantener una plataforma publicitaria como la que su programa proporciona a ese asesino?

—*Astroesotérico* tiene una *grande reputazione tra il pubblico, signora* —se defendió—. Sería... *scusa, con tutto il rispetto*, sería absurdo acabar con él *per questo motivo*.

Con la contrariedad reflejada en el rostro, desenroscó el tapón del botellín que tenía junto a él y se sirvió un poco de agua. Aquel era un edificio de oficinas alejado del centro, a salvo de miradas indiscretas. Por ese motivo, Fontano lo había sugerido para celebrar la inaudita reunión que le había propuesto la jueza Téllez. El despacho en el que se encontraban era amplio, exquisitamente decorado y con grandes ventanales por los que entraba la claridad bajo la cual brillaba el líquido transparente que Fontano bebía. Junto a esos mismos ventanales se hallaba sentado un hombre que hasta el momento se había mantenido en silencio, mirando distraídamente por ellos y que ahora se había vuelto para estudiar el perfil del italiano. A pesar de sus grandes entradas, el director de Canal 6 llevaba el pelo largo recogido en una coleta. Tenía, además, una enorme nariz y una prominente nuez que remataban su aristada silueta. No había terminado de dejar el vaso sobre la mesa cuando volvió a intervenir.

—Usted no tiene ni idea de lo mucho que tenemos invertido en ese programa. Sería un completo desastre perderlo.

—No mayor que perder toda su audiencia, ¿no es cierto?

Si la mirada de Marco Fontano hubiera podido asesinar, la jueza Téllez habría caído fulminada en ese preciso instante.

—*¿Come se calcula la produttività en su trabajo, signora?* —preguntó con una tensa sonrisa que pretendía disimular su acaloramiento—. *¿Per il numero de juicios celebrados? ¿Per carpetas archivadas? Nel nostro, el sforzo e la creatività se recompensan con la fidelidad de los televidentes. ¿Eso le parece*

cuestionable?

—Si lo que me plantea es anteponer la fidelidad de los ciudadanos a su propia seguridad, desde luego —rebatíó.

Pero el italiano no se amilanó.

—¿Sería tan *gentile* de explicarme *perchè* podría perjudicar a su seguridad continuar con la *trasmissione* del *programma*? Me temo que usted..., *¿come si dice in spagnolo?*... Usted pretende matar al *messaggero*.

El hombre sentado junto a la ventana se estremeció como si tratara de reprimir una sonrisa. No se sabía a ciencia cierta qué es lo que la había provocado: si la enervada discusión a la que asistía en silencio o los denodados esfuerzos del italiano por desahogarse en su indignado español. Mientras tanto, el magnífico reloj de péndulo ubicado junto a la puerta marcó el primer cuarto del mediodía. La esfera de metal dorado que albergaba, engarzadas, las cifras talladas en números romanos, dominaba la estancia desde sus más de dos metros de altura, celosamente protegida por el ventanuco de cristal en el que el misterioso invitado veía reflejados los ojos inquisitivos de la jueza Téllez.

—¿Tiene usted algo que aportar al respecto, señor Fuenteprada?

El bigote del inspector jefe se agitó al chasquear sus labios. Como si fuera la última vez que pudiera hacerlo, dirigió una póstuma mirada a la arboleda que despuntaba tras el ventanal, muchos metros más abajo, antes de levantarse y caminar hacia la mesa ovalada donde la jueza y el directivo estaban sentados. Al llegar a su altura se detuvo tras una silla vacía, y apoyando sus manos sobre ella señaló con aire pensativo:

—Lo cierto es que Ofiuco utiliza el programa para anunciar sus crímenes, no para cometerlos.

Asunción Téllez apenas prestó atención a la mirada esperanzada y cómplice que el director de Canal 6 acababa de regalar a Manuel Fuenteprada. Por contra, se removió tensa en su asiento para terminar apoyándose sobre uno de los reposabrazos. No tenía ni idea de qué tipo de estrategia estaba utilizando el inspector jefe, a quien hasta ese momento creía de su parte, pero su argumento acababa de cogerle por sorpresa.

—Puede que tenga razón —concedió—. Sin embargo, ¿se ha parado a pensar en la psicosis que la emisión del programa está causando en la

población?

—No mayor que la que los medios de comunicación provocan alimentando el morbo por este caso. En otras palabras, Señoría: terminar con el programa no impediría los asesinatos.

—¿Conoce usted el efecto imitación? —le interpeló la jueza.

Fuenteprada la miró de un modo inusual.

—Si le apetece podemos emplear el resto de la mañana en disertar sobre teorías psicológicas, pero quiero pensar que estamos aquí para algo mucho más importante: tomar una decisión. Y en mi opinión profesional, si le quitamos ese altavoz, Ofiuco seguirá matando, solo que buscando un método para publicitarse aún más ambicioso.

—Deje la psicología para los peritos en el juicio oral, Fuenteprada. En estos momentos, nuestra prioridad es detener al asesino.

—Es obvio que coincidimos en el fin. Desde luego, no en la forma.

—No en la forma... —murmuró la jueza mordiéndose un labio. Luego se inclinó sobre la mesa y posó la punta de su dedo índice sobre la cálida madera pulimentada—. A no ser que hayan modificado la Ley de Enjuiciamiento Criminal y no me haya enterado, que yo sepa a día de hoy los jueces de instrucción seguimos teniendo encomendada la dirección de la investigación de los delitos que se cometen en nuestro partido judicial.

Los ojos de Fontano buscaron de nuevo los de Fuenteprada, en una demanda de auxilio tan ilusoria como frustrada. No en vano, el inspector jefe estaba ocupado en digerir un golpe tan bajo.

—Señoría —dijo al fin—, jamás cometería el error de olvidar eso. No cometa usted el de ignorar mi competencia profesional y concédame, al menos, que en mi terreno soy yo quien sabe qué métodos dan resultados y cuáles no.

Asunción Téllez abrió una carpeta, extrajo un folio con cifras y se lo mostró a su interlocutor.

—¿Pretende que sigan en antena como si nada con lo que está ocurriendo? Mire esto: a partir del primer asesinato, las llamadas telefónicas al programa aumentaron en un doscientos por cien. Un quinientos desde el segundo. La gente no para de llamar, histérica, para dar pistas falsas o pedir a ese vidente que pronostique quién será la próxima víctima. ¡No podemos contribuir a esta locura colectiva!

—Esas cifras...

—Están extraídas de las diligencias. ¡Lea su propio atestado, por amor de Dios!

—Lo conozco de memoria, señora. Intentaba explicarle que esas cifras demuestran que la línea de investigación es la correcta. Ese tipo busca la fama y parece encontrarse muy cómodo en ella. Cuanta más atención se le preste, antes cometerá un error. Y será entonces cuando lo atraparemos.

—Me temo que se encuentra usted solo en la defensa de un plan tan absurdo —se lamentó la jueza antes de dirigirse a Fontano—. Esta mañana hablé personalmente con el Delegado del Gobierno, quien me ha mostrado su más honda preocupación por este desagradable asunto. También él piensa como yo. Por eso les he citado, caballeros. Tenemos la responsabilidad de salir por esa puerta con una decisión tomada. Y les aseguro que vamos a hacerlo.

Al oír mencionar a un político, Fontano se había puesto lívido.

—*Signora*, el contrato con la productora de *Astroesotérico* fue renovado hace menos de un año, ampliando la franja de emisión y los contenidos. ¡Las pérdidas por la *violazione del contratto* serían millonarias!

—Hay cosas mucho más importantes que el dinero —replicó sin piedad.

Asunción Téllez se puso en pie, apartando la silla y caminando despacio por el suelo enmoquetado. Cuando llegó a la ventana se detuvo ante ella, apoyando la mano derecha en el cristal y ofreciendo su espalda a los dos hombres. Cuando volvió a despegar los labios, había un tono extraño, casi críptico, en su voz.

—Pero si tanto le preocupa esa cuestión, permítame que le ofrezca la posibilidad de decidir, señor Fontano. Como bien sabrá, hace un año fueron interpuestas varias denuncias contra su programa y su presentador, César Velano, por la presunta comisión de un delito continuado de estafa. Un asunto feo. Adolescentes adictos a sus teléfonos de videncia, cuyos padres están pendientes del embargo de sus bienes por no poder afrontar el pago de las facturas por importe de miles de euros que la compañía telefónica pretende cobrarles. Sabe también de sobra cómo terminan estos temas, y casi nunca es a favor del demandado cuando hay menores de edad de por medio. Ustedes debieron establecer los filtros adecuados y no lo hicieron.

Al director de Canal 6 le costaba cada vez más tragar saliva.

—Conozco esas denuncias... ¿A dónde quiere llegar?

—Lo único que al final importa es lo que se decide en el juicio, pero desde luego la instrucción del caso es fundamental —dijo, volviéndose hacia él—. Y también los plazos.

Manuel Fuenteprada abrió mucho los ojos. Le costaba creer lo que estaba oyendo en boca de una mujer que siempre había hecho gala de la más inflexible rectitud.

—En otras palabras, le ofrezco la oportunidad de valorar qué puede perjudicarle más. Si las pérdidas por el incumplimiento de un contrato que se suspende puntualmente para salvaguardar la seguridad pública o las que podrían generarle multitud de procesos judiciales abiertos por estafa.

Los labios del italiano habían entrado en una espiral incontrolable de centrifugado. A lo largo de sus más de veinte años en el difícil mundo del espectáculo se las había visto crudas en más ocasiones de las que podía recordar, apostando por iniciativas arriesgas, negociando *in extremis* acuerdos millonarios y empleando a menudo órdenes imposibles. Pero ninguno como el que esa implacable jueza de instrucción que se había arriesgado a citar en secreto acababa de lanzarle. Tras unos segundos de silencio la miró de nuevo. Sus ojos se entornaron, deslumbrados más por la fría insolencia de la mujer que por la claridad del mediodía.

—Necesito... necesito tiempo... *per pensare. Ma non sarà facile*. Aún tengo que convencer al Consejo *di Amministrazione*.

Asunción Téllez sonrió, satisfecha.

—Conozco su trayectoria, señor Fontano. Tiene usted demasiado peso como para no ser escuchado por su propio Consejo. Sé que lo logrará.

El director de Canal 6 ahuecó las palmas de sus manos y hundió en ellas su nariz y su boca, reflexionando sobre la mejor manera de afrontar la situación e imaginando la ulterior reacción airada del resto de directivos de la cadena. Se había quedado sentado, entre Asunción Téllez y Manuel Fuenteprada, que permanecían de pie, mirándose con tal hosquedad que parecían haberse olvidado repentinamente de la presencia del italiano. Por fin, la jueza se aproximó hasta su asiento, tomó su carpeta y tras un lacónico *ha sido un placer, caballeros*, caminó con aire decidido hasta la puerta. Pero cuando se

disponía a salir, el jefe de Policía Judicial llegó hasta ella y la retuvo un instante, tomándola por el brazo.

—Jamás en mi vida había visto una maniobra tan burda por parte de una representante del Poder Judicial —susurró.

Asunción Téllez clavó en él sus ojos cargados de displicencia.

—No he venido a una reunión, que por cierto jamás se ha celebrado, representando al Poder Judicial sino a la Justicia, Fuenteprada. Háganos un favor a los dos y no lo olvide.

El taxi esperaba cuando Fuenteprada bajó a la calle. Subió a la parte de atrás, cerró la puerta y el vehículo se puso en marcha. Circulaban despacio, sin prisa, y al detenerse en un semáforo en rojo el conductor aprovechó para ajustar el retrovisor interior. El espejo le devolvió la imagen de un hombre profundamente preocupado.

—Tal y como era de esperar —dijo el taxista.

Fuenteprada siguió mirando por la ventanilla cómo la actividad de la ciudad se ralentizaba ahora que se acercaba la hora de comer. Al cabo, carraspeó sordamente y se alisó el bigote con dos dedos.

—Era una de las posibilidades —comentó—. Hay que cambiar la estrategia, simplemente.

Lo había dicho con un tono exageradamente tranquilo que no casaba en absoluto con su meditabundo semblante. El conductor dejó de mirarle para volver a concentrarse en la circulación, pero el vehículo aumentó su velocidad considerablemente, volviéndose la conducción más brusca.

—No pierdas la calma —insistió Fuenteprada—. Sabíamos que esto podía ocurrir. A nadie se le escapa que esa estúpida de Téllez quiere ganar puntos en la judicatura con un asunto tan mediático como este. Simplemente ha visto la ocasión adecuada.

—Te dije que me dejaras hacerlo a mí. Nada de esto habría ocurrido.

Un cambio brusco de carril hizo que el jefe de Policía Judicial abandonara la ventanilla y buscara los ojos de su interlocutor en el espejo. Pero no los halló. Seguían concentrados en el asfalto.

—Resolver este asunto no es tan fácil. Ni siquiera con tus métodos —murmuró Fuenteprada—. Tuviste tu oportunidad y fracasaste. Hay demasiada gente pendiente del caso y no podemos permitirnos otro error como el que

cometiste.

El taxi circulaba por el carril bus y, tras una curva muy pronunciada, se introdujo en un túnel subterráneo.

—Dejemos estar el pasado —protestó el otro—. También yo podría echarte en cara que no hiciste todo lo que estaba en tu mano.

—Ni un día pisaste la cárcel y solo te costó la expulsión del Cuerpo. Considérate afortunado.

El túnel era muy largo. Bajo las luces, los destellos de las bandas reflectantes de los bolardos de plástico verde que separaban el carril bus del resto se sucedían con rapidez, como si de un siniestro proyector de cine se tratara, imprimiendo un aire eléctrico y extraño a las facciones de Eladio Manchón.

—No hacía nada que no supieras, y además daba réditos a la brigada. Debiste controlar al puto niño a tiempo.

—Olvídate de Tanco. Ya está fuera. Si quieres prolongar tu venganza allá tú, pero ahora toca solucionar esto.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Manchón justo cuando el vehículo salía del túnel.

—Te lo diré a su debido momento. No quiero que vuelvas a precipitarte.

El Mercedes de color blanco recorrió algunos kilómetros más hasta llegar a un grupo de casas situado al norte de la ciudad. No entró en la calle. Se detuvo justo al principio, tal y como Fuentesprada le tenía dicho. Luego, invariablemente, el jefe de la Brigada de Policía Judicial recorrería a pie los apenas cien metros que le separaban de su domicilio. Cuando se apeó del vehículo, por el lado derecho, permaneció sobre la acera con aire pensativo para, a continuación, inclinarse sobre la ventanilla del copiloto.

—¿Qué te debo? —preguntó con una sonrisa socarrona.

La boca de Manchón se torció formando una hastiada mueca burlona. Pulsó el botón que activaba la luz verde del techo y metió la primera marcha. Pero cuando iba a arrancar pareció pensárselo mejor, volvió a mover la palanca y chistó al inspector jefe que ya se alejaba.

—Hay algo que puedes hacer —dijo Manchón—. Déjame ayudarte a solucionar esto.

—Te he dicho que lo haré, pero a mi manera.

—¿Cómo? Acabas de quedarte sin programa.

La mirada que Fuenteprada le dirigió era tan fría que Manchón se replegó en su asiento despacio, con la huraña desconfianza del perro que no reconoce a su dueño. Sin más, volvió a engranar la primera y el taxi se alejó despacio.

Pirata se removía nervioso en el asiento trasero de un coche que le resultaba casi tan desconocido como las dos personas que iban sentadas delante y que no se habían dirigido la palabra hasta el momento. No fue hasta que abandonaron la ciudad y alcanzaron el viejo barrio que se levantaba sobre el antiguo puerto pesquero cuando el traqueteo de las ruedas del coche al pisar el camino de tierra provocó cierta somnolencia al desconcertado animal. También a Silvio, que desde su asiento apenas si podía hacer el esfuerzo de volverse para tranquilizar a su nuevo amigo.

El automóvil se detuvo frente a una de las casas. Silvio levantó la cabeza. A través del parabrisas, su imaginación anticipó su hogar como una suerte de panteón olvidado, rodeado por la temprana melancolía de aquellos que pudieran llegar a echarle de menos cuando él ya no estuviera. El sonido de la puerta del conductor cerrándose le arrancó de ese lúgubre pensamiento. Abrió la suya y, con dificultad, se levantó del asiento para dejar salir a Pirata. Después de varios días malviviendo en el patio del hospital, su manto de pelo estaba sucio y sin brillo, pero la visión de su jovial y distinguida estampa corriendo de un lado para otro mientras reconocía el novedoso terreno le hizo sonreír por primera vez aquella mañana.

Subieron los escalones de cemento desnudo hasta llegar a la puerta; luego, las llaves tintinearón en las manos de su acompañante y la puerta se abrió. Al entrar, el hedor amargo del vómito reseco les abofeteó el rostro. El recuerdo de sus excesos con la bebida la última noche que había estado allí acudió a su memoria casi tan rápido como su intensa turbación.

—No te preocupes, lo comprendo. No debió de ser fácil —dijo una voz calmada a su lado.

Los rayos de sol traspasaban las persianas entreabiertas, delatando el brillo de las botellas de alcohol diseminadas por el salón. Silvio mantuvo sus ojos cerrados por la vergüenza un instante, y al abrirlos se topó con los de

Raquel, que parecían saturados de una compasiva decepción. No se puede caer más bajo, pensó él, agitando la cabeza. Pero su compañera ignoró la derrota contenida en su gesto, y dirigiéndose con paso decidido a la cocina, cogió un par de bolsas de basura y empezó a introducir en ellas los envases de cristal vacíos. Silvio la miró en silencio antes de dejarse caer sobre el sofá, hundir su rostro entre las manos e intentar digerir todo lo que estaba pasando. Recordó las palabras del doctor Aquilué y de la enfermera. Había leído alguna vez sobre el cáncer. Estadísticas de supervivencia y testimonios de gente que había sobrevivido. Imprescindible el tratamiento, imprescindible una actitud positiva, imprescindible apoyarse en los seres queridos. Imprescindible, concluyó con amargura. Lo único que para él resultaba imprescindible ahora era vivir. Andaba en ese pensamiento cuando una náusea ácida y dolorosa le subió hasta la boca, pero consiguió evitar el vomito y se limitó a toser fuertemente. Se había iniciado en el estómago, ese lugar donde hasta entonces solo había reparado con ocasión de alguna digestión pesada y en el que ahora sabía que sus células se multiplicaban sin control y pugnaban por disputarse el espacio con otras sanas. Eso visto desde el punto de vista científico. Desde el suyo propio, también era el terreno donde el azar había decidido que se librara una dura batalla entre la vida y la muerte.

Por un momento sintió cómo le invadía un inesperado y vigoroso optimismo. A la mierda con la compasión, se dijo. Debía olvidarse de todo lo demás. De los últimos acontecimientos de su vida, de sus errores, de la investigación y de los asesinatos. Hasta de Ofiuco. Pero, ¿y de Raquel? Alzó la vista. De Raquel no..., titubeó mientras la observaba, afanándose por eliminar cualquier vestigio que recordara la bochornosa pítima con la que había decidido afrontar hacía varias noches su expulsión del grupo de Homicidios.

—Deja eso —le rogó.

Si la joven le escuchó, fue algo que no dejó traslucir. Se movía de un lado para otro, presa de un inesperado frenesí, delatando el crepitar de la bolsa de plástico la rabia con la que arrojaba cada botella a su interior. Pirata la seguía de un lado a otro, mostrando su excitación por lo que él entendía un juego mientras agitaba su esponjosa cola.

—Por favor... —insistió.

Silvio no supo el por qué de la diferencia de ambos ruegos, pero el segundo pareció ser el que Raquel necesitaba para rendirse porque se detuvo de improviso, de espaldas a él, cayendo sus brazos tan bruscamente que el cristal contenido en las bolsas tintineó con fuerza al contacto con el suelo sin llegar a romperse. Emitió un amargo suspiro que estremeció su melena rubia, y fue entonces cuando Silvio se olvidó realmente de todo. De todo, excepto de ella, que se había vuelto, sollozando, mostrando sus ojos inundados en lágrimas calientes que dejaban un rastro de amargura al atravesar su rostro para caer al vacío, desplomadas desde sus labios.

—Tranquilízate.

—No puedo más... No sé cómo afrontar esto —gimió ella.

En ocasiones, el único espejo eficaz es la tristeza contenida en una mirada. El fiel reflejo que nos devuelve el efecto de nuestros quebrantos y errores. Y contra eso, romperlo no sirve de nada puesto que ya está hecho añicos. Si acaso, solo queda ordenar los pedazos.

Raquel caminó lentamente con la mano apoyada sobre el respaldo del sofá opuesto al que su exjefe ocupaba. Luego se sentó en él y volvió a suspirar largamente con la mirada perdida en el techo, como si necesitara unos segundos para recomponerse. Silvio empezaba a sentirse devorado por una tristeza a la que se sentía incapaz de hacer frente en ese momento. Sin embargo, decidido a intentarlo de todos modos, aunque fuera a la desesperada, abrió la boca para decir algo, pero ella le interrumpió alzando una mano con brusquedad.

—Creía saber tantas cosas, Silvio —susurró con amargura—. Poco a poco te fuiste abriendo a mí. Me contaste tu historia, tu vida, tu pasado y cómo llegaste hasta aquí... Pero después de todo este tiempo me he dado cuenta de que aún hay una cosa, la más importante, que no sé de ti.

—¿Qué?

—Quién eres.

Silvio no hizo ningún esfuerzo por controlar su repentino estupor.

—Sabes de sobra quién soy, Raquel. Eres una de las pocas personas que me conoce realmente.

—¿En qué te has convertido, entonces?

El peso de las botellas provocó que una de las bolsas volcara. Pirata dio

un respingo y acudió raudo a curiosear. Silvio apartó su vista, alternada hasta ese momento entre los ojos y la piel de los brazos desnudos de su compañera, para posarla sobre los restos de cristal asomándose entre los pliegues de plástico negro que el animal olfateaba. *Licor 43*, atisbó en la etiqueta parcialmente descubierta. A diferencia de las respuestas, las preguntas son impares, pensó. Como ese número. Porque siempre hay una pregunta para la que no existe respuesta. Y esa era una de ellas. Raquel pareció darse cuenta, porque continuó hablando:

—Me he... nos hemos sentido orgullosos —se corrigió— de trabajar mano a mano contigo. Era increíble verte con ese aplomo, afrontando cualquier situación por difícil que fuera. Animándonos en los malos momentos y cargando sobre tu espalda los errores que los demás cometíamos. Pero esto se te ha ido de las manos.

—Si has venido a juzgarme...

—No soy estúpida, Silvio. Conocía perfectamente los rumores sobre mí y sobre la amistad de mi padre con algunos mandos de la Jefatura Superior cuando ingresé en el grupo. También la presión que tuviste que soportar por parte de los demás. Hugo, Manuel, Carlos..., todos te echaban en cara el haber permitido esa afrenta. A mí me costó semanas de tensión y recelos, pero sé que a ti te costó mucho más. Como también sé que Fuentesprada y el Comisario se cargaron tu autoridad. Y aún así, ni un reproche me hiciste. Ni una mala palabra.

Silvio ya no la miraba a los ojos. Los suyos se perdían, ausentes, en la piel de los brazos de su compañera, erizada por la humedad que saturaba el aire.

—Si fuiste capaz —continuó— de mantenerte sereno incluso en una situación en la que lo único sólido que atesorabas, la lealtad de los tuyos, se derrumbó, ¿qué fue lo que te hizo cambiar luego y equivocarte tanto? De veras que no sé qué pensar. Recuerdo una de las primeras cosas que me enseñaste nada más llegar. Fue en el homicidio de aquel mecánico... Malduenda, creo que se llamaba. Estábamos revisando el despacho de su taller, donde le mataron. ¿Te acuerdas cuando me preguntaste si notaba algo extraño? Seguiste a lo tuyo mientras yo me devanaba los sesos pensando a qué demonios te referías. Todo estaba patas arriba, archivadores tirados, cajones abiertos y las piernas de Malduenda asomando detrás de su mesa sobre un charco de sangre.

Hasta que me rendí. El desorden, me dijiste por fin con una sonrisa preocupada. Te habías dado cuenta de que no era un desorden natural. Todo parecía haber sido desparramado siguiendo un orden dentro de la pretendida anarquía, y a mí me había pasado desapercibido. Así fue como descubrimos que el móvil del homicidio no fue el robo, sino un asunto de celos.

El pelo corto y moreno de Silvio se agitó ante los ojos de Raquel. Había levantado la cabeza y ahora la miraba con ojos interrogantes.

—Todo el desorden de tu vida parece intencionado, Silvio. ¿Por qué? —gimió—. ¿Por qué te has hecho esto? ¿Por qué me lo has hecho a mí? ¿Te cansaste del éxito? ¿Necesitabas más riesgo? Dímelo, por favor, dime por qué te comportas así...

—¿Ahora sigues refiriéndote solo al trabajo?

Raquel se levantó como impulsada por un resorte y empezó a caminar apresuradamente y sin rumbo. Se retorció los dedos de las manos nerviosamente, y en su alocado paseo pisó una botella, perdiendo casi el equilibrio. Pasaron varios segundos. Tal vez fueran minutos. Después de todo, el silencio no entiende de mediciones. De vez en cuando, Silvio bajaba la mirada para volver luego a levantarla y encontrar a su compañera cada vez en un punto distinto de aquel salón invadido por una claridad inacabada. Justo cuando comenzaba a olvidarse de las palabras, las de Raquel sonaron de nuevo con más fuerza.

—No quiero que pienses que he jugado contigo todos estos meses —dijo, deteniéndose—. Han sido maravillosos, pero te juro que no podía aguantar por más tiempo esa tensión.

Silvio no respondió.

—Ojalá hubiera sabido hacer bien las cosas desde el principio. Si no me hubiera dejado llevar, si no hubiera provocado esa situación, ahora todo resultaría mucho más...

Qué hija de puta, pensó de repente. Tan de repente que no se dio cuenta de que ella no había terminado la frase. Y cuando lo hizo, venciendo ese instinto rabioso y decepcionado que le aconsejaba no volver a despegar los labios, no pudo evitar completarla:

—¿Justo?

—Fácil.

Pirata se le había acercado hasta las piernas buscando afecto, pegando el morro al neopreno cuarteado que las cubría. Inesperadamente, reculó agachando las orejas. Puede que el olor a salitre le hubiera traído a la memoria la fatídica experiencia de la playa. O puede que él también se hubiera dado cuenta de la cólera que despuntaba en los ojos de su amo. Pero a esas alturas de la vida, el inspector había aprendido a distinguir a sus enemigos. Y a comprender cuándo la venganza no es más que un remedio inútil contra el dolor. Mostró el dorso de la mano derecha lentamente y dejó que el labrador se acercara de nuevo, despacio. Cuando lo tuvo a su alcance, le acarició suavemente la parte baja del cuello. El temblor de la cabeza del animal le provocó una ligera molestia en la muñeca, aún dolorida por la cánula del gotero. Entretanto, Raquel había vuelto a sentarse frente a él.

—Tampoco quiero que esto se quede en un polvo y dos cuernos. De veras que no —dijo. Nunca la había escuchado emplear una expresión tan vulgar, y al oírla no pudo evitar sentir algo que ni él mismo supo si era placer o desagrado—. Pese a lo que piense la gente de ti... —de pronto pareció caer en la cuenta de un detalle importante y se apresuró a matizar—, pese a lo que tú mismo pienses de ti, eres un hombre profundo y tierno, con el que merece la pena tener algo sólido. Mucho más de lo que mis circunstancias y yo te podemos ofrecer.

—No me sueltes eso de que es culpa tuya, que quieres y no puedes... Por favor, ahórrame el folletín romántico —protestó—. Lo que ha pasado entre nosotros ha sido cosa de ambos. Ni yo te busqué ni tú a mí, simplemente nos encontramos y ya está. Pero al menos yo he sido consecuente y estaba dispuesto a llegar hasta el final cuando nos besamos por primera vez. Ahora, en vez de eso, tengo que conformarme con tener al dóberman de tu marido oliéndome el culo todo el día, y a ti escondiéndote por las esquinas de comisaría con más miedo que el que demuestra este perro.

—Silvio... —rogó la mujer elevando una mano hacia él.

—No me toques, Raquel, por favor. No empecemos de nuevo este juego cuya única regla parece ser la de que al final uno u otro ha de terminar perdiendo. Sé que no he sido el jefe perfecto, ni el amigo perfecto. Ni siquiera el amante perfecto. De hecho, si algo no soy desde hace mucho tiempo es ejemplo de nada. Así que te lo pondré fácil. Márchate tranquila, de verdad.

Sin rencores. No me debes nada ni yo a ti, y lo que ocurrió entre los dos ya es pasado, por suerte o por desgracia. Si te largas ahora, las cosas volverán a ser mucho más fáciles para ti. También lo serán para mí. Por extraño que pueda parecer, en esta etapa de mi vida si algo no necesito es a alguien a mi lado.

Un destello de ansiedad brilló en el fondo de los ojos de Raquel.

—¿A nadie? ¿Ni siquiera a ella?

Vaya por Dios. Después de todo, tal vez la venganza no resulte tan inútil, recapacitó Silvio. Cuando un marinero abandona por fin un puerto jamás vuelve la vista atrás, salvo que en su fuero interno considere, aún sin saberlo, la posibilidad de regresar algún día. Esa certeza le provocó una íntima seguridad en la que se mantuvo durante un instante, deleitándose con diabólica satisfacción. Pero no le duró demasiado. Los ojos de su compañera demandaban una respuesta.

—No removamos el pasado. Si te soy sincero, no sé cuánto futuro me queda, pero ahora solo quiero mirar hacia él.

—Jamás te había visto esquivar una pregunta —la decepción titilaba en la voz temblorosa de Raquel—. Yo tenía razón: no sé en qué te has convertido.

—¿En qué momento de la conversación tú y tus circunstancias habéis dejado de ser el problema para pasar a serlo Zulema?

A pesar de haber sido ella la que había dado el primero, la joven policía acusó el golpe. Volvió a levantarse tan rápido como la vez anterior y a darle la espalda a Silvio. Parecía que iba a recorrer de nuevo el salón pero de pronto se lo pensó mejor, deteniéndose.

—Si quieres hacer reír a Dios... —murmuró Raquel sin volverse.

—¿Cómo?

—Nada. Solo es un viejo proverbio, olvídalo.

Para proverbios estoy yo, se dijo él. Aunque en su interior restallaban los últimos rescoldos de la inesperada reacción de Raquel, que, entretanto, había cogido su bolso del respaldo de la silla donde lo había dejado al entrar. Luego se dirigió hacia la puerta seguida por Pirata, cuya portentosa cola había vuelto a entrar en ebullición ante la expectativa de volver a salir a jugar a la calle. No fue hasta haber posado su mano sobre el tirador de níquel desconchado cuando se detuvo en seco, girándose.

—No era esto para lo que te he traído aquí, Silvio, y eso hace que me

sienta mal. Perdóname. Al margen de todo lo que haya pasado entre nosotros, quiero que sepas que sigo confiando en ti, y que no me importa lo que opinen ni mi marido ni los demás. Voy a estar a tu lado siempre, pero también tendrás que poner de tu parte. Lo comprendes, ¿verdad?

Ni las últimas palabras de un condenado a muerte hubieran sonado tan llenas de pesimismo e incertidumbre como la retórica diatriba que Raquel le acababa de soltar. Parecía que todo había terminado allí, pero los dedos de su compañera habían dejado de cerrarse sobre el tirador y se había quedado quieta, mirando fijamente a Silvio, que, si no hubiera sido por lo que era, hubiera jurado que ella todavía aguardaba a que él le hiciera una última pregunta. Una que no sabía si quería escuchar realmente, pero para la que había preparado largamente la respuesta precisa. Al carajo lo que los demás pudieran pensar. Sus ojos se iluminaron imperceptiblemente cuando observaron cómo los de Silvio se negaban a apartarse de ellos. Los labios de su exjefe palpitaban, como si anduviera barruntando el valor para plantearle la cuestión definitiva. Y, malditos fueran sus demonios, ella pensaba contestarle que sí. Cuando por fin los labios de Silvio se abrieron, de ellos brotaron unas palabras inesperadas:

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Raquel, pero ahora vete. Prefiero que no volvamos a vernos. Lamento que todo termine así, pero lo que me juego en este momento es mucho más importante: mi propia vida.

Nunca antes se había molestado en comprobar si su coche alcanzaba la velocidad máxima que las cifras blancas bajo la aguja del velocímetro prometían. Pero en cualquier caso le parecía insuficiente para alejarse de allí con la rapidez que necesitaba. El rugido del motor conteniendo la bajada del vehículo por la empinada cuesta que conducía hasta el puerto se mezclaba con su respiración agitada. Cuando llegó hasta el cruce de carreteras tomó la de la derecha, que rodeaba la pequeña bahía desde arriba y ofrecía una amplia vista del recinto portuario. Miró dos o tres veces por la ventanilla. Un modesto velero se esforzaba en la maniobra para afrontar la bocana, empujado lateralmente por el viento de poniente que había ido arreciando a lo largo de toda la mañana. Observó la vela mayor flamear mientras un tripulante de

aspecto muy joven corría sobre la cubierta para intentar cazarla con mayor fortuna. Dentro del vehículo no sentía el aire, pero la visión de los borreguillos formándose sobre las diminutas olas le hizo estremecerse. Deseó que los rayos que se colaban bajo el parabrisas calentaran su rostro. Pero el sol de mediodía quedaba demasiado lejos. Igual que sus esperanzas.

Habían transcurrido unos quince minutos cuando la carretera comenzó a ensancharse, pasando progresivamente de uno a cuatro carriles. Se encontraba en la Avenida del Sur, uno de los accesos a la ciudad. A pesar de la gran rotonda en la que convergían, además de esa, otras tres vías principales, el tráfico estaba regulado también por semáforos. El suyo acababa de cambiar a rojo. Se detuvo muy adelantada, junto a la línea transversal de color blanco. Era hora punta, y la pretendida organización del juego de luces rojas, naranjas y verdes se revelaba insuficiente para manejar aquel tropel de vehículos ocupados por personas entre las que no parecía haber ninguna que no tuviera prisa. Todo para desesperación del agente de la Policía Local que, al otro lado de la rotonda, se esforzaba por imponer un poco de orden. Raquel echó la cabeza hacia atrás un segundo y suspiró. Había comprendido que le quedaba un largo rato para llegar a casa y quería evitar por todos los medios cocerse en la tristeza que le embargaba. Sus dedos tamborileaban sobre la agrietada piel del volante, mientras se esforzaba por distraerse echando un vistazo a su alrededor. Fue al mirar por el retrovisor derecho cuando algo captó su atención.

No era la primera vez que lo veía. El tramo de la carretera en el que lo había detectado hacía unos minutos era bastante recto y ancho, y como otras tantas veces, al regresar de una de sus visitas a casa de Silvio, lo había recorrido despacio, sin prisas, siendo adelantada por otros vehículos que disponían de anchura y visibilidad para hacerlo. Pero ahora, el deportivo de color negro y lunas tintadas se había mantenido a prudente distancia circulando tras ella. Ahora se hallaba en su mismo carril, unos metros más atrás, entre la marabunta de coches que esperaban el cambio de luces. Instintivamente, los dedos de Raquel detuvieron su rítmico tecleo, aferrándose al volante con firmeza. El segundero del semáforo que indicaba a los peatones el tiempo del que disponían para cruzar la avenida aún marcaba veintisiete segundos. Tal vez fuera simplemente el aspecto del vehículo lo que le había

llamado la atención, pensó. A fin de cuentas, no disponía de más indicios para sospechar, y aunque no era la única, aquella ruta de entrada a la ciudad era bastante frecuentada. Doce segundos. Los reflejos del sol sobre el parabrisas polarizado le impedían divisar con claridad al conductor, pero tal vez cambiando de ángulo pudiera lograrlo. Cuatro segundos. Sin apartar la vista del retrovisor, su mano derecha tentó la tranquilizadora consistencia de su pistola bajo la tela del bolso que descansaba sobre el asiento del copiloto. Verde. Apoyó el pie sobre el acelerador pero, en lugar de continuar recto, giró a la derecha, tomando la Ronda Este. Se trataba de otra gran avenida de cuatro carriles que alcanzaba hasta los seis tras unirse a una vía procedente de un túnel, y que conducía hasta una zona empresarial de la ciudad con grandes edificios de cristal y metal y varios centros de ocio. También colindaba con el antiguo cauce del río, ahora ocupado por un parque y zonas verdes. Allí el tráfico era bastante menos denso, y de ese modo dispondría de una visión mucho más nítida. Si se confirmaban sus sospechas y aquel vehículo continuaba siguiéndole, esa era la zona apropiada para abordar la situación.

Tal y como esperaba, al realizar el giro comprobó que el deportivo enfilaba la misma avenida. Se mantenía en su mismo carril, circulando a velocidad reducida y dejando que otros vehículos le adelantaran. De vez en cuando se apartaba ligeramente hacia un lado con la aparente intención de no perderla de vista. A pesar de la hora, el tráfico en la Ronda Este era más ágil que en las vías de entrada y salida de la ciudad, conque Raquel pisó el acelerador progresivamente, aumentando la velocidad. Extrañamente, el otro vehículo no hizo amago alguno de imitarla. Por delante de ella aún restaba casi un kilómetro de asfalto prácticamente despejado. Su hipotético seguidor debía de haberse dado cuenta, y por lo tanto también de que podía seguir teniéndola controlada sin necesidad de acercarse más. Al menos hasta el siguiente semáforo, que regulaba el acceso al Puente del Custodio.

Con los ojos arrugados escudriñó el reflejo que el retrovisor le devolvía, pero fue inútil. Ahora la distancia le impedía siquiera atisbar quién conducía el coche negro. Por su imaginación desfilaron todas las explicaciones posibles. Quienquiera que fuese, sin duda le seguía al menos desde la casa de Silvio, que desde su turbulenta aparición en todas las televisiones del país había cobrado una indeseada fama al ver expuesto su rostro públicamente, lo

cual podía resultar irrelevante para cualquier ciudadano pero no para aquellos delincuentes con los que tanto él como el resto de agentes de Homicidios habían tratado durante años. En otras palabras, enemigos no les faltaban. La tensión le agarrotaba las manos. Aprovechando una recta, mantuvo el volante cogido por los pulgares y extendió hacia delante los otros ocho dedos para estirarlos. Sobre el cuero negro quedaron las huellas de un inquieto sudor. A escasos metros por delante de ella se alzaba ya el enorme puente de fibra y metal de color blanco. Miró de reojo su bolso pero esta vez no pensó en el arma, sino en su teléfono móvil. Agitó la cabeza en un intento por desechar la primera opción que le había venido a la mente, pero ni siquiera el convulso movimiento logró disipar del todo la imagen de Silvio. No porque le echara de menos, se advirtió, sino porque incluso en una situación así la frialdad de su instinto desplazaba a su inconfesable temor. No hubiera estado de más poder preguntarle a quién conocía que pudiera tener un deportivo de tales características. Ansiaba más satisfacer su curiosidad, conocer a quién se enfrentaba, antes que pedir ayuda. Pero su experiencia se impuso. En ese momento eso no iba a servirle de nada, si acaso para empeorar las cosas. Entretanto, acababa de llegar al cruce de la Ronda Este con el bulevar del antiguo cauce del río y debía decidir qué dirección tomar. Debido al carril en el que se encontraba le resultaba imposible girar a la izquierda. Podía seguir recto, atravesar el puente y prolongar una situación que ya empezaba a durar demasiado, o girar a la derecha y bajar en paralelo al río. El vehículo negro se había detenido bastantes metros atrás, parcialmente oculto por un autobús turístico, sin duda aguardando su próximo movimiento. Entonces lo tuvo claro. Sacó el teléfono móvil del bolso y marcó un número de tres cifras. 0-9-1. A través del manos libres mantuvo una conversación que duró apenas unos segundos con el operador de sala. Cuando colgó, ya llevaba varios cientos de metros del bulevar recorridos, seguida por el otro coche, en dirección a la comisaría de distrito que se encontraba justo al final del margen del río. Sería allí donde pondría fin a esa extraña situación.

Raquel aceleró un poco más al pasar frente al Palacio de Justicia, donde a esas horas apenas quedaba gente esperando en la zona ajardinada la celebración de algún juicio retrasado más de lo habitual. Un guardia civil entrado en años daba explicaciones junto a la puerta de cristal giratoria a dos

tipos con pinta de extranjeros mientras sostenía en sus manos la citación que aquellos le habían entregado. El veterano agente andaba enfrascado en desentrañar la confusa letra del documento cuando levantó la cabeza, atraído por el estampido de un motor, pero solo alcanzó a ver la parte trasera de un deportivo negro que ya se perdía a gran velocidad calle abajo. Raquel comprobó satisfecha cómo el otro había caído en la trampa. Temía perderla y echaba el resto. Ahora quedaba tomar la calle en la que se ubicaba la comisaría y los compañeros, ya alertados, interceptarían a ese cabrón. O no.

Enfrascada como estaba en no apartar la vista ni un segundo del otro, la joven policía apenas tuvo tiempo de evitar las vallas de la obra que cortaba toda la calle. De un brusco volantazo esquivó una de las señales amarillas colocadas para advertir el desvío. Plan frustrado. Como si se tratara de un macabro juego de palabras, el coche negro parecía haber pasado de seguirla a perseguirla, y ahora se dirigía con rapidez hacia ella pisándole los talones sin miramientos. Sin tiempo para pensar, recuperó el control del vehículo e intentó recalcular mentalmente la ruta hacia la comisaría. Su coche se agitó en medio de un fuerte estruendo al pasar sobre unas planchas metálicas colocadas en el suelo para cubrir parte de la canalización que los operarios realizaban en el lugar y, al pasar junto al primer callejón, giró sin pensarlo a la izquierda para, de ese modo, tener la oportunidad de alcanzar la parte trasera del edificio policial. Pero la estrecha vía terminaba en otro callejón aún más angosto que le obligaba a girar de nuevo a la derecha. Sentía su corazón palpar en las sienes y en la garganta, y el sudor de sus manos se había vuelto incontrolable. Justo antes de doblar pudo escuchar el bramido metálico de las planchas provocado por su perseguidor. Ya estaba justo detrás. De repente cayó en la cuenta de que era ella la que realizaba las vigilancias, los seguimientos y las persecuciones. Era policía, los delincuentes no. Por lo tanto hasta aquí hemos llegado, decidió. Allí debía terminar esa absurda tesitura, sucediese lo que sucediese. Además, los compañeros no tardarían en acudir al lugar. Nada más entrar en el pequeño callejón de la derecha frenó en seco y, con un movimiento ágil, se liberó del cinturón de seguridad y salió del vehículo, justo a tiempo para escuchar el chirrido del frenazo que el deportivo negro se vio obligado a dar para evitar el choque con el inesperado obstáculo. Con el motor calado, el coche de su perseguidor quedó inmóvil. No había nadie más en la estrecha

calle, y a Raquel le pareció que el silencio iba a estallarle en los oídos. Fue justo al disiparse la nube de polvo que la brusca frenada había levantado cuando, a través del parabrisas, el misterioso conductor y el cañón de la pistola de Raquel se vieron por primera vez frente a frente.

—¡Fuera del coche!

La enérgica orden resonó entre las paredes encaladas de la callejuela. El cristal de la ventana de un bajo se cerró bruscamente para, a continuación, descorrerse el visillo a medias, temeroso y fisgón a un tiempo. Durante unos momentos que se hicieron interminables, al indiscreto observador debió parecerle que la escena se había congelado, sin que nada fuera capaz de alterarla. Aquella mujer seguía plantada junto a su coche, con las piernas ligeramente separadas y ambos brazos levantados, apuntando con un arma al parabrisas del deportivo negro cuyo ocupante —del que solo veía la silueta— se mantenía en silencio, sin mover ni un músculo. Hasta que sonó el chasquido de la manecilla. La puerta se abrió lentamente, pero la silueta no rechinó. Luego, despacio, movió la mano izquierda, aferrando con fuerza el marco de la puerta. Raquel levantó la pistola, tensa, fija la vista en la nítida línea que formaba el enrase del alza y el punto de mira sobre la corredera metálica, y que difuminaba el rostro de su perseguidor. Un rostro que, al enfocarlo, le resultó tan inesperadamente familiar como lo era el de su marido, el Inspector Jacobo Duarte.

Sin dejar de mirarla, se había puesto en pie, moviendo lentamente la cabeza con aire decepcionado, una mano apoyada en la puerta y la otra sobre el techo.

—¿De dónde has sacado ese coche? No lo conozco.

Duarte dejó de menear la cabeza. Parecía sorprendido, como si dadas las circunstancias se hubiera esperado cualquier pregunta excepto una tan banal.

—Intervenido. Hace dos días.

En medio del repentino silencio, por un momento Duarte se preguntó si su mujer todavía estaba contagiada por el estrés de la situación o si sencillamente no se había dado cuenta, pero lo cierto es que Raquel aún no había bajado la pistola.

—En mi condición de policía debería dar cuenta de ti por emplear medios oficiales para espiar a tu mujer.

—En mi condición de marido debería mandarte a la mierda por andar pegándomela con otro.

Duarte apartó la vista un segundo y controló de reajo la ventana del bajo. Había visto moverse el visillo. Era la hora de comer, pero quien se escondía detrás pensaba sin duda que aquello era mucho mejor que cualquier programa de sobremesa.

—¿Vas a dejar de apuntarme? —preguntó tranquilamente, volviendo a ella —. Estás perdiendo los papeles.

El arma levantada ocultaba parcialmente a Duarte el rostro de su mujer. Detrás del negro cañón atisbaba sus labios, moteados de gotitas de un sudor que la brisa fresca comenzaba a evaporar, y sus dulces ojos verdes, concentrados en averiguar cómo demonios habían podido ambos llegar hasta allí. Obviamente no al lugar sino a la situación. Al fin y al cabo, quien intenta llevar una doble vida sabe que existen demasiados desvíos que no están señalizados.

—Me sigues y montas una persecución que puede costarnos la vida o como mínimo un expediente, y soy yo la que está perdiendo los papeles. ¿De qué va esto, Jacobo?

—Dímelo tú, Raquel. No sé si pedirte que tengas valentía, o decencia, o... no sé. Pero cuéntame de una vez qué está pasando aquí. Quiero que lo que me digas salga de ti con sinceridad y me lo cuentes todo, absolutamente todo. Porque, aunque te parezca que ya hemos caído demasiado bajo me temo que aún podemos hacerlo más, y no quisiera verme humillado con mentiras añadidas ni obligado a hacerte preguntas, una tras otra, hasta que te contradigas, como si esto fuera un vulgar interrogatorio. Podría preguntarte qué hacías en casa de Silvio, por qué has acudido a escondidas, cuántas veces lo has hecho y si estabas allí cuando me decías que ibas a cualquier otro lugar. Podría seguir así durante horas, pero vas a ser tú la que me lo diga. Y si después de todo hay que tirar nuestro matrimonio a la basura lo haremos. No puedo jurarte que será sin rencores, pero al menos tú serás libre para poder hacer lo que quieras y yo lo seré para dejar de sufrir y poder maldecirte de una puta vez.

La brisa fresca del mediodía arreció, favorecida su intensidad por la estrechez de aquel callejón. Ataviado con un jersey de hilo negro, Duarte

apenas la notaba, pero advirtió que la piel de ella reaccionaba erizándose. Su carácter y su generación habían hecho de él un hombre poco dado a los sentimientos, y menos aún a expresarlos, pero, diablos, por un momento temió vislumbrar en el rostro de su mujer no ya indicios de infidelidad sino la devastadora huella del amor sentido por otro hombre. Puede que fuera su remordida conciencia la que la hacía estremecerse y no el frío. Deseó entonces que no le abandonara la ira que le había dominado hasta ese momento y retener de algún modo la adrenalina que ya se marchaba lentamente de sus arterias. Solo eso podría protegerle del dolor difuso e inabarcable que comenzaba a adueñarse de él. Cualquier cosa le hubiera parecido mejor que afrontar la triste realidad que pugnaba por escaparse de los labios de aquella mujer que de pronto se le antojaba más desvalida que nunca, arrinconada en el arco que formaba la puerta abierta de su coche, y de la que sentía cada vez más cerca la despedida. La misma mujer que acababa, por fin, de bajar la pistola.

XV CAPÍTULO

La mañana, esa mañana eternamente repetida, juega poco, sin embargo, a cambiar la faz de la ciudad, ese sepulcro, es cucaña, es colmena...

CAMILO JOSÉ CELA
La colmena

A la cuarta acometida se detuvo. Con una mano en la zona lumbar y la otra apoyada sobre el mango de la azada, el labriego se incorporó despacio. Se había despertado aquella mañana más cansado de lo habitual, y recién comenzada la faena ya notaba que le faltaba el aliento. A sus sesenta años nunca había llevado reloj. Le bastaba con observar el cielo para organizarse. El sol apenas despuntaba. Tenía tiempo de sobra, casi tanto como faena, calculó. Tomó aire, pues, un par de veces, y empuñando el apero volvió a lo suyo. Solía iniciar esa faena en el mes de marzo, pero el pasado invierno había sido muy frío, con heladas hasta primeros de abril, conque había decidido aplazar hasta esos días la siembra de la patata tardía.

El sonido de la hoja metálica chascando la tierra moría diluido en el sosiego del lugar. El huerto, al igual que los que lo rodeaban, estaba situado en una zona rural aislada, a unos quince kilómetros de la ciudad. Hacía décadas había llegado a albergar un polígono industrial especializado en la fabricación de materiales para la construcción, pero con los años y la habilitación de nuevas áreas más cercanas al núcleo urbano se habían ido cerrando todas las empresas para posteriormente ser echadas abajo y vendidos los terrenos, aparcados y a bajo coste, a los agricultores. Los únicos testigos del pasado eran los restos de una vieja fábrica de ladrillos en medio de un campo

infestado de cardos, y cuyas paredes de mampostería habían sido conquistadas hacía mucho tiempo por las malas hierbas que trepaban por ellas hasta coronar los tejados semiderruidos. Solo la chimenea de ladrillo visto se conservaba intacta, como una muda reliquia que destacaba con insolencia sobre aquellos vastos campos.

Habían pasado tres horas cuando el hombre hizo un alto. Contempló satisfecho el bancal, casi terminado. Los caballones de tierra, dispuestos en perfecto orden, se asemejaban a las arrugas de la curtida piel de su frente elevada hacia el cielo. El sol de mediodía abrasó el gesto fatigado de su rostro. Dudó entonces entre proseguir la faena o dejarse tentar por un trago de esa cerveza que aguardaba, fiel, entre el hielo de una vetusta nevera de plástico azul y blanco dispuesta muy cerca. Un último esfuerzo, se obligó antes de volver a doblar el lomo y elevar al aire la azada. Estaba a punto de descargar un nuevo golpe cuando algo extraño llamó su atención.

Parecía un nubarrón. Uno de esos solitarios que delatan su presencia porque ensombrecen de repente la tierra. Sin embargo, el labriego recordaba el cielo completamente despejado. La herramienta cayó a la tierra sin fuerza, abandonada a su propio peso. Alzó de nuevo la vista y quedó estupefacto. No era una nube lo que oscurecía el aire, sino una densa bocanada de humo negro que salía de la antigua chimenea y que flotaba sobre él mecida por el viento. El hombre se rascó la cabeza, tan sorprendido que por un momento le pareció más lógico dudar de sus propios ojos antes que de la evidente humareda que la desdentada boca de ladrillo vomitaba. Luego pasó de la extrañeza al enfado. Los restos de la antigua fábrica estaban delimitados por una valla testimonial, de apenas metro y medio de altura. Toda la tierra que la rodeaba eran fincas colindantes entre sí, lo que significaba que para llegar hasta allí tenían que haber invadido previamente los huertos. Un indigente, o tal vez alguna pandilla de críos, debían de haber hecho fuego y la cosa se había ido de madre. Si se extendía a los campos podía ser un completo desastre. Agarró el faldón de su camiseta y se secó el sudor de la cara. Luego dejó la azada y echó a andar con paso ligero en dirección a la fábrica, pero a mitad de camino se volvió para mirar el cobertizo donde guardaba los aperos de labranza. Pensó en la pequeña hoz oxidada que andaba por su interior, en algún rincón, pero después agitó la cabeza y retomó su enérgico caminar, movido más por el enojo que

por la precaución. Ya podía el responsable de aquella insensatez salir de allí y agachar la cabeza sin decir ni pío, o iba a probar a destiempo el tacto de la callosa piel de su mano abierta. Se acordó de una vieja abertura que alguien había practicado en la valla hacía algún tiempo, pero al llegar a ella la examinó de un vistazo y vio que había desaparecido. Puede que los del Ayuntamiento la hubieran reparado. No obstante, debido a la escasa altura de la misma, no le costó demasiado trepar por ella. Además de un par de viejas oficinas derruidas, la estructura de ladrillo y tierra de la fábrica ocupaba casi cien metros de extensión, atravesando la finca donde se ubicaba transversalmente y dividiéndola en dos. En el extremo de esa estructura se encontraba la chimenea. El hombre anduvo junto a la deteriorada pared, cubierta de herbazales y grafitis, buscando la oquedad por la que habían entrado. Al cabo la encontró, más o menos a la mitad del edificio, pero cuando intentó asomarse al interior sintió en el rostro una bofetada inmisericorde de calor. Aquello era más grande de lo que había imaginado. Contuvo entonces la respiración y, tapándose la boca y la nariz con la tela de la camiseta, hundió la cabeza en la negritud contaminada por el fulgor de las llamas para quedar a continuación sin aliento. No por el humo, sino por la visión de una escena tan terrible como inesperada. En el interior de la galería, bajo el tiro de la chimenea, atado sobre una enorme pira de madera, un cuerpo humano se consumía envuelto en llamas.

Gregorio Lamparo le lanzó un guiño cómplice. Faltaban treinta segundos para volver de publicidad y Andrea Gavaltán lo recibió sin poder reprimir una sonrisa nerviosa mientras jugueteaba compulsivamente con su bolígrafo, atenta a las órdenes del regidor. Lo que la reina de las mañanas en el Canal 6 le hubiera prometido al productor de televisión a cambio de que César Velano participara en su programa era algo que el vidente desconocía. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Allí estaba él, sentado en un lugar preferente de la mesa de tertulias junto a Gavaltán, y cada vez más consciente de que aquella había sido una mala decisión.

La línea del programa matinal *Prisma de actualidad* era completamente distinta a la de *Astroesotérico*. Quizá por eso César no iba vestido con su

acostumbrado traje oscuro, luciendo para la ocasión una americana color beige sobre un jersey blanco de cuello vuelto, lo que le confería un aspecto insólito, muy alejado de la imagen mística a la que sus televidentes estaban acostumbrados. Repasó los rostros de sus compañeros de mesa. Al otro extremo de donde él se encontraba, con el gesto muy serio y los dedos entrelazados, estaba el exportavoz de la Policía Manuel Escullero, que no se perdía una intervención allá donde le invitaran. A la izquierda de este, la periodista del corazón Marta Cansino, quien aprovechaba la espera para teclear con inusitada destreza en su teléfono móvil. Por último, después de la presentadora del programa y a continuación de él mismo se hallaba Alberto Codeso, un periodista de raza, poco amigo de excesos y con una deliciosa habilidad para poner en evidencia a algunos de sus compañeros de profesión habitualmente más interesados en el morbo que en la información contrastada con datos rigurosos. Pero ni aun con esos mimbres el afamado vidente se sentía tranquilo. Durante los últimos días le había repetido a Lamparo hasta la saciedad lo nefasta que le parecía la idea de acudir a televisión en esas circunstancias. Solo quería quitarse de en medio, que el tiempo pasara y se olvidaran de él. Todos. Pero sobre todo Ofiuco. Por eso, en el fondo sentía cierto alivio por la decisión que la directiva de la cadena había tomado de cancelar su programa. Resultaba obvio, sin embargo, que su amigo no compartía esa opinión. Claro que no era él quien sufría el castigo y la humillación de soportar las imprevisibles intervenciones telefónicas de ese criminal. De cualquier modo, el productor de *Astroesotérico* se lo había advertido con claridad meridiana: o accedía a someterse a la entrevista que Andrea Gavaltán quería hacerle en horario de máxima audiencia o ya podía ir buscándose cualquier rincón de cartón piedra en una mísera televisión local. Cinco segundos, indicó el regidor. César miró por última vez a Lamparo, quien, entre bambalinas, intentó animarle levantando el dedo pulgar. Como si a esas alturas aquello pudiera servirle de algo. Dentro.

—Buenos días —saludó Andrea mirando exultante a la cámara—. Comenzamos hoy nuestro programa hablándoles de un siniestro asunto que mantiene en vilo no solo a la Policía y a la judicatura, también a la sociedad española en su conjunto. Un caso protagonizado por un criminal que ya ha sido bautizado como «El asesino del 806».

A César se le escapó un discreto bufido de estupor que pasó desapercibido para el resto de los presentes. Era la primera vez que escuchaba aquel ridículo apelativo. Aquello se estaba yendo de madre.

—Además de con nuestro equipo habitual de colaboradores, hoy contamos con un invitado que se encuentra en el centro del huracán mediático formado en torno a este caso. Alguien cuya presencia se disputan todas las cadenas de radio y televisión y que, felizmente, ha decidido acudir en exclusiva a *Prisma de actualidad* para contarnos todos los entresijos de este horrible asunto. Me estoy refiriendo, como no, al famoso vidente César Velano.

Los aplausos del público fueron intensos pero breves. Ansiaban escucharle hablar y se les notaba. A pesar de la distancia y los focos, César escudriñó la tribuna. Chicos muy jóvenes, casi adolescentes, se alternaban en los asientos con ancianos. Apenas había personas de mediana edad, observó. Andrea Gavaltán levantó la mano para indicar a Marta Cansino, que ya se disponía a intervenir, que guardara silencio mientras ella proseguía:

—Dos víctimas cruelmente asesinadas, un inspector de policía cesado en la investigación y ninguna pista hasta el momento. Un marco espeluznante, señor Velano.

Tiene gracia, pensó. Un hombre como él, acostumbrado al espectáculo y a la emoción del directo, ahora se sentía incómodo y completamente fuera de lugar delante de aquellas cámaras. Por un momento se quedó sin palabras, pero su silencio solo contribuyó a aumentar la expectación entre el público. Joder, hasta su propio nombre le resultaba ajeno escuchado en boca de la presentadora, que seguía deslizando con sibilina habilidad el bolígrafo entre sus dedos. Volvió a dirigir la mirada hacia la parte trasera del decorado en un último y vano intento de que Lamparo le sacara de allí, pero el productor de *Astroesotérico* había desaparecido.

—Sí, bueno... Yo no puedo contar nada sobre la investigación. Ni siquiera sé por qué han echado a ese policía. Son aspectos...

—Lo que todo el mundo se pregunta —le interrumpió Marta Cansino— es por qué un asesino en serie ha escogido precisamente un programa de videncia para darse a conocer.

—De veras, no tengo ni idea.

Le costaba hilar su torpe discurso. Era verdad que no tenía nada que decir,

pero aunque así hubiera sido, albergaba un gran temor por el alcance que sus palabras pudieran adquirir. O por quién podía llegar a escucharlas.

—Pero alguna razón habrá —insistió la reportera.

—Le repito que no lo sé. Es lo mismo que le dije a la Policía.

—Hablando de cuestiones policiales —intervino Andrea—, ¿cuál es la opinión de nuestro experto?

Manuel Escullero inspiró lentamente sin despegar sus ojos del vidente. Aquel hombre no miraba, desconfiaba. Al fin y al cabo para eso les pagan, razonó César. Para creer a ciegas ya existen los curas. Después de unos segundos de reflexión, el expolicía echó un vistazo al folio que tenía delante, sobre el que había trazado una apresurada anotación, y luego centró su atención en la presentadora.

—Hasta el momento yo no puedo aportar gran cosa. Creo que resultaría mucho más interesante escuchar lo que este señor pueda o quiera contarnos.

Perfecto. Ni siquiera a las divagaciones de un veterano policía ansioso de fama podía agarrarse para distraer el tiempo. Le gustara o no, él seguía siendo el centro de todo aquello. La presencia de los demás contertulios era una mera excusa impuesta por la dinámica del programa. Marta Cansino, entretanto, seguía alternando sus incisivas pupilas entre él y las hojas que contenían las cuestiones que traía preparadas. Así pues, y ante la temporal retirada de Escullero, Andrea Gavaltán le dio vía libre.

—¿Sois conscientes —la periodista del corazón era la única que le tuteaba — de que algunas de las personas que utilizan vuestros servicios de videncia no están equilibradas emocionalmente?

—Por supuesto que no. Qué tontería. ¿Cómo podríamos saberlo?

—En otras palabras, ¿crees que programas como el tuyo son responsables de que ciertos individuos pierdan el control de sus actos?

Notó cómo la sangre de sus arterias recobraba súbitamente la presión. Aquella reporterucha de tres al cuarto le estaba responsabilizando de algún modo por los actos criminales de un loco psicópata. Iba a abrir la boca para responderle, pero por puro instinto televisivo cayó de pronto en la cuenta de que era eso precisamente lo que buscaban. De un rápido vistazo escrutó las caras de sus compañeros de mesa para comprobar el efecto que la pregunta de Marta había causado en ellos. Siempre es bueno saber de qué parte están los

que te rodean. Manuel Escullero conservaba esa mirada severa de poli receloso, quizá demasiado tendente a arrimarse al sol que más calentara. Un tertuliano veleta. De esos conocía a muchos. Alberto Codeso continuaba en silencio, concentrado aparentemente en tomar notas, manteniéndose al margen. Por último miró a Andrea Gavaltán, que asistía a la tentativa de debate con una media sonrisa en la boca, sin perder la compostura, sabedora de que aún estaban calentando motores.

—No es nueva —intervino la presentadora— la polémica que rodea desde hace tiempo a los programas de videncia que utilizan teléfonos 806. Sin embargo, no es este el tema de la tertulia de hoy. Lo que nuestros telespectadores quieren...

César no había dejado en ningún momento de percibir por el rabillo del ojo la febril oscilación que los ágiles dedos de Andrea imprimían a su bolígrafo chapado en oro. Bolígrafo que acababa de detenerse en seco casi al mismo tiempo que sus palabras. Extrañado, volvió a mirarla. Ella también le miraba, pero de un modo extraño. Parpadeaba mucho, presa de una extraña excitación. La media sonrisa se le había congelado en los labios, y mantenía el dedo índice sobre el pinganillo, presionándolo fuertemente contra su oreja.

—Tenemos... ¿Sí, compañeros? Señoras y señores... Me informan... me informan de que tenemos una llamada inesperada en directo. Adelante con ella, por favor.

Hay ocasiones en las que no importa cuántos obstáculos arrojemos detrás de nosotros en nuestra huida hacia ninguna parte. Al final, la causa de nuestro terror termina por alcanzarnos. Exactamente como acababa de suceder.

—Decir que te he echado de menos podría resultar excesivo, pero confieso que en cierto modo me alegra verte.

La palidez del vidente contrastaba con el rubor que la excitación del momento imprimía a las mejillas de Andrea Gavaltán. Lo mismo su alma al diablo que treinta monedas de plata: cualquier precio se le antojaba de repente ínfimo a la estrella televisiva a cambio de la inesperada exclusiva que acababa de materializarse ante sí. A uno de los jóvenes espectadores se le escapó una impulsiva palmada, acallada con rapidez por los gestos nerviosos del regidor. Luego se hizo el silencio en el plató.

—Tienes buen aspecto —añadió Ofiuco.

Por la acostumbrada modulación metálica de su voz se filtraba un tono de pretendida cordialidad que no lograba, sin embargo, restarle ni un ápice de frialdad. César buscaba a Lamparo, que seguía sin aparecer, más con la furia de quien sabe a quién imputar la culpa de su desgracia que con la esperanza de que hacerlo pudiera servir de algo. Pero tuvo que rendirse a la evidencia. No solo volvía a estar en manos de Ofiuco. Ahora también era carnaza para el público y los tertulianos.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Ofiuco ignoró la pregunta.

—No sé qué pensar —respondió—. Verte ahí sentado, en un plató de televisión, denota cierto punto de masoquismo, ¿no crees? Lo que, unido a tu evidente miedo, es algo que realmente me desagrada. Por otra parte, he de admitir que exponerme de nuevo ante el público resulta un exceso por mi parte. ¿De confianza? Puede. Tal vez de odio.

—¿Qué quieres?!

—¿Aún no lo sabes? Es comprensible, no estás acostumbrado a juzgarte a ti mismo. Precisamente he venido a poner remedio a eso.

Oscilaba sin control el bolígrafo de Andrea Gavaltán, que no pudo reprimirse más.

—*Prisma de actualidad* es un espacio plural —medió—. Estamos dispuestos a escuchar su punto de vista, si es que quiere compartirlo con nosotros.

Los altavoces del plató arrojaron la risa arrastrada de Ofiuco, cuya distorsión la hacía parecer una especie de silbido desafinado.

—Es evidente que no, señora. No tengo nada que compartir con ustedes.

—Pero —insistió— todo el mundo se pregunta qué impulsa a una persona a actuar así.

—Créame, esa es una cuestión que yo también me planteo. Constantemente. La presentadora guardó silencio, descolocada.

—¿Qué motivos puede tener un hombre para engañar deliberadamente a miles de inocentes, una noche tras otra? —expuso Ofiuco—. ¿Qué le mueve a aprovecharse de la buena fe y la desesperación de otras personas al tiempo que hace negocio con ello?

—No. Me refería... —quiso corregir la periodista.

—¡Ya sé a qué se refería, estúpida! —bramó—. Y si por un momento ha pensado en mí como un participante más de ese simulacro de debate que tienen ahí montado es que carece del más elemental sentido común como para comprender nada de lo que pudiera contarle.

César estiraba compulsivamente el cuello del jersey, que de repente sentía demasiado apretado. Por otra parte, cierta preocupación empezaba a reflejarse en los rostros de los demás contertulios, acrecentada en la cara de Andrea Gavaltán, que había adquirido un pasmado tono cerúleo. Todo apuntaba a que esta vez no iba a pasar solo el mal trago, después de todo.

—Pero volvamos a lo importante —continuó Ofiuco—. La dirección de su cadena ha decidido cancelar el programa de César. No hace falta ser un experto en el mundillo televisivo para comprender lo erróneo de esa decisión, ¿no le parece?

—Escucha. Los motivos... —intentó argumentar el vidente.

—No estoy hablando contigo —zanjó la voz—. ¿Qué clase de caballero sería yo si no concediera a la señora Gavaltán ese minuto de gloria que tanto ansía?

Andrea Gavaltán tomaba aire apresuradamente, en contraste con la respiración calmosa y distorsionada al otro lado de la línea telefónica. Al cabo, volvió a escucharse una risa desencantada.

—¡Mírala...! No sois tan distintos, César. Esa mujer vendería a su propia madre por la exclusiva perfecta. Le mueven el poder y la fama tanto como a ti el dinero. Eso es lo que os convierte en vulnerables.

—¿Perdone?

—Cualquiera de esas motivaciones carece de consistencia. Es más, yo diría simplemente que están condenadas al fracaso. Porque conforme más obtenemos de ellas, más efímeras y sencillas nos parecen. Por eso nunca nos resultan suficientes y necesitamos aumentar su dosis cada vez.

La diferencia de sensaciones entre Andrea y César era evidente. Para la ambiciosa presentadora, aquello era simplemente la candente promesa de un ascenso en su ya de por sí meteórica carrera. Le embargaba el entusiasmo por la situación, el haberse encontrado de pronto y sin esperarlo a los mandos de aquella complicada nave que podía transportarla como intrépida capitana periodística a un puerto en el que ningún otro compañero de la profesión se

había aventurado a atracar hasta el momento. Un puente de mando mediático muy por encima de la posición del vidente, que bajo el sollado de su propio espanto aguardaba agazapado a que pasara un temporal que su compañera de mesa estaba empeñada en capear.

—Una observación muy... filosófica —replicó con cierta impertinencia Andrea.

De no haber estado tan acostumbrado a su rapidez de reflejos, durante el instante que duró el repentino silencio telefónico, César habría jurado que Ofiuco se había quedado sin palabras.

—Exacto, señora —respondió al fin—. ¿Conoce el nombre del sabio a quien se atribuye el uso por vez primera de esa palabra?

—No.

—¿Cómo es posible? ¿Qué les enseñan a ustedes en la facultad? No se puede transmitir información o tratar un tema sin una base cultural previa.

—¿Vamos a hablar de mi expediente académico, señor?

—En absoluto. Si lo intentáramos, me temo que la conversación habría finalizado hace bastante rato.

Andrea carraspeó, incómoda.

—Pitágoras.

—¿Disculpe?

—Es la respuesta a la cuestión que le he planteado. El griego afirmaba que la vida puede compararse con unos juegos olímpicos porque, al igual que en ella, existen tres clases de personas: las que buscan el honor y la gloria, como es su caso, o las que solo ansían la riqueza, a la manera de César.

—¿Y la tercera? —se aventuró Andrea.

—Gente como yo. Aquellos que solo deseamos contemplar el espectáculo.

—No le entiendo —replicó—. ¿Qué pretende con todo esto?

—No me diga que aún no ha sido capaz de deducirlo usted misma —se lamentó Ofiuco—. Por favor, haga un mínimo esfuerzo para no decepcionarme a cada segundo de conversación que transcurre, señora... En fin, se lo explicaré. La existencia de *Astroesotériko* está justificada por sus magníficas audiencias. Cada noche, el público ansía entrar en contacto con el gran vidente César Velano. Sería, pues, terriblemente injusto privar a tanta gente de ese deseo por una mala decisión de la cadena. Aunque le cueste creerlo, poseo un

elevado sentido de la justicia. Y el pueblo siempre es soberano.

—¿Quiere que vuelvan a emitirlo? —preguntó Marta Cansino.

—¡Bravo! Me asombra su capacidad deductiva. Los rumores sobre la estupidez de los periodistas del corazón comienzan a perder fuerza en mi escala de creencias, se lo aseguro.

—¿Y cómo pretende hacer eso? —le interpeló Andrea.

—¿Yo? ¡Oh, no! —volvió a sonreír—. Carezco de los conocimientos suficientes acerca de cómo funciona su empresa.

—¿Entonces? Nosotros no tenemos competencia alguna para influir en esa decisión.

—No se preocupe por ello. Por no abandonar la visión filosófica de la vida: el mérito de transformar una actitud no radica en convencer a los demás para que lo hagan, sino en llevarles a alcanzar por sí mismos su propio convencimiento. Y en eso les garantizo que soy todo un experto. Pero hay algo más.

—¡Esto es ridículo! —protestó César. Pero Ofiuco parecía haberse olvidado de él.

—Contemplé las desagradables imágenes de la destitución de ese policía... ¿cómo se llama?

Manuel Escullero se había puesto muy colorado. Se levantó a medias de su asiento, chillando enérgicamente.

—¡No tenemos por qué revelar el nombre de un compañero!

Iba a decir algo más, pero el gesto enérgico de Andrea Gavaltán le detuvo.

—No veo donde está el problema —rebatía ella—. Se ha mencionado en todos los informativos. Su nombre es Silvio Tanco.

De haber contenido balas, el antiguo policía habría fusilado a la periodista allí mismo con su mirada.

—Otra decisión equivocada, me temo —dijo Ofiuco—. A tenor de las imágenes me pareció un tipo apasionado y eficaz, pese a los desagradables rumores que existen sobre él y su desordenado estilo de vida. Ya ven, en el fondo no hay buenos ni malos perfectos. Aunque comprendo la situación de ese pobre muchacho, no crean. Una investigación así es una forma de lucha. La ciencia policial contra la criminal. Y como en toda batalla, es fundamental no perder nunca la motivación. Desgraciadamente, no se me ocurre peor forma de

perderla que no hallar un oponente adecuado.

Escullero acababa de pasar repentinamente de un encendido rubor a la más absoluta palidez.

—¡Está usted loco! ¡No sabe lo que dice! ¿Quiere que...?

—Sí. Que Silvio Tanco vuelva a la investigación.

—¡Esto es ridículo! —aulló el colaborador—. Lo que usted pide es imposible.

—No hay nada imposible, caballero. Déjeme demostrárselo. Señora Gavaltán, ¿sigue usted ahí?

A esas alturas los rostros de todos los presentes rivalizaban en perplejidad.

—Supongo —continuó Ofiuco— que la presencia de César Velano en su programa es una prioridad que les ha obligado a postergar la noticia del cadáver que apareció calcinado ayer. ¿Es correcto?

La presentadora deslizó lentamente las manos sobre la mesa hacia sí, arrastrando las hojas de papel que habían quedado adheridas a ellas por el sudor que las inundaba.

—Sí... —balbució.

—Por lo tanto, a estas alturas ya deberían haber deducido dos cosas. La primera es que yo lo hice. La segunda es que, aunque nunca he sido creyente, he de admitir que siempre me fascinó esa excitante liturgia del fuego como elemento purificador.

—¡Esto es... asqueroso! —farfulló Escullero—. No puede entrar aquí, en directo, y escupir sobre todos nosotros con esa impunidad. Además, ¿cómo podemos saber que nos está diciendo la verdad? Cualquiera sabía lo de ese cadáver, está en todos los medios. Podría ser un simple farsante.

—Su argumento no está exento de lógica, lo admito. Sin embargo, lamento comunicarle, Andrea, que tengo una mala noticia para usted. El becario de la redacción estará zanganeando más de la cuenta o pendiente de otros asuntos más banales. De lo contrario, ya les habría avisado de la recepción de un archivo que envié hace unos minutos a su correo electrónico con la sana intención de colaborar desinteresadamente en la identificación del cuerpo, dadas las considerables dificultades que Policía Científica tendrá para hacerlo debido al estado en el que quedó. Si quieren un consejo, despidan a ese

becario.

Por un segundo, César incumplió su autoimpuesto silencio y volvió a levantar la cabeza que había mantenido agachada hasta ese momento con la vana esperanza de que Ofiuco continuara ignorándole. Al hacerlo, observó cómo ante él se representaba una escena extraña, absurda, como si hubiera ingresado de repente en una de esas películas mudas en las que los actores se mueven compulsivamente dando la impresión de que ninguno sabe realmente lo qué está ocurriendo. Entre bastidores se había iniciado una agitación incoherente, una carrera disparatada protagonizada por los trabajadores del estudio. Por todos los rincones aparecían y desaparecían personas que iban de un lado a otro, consultándose con la mirada, intentando averiguar lo que acababa de decir. El público parecía atrapado en un continuo murmullo, mientras el regidor intentaba imponer silencio agitando los brazos desesperadamente, sin éxito. Al otro lado de la línea, Ofiuco guardaba silencio. Parecía disfrutar con el pánico que había creado entre todos los presentes con aquel burdo espectáculo que duró hasta que por fin un auxiliar entró en el plano de cámara y le entregó a Andrea Gavaltán dos fotografías en color. La conductora de *Prisma de actualidad* titubeó por unos instantes. Eran tales los gritos que el director del programa andaría pegándole por el auricular que hasta el micro prendido en su camisa los captaba como un agitado murmullo. No llegó a mostrar las fotografías a la cámara pero su rostro perdió por un momento toda su fuerza, abatido por el horror que había trepado por él para acabar alojándose en sus ojos. Tenía ante sí las imágenes de la jueza Asunción Téllez atada a la pira de madera momentos antes de ser devorada por las llamas.

—Puede que no les sirva de consuelo, pero les aseguro que era una persona con muchos pecados. Felizmente ya expiados por el fuego que la consumió —dijo—. En resumen: Canal 6 ha de rectificar y volver a emitir *Astroesotérico*. Además, el señor Tanco deberá reincorporarse a la investigación.

—¿Por qué habrían de hacer eso?

—Porque de no hacerlo seguirá muriendo gente.

—¿Y qué más da? Acaba de matar a otra persona.

—Puedo matar a muchas más. Y mucho más rápido.

Hacía rato que Alberto Codeso había abandonado sus anotaciones para mantenerse en su asiento, observando, con los brazos cruzados. Tras consultar con la mirada al resto de sus compañeros, abrió por fin la boca para decir solo dos frases:

—Es imposible que ese policía vuelva. Está gravemente enfermo de cáncer.

Para entonces, el plató se había convertido en un territorio poblado por almas estupefactas cuyo silencio era el único recurso al que podían aferrarse para asimilar lo que acababan de presenciar en aquel directo. El mismo silencio que acogió las últimas palabras con acento metálico que fueron debilitándose hasta perderse su eco por los rincones del estudio.

—Entonces el Inspector Silvio Tanco debería darse prisa. Como ocurre en este caso, el tiempo también corre en su contra.

Fuenteprada se sentía desesperar escuchando el tono de la llamada cuando descolgaron al otro lado.

—¿Dónde estás?!

—Dando un paseo. ¿Qué quieres? —respondió Silvio con tono tranquilo.

—Necesito hablar contigo.

—¿Para qué?

—Es urgente.

El mutismo al otro lado del teléfono se le hizo interminable al jefe de la Policía Judicial.

—Tengo que verte ahora mismo —insistió—. Dime dónde estás.

—No sé si debería hacerlo —arguyó Silvio con un punto de mordacidad—. Todavía me faltan muchos años y experiencia para distinguir cuándo preocuparme si suena un teléfono para darme cierta información.

La lengua de Fuenteprada se restregó, ahogada y sibilina, detrás de sus dientes para mascullar un *hijo de puta* que el micrófono de su móvil no llegó a captar. Y si lo hizo, Silvio no comentó nada al respecto, limitándose a preguntar:

—¿Estás solo?

—Sí. En la puerta de tu casa.

—De acuerdo. Coge el coche, sal de la urbanización y toma la carretera en dirección este. Luego abandónala por la salida número 35. ¿Recuerdas la gasolinera que está a unos cien metros pasado ese punto?

—Sí.

—Detente ahí y vuelve a llamarme.

El inspector jefe colgó el teléfono y regresó al vehículo. Dentro, el calor era intenso. Tras arrancar, se quedó mirando la palma de la mano que acababa de pasarse por la nuca, empapada del espeso sudor que la inquietud destila. Apenas diez minutos después ya estaba en la gasolinera. Volvió a coger el teléfono móvil y pulsó el botón de llamada.

—¿Cómo vas?

—¿A qué viene este estúpido juego?

—Últimamente hay demasiada gente pendiente de mí, y no sé por qué. Comprenderás que tome mis precauciones.

—Como quieras —respondió Fuenteprada con tono malhumorado—. Venga, dime dónde estás.

—Vuelve a la carretera. A un kilómetro, aproximadamente, está el cambio de sentido. Hazlo y sigue conduciendo. Luego coge la salida número 15. Cuando llegues al desvío, enfila la carretera del puerto.

Fuenteprada no supo si ya había pulsado o no la tecla roja del móvil cuando se le escapó un juramento. De nuevo en el coche, cerró de un portazo y siguió las instrucciones de su antiguo subordinado. El aire acondicionado del vehículo camuflado no funcionaba y debía contentarse con el chorro de aire templado que salía por los conductos del salpicadero. Veinte minutos después volvió a llamar.

—He llegado al final de la carretera —dijo—. No puedo continuar. O doy la vuelta o entro en el puerto.

—Perfecto. Pide que te abran la barrera de acceso.

El inspector jefe resollaba con fuerza, intentando restablecer su temperatura corporal a niveles aceptables.

—¿Qué cojones haces ahí?

—La brisa marina me viene muy bien —respondió, seco—. Entra y continúa recto; pasa de largo el parking y al llegar a la altura de una tienda de efectos navales con el toldo azul, gira a la derecha. Verás el varadero muy

próximo. Sigue conduciendo hasta el dique final y cuando estés junto a la toma contra incendios, vuelve a llamarme.

Mordiéndose la lengua colgó el teléfono y se metió de nuevo en el coche. Sentía que, de tenerlo a su alcance, podría ahogar a Silvio en aquellas aguas con sus propias manos. Pero no tenía más remedio que seguirle el juego, dadas las circunstancias. Condujo por el recorrido que le había señalado y cuando llegó al punto indicado detuvo el vehículo. La angosta construcción de piedras y cemento que discurría paralela y a cierta distancia del edificio principal del puerto frenaba el embate de unas colas cuyo ímpetu era considerable en aquella zona, proporcionando así una agradecida quietud a los pantalanes, ocupados por decenas de embarcaciones deportivas atracadas. La piedra blanca y las aguas reflejaban la luz y el calor, volviéndolos insoportables. Apagó el motor, abrió la puerta y salió fuera. Extenuado, se apoyó sobre el capó e inspiró profundamente. El viento arreciaba. Arrugó sus ojos miopes y escudriñó la lejanía, sin divisar en el horizonte nada más que las immaculadas arboladuras soportando las continuas acometidas de las drizas, lo que saturaba el aire de un machacón tintineo. Fue entonces cuando vio algo que le hizo caer en la cuenta.

Agachó la cabeza, sintiéndose el más estúpido de los policías. Volvió a pasarse la mano por el cogote, pero la brisa se había llevado ya hasta la última gota de un sudor que ya era rancio. Observó el prolongado tramo de gastado alquitrán, con los graznidos de las gaviotas como únicos testigos burlones de su estólida ingenuidad, y relajó la mano que permanecía en el interior del bolsillo de su pantalón, dejando caer el pequeño teléfono de plástico gris. Echó a andar, ahogando el retintín de la ponientada el ruido de sus apresurados pasos, bajo cuyo peso crujió la madera húmeda del último pantalán al entrar en él. Llegado al final se detuvo, notando con más fuerza el febril balanceo de la plataforma. Pero ahí estaba, delante de sus ojos. Atracado de proa, invadido por las huellas del abandono, meciéndose maquinalmente como un anciano decrepito en su butaca al son de un viento cuya fresca bofetada intuye que ya jamás volverá a sentir. Un detalle confirmaba su obligado epílogo: el pedazo de papel protegido por una funda de plástico que, a modo de trágica guirnalda, colgaba, debidamente asegurado con cinta aislante, del estay de proa. Cuartilla en la que una mano

despreocupada y funcionarial había garabateado: «Intervenido por CNP — Policía Judicial. Diligencias 48575». Estaba ante el *Indalo III*.

Estuvo tentado de gritar el nombre de Silvio, pero la abrumadora desolación de aquel barco le hacía imposible creer que pudiera haber alguien en su interior. Por efecto del cabeceo, la boza amarrada al pequeño noray oxidado tironeaba con un lastimoso crujido que se prolongaba como si fuera a quebrarse en cualquier momento. Todas las opciones posibles se representaron en su imaginación. Quizá Silvio le gastaba una broma sin gracia, o tal vez le despreciaba tanto que jugaba con él. La enfermedad cambia a cualquier persona, y aún más el modo en que afronta las desgracias. Pero había llegado hasta allí, y aquello debía de tener algún sentido. Los años y los kilos le alejaban de lo que podía considerarse un hombre ágil en tierra. Menos aún en el mar. Aún así, como pudo, y aprovechando una cabezada de la proa, asió firmemente y con ambas manos los dos candeleros centrales y de un remedo de salto que casi le precipita al agua logró subir a bordo. Cuando recobró el aliento empezó a caminar por la cubierta con paso titubeante. Alzaba levemente los brazos, con las palmas abiertas, temiendo perder el equilibrio en cualquier momento. Al afrontar la banda de babor encajó la mano izquierda sobre la vela mayor, que yacía plegada y horizontal, mientras que con la derecha se aferró al pasamanos que un día debía de haber sido plateado y que ahora ofrecía un brillo mustio por el salitre y la suciedad acumulados. Miró hacia arriba. Las paletas del anemómetro giraban, indiferentes, en lo más alto del palo mayor. Siguió caminando hasta recorrer todo el costado. Llegado a la popa de la embarcación, introdujo primero un pie en la bañera, y sujetándose trabajosamente a la rueda del timón, metió el otro. La puerta que daba acceso al interior estaba abierta. Todavía conservaba los signos de la contundente apertura que el comando del Grupo Especial de Operaciones había practicado para asaltar el barco. Fuenteprada asomó la cabeza, se alisó el pelo canoso revuelto por el viento y penetró en el tambucho.

Silvio continuó inmóvil, de espaldas, como si no hubiera detectado la presencia del recién llegado. De no ser porque seguía conservando ese aire inconfundible, Fuenteprada hubiera jurado que no estaba ante el mismo hombre que conocía desde hacía varios años. Los vaqueros y la chaqueta de color marrón formaban una amalgama de pliegues que se confundían,

superpuestos, sobre su escuálido envés. Bajo el pelo oscuro ensortijado se adivinaba la extrema palidez de la piel en su cuello. Tenía las manos metidas en los bolsillos, y solo cuando su exjefe murmuró un confuso saludo que zigzagueó entre el ligero redoble de la madera crujiendo, volvió a medias la cabeza.

—Cómo no ibas a enterarte... —comentó Fuenteprada, rígido.

—¿Y quién no lo ha hecho?

El inspector jefe suspiró, afirmando con la cabeza. Se apartó a un lado, tentando con sus manos la mesita de madera plegada que estaba a su derecha. El continuo vaivén del velero le incomodaba, pero no tanto como aquella tensa situación. Miró a su alrededor. Por todas partes se hallaban diseminados los restos de reactivos que la Policía Científica había empleado en busca de huellas, cuya inexistencia era precisamente lo único que habían conseguido revelar.

—Tienes buen aspecto —dijo.

Silvio se volvió un poco más hacia él.

—Ahórrate la cortesía. Perdí mi trabajo, pero aún conservo los espejos.

Fuenteprada alzó ambas manos. Está bien, pareció decir. Pero una fuerte oscilación del barco le hizo recuperar precipitadamente la seguridad de la mesa. Se agachó con cierta dificultad para terminar acomodándose en un extremo del asiento semicircular y acolchado que rodeaba el destartado mueble. Luego metió la mano en el interior de su chaqueta, sacó un paquete de tabaco y se lo mostró con aire interrogante. Silvio sacudió la cabeza.

—No puedes hacerte una idea de cómo están todos —dijo Fuenteprada—. Nunca había visto tanta inquietud contenida bajo togas y corbatas.

—Especialmente bajo las togas —murmuró Silvio mientras miraba distraídamente en uno de los armaritos dispuestos sobre el fregadero—. Hacía mucho tiempo que los intocables del Poder Judicial no habían perdido a uno de los suyos. Ha sido una manera tan imprevista como brutal de recortar la distancia que existía entre sus altares y el resto de los mortales.

—Sabes de sobra que esa alimaña de Téllez tampoco era santo de mi devoción, así que no seré yo quien la llore. Pero lo que Ofiuco le hizo demuestra que ese tipo no tiene reparos en cargarse a quien sea que ose entorpecer sus planes. Tenemos que parar a ese cabrón como sea.

—¿Qué dice el Delegado del Gobierno?

Fuenteprada bufó.

—El Delegado, el Juez Decano, la Fiscal Jefe... Asistir a uno de esos gabinetes de crisis es como contemplar una colmena de abejas zumbando histéricas ante un ataque mientras se dejan la vida intentando salvar a la abeja reina. Solo que en esta ocasión no hay reina que proteger.

—O tal vez hay demasiadas. En esta colmena todas las abejas son reinas, porque cualquiera puede ser la siguiente —argumentó Silvio mientras seguía husmeando en el resto de armarios.

—Se registró hasta el último rincón. ¿Qué pretendes encontrar?

Ante su mutismo, Fuenteprada volvió a suspirar cansadamente, sacó un mechero y encendió un cigarrillo. A pesar del calor, chupó con fruición la boquilla, exhalando el penacho de humo de una primera calada que le había sabido a gloria. Empezaba a sentirse relajado.

—¿A qué ha venido esa tontería de las instrucciones?

—Ya te lo dije —respondió Silvio mientras abría uno de los cajones. Demasiada gente pendiente de mí. No me fio.

El jefe de Policía Judicial le miró con el cigarrillo humeante entre sus dedos, sin terminar de comprender. Revisado el último armario, Silvio cerró la puerta con cuidado y se volvió hacia él.

—Tú dirás. ¿Qué quieres de mí?

—Lo sabes de sobra.

El inspector se rió inesperadamente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Fuenteprada.

—Me estoy acordando de cuando ingresé en la Policía. Concretamente de la última prueba: la entrevista personal. Había tres miembros en la habitación: dos comisarios y un inspector jefe.

Fuenteprada asintió, atento.

—La conversación iba bien. Los comisarios se alternaban, haciéndome preguntas de lo más variopinto. Ya sabes: cómo afrontaría una situación complicada, si me chivaría en caso de sorprender a un compañero fumándose un porro en el cuarto de baño de la academia... Esas cosas que siempre preguntan. El inspector jefe, sin embargo, no abría la boca. Tan solo me miraba. Entretanto, yo argüía continuamente la vocación que sentía para

intentar deslumbrarles, pero aquel hombre, el más serio de todos, seguía con la vista clavada en mí, sin decir ni mu. Tenía el pelo blanco, peinado a raya, con unas gafas de grandes cristales. Ese tipo... —soltó una carcajada—; en serio, ese tipo parecía salido de una facultad universitaria de los años 70. Al cabo de unos veinte minutos, los dos comisarios me dijeron que la entrevista había finalizado. Entonces el inspector jefe alzó la mano para pedir la palabra, miró a sus dos compañeros y me preguntó: «¿Tiene usted alguna otra alternativa además de esta?».

El humo de la última calada se deslizaba por la boca entreabierta de Fuenteprada lento, casi arrastrándose por la ausencia de corriente interior, como si fuera a quedarse allí para siempre.

—Me quedé... —se interrumpió un momento, tosiendo—. No me esperaba esa pregunta. Pero por otra parte, pensé que me lo había puesto a huevo para responder algo con que venderme definitivamente en la entrevista. Así que carraspeé, me puse aún más recto, estiré los faldones de mi chaqueta azul marino y respondí, orgulloso: «No. No tengo ninguna otra alternativa. Ser policía es mi única opción en la vida». Y, ¿sabes qué me contestó?

—No...

—«La vocación no lo es todo, caballero. Es un cimiento demasiado endeble como para asegurar que un miembro del Cuerpo Nacional de Policía va a rendir lo suficiente durante su larga carrera profesional. Todo pasión, nada de razonamiento. El mérito está en elegir esta profesión cuando existen otras alternativas. En otras palabras, ¿cómo podemos confiar en alguien que viene aquí porque no tiene otra opción?».

—Qué duro.

—Sí.

—Pero aprobaste.

—Al año siguiente —rió de nuevo, esta vez con amargura.

El jefe de Policía Judicial compuso un gesto de sorpresa.

—Creo que nunca te lo había contado. Ciertamente que a partir de ese momento de la entrevista se produjo una fuerte discusión entre él y yo que, digamos, no me ayudó demasiado —dijo—. En cualquier caso, creía que esa historia ya formaba parte del pasado; y como suele suceder, el pasado siempre acaba volviendo.

—No te entiendo.

—Mírate. Estás ahí, plantado, fumando mientras intentas disimular tu nerviosismo. Y yo estoy frente a ti, como si me encontrara en medio de una nueva entrevista personal, solo que esta vez sospecho que tengo el aprobado garantizado. La cuestión es: ¿cómo puedo confiar en alguien que acude a mí porque no tiene ninguna otra opción, Manolo?

La falta de aire hacía insoportable el calor allá abajo. Respiraban un aroma pegajoso a madera y a fibra de vidrio. Fuenteprada sudaba, pero no por ello las caladas que propinaba al cigarro eran menos intensas. Si tú supieras, pensó. Y a punto estuvo de soltarle en efecto todo lo que pensaba. Maldita la gracia que le hacía tenerle de nuevo cerca, husmeando el rastro de ese pedazo de hijo de puta que estaba empezando a complicarle de veras la vida. Ni siquiera el hecho de que Silvio volviera a estar bajo su mando era garantía de nada. El cabrón sabía demasiado del asunto. Aquello no iba a ser fácil. Pero por otra parte, en la cúpula policial no se habían andado por las ramas. Carta blanca, fueron las palabras exactas del Jefe Superior. Debía convencerle, costara lo que costara. Curvó los labios hacia adentro y con los dientes apretó con fuerza el pitillo, reflexivo. Del mismo modo en que había empezado a tragarse el humo para evitar cargar más aún el ambiente de aquel reducido habitáculo, también era capaz de tragarse su propio orgullo.

—Mirémoslo desde otro punto de vista —consideró—. ¿Crees que aquel inspector jefe se equivocó al suspenderte?

Silvio torció ligeramente la boca, desconcertado.

—Yo sí —continuó Fuenteprada—. Lo estaba. Y aquí está la prueba —alzó ambas manos, señalándolo—. Fue una decisión errónea que solo pospuso un año el ingreso en el Cuerpo de un inspector muy válido.

—Déjate de historias.

—No lo son —insistió—. Al contrario, es una realidad. Todo es discutible, hijo: las opiniones, los criterios..., incluso los hechos, lo sabes muy bien. Pero no la responsabilidad. Esa carga que la gente como tú o como yo elegimos llevar aun a costa de perder otras muchas cosas. La misma que nos obliga a tomar decisiones, Silvio. Esas con las que unas veces acertamos y otras, como en aquella entrevista tuya o lo que ocurrió en el acantilado...

Silvio había retomado su desorganizada búsqueda, como si se negara a

escucharlo. Ojeaba de un lado a otro, sin aparentar especial interés por nada de lo que allí había. Al abrir un cajón encontró una carta náutica descolorida por el sol y la extendió sobre la mesa, fingiendo consultarla.

—Sí, así es —continuó Fuenteprada, alzando un poco la voz—. Aunque no quieras verlo. Todos metemos la pata, y no deben dolernos prendas en admitirlo cuando eso sucede.

Silvio no despegaba la vista del pliego de papel extendido.

—¡Aún podemos cambiar las cosas, joder! —insistió el inspector jefe—. Los dos. Dejemos que esto vuelva a ser algo entre tú y yo. A la mierda los jefes y nuestro pasado. No necesitamos nada de eso. Centrémonos en el futuro.

Fue un golpe fuerte y desprovisto de eco. Con los brazos extendidos, y aún sosteniendo la carta en sus manos, Silvio acababa de estampar sus puños crispados contra la mesa.

—¿Qué futuro, Manolo?! Apenas tengo presente, ¿cómo puedo pensar en el futuro?!

—Sé lo duro que es soportar lo que te está ocurriendo. Nadie está a salvo de que la vida le coloque en una encrucijada como la tuya. No puedo ayudarte con tu enfermedad, ojalá pudiera, pero sí hacerlo con esta situación. Eres policía. Necesitas ser policía. Déjame echarte una mano y de paso échanosla tú a nosotros.

Silvio tosió de nuevo, alcanzado por una de las hebrillas de humo escapadas del cigarrillo que se diluían en el aire con una sinuosa oscilación. Fuenteprada ocultó la colilla bajo la mesa pero, tras pensárselo mejor, la miró y luego lo hizo en derredor hasta localizar el único portillo abierto. Usando el pulgar como rampa de lanzamiento, la expulsó con un rápido gesto de su dedo medio. Sobre el cristal redondo de la abertura quedaban aún vestigios de una sangre que tornaba del mismo color el rayo de luz que se proyectaba contra la puerta cerrada del camarote principal donde Eduardo Belmonte había agonizado durante las últimas e interminables horas de su vida. La misma superficie de madera con aires de lápida en la que Silvio tenía ahora puesta su atención.

—¿Vas a entrar? —preguntó Fuenteprada.

—No me dejasteis cuando me tocaba hacerlo.

Mientras decía esto había avanzado unos pasos hasta situarse frente a ella.

Con un cuidado casi reverencial abrió la puerta con la mano derecha y de un ligero empujón hizo que se deslizara sola hasta llegar al final de su recorrido, tocando el mamparo. Ante sus ojos solo había un camarote vacío con espacio para dos personas, pero el despojo de una sábana ensangrentada arrumbada en un rincón le hizo recordar con fascinante claridad una escena a la que nunca había asistido. Podía imaginar lo que había debido de sentir Eduardo Belmonte cuando fue consciente de lo que estaba ocurriendo. Escuchar sus gemidos con claridad, notar su dolor, contemplar su pánico brotándole por los poros mientras adivinaba su fatídica suerte. Le volvieron las ganas de vomitar, y tras un leve escalofrío bajó la cabeza con la esperanza de alejar esos pensamientos. Tal vez la enfermedad le había vuelto demasiado sensible.

Cuando se sintió más repuesto, volvió a alzar los ojos y echó un último vistazo al desolado compartimento antes de cerrar la puerta. Tras el débil clic que confirmó el cierre quedó con la frente y los dedos apoyados sobre ella, pensativo. Gisela Soto y Eduardo Belmonte estaban muertos, esa era la realidad. Sus asesinatos reclamaban justicia, y de haber sido creyente se hubiera atrevido a pretender que también sus almas. Quizá el jefe de la Policía Judicial tenía razón, y al igual que a esos pobres desgraciados, también la vida le había puesto a él frente a una encrucijada. Solo que a diferencia de ellos, al menos tenía la posibilidad de elegir. Sus rostros, junto con el de César Velano, se habían instalado en su cerebro como una perenne admonición. Solo faltaba el de Ofiuco. Se estremeció al pensar que ese criminal había pisado el mismo suelo que él ocupaba ahora, mirado las mismas paredes y respirado idéntico aire. Lo sentía tan cerca y a la vez tan inalcanzable. Notaba la sólida madera apretarle el hueso de la frente, y en medio de aquel suave dolor se preguntó qué estímulo tan poderoso puede mover a alguien para matar con tan gratuito encarnizamiento a dos personas mientras se burla de un simple vidente de televisión. Con esta pregunta despegó la cabeza y se dio la vuelta, pero en lugar de la respuesta se encontró con los ojos impacientes de Fuenteprada.

—Vuelvo al grupo —dijo—. Pero sin presiones ni horarios de ningún tipo. Quiero absoluta libertad para trabajar, además de que necesito tiempo para llevar adelante mi tratamiento.

Fuenteprada se levantó con una agilidad inusitada y una sonrisa contenida.

—Desde luego. Como tú quieras.

—Aunque tengo que hablar con Secretaría para anular la baja médica.

—No te preocupes de eso ahora, yo me encargaré de todo el papeleo. ¿Por qué no descansas el resto de la tarde? Así de paso pondrás en orden tus ideas. Mañana por la mañana nos veremos en la brigada. Hay mucha gente que te echa de menos.

Silvio se limitó a asentir levemente.

—Y ahora si me disculpas —dijo Fuenteprada sacando el teléfono móvil del bolsillo— tengo que llamar cuanto antes al comisario. A cada minuto que pasa sin comunicar tu decisión nos estamos jugando otra vida.

—Tú mismo —respondió, ajustándose la chaqueta antes de dirigirse a las escalerillas que conducían a cubierta—. Yo me marcho ya. Nos vemos mañana.

El dedo de Fuenteprada se detuvo repentinamente sobre el teclado. Frunció el bigote, inclinó la cabeza despacio y miró al inspector, como si acabara de caer en la cuenta de un detalle. ¿A qué tanto esfuerzo para convencerle? Después de todo era Silvio el que se había apresurado a dirigirse al barco nada más ver lo ocurrido en televisión. Probablemente era su idea desde un principio. Dejó el teléfono móvil sobre la mesa y, aproximándose a él con una sonrisa que pretendía ser afable, le dijo:

—Creo que has tomado una gran decisión. Nos alegramos de tenerte de nuevo entre nosotros.

Le había dicho estas palabras mientras le daba unas afectuosas palmadas a la altura de los bolsillos de su chaqueta. Silvio le devolvió la sonrisa y sin decir nada más subió por la escalerilla. Al asomar la cabeza al exterior, el viento le golpeó en la cara, sustituyendo en sus pulmones el aire cálido y sofocante del interior del velero. De un salto aterrizó en el pantalán y se alejó caminando con paso decidido, sonriendo por lo bajo y pensando que, en verdad, lo de demorar la llegada de su recuperado jefe dándole instrucciones por teléfono había sido una estupidez. Estupidez que le había servido para localizar una memoria portátil de ordenador que se había escondido en el cuello de la chaqueta, y que a pesar de sus sospechas de perro viejo y de sus intencionadas y falsas palmadas, ese hijo de puta de Fuenteprada había sido incapaz de encontrar.

XVI CAPÍTULO

El que solo busca la salida no entiende el laberinto, y, aunque la encuentre, saldrá sin haberlo entendido.

JOSÉ BERGAMÍN

—Un hijo de puta.

Armando Bitoque se llevó el vaso de cerveza a los labios y tanteó el dorado líquido con un breve sorbo.

—Un verdadero hijo de puta —repitió limpiándose un dedo manchado de espuma con una servilleta.

Sentados a la misma mesa, flanqueándole por ambos lados, Silvio y Hugo mantenían apoyadas sus barbillas sobre los brazos, expectantes. No había homicidio en el que no se cruzara por medio algún ordenador, teléfono móvil o cuestión técnica, lo que hacía la relación con el grupo de Delitos Tecnológicos tan fluida como imprescindible. Como es obvio, los aspectos más oficiales de la investigación solían tratarlos siguiendo los cauces reglamentarios con el responsable del grupo. Pero para destripar la imprescindible morralla, esa que nunca se plasma en el atestado y que resulta más esclarecedora que cien informes técnicos juntos, recurrían a Armando. Un tipo curioso. Aún no había cumplido los veintiocho. Era delgado, con huellas de un acné tardío en su rostro y con el pelo rizado ligeramente pelirrojo. Sus párpados tenían una caída más pronunciada de lo normal, lo que dotaba a su mirada de una mezcla permanente de desorientación y recelo. Experto informático, parecía haber comido circuitos en vez de papillas desde la infancia. Apenas llevaba tres años en Delitos Tecnológicos, pero conocía tan bien el oficio que podría

haberse dicho que lo había inventado él mismo. Tenía un carácter simpático y vehemente, y debido precisamente a esa temprana obsesión por la tecnología se apreciaban en él ciertas carencias operativas que se reflejaban en la fascinación que sentía por el trabajo de los dos agentes de Homicidios con los que estaba compartiendo mesa. No había vuelto a tocar una pistola desde que salió de la academia, y las únicas persecuciones en las que participaba eran a través de la red, si acaso detrás de algún pirata informático. Por eso acudía encantado cada vez que Silvio y Hugo —*dos polis de verdad*, como solía referirse a ellos— requerían de su pericia.

Estaba resultando una jornada extraña para Silvio. Era su primer día en el trabajo desde su desagradable despido, por llamarlo de algún modo, en la Cala de Los Vélez. En ese espacio intermedio de tiempo habían transcurrido escasos días pero demasiados acontecimientos. Quizá por eso los rostros de los compañeros con los que se había cruzado esa misma mañana ya no reflejaban el desprecio ni el rechazo de antes, pero había dibujada en ellos la compasión de quien cree estar contemplando el prematuro fantasma de un hombre. De cualquier modo, el cáncer no iba a cambiarle tanto como para olvidar que no había venido a este mundo a tener un club de fans. Se había limitado, pues, a retomar la investigación y ponerse al día con los escasos avances que se habían realizado durante su ausencia.

Pepo llegó hasta la mesa con un quinto de cerveza en la mano. Se lo entregó a Hugo al tiempo que miraba de forma interrogativa a Silvio, que volvió a negar con la cabeza por segunda vez. No se lo diré a nadie, prometían los ojos gitanos del camarero. Pero sabía perfectamente que con la quimioterapia iba a pasar mucho tiempo antes de que su amigo volviera a probar el alcohol. Finalmente terminó por encogerse de hombros antes de volver detrás de la barra.

Era viernes, a mediodía, y el clima seguía siendo cálido, lo que aumentaba invariablemente la afluencia de clientes al bar y con ellos el jaleo. Armando saboreaba la caña de cerveza despacio, concediéndose el tiempo y el suspense necesarios para mantener en vilo a sus dos compañeros de mesa. Al fin dejó el vaso, se secó los dedos por segunda vez y miró satisfecho a ambos.

—No creáis que solo me dedico a estar en mi ratonera —dijo—. Procuro enterarme de todo. Noticias, rumores... En fin, me gusta estar informado de lo

que hacen los demás.

Hugo no había tocado aún su botellín. Se limitaba a hacerlo girar con dos dedos sobre la mesa, atento a las explicaciones del informático.

—Me las he visto con cualquiera que haya necesitado de un ordenador para cometer su delito —prosiguió—. Acosadores, pederastas o estafadores. Un amplio abanico de cabrones. Pero, salvo excepciones, casi todos poseen un conocimiento más o menos limitado de la informática. Los hay que son verdaderos artesanos, no voy a negarlo, pero al final se les nota demasiado que son *hackers* de manual bajado de Internet.

—¿Y? —preguntó el oficial con impaciencia.

—¿Y?! Creo que no comprendéis la situación —replicó Armando—. Estáis persiguiendo a un asesino que utiliza su dominio de la tecnología para cometer sus crímenes y borrar su rastro. Es rápido, sabe lo que se hace y no deja pistas. Vuestro hombre lo tiene todo. Es un auténtico...

—Hijo de puta, sí. Ya lo has dicho antes. Pero dinos, ¿qué has averiguado?

El joven se interrumpió con aire ofendido, largándole una mirada desdeñosa. De su respuesta acababa de deducir que debía simplificar sus palabras para explicarles lo que sabía, so pena de que al menos ese bruto no entendiera nada. Por contra, Silvio aún no había abierto la boca. Tampoco le quitaba ojo de encima, pero le miraba de otro modo, como quien no tiene ningún lugar a donde ir después de que una conversación termine. El agente de Tecnológicos volvió a mirar por el rabillo del ojo a Hugo, pero este ya había empuñado el botellín de cerveza.

—Para empezar, creo que es un hombre.

El oficial abortó el trago, dejando el botellín suspendido en el aire.

—Eso ya lo sabemos —dijo sacando su bloc de notas. Una vez en la mano, leyó—: En la llamada que realizó al programa de Andrea Gavaltán se refirió a sí mismo como «todo un experto» y un «caballero».

No te enteras, pareció querer decir el ligero meneo de cabeza del policía.

—A pesar de lo buena que estuviera la tía en una discoteca y de que te contara con voz aflautada que se llama Jenny, seguro que alguna sorpresa te llevarías por no fijarte en que tenía nuez y las manos grandes, ¿me sigues?

Silvio reprimió una carcajada, observado con satisfacción por Pepo, quien detrás de la barra secaba unos vasos. También pudo ver cómo Hugo no se reía

en absoluto, con el botellín a medio camino entre la mesa y su boca, mirando al informático como quien aún no ha decidido si aplastar o embalsamar directamente al bicho que tiene delante.

—Mi trabajo se basa en el método científico —aclaró Armando—. Lo que pueda ver o escuchar es irrelevante. ¿Quién os dice que no ha sido una treta para dar pistas falsas sobre su sexo?

—¿Y cómo lo has sabido?

Era la primera vez que Silvio hablaba desde que se habían sentado a la mesa. Había una sincera curiosidad en su pregunta.

—La voz de una persona puede modificarse de una manera sencilla. Basta con emplear algún tipo de filtro que actúe sobre ciertas frecuencias presentes en la voz que se desea transformar. Para un oído entrenado, la voz de Ofiuco resulta muy peculiar, debido a que posee un grado de distorsión muy elevado pero, a pesar de ello, conserva un alto grado de dicción y entonación. Reconozco que analizar las grabaciones de sus llamadas a los dos programas de televisión me ha resultado difícil. Como os dije, ese tipo sabe lo que hace. Pero, tras escucharlas, tuve algo muy claro desde un principio.

Las miradas de los dos agentes de Homicidios formaron el mismo signo de interrogación.

—Por explicarlo de manera sencilla, la voz cuenta con tres elementos físicos: intensidad, tiempo y frecuencia. Sobre esto último, observé que el sonograma contenía unos picos muy agudos que a veces resultaban casi inapreciables, señal de que intenta atenuar los componentes de baja frecuencia contenidos en ella. Estoy prácticamente seguro de que utiliza lo que se denomina un filtro de paso alto. En definitiva, intenta disimular una voz grave. Una voz de hombre.

—¿Y has averiguado eso con solo escuchar las grabaciones? —preguntó Hugo.

—Es obvio que no —sonrió con cierto rubor—. Tuve que analizarlas con dos programas específicos. Uno de ellos de mi invención, por cierto.

—Pensé que de eso se encargaría Policía Científica.

—Y lo ha hecho. Pero con suerte, para cuando el Servicio de Acústica Forense de la Comisaría General devuelva los resultados, el asesino ya estará en prisión provisional a la espera de juicio oral —explicó, ufano, volviendo a

dar un sorbo a su abandonada caña de cerveza. Cuando el cristal volvió a tocar la superficie de la mesa, había en su mirada un súbito halo de preocupación—. A ver, chicos, yo puedo ayudar adelantando cierta faena. Esquivando, digamos, algunas trabas burocráticas. Pero huelga decir que solo puedo aportar elementos de investigación, jamás de prueba, ¿está claro? Para eso tendréis que buscaros las habichuelas vosotros solitos. Cada cosa a su tiempo.

Pese a sus reticencias, Armando estaba tan entusiasmado con sus descubrimientos que hubiera seguido hablando de la manera en que lo hizo aun sin el cómplice asentimiento que recibió de sus compañeros de mesa.

—Precisamente sobre el tema de la distorsión de la voz quería hacer os una advertencia. A pesar de la calidad de la grabación, el grado de distorsión está muy logrado, lo que me induce a pensar que utiliza más de un filtro. Tal vez una combinación de ellos, no lo sé. El sonograma no es concluyente. Y no es por ser inmodesto, pero me temo que los compañeros de Acústica Forense llegarán a la misma conclusión que yo.

—¿Eso qué significa? —inquirió Hugo.

—En caso de que atrapéis al asesino será muy difícil demostrar su culpabilidad basándonos solo en el análisis comparativo de las muestras dubitadas e indubitadas, por lo que os aconsejo que atéis muy bien los demás cabos.

—Para serte sincero, lo último que me preocupa en este momento es su voz —intervino Silvio—. No sabemos absolutamente nada de él.

—¿Y qué pasa con las fotografías que envió a *Prisma de actualidad*? —preguntó Hugo—. ¿No se puede rastrear la dirección de correo o algo así?

Por mucho que Armando se esforzó en que su cara reflejara condescendencia ante la pregunta, lo más que logró componer fue una expresión de perplejidad.

—Pues claro que lo he hecho, pero ese tipo sería idiota si hubiera organizado esto para luego ir utilizando una simple cuenta de correo electrónico.

—Entonces, ¿cómo lo hizo?

—¡Bah! Eso es lo más fácil de todo. Utiliza un sistema llamado *Tor*. Una red de servidores empleada por activistas y periodistas, principalmente en

países donde existe la censura, para poder enviar o recibir información de manera segura o comunicarse libremente con el exterior. A diferencia de cuando enviamos un correo normal, en el que nuestra IP va dejando un rastro, en este caso se quedaría en el primer servidor de todos los que conforman la red *Tor*, de ahí saltaría a otro y así sucesivamente, alterando la IP en cada uno de esos pasos, lo que hace casi imposible averiguar el origen de ese correo.

El ceño fruncido de Silvio hizo que la boca del informático se arrugara formando una mueca chulesca.

—Está bien. Antes de que os desaniméis os daré una buena noticia: creo saber cómo hizo las llamadas.

—Explícate.

—Hoy en día apenas quedan centralitas analógicas, y *Astroesotérico* no es una excepción. Utilizan lo que en el argot denominamos un *Private Branch Exchange*, o lo que es lo mismo, un *PBX*. Es una centralita telefónica conectada a la red pública pero gestionada por un dominio privado. En este caso, es el mismo programa o cualquier empresa subcontratada la que controla la centralita y registra todas las llamadas.

Sin apartar la vista de Armando, Silvio había cogido una servilleta y la doblaba en pliegos cada vez más pequeños.

—Por criterios económicos utilizan llamadas de voz a través de Internet, es decir por IP. Comprobé que la centralita del programa tiene instalado software libre para gestionarlas. Debido a ello, el asesino pudo analizar gran parte del código y aprovecharse de un *bug*..., de un fallo no detectado en la fase de pruebas e introducirse en el sistema, controlando así la centralita en todo momento.

—Por eso puede intervenir en directo a voluntad e impedir que cuelguen...

—murmuró Hugo.

—Exacto.

A base de dobleces, la servilleta de papel parafinado se había convertido en un minúsculo paquetito entre los dedos del inspector, que dio por finalizada la tosca manualidad arrojándola sobre la mesa.

—Pero eso no aclara de qué forma pudo acceder —dijo.

—Hay muchas, pero la más sencilla es mediante *hacking* social. Como tantos otros programas, *Astroesotérico* tiene página web, perfil en las redes

sociales, etc... Deben de recibir miles de solicitudes de usuarios, correos electrónicos y demás. Cualquiera de esas formas puede utilizarse para introducir un virus o un troyano tipo *backdoor* y a partir de ahí controlar todo el sistema sin ser detectado.

La explicación le había dejado seco. Apuró la caña y disimuló un eructo llevándose una mano a la boca. La misma que levantó para reclamar otra cerveza a Pepo, que en ese momento se ocupaba en servir almuerzos en una mesa al fondo del bar, bajo el enorme televisor. Cuando, al tercer intento, logró captar su atención, volvió sobre Silvio y Hugo mientras daba pequeños golpecitos con el vaso en la mesa, estudiando en sus rostros el efecto que habían causado sus palabras. Silvio seguía los rítmicos movimientos del cristal con los ojos, pensativo. Así se mantuvo hasta que apartó la vista del vaso y enfiló la del informático.

—Muy bien. Ya sabemos el cómo. Ahora dinos para qué.

—Eso es lo difícil —admitió—. Pero hemos dado un paso importante. Sabiendo cómo lo hace, solo necesito acceder a la centralita digital y al sistema informático que la controla. Si consigo localizar el troyano puedo averiguar más sobre la forma de conexión, y a partir de ahí rastrearle la próxima vez que llame por teléfono.

—Parece fácil —dijo Silvio.

—Pues no lo es. Si es tan bueno como creo utilizará algún sistema de localización aleatoria, tipo *Surf*. Lo cual quiere decir que cada llamada puede mostrar un origen completamente distinto, lo mismo Croacia que Estados Unidos. Hace falta un *software* muy potente para ir eliminando las trampas virtuales que va dejando y localizar el verdadero origen de la misma. Y eso contando con que dure el tiempo suficiente. A eso hemos de añadir otro frente abierto que puede, sin embargo, resultarnos de gran utilidad.

—¿Cuál?

—Averiguar de qué modo logró introducirse en el sistema. Un perfil de usuario en la página web o un correo electrónico, por ejemplo. Las posibilidades son remotas, pero eso podría darnos una pista que...

El brusco chirrido de la silla deslizándose sobre el suelo cortó la frase de Armando, que alzó la mirada para atisbar a través de sus párpados precipitados cómo Silvio desaparecía apresuradamente por la puerta del bar

tapándose la boca con una mano para contener el vómito que acababa de sobrevenirle. Ya en el exterior, el inspector se refugió en un rincón, junto a las jardineras, interponiendo su brazo entre la frente y la pared y soltando el líquido ácido que le quemaba la garganta al salir. Al terminar, se mantuvo unos minutos así, jadeando lentamente, sintiendo un alivio que temía fuera solo pasajero. Cuando levantó la cabeza, Hugo estaba a su lado. Pero no le miraba. Sus ojos cabalgaban sobre los tejados de las casas antiguas que destacaban sobre la vieja tapia del patio. Y Silvio se sintió agradecido porque en el fondo era lo que necesitaba. Al poco, volvió a erguirse, se enjuagó la boca con el agua de una botella que su compañero le alargó y se secó los labios con un pañuelo de papel. Luego inspiró despacio, se sacudió el polvo de las mangas y comenzó a caminar. El oficial hizo lo propio, a cierta distancia y en silencio. No regresaron al bar ni se despidieron de Armando. Solo pasearon sin decirse ni una palabra. Silvio se detuvo en un paso de peatones, contemplando a la gente que hacía deporte o leía sentada en los bancos de un parque cercano. Sentía como si les contemplara a través de un cristal invisible que le desgajaba de ellos y le obligaba a permanecer recluido en otro mundo completamente distinto. Lo que hasta ese momento le había parecido tan cotidiano ahora se le figuraba tristemente inalcanzable. Como pudo, aguantó una risa de amargura que allí hubiera sonado absurda, pero que escondía un pensamiento aún más descabellado: cuánto hubiera dado por cambiarse por cualquiera de esas personas que corrían enfundadas en sus ropas deportivas, escuchando música y sin aparentes preocupaciones. Correr, correr libremente, hasta la extenuación, tener la posibilidad de huir a la carrera en cualquier dirección mientras los cálidos rayos del sol devolvían la vida y el color a su piel. Desertar de las filas de ese numeroso ejército de aquejados por una enfermedad que siempre había vislumbrado desde la más indolente lejanía, sin plantearse siquiera que algún día, como ahora, llegaría a formar parte de él.

Los grupos de corredores terminaban por perderse en el horizonte, y con ellos sus esperanzas de que la pesadilla que estaba viviendo no fuera real. Continuaba al otro lado del cristal, atrapado en su mundo de enfermedad y preocupación. Un mundo en el que seguían habitando Ofiuco y César Velano, Fuenteprada y Duarte. Pero también Raquel y Zulema. Considerándolo bien, ninguno de esos elementos le consolaba. Ni siquiera Hugo, que seguía a cierta

distancia de él, inmerso en su respetuosa discreción. Pero el oficial debía de haberse cansado de perder la vista a lo lejos porque se aproximó hasta él, se ajustó un poco las gafas de sol y murmuró:

—No tengo ni idea de cómo va el tema. Ni siquiera sé si es bueno o si te apetece pero, ¿por qué no comemos algo?

No era un bar demasiado tranquilo, ni siquiera especialmente limpio, pero el menú del día y su ubicación en una gran plaza del centro de la ciudad lo habían convertido en uno de los sitios preferidos por ambos para comer habitualmente. Se sentaron en una mesa pequeña muy iluminada, junto a los ventanales. Enfrente, en la garita del edificio del Gobierno Militar, un soldado mantenía su fusil en posición de descanso mientras realizaba su guardia. Hugo se decantó por un estofado de carne, pero Silvio apenas tenía hambre, así que pidió un plato combinado de pechugas de pollo muy hechas y un poco de ensalada.

—Total, voy a vomitarlo más pronto que tarde, ¿para qué andarme con remilgos? —bromeó.

Su compañero rió sin ganas el chascarrillo. Luego sacó el teléfono móvil, consultó algo y volvió a guardarlo en el bolsillo del pantalón. Silvio le miraba con aire tranquilo, sin distinguir con certeza si su silencio obedecía a su habitual parsimonia o, por el contrario, aquello le incomodaba de verdad. Decidió, pues, tomar las riendas de la conversación.

—¿Crees que voy a morirme?

Hugo bajó la mirada un segundo pero al instante volvió a levantarla. Se la sostuvo con intensidad, casi con dureza, como si de ello dependiera la credibilidad de las palabras que ahora se esforzaba por escoger de entre todas las que se amontonaban en su cerebro.

—No lo sé. No soy médico.

—Ni siquiera ellos lo saben.

—Tampoco creo que te lo dijeran.

—Este sí. No tiene pinta de andarse por las ramas.

—¿Se lo has preguntado?

Silvio no respondió. Se limitó a girar su cabeza a la izquierda y a mirar

por el ventanal, atraído por la agitación que comenzaba a notarse en la puerta del recinto militar. El de la garita había cambiado su posición. Ahora estaba en firmes, con el fusil al costado, mientras otros soldados se acercaban hasta él para realizar el cambio de guardia. Tras el intercambio de saludos y el parte de novedades, el militar que le había relevado —algo más alto y moreno que él— se plantó en su puesto con disciplinada paciencia.

—¿De qué me sirve conocer de antemano una sentencia de muerte? —dijo al fin.

—¿Tienes miedo?

—No... Creo que no. Y eso es lo que me preocupa, que este extraño infierno sea aún peor cuando empiece a sentirlo.

—Tal vez nunca llegue.

—Cierto. Puede que me muera antes.

—Me refería a que te cures.

Puede que ninguno de los dos deseara continuar con la conversación o incluso que tuvieran hambre, pero tras dar el primer bocado a sus platos no volvieron a decir ni una sola palabra. Comieron con calma, despacio, echando de menos la prisa que otras veces les había obligado a engullir el menú para volver rápidamente al trabajo. Cuando terminaron, Silvio apuró el agua de su vaso, volvió a echar un vistazo por la ventana y suspiró.

—Lo más triste de todo —dijo— es que al repasar lo que han sido mi vida y mis relaciones personales a lo largo de los últimos años, de lo que tengo y de lo que he logrado, creo que con mi muerte no se perdería gran cosa.

Hugo dudó un segundo, pero terminó de sacar el purito de la petaca. Luego cogió el mechero y se levantó, encaminándose hacia la puerta. Jamás había tenido tantas ganas de fumar, sobre todo porque eso le obligaba a salir de allí como fuera. Pero antes de alejarse se volvió hacia su jefe.

—Déjate de melodramas —protestó—. Has llevado la vida que escogiste. Si no estás contento con ella, cámbiala. Pero antes hazte un favor y esfuérzate por conservarla.

Cuando el oficial de Homicidios llegó hasta la puerta la empujó de un golpe seco, y ya con un pie en la calle masculló:

—Joder, ya hablo como un puto psicólogo.

El cambio al horario de verano había alargado los días, pero no lo bastante como para impedir que la noche ya anduviera tiñendo de negro el aire cuando Silvio regresó a su despacho. El reloj de la pared marcaba las ocho y media y, pese a no tener hambre, sentía una molesta sensación de vacío en su estómago. Las piernas le pesaban, y sus brazos parecían haberse transformado en yunques hechos de cansancio fundido. Se dejó caer sobre la silla, sin ganas de nada. Tampoco de marcharse a casa. Un poso de ansiedad empezaba a formarsele a la altura del pecho. El silencio entre aquellas cuatro paredes, en la penumbra que marca la indecisa frontera entre el día y la noche, amplificaba hasta el estruendo el rítmico sonido de la aguja del reloj. Volvió a mirarlo. Solo habían pasado unos segundos. Demasiado tiempo, por otra parte, a solas con sus pensamientos y sus temores. Tal vez hubiera llegado la hora de afrontar el motivo por el que estaba allí. Se sintió excitado, como si hubieran desaparecido de pronto los límites que la ley o el código deontológico de su profesión imponían. Capaz de cualquier cosa y sin miedo a nada. ¿A qué puede temer un hombre que está a punto de perder la vida? Constatado ese hecho, todo lo demás carece de importancia. Volvió Ofiuco entonces a asaltar su mente. Pero esta vez no como el problema abstracto que aparentaba concretarse solo cuando adoptaba la forma de los cadáveres de sus víctimas. No. Ahora empezaba a considerarlo como un enemigo interesante a batir por el que merecía la pena morir o matar. Un adversario que había salido por fin del telón de maleza y bruma y se había hecho visible en medio del campo de batalla. Ofiuco había querido que él volviera. Bien, lo había hecho. Iba a darle ese gusto. Y de qué manera. Empezaba a sentirse un hombre peligrosamente convencido de que si la muerte aglutina todos nuestros miedos es porque nos despoja precisamente del resto de nuestros temores.

Puede que fuera el cansancio, pero por primera vez experimentó la irritante pereza de tener que rescatar del archivador el carpetón que contenía el atestado, los informes y las fotografías que resumían la encarnizada carrera de ese asesino. Lo último que le apetecía en ese momento era volver a empezar el complejo puzzle desde el principio para recomponerlo en su cabeza. Sería mejor que se retirara a descansar. Al día siguiente, temprano, comenzaba su primera sesión de quimioterapia y lo más sensato era acudir en condiciones. Ya retomaría la investigación por la tarde, si le quedaban tiempo

y fuerzas. Pero antes, echó una mano hacia atrás y abrió la cremallera del cuello de su cazadora. Hurgó con dos dedos hasta que sus yemas tocaron algo pequeño y duro. Con cuidado, lo extrajo del improvisado escondite y lo sostuvo sobre la palma de la mano. La diminuta memoria usb que había encontrado oculta en el barco de Eduardo Belmonte era de color gris, con el capuchón negro. La curiosidad vencía momentáneamente al cansancio. Se levantó, abrió uno de los armarios y rebuscó en el último cajón. Sacó una funda polvorienta de la que extrajo un ordenador portátil que colocó sobre la mesa. Era un viejo aparato intervenido hacía años que, a diferencia de los de la Jefatura, no estaba monitorizado por el Servicio de Informática. Lo conectó a la red y, tras pulsar un botón, comprobó satisfecho que todavía funcionaba. Con la puerta cerrada y ya sumergido en la completa oscuridad de la noche, introdujo la memoria usb en uno de los puertos y se dispuso a explorar su contenido.

Los clics del ratón sonaban débiles y acelerados, con la vehemencia de quien buscaba el motivo por el que lo que parecía basura hubiera sido escondido como si fuera un tesoro. Algunas carpetas, bastantes archivos de texto, estadísticas, albaranes... Un sinfín de documentos propios de la actividad de un empresario, pero ninguno que contuviese algo que pudiera explicar por qué Belmonte se había cuidado de ocultar aquel minúsculo dispositivo dentro de su velero. Durante un buen rato continuó recorriendo a golpe de pulsaciones el vasto contenido allí almacenado, intentando vencer a un cansancio que se intensificaba hasta hacerle entornar pesadamente los párpados. De pronto, divisó en la pantalla algo que le hizo abrirlos por completo.

El resplandor iluminaba su macilento rostro concentrado, mientras el sonido de los botones del ratón había cobrado un frenético impulso. Con el título «N.ºs de serie de recambios», y a la cual se llegaba tras bucear entre otras tantas con nombres simuladamente técnicos y faltos de interés, una carpeta escondía algo que no encajaba en absoluto en el perfil de aquel modesto empresario. Había descubierto algo tan inesperado que su agotamiento se esfumó de golpe. Se levantó de la silla y de uno de los cajones del escritorio sacó otra memoria usb que solía utilizar para guardar una copia de los atestados. La introdujo en el ordenador, junto a la primera, y copió todo

el contenido de la carpeta. Luego se guardó ambos dispositivos, devolvió el portátil al armario y abandonó la comisaría.

La humedad de la noche formaba densos halos en torno a las luces de las farolas que desde hacía rato se insinuaban. No supo si se debía a la enfermedad o al largo tiempo que había pasado frente a la pantalla, pero al palparse la piel de las mejillas notó algo de fiebre. El frescor del relente le aliviaba un poco durante su paseo en busca de un taxi que le llevara a casa. Estaba realmente excitado, pero también sabía que por mucho que lo deseara, el nuevo día no iba a adelantarse ni un solo segundo y que aún restaban por delante varias horas de una noche en la que acababa de comprender que le iba a ser imposible conciliar el sueño.

XVII CAPÍTULO

*El mejor medio para salir airoso de una conversación
difícil es irse a ella sin preparación alguna.*

ANDRÉ MAUROIS

Los síntomas, el tratamiento, la duración... Todo menos los nervios y el sufrimiento. Eso no puede explicarse. De haberlo hecho, Silvio se hubiera sentido mucho más tranquilo cuando lo sentaron sobre el destartalado sillón burdeos en la sala de quimioterapia. Pese a las advertencias y consejos recibidos, nunca se había sentido tan vulnerable como cuando las dos enfermeras comenzaron a moverse en torno a él, subiéndole las mangas de la camisa y manejando un instrumental que parecía terrible ante sus ojos. Por puro instinto, hizo el amago de retirar su brazo al sentir el pinchazo de la aguja destinada a dejar paso a la vía por la que introducirían en su cuerpo el tratamiento. *Docetaxol Cisplatino 5 Fluoracilo*, estaba escrito junto a su nombre en la bolsa de plástico metalizado que un tercer enfermero acababa de dejar sobre la mesita. Una denominación tan complicada no podía significar nada bueno, auguró. Amablemente, una de las enfermeras le pidió que se echara un poco hacia atrás, además de preguntarle si tenía ganas de beber. Pero entre el suero que le habían puesto y el agua que había tomado, estaba tan hidratado que no sentía ni una pizca de sed. También colocaron una especie de bacinilla de plástico junto a él, recomendándole que la usara si le entraban ganas de vomitar. Cuando conectaron la bolsa con la medicación a la vía no sintió nada en absoluto. Se recostó y cerró los ojos, con la esperanza de que el cansancio que no terminaba de abandonarle le sumiera en un ansioso sopor. Un

segundo después volvió a abrirlos. Era imposible dormir en esa situación.

La sala se parecía mucho a las de urgencias. Rectangular, alargada y con varios sofás reclinables dispuestos a continuación unos de otros, con la salvedad de que entre cada uno se interponía un murete de media altura, de suerte que por encima del suyo podía ver al resto de pacientes que soportaban la misma situación que él. En realidad había de todo. Una chica joven, con un pañuelo de vivos colores cubriendo su cabeza calva y para la que aquello no parecía ir con ella. No dejaba de sonreír cada vez que alguna enfermera se le acercaba. El resto del tiempo lo pasaba enfrascada en un libro cuya portada Silvio no alcanzaba a descifrar. También había un paciente situado en el lado y el caso contrarios. Debía de rondar los sesenta, con el rostro muy hinchado y también sin pelo. Pasaba todo el tiempo con los ojos cerrados, sin parar de quejarse y, cuando no lo hacía, respiraba de forma aparatosa. Al menos sobre la pared había una pequeña televisión encendida, pero entre el continuo ajeteo y el tipo de programa —creyó reconocer una de esas telenovelas venezolanas— terminó por considerar más conveniente enfrascarse en sus pensamientos para que todo aquello pasara lo más rápidamente posible.

Cuatro horas y quince minutos, calculó en su reloj de pulsera. Esa había sido la duración de la quimio, como la llamaban allí los pacientes veteranos. Durante el proceso había alternado arranques de agitación con momentos de tranquilidad. El enfermero que le había traído la medicación le ayudó a incorporarse. Le retiraron con cuidado la vía y le indicaron que pasara a otra sala situada tras una puerta de color naranja y gris. Se bajó las mangas, cogió sus pertenencias y se encaminó hacia ella, despacio, dejando atrás el sonido bronco de la respiración de su vecino. Al pasar junto al asiento de la joven del pañuelo la miró de reojo. Yacía plácidamente dormida, alejada del sufrimiento de todos, quizá porque lo estaba todavía más del suyo.

Nada más entrar en esa habitación, un médico y una enfermera le colocaron una especie de petaca en el pecho, a la que conectaron mediante un tubito un pequeño aparato del tamaño de una cantimplora estrecha, llamado perfusor, y que debía llevar permanentemente encima durante los próximos cinco días. Silvio arrugó el gesto. Aquello era quizá lo que más temía: tener que soportar una prótesis como si de un bicho raro se tratara.

Se despidió del personal sanitario y salió al recibidor del hospital

caminando deprisa y con la cabeza agachada, tocado por la vergüenza que le provocaba que todo el mundo le mirara. O al menos eso era lo que creía. La última vez que había pasado por ese mismo lugar, cubierto por un traje de neopreno y con un aspecto no mucho mejor que el que tenía ahora, no se había sentido tan embarazado. Ni siquiera cuando aquel sacerdote —por más que lo intentaba no lograba recordar su nombre— le había mirado de arriba abajo de un modo socarrón. Exactamente de la misma forma en que lo estaba haciendo ahora mismo.

Se hallaba unos metros más allá, cerrando la puerta de la capilla y con la cabeza vuelta hacia él. Giró la llave un par de veces, se la guardó en el bolsillo y se movió un poco hacia la puerta, deteniéndose justo en el punto por donde Silvio tenía que pasar. Allí permaneció con esa expresión beatífica de quien aguarda para saludar a un personaje famoso. De haber podido hacerlo, Silvio le hubiera esquivado sin contemplaciones, pero no conocía ninguna otra salida, así que tomó aire, apretó el paso y se dirigió en línea recta hacia el sacerdote, que, al llegar a su altura, se volvió en dirección a la puerta y empezó a caminar a su lado.

—No tengo ganas de café, gracias —dijo Silvio acelerando un poco más.

—¡Oh, desde luego! —respondió el otro imitándole—. Solo quería saludarle y preguntarle cómo se encuentra. Veo que ya comenzó el tratamiento.

Silvio se paró en seco, encarándose con él.

—¿Y usted qué cojones sabe?

El padre Larrea elevó un poco las cejas, apaciguando su sonrisa.

—Los curas estamos acostumbrados a observar —dijo—. Le sorprendería la cantidad de personas que acuden un día a este hospital con el mismo aspecto que tenía cuando nos conocimos y que al poco han de volver a esa puerta de la que acaba de salir usted. Luego, su apariencia sigue cambiando.

Silvio se puso aún más pálido.

—¿A peor?

—Nunca se sabe. Cada caso es distinto a cualquier otro, y como tal, el paciente lo afronta de una manera tan singular como única.

—¿Pero algunos mejoran?

El otro sonrió, comprensivo.

—Este es uno de esos momentos en los que me gustaría llevar bata blanca

en lugar de alzacuello. Pero no es así, por desgracia. Si le sirve de algo, he visto a gente llegar con muy mal pronóstico y, felizmente, han logrado vivir muchos años. Aunque tampoco se engañe: no es fácil asumir una situación así. ¿Cada cuánto ha de venir? ¿Cada veintiún días?

—Además de la próxima semana, para cambiar el perfusor —asintió.

—¡Vaya! —exclamó el sacerdote con gesto de sorpresa—. Considérese afortunado. No se le nota nada bajo la cazadora. Hay gente que lo pasa realmente mal con eso.

Dicho esto, miró hacia ambos lados antes de aproximarse un poco más a su interlocutor, con el aire de quien está a punto de hacer una confidencia.

—¿Usted también lo ha escuchado? —preguntó.

—No. ¿El qué?

—¡Ah, mucho mejor! —soltó una carcajada—. Eran mis tripas. Ya es la hora de comer. ¿Querrá acompañarme?

Aquel tipo con aires de catequista dominguero seguía dándole cierta grima, pero por otra parte se había instalado en él la sensación de que las demás personas y lugares le eran ajenos por completo. No tenía ganas de ir a ninguna parte de todas cuantas conocía.

—Déjelo, muchas gracias —rehusó, sin embargo—. Apenas tengo hambre y lo último que me apetece es la comida de la cafetería. Ya he pasado demasiadas horas en este hospital.

—¿Cafetería? Oh, no... —volvió a reír—. Modestia aparte, creo que puedo ofrecerle algo mucho mejor. ¿Me haría el honor de venir a mi casa?

—De veras, no insista. Estoy demasiado cansado para caminar.

El sacerdote se adelantó unos pasos y la puerta automática de cristal se abrió, deslizándose.

—Venga un segundo —dijo haciendo un gesto con la mano.

Silvio le siguió hasta la calle, sin ningún interés. Ya en la escalera que desembocaba en la acera se pararon junto a la columna donde hacía escasos días se habían dirigido la palabra por primera vez. Ahora el padre Larrea estaba casi en la misma posición, señalando un estrecho portal que estaba justo en la acera de enfrente.

—Tampoco me gusta andar demasiado, de modo que me procuré un domicilio cercano al lugar donde más tiempo suelo pasar —dijo.

Silvio estuvo tentado de marcharse de una vez. Si acaso, dando las gracias con voz lo suficientemente alta como para que el sacerdote pudiera escucharlas mientras él se alejaba a paso ligero. El problema es que seguía sin querer ir a ninguna parte, y que el hambriento rugido iba aumentando en sus oídos, solo que ahora provenía de su propio estómago. Volvió a mirar el perfil del cura, que seguía con la vista puesta en el portal, luego miró hacia allí y otra vez regresó al sacerdote, que ahora le observaba de frente.

—Está bien —contestó—. Pero no me quedaré mucho tiempo.

El edificio no era gran cosa. Uno de esos bloques antiguos de los años cincuenta que aún conservaban en su fachada la placa gris y negra con el yugo y las siete flechas, advirtiendo de que se trataba de viviendas sociales construidas durante la época del franquismo. El piso del padre Larrea era el último: un cuarto y sin ascensor. Subieron despacio y, a la altura del segundo, Silvio se detuvo apoyándose en el pasamano y notando cómo le faltaba el aire. Su anfitrión fingió no darse cuenta y se paró junto a él, simulando observar de cerca lo que parecía un nuevo desconchón en la pared. Luego continuaron ascendiendo los dos pisos que restaban antes de plantarse en la puerta número ocho de la escalera. El cura sacó de su bolsillo una pequeña cruz de madera de la que pendían varias llaves de diversas formas y colores. A pesar de la penumbra localizó de inmediato la que buscaba.

—Por cierto —dijo introduciéndola en la cerradura—, ¿dónde está Pirata?

—Lo he dejado en casa. Los médicos no me dejan llevarlo a la quimio. Además, no quería volver a dejarlo tirado en un patio trasero.

—Es una lástima. Se habría llevado muy bien con este granuja.

Y al decir esto abrió la puerta, saliendo al encuentro de ambos un joven ejemplar de cocker spaniel canela que los recibió con grandes saltos y jadeos. El padre Larrea pasó al interior, seguido por el perro, que se enredaba entre sus piernas, y caminó hasta detenerse en medio del salón. El animal soltó un ladrido y su dueño le mandó callar alzando un dedo. Luego se dio media vuelta y miró a Silvio.

—¿No piensa entrar? Puede que esta no sea la casa de Dios, pero sí lo es de un humilde pastor suyo.

El inspector elevó sus ojos por encima de la mirada gris del sacerdote y estudió de un vistazo la estancia. Era enorme, tal vez demasiado para ser el domicilio de un simple cura. Carecía de recibidor, por lo que el amplio salón quedaba expuesto a la vista de cualquiera que se situara justo en el lugar donde Silvio aguardaba, y desde donde podía divisar tres puertas al fondo. Echó cuentas. Descartados un dormitorio, el baño y la cocina, supuso entonces que su anfitrión había obrado para ampliar la estancia a costa de alguna otra habitación.

Como quiera que su invitado seguía sin decidirse a entrar, el padre Larrea se aproximó hasta una cómoda de caoba rematada en su parte superior por un platillo de loza blanco sobre el que dejó caer el pesado llavero. Cuando se volvió, Silvio ya estaba dentro.

—¿Qué le apetece comer?

—Nada, ya se lo dije. No tengo hambre.

—Es normal en los primeros días, pero ¿me aceptaría un consejo?

—¿Un consejo de cura?

El padre Larrea sonrió con fuerza.

—Más bien de amigo. Incluso clínico, si me apura.

Silvio asintió.

—Verá, dentro de unos días no se sentirá tan bien como ahora. Supongo que ya se lo habrán comentado. Comenzarán las molestias y la desgana será aún mayor. Estar desnutrido no le ayudará en nada, créame. Así que aproveche para comer algo, aunque sea ligero.

Como si pretendiera obligarle a pensar en lo que acababa de decirle, el padre Larrea no esperó la respuesta de su invitado y atravesó el salón con el perro pegado a sus pies en dirección a la cocina. Entró en ella y Silvio escuchó el sonido de un chorro de agua vertiéndose sobre lo que parecía una escudilla metálica seguido de los desaforados lametones del animal que calmaba su sed. Luego, el sacerdote volvió a asomar la cabeza por la puerta entreabierta y le mostró una fuente de cristal vacía.

—Si le parece bien, prepararé una buena ensalada. Con este calor creo que es lo más apropiado.

Silvio no dijo nada.

—¡Pero siéntese, no se quede ahí parado! Está usted en su casa, amigo mío

—dijo antes de volver a desaparecer por el hueco de la puerta.

Dada su inusual amplitud, el salón estaba dividido en dos partes. Una destinada a sala de estar, con su mobiliario característico, mientras la otra, más alejada, estaba acondicionada como un despacho dominado por una mesa antigua cuya superficie estaba completamente despejada, a excepción de un cofre de madera de tamaño mediano situado en una esquina. Detrás, un gran mueble saturado de libros cubría toda la pared a modo de pequeña biblioteca.

—¿Quiere que le ayude en algo? —preguntó el inspector en voz alta.

—En absoluto —se escuchó desde el otro lado de la puerta—. Póngase cómodo y vaya haciendo acopio de hambre.

Silvio buscó el sofá más cercano y se acomodó en un rincón del mismo. El perro se había callado y el sacerdote, de ademanes discretos, apenas si hacía ruido en su quehacer culinario. Respiró profundamente. Empezaba a sentirse relajado en la quietud de aquel silencioso lugar. No habían pasado ni cinco minutos cuando apareció con la ensalada entre las manos y un pequeño mantel colgado de su brazo izquierdo.

—Espero que le gusten las nueces —dijo colocando la fuente sobre una pequeña mesa redonda.

—No me disgustan.

—Estupendo. Le vendrán muy bien, se lo aseguro. ¿Qué beberá?

—Agua. Solo quiero agua.

—Entonces yo beberé lo mismo.

Fue una comida frugal y breve. Silvio apenas se sirvió un poco de ensalada. Pinchaba los trozos de lechuga con el tenedor mecánicamente y se los llevaba a la boca. Había empezado a notar que no salivaba bien, lo que unido a su falta de apetito le obligaba a masticar muy despacio. El padre Larrea tampoco comió demasiado, y al terminar rechazó vivamente el intento de su invitado por ayudarle a quitar la mesa. En vez de eso, le propuso tomar asiento frente al escritorio del despacho mientras él preparaba el café. Al ir a coger una silla, Silvio volvió a fijarse en el cofre rectangular. La madera barnizada de la tapa estaba tallada formando delicadas filigranas y le pareció que despedía un aroma que no supo identificar, máxime cuando se mezcló con el del café recién hecho que el sacerdote traía.

—Lo tomará solo, ¿verdad? —preguntó, mostrándole la cafetera.

—Tiene usted buena memoria.

—No crea —se excusó—. Ocurre que no suele venir mucha gente a verme, así que lo extraño sería olvidarlo.

Mientras el café gorgoteaba al precipitarse dentro de la taza, Silvio se entretuvo en contemplar desde su asiento los volúmenes que colmaban las repisas situadas a la espalda del sacerdote. *Sugerencias*, de Gar Mar o el *Diccionario Etimológico Latino*, de Raimundo de Miguel eran algunos de los títulos que alcanzó a ver pese a la tenue luz. El padre Larrea se volvió, satisfecho, hacia las estanterías.

—¿Le gustan? Son solo viejos libros de temas religiosos, derecho canónico, e incluso creo que entre ellos anda perdida alguna revista litúrgica. Los adquiero en anticuarios o en librerías de viejo y luego los encuaderno.

El olor del cuero se agregó a la extraña mezcolanza de fragancias secas que inundaban aquel rincón de la estancia, y que inspiró de nuevo en Silvio esa sensación de tranquilidad.

—Debe de ser una tarea muy difícil —comentó.

El padre Larrea terminó de llenar su taza y dejó la cafetera sobre un salvamanteles hecho de bambú. Había un aire reflexivo en su rostro.

—Lo fácil o lo difícil son simples percepciones —respondió—. ¿Ha leído usted a Descartes?

—En el instituto.

—¿Recuerda su Teoría del Conocimiento? Puede que en su día le pareciera algo enrevesada, pero, si se fija, es posible aplicarla a cualquier actividad que realicemos. Incluida la encuadernación.

Volvió a girarse hacia la estantería y, tras una breve búsqueda, cogió uno de los ejemplares.

—Básicamente, se trata de descomponer lo complejo en verdades simples. Una vez que se han desgranado y estudiado por separado los elementos básicos de un arte, los materiales necesarios, la técnica adecuada, el tiempo requerido... encuadernado uno, encuadernados todos. Claro está —añadió con un gesto de amargura mientras acariciaba el lomo plagado de bultos del libro que sostenía en sus manos— que unas veces con más fortuna que otras.

Devolvió el tomo a su lugar y regresó al escritorio. Levantó su taza con cuidado, aspiró el vaho del negro líquido todavía hirviendo y la dejó de nuevo

sobre la mesa. Luego miró a su invitado, que trataba de dar el primer sorbo sin quemarse.

—Me temo que ambos tendremos que esperar un poco —dijo soltando una breve carcajada—. Tómese lo con calma, señor Tanco, no tenga prisa. Mientras tanto, espero que no le importe que aproveche...

Abrió uno de los cajones del escritorio y comenzó a sacar, una a una, hasta un total de quince pitilleras metálicas de diferentes estilos, las cuales fue colocando con mimo y en perfecto orden sobre el cristal, agrupadas en filas de tres. Las había de todo tipo: doradas y finas, otras tantas plateadas con el broche de cierre rematado en nácar o con un brillante, y alguna otra de color bronce. Cuando terminó de ubicarlas levantó la mirada, encontrándose con la de Silvio, que sonrió para sus adentros al comprender que ni siquiera un sacerdote está a salvo del pecado de la vanidad.

—Puede que esto se desvíe un poco de la imagen que habitualmente se tiene de un ministro de Dios —se justificó—, pero en los tiempos que corren considero que resulta incluso sano que los curas podamos permitirnos ciertas imperfecciones.

—¿Con lo de imperfecciones se refiere a fumar o al coleccionismo?

—Al coleccionismo —precisó—. Fumar es, simple y llanamente, un vicio. O al menos así nos lo hacían creer en el seminario. Pero me consuelo pensando en las sabias palabras de Séneca: lo que al principio fueron vicios, hoy son costumbres.

El perro, que hasta ese momento había permanecido tumbado a los pies de su dueño, pareció haber decidido que ya estaba bien de conversación. Alzó la cabeza, meneó la cola y se levantó de un salto, iniciando una frenética carrera entre ellos y la puerta de la vivienda mientras lanzaba alegres ladridos.

—Habría de disculparle, pero la primavera causa estragos, y en estos días ya puede imaginar cuál es su único y mundano objetivo. De eso nada, Peneque —añadió, dirigiéndose, divertido, al animal—. ¡Aquí todos tenemos que ser célibes!

Silvio hizo un gesto con los labios que pretendía alcanzar la categoría de sonrisa pero se quedó en una mueca desgana. La paz de aquel lugar le hacía sentirse muy cómodo aunque volvía a apoderarse de él ese sopor que últimamente le acometía sin previo aviso. El padre Larrea había abierto el

cofre mientras tanto, y al descubrir su contenido, el inspector reconoció por fin el misterioso olor que emanaba de aquella caja barnizada. Su interior estaba repleto de cigarrillos que el sacerdote, con sumo cuidado, iba cogiendo uno a uno para introducirlos a continuación en una de las pitilleras que había seleccionado de entre el muestrario. Una fina y pequeña, de color oro envejecido, cuya tapa estaba cubierta por un bellissimo damasquinado.

—¿Cómo le ha ido en su primera sesión de quimioterapia? —preguntó, cambiando de tercio.

Silvio estaba tan embriagado por el dulce aroma del tabaco fresco y a la vez tan concentrado en la tarea del cura que la interpelación le cogió desprevenido.

—Convivo con esta maldición a cada instante, así que si no le importa, preferiría hablar de otra cosa.

O incluso mejor que no habláramos, completó para sí la oración mientras se arriesgaba a probar otro sorbo. No estaba mal. Desde luego, el curita parecía entender de cafés, pero la valiosa tranquilidad que aquella casa le sugería estaba en serio peligro dado el empeño de su anfitrión por mantener una conversación ahora que ya había conseguido restregarle por las narices su colección de petacas.

—Como quiera —accedió el padre Larrea, afanándose en colocar con mimo el último de los cigarrillos en medio de un embelesado silencio que duró hasta el suave clac de la pitillera al cerrarse—. Se sentirá extraño...

—¿Por qué?

—Ya sabe, lo de la televisión. Todo el mundo vio cómo sus jefes le echaban, luego a un asesino reclamar su vuelta... Es usted muy famoso. ¿No siente demasiada presión estando en el punto de mira de tanta gente?

—No quería ninguna fama y, como se suele decir, no va a cambiarme —dijo sarcásticamente—. Digamos que no figura entre mis preocupaciones.

—Me alegro. Francamente, no me gustaría estar en su pellejo.

—Bueno, sin duda usted sabe bastante de eso. Su jefe también tuvo una vida bastante controvertida y mire, al final logró llevarse de calle a una legión de seguidores.

El padre Larrea inclinó un poco la cabeza, riendo con indulgencia la blasfemia.

—Aproximadamente, un tercio de la población mundial —puntualizó—. ¿Y usted? ¿También es cristiano?

—Agnóstico, aunque bautizado. Hay cuestiones que nuestros padres no nos plantean cuando nacemos. Cosas de la cultura heredada.

La contrariada expresión del sacerdote casi le obligó a continuar hablando.

—Es evidente. Si hubiera nacido en cualquier país árabe, supongo que sería musulmán. De haberlo hecho en la India, es más que probable que fuera hindú.

—Incluso en esos países existen cristianos. ¿Cómo explica eso?

Silvio miró el interior de su taza. El café casi intacto había dejado de humear y lo que más le apetecía en ese momento era bebérselo de un trago y largarse de allí. Pero había entrado al trapo de la discusión y ahora debía terminarla.

—Desde el «con la espada y con la cruz» de hace siglos hasta el *marketing* actual, hay que reconocer que ustedes tienen una innegable habilidad para propagarse.

—¿Cree que la fe no tiene nada que ver?

—Venga ya, padre. Se puede tener fe en cualquier cosa, lo mismo en las hadas que en el Ratoncito Pérez. ¿No se ha parado a pensar en que la Virgen solo se le aparece a los cristianos pero no a los budistas? Cada cual identifica el objeto de su creencia, y eso está en su interior, en lo que le han enseñado. No depende de ningún ser externo.

—En parte puede que tenga razón. Jehová, Buda, Alá... Tan diferentes nombres son producto del imaginario popular influido por las costumbres de una sociedad. Sin embargo, hay algo singular y revelador en todo ello. Desde el albor de los tiempos, y con independencia de los continentes que habitaran, de su cultura o de sus símbolos, todos los seres humanos han sentido siempre la presencia de Dios. Esa es la prueba más sencilla y hermosa: la idea que de su propia existencia Él mismo insufla a sus criaturas.

—Falso. Un niño que no es educado en la fe jamás se plantea la existencia de un dios. ¿Acaso su patrón olvida introducir esa idea en su pequeño cerebro?

El sacerdote alzó un poco más la barbilla, sin dejarse amilanar por la

descreída lógica de su invitado. Aguardó un instante antes de responder:

—Supongo entonces que sigue imaginando a Dios como un anciano severo de barba blanca —sonrió—. Su argumento resulta válido desde la óptica de una fe infantil, pero la madurez de una creencia sobreviene cuando el ser humano siente dentro de sí una virtud que siempre está presente y que lo hace igual a todos los demás, con independencia de su edad, su cultura o su país de origen.

—¿Y cuál es?

No acababa de creerse que la pregunta hubiera salido de su boca, pero aquel café sabía tan bien que estaba dispuesto a soportar un rato más la charla divina.

—*Deus caritas est*, predicaban los primeros cristianos. Incluso el Papa Emérito Benedicto XVI tituló así su primera encíclica. Dios es amor, traducimos ahora. ¿Le suena de algo?

—Levemente.

El sacerdote había cogido otra pitillera, esta vez del centro de la mesa, algo más pequeña que la anterior y con la fina superficie de metal estriada y chapada en plata.

—Esa es la virtud que los creyentes atribuimos a Dios. El amor por encima de todas las cosas.

—¿Qué tiene que ver amar a alguien con creer en un ser superior?

—Eso mismo se preguntaban los griegos, que consideraban el *eros*, el amor erótico, como un éxtasis o comunión con la divinidad. Lamentablemente, por todos es conocido que la idea se les acabó yendo de las manos y derivó en puro sexo.

—Otro vicio.

El sacerdote acusó la impertinencia pero siguió hablando.

—La religión no afirma que el amor erótico, con todo lo que implica, sea malo. Al contrario. Es su exceso el que termina por reducir la grandeza del cuerpo humano a una simple mercancía. No, no es ese tipo de amor al que me refería, sino al *agapé* griego, al amor incondicional que Dios siente por la Humanidad hasta el punto de no esperar nada a cambio.

—¿A que a un tipo presuntamente superior le dé por crear insignificantes criaturas para exigirles a continuación que le recen y le ofrezcan sacrificios le

llama usted no esperar nada a cambio? Discrepo.

—Mi querido amigo —volvió a sonreír el sacerdote, esta vez con menor intensidad—, usted pretende llevarme al terreno de la simplicidad, y por fortuna las cosas son algo más complejas. No se trata de adorar o de rendir pleitesías. Eso era más propio de los ídolos de otras culturas anteriores al cristianismo y contra las que este luchó precisamente con esa espada y con esa cruz de las que antes me hablaba. No voy a negarle los terribles errores que se cometieron por parte de la Iglesia Católica en otros tiempos, pero esas son etapas ya superadas. Lo único que no ha cambiado en nosotros como seres humanos es nuestra naturaleza, la necesidad de evolucionar y mejorar cada día. Solo con el trabajo y el sacrificio diario podemos alcanzar esa meta de realización, y conforme nos vamos acercando a ella, los cristianos ofrecemos ese esfuerzo a Dios como un modo de corresponder a quien con tanta generosidad nos creó.

—Como teoría puede parecer convincente, padre, pero de nuevo nos topamos con el muro infranqueable de que no existe ninguna prueba de todo cuanto me está contando. El resumen de todo esto es que su dios prefiere ser adorado antes que razonado.

—Desde luego —afirmó el sacerdote para sorpresa de Silvio, justo antes de puntualizar—, sencillamente porque la fe es un argumento, y no una demostración. Es razonable pero no empírica, entre otras cosas porque no necesita serlo. Se basta a sí misma para dar sentido a nuestra existencia. Es aceptar una idea que, de un modo u otro, vive dormida dentro de nosotros. Creer es pensar con asentimiento, dejó escrito San Agustín.

—Es decir, que admite que la fe y la razón se repelen.

—¡En absoluto, inspector! —repuso levantándose. Se aproximó a los estantes y cogió uno de los volúmenes más nuevos que había. Cuando lo dejó sobre la mesa ya estaba abierto, y su dedo índice señalaba una ilustración del célebre David, de Miguel Ángel—. Supongo que no es la primera vez que lo ve, pero ahora fijese en él con más atención. Observe su expresión, sus formas, la fidelidad con que el escultor supo plasmar la belleza del cuerpo humano. Para esculpirlo hubo de aprender previamente técnicas que ya existían, tal vez inventar algunas nuevas. Esa es la parte técnica del asunto pero, ¿de qué le hubiera servido la ciencia de haber carecido de su

sensibilidad artística, de no haber albergado dentro de sí esa idea latente de lo que era precisamente la belleza? Para reconocer una realidad, antes e imprescindiblemente hay que saber en qué consiste. Eso es la fe, señor Tanco.

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde cuando Silvio decidió que aquella conversación, al igual que el café de su taza, se había terminado. Se levantó y agradeció la invitación al padre Larrea, cuyo desconcierto inicial le hizo quedarse sentado mirándole con cierto aire de decepción. Pero al instante se recompuso e hizo lo propio, acompañándole hasta la salida.

—Le pido disculpas si le ha parecido inoportuna nuestra conversación —se excusó—. Comprendo que está muy cansado y que lo último que le apetece es enredarse en disquisiciones religiosas. Créame que lo lamento.

—No tiene por qué disculparse. Al contrario, le agradezco la compañía y el café. Tiene usted un despacho realmente interesante —agregó, señalando la biblioteca con la cabeza.

El padre Larrea alzó ambas manos y sonrió agradecido. Cuando llegaron a la puerta se detuvieron. A sus pies, el perro volvía a mostrarse agitado.

—Está bien, Peneque —concedió el sacerdote—. Tú que puedes, date una vueltecilla.

Abrió la puerta el espacio justo para que saliera disparado hacia la calle. A Silvio le hizo gracia el tono castizo, muy del sur, que el cura usaba para dirigirse al animal.

—¿Cómo saldrá del portal? —se interesó.

—¡Oh! Siempre hay algún vecino que entra o sale y le abre la puerta; lo conocen de sobra. Mientras tanto suele entretenerse explorando los rellanos.

—¿No tiene miedo de que algún día no vuelva?

—No —contestó rotundo—. Es gracias a mí que tiene agua, comida y bienestar. No es un perro muy inteligente, pero desde luego tampoco es tonto. Al final, inspector, todo bicho viviente sabe muy bien lo que le conviene.

—Aunque no siempre esté en su mano procurárselo.

—¿A qué se refiere?

—Antes me dijo que había muchos casos como el mío. Yo sé muy bien lo que me conviene, pero me temo que no está en mi mano el curarme o no.

—También le dije que ningún paciente se parece a otro. Lo que es incuestionable es que la actitud positiva ayuda bastante. En cuanto a lo demás,

en mi opinión es inútil establecer un paralelismo entre síntomas o plazos.

—¿Ni siquiera respecto al miedo?

El padre Larrea suspiró.

—Ese es quizá el único denominador común de los que sufren su enfermedad —admitió—. Y ya que lo menciona, ¿tiene usted miedo a la muerte?

—Soy policía de Homicidios. Convivo con ella a diario.

—Pero no con la suya.

—Se nota que no conoce mi trabajo.

—Sobre la muerte..., digamos que solo puedo hablarle con cierta elocuencia sobre sus connotaciones divinas. Las humanas me quedan bastante más alejadas. Justo lo contrario de lo que le sucede a usted.

—Mi experiencia respecto al *antes* de la muerte está más que demostrada. Pero, ¿acaso podría contarme algo sobre el *después*?

—Debería usted tomarse su tiempo y mirar en su interior. Puede que descubra la fe. A lo mejor se sorprende.

—A lo mejor. Pero a estas alturas lo veo demasiado arriesgado.

El sacerdote levantó su mano derecha, despacio, para acabar posándola sobre su hombro.

—Crear es un bello riesgo, dijo Sócrates.

—Tal vez... En fin, padre —le ofreció su mano—, de nuevo gracias por todo. Espero que le vaya bien.

—Lo mismo le deseo, señor Tanco. Supongo que nos veremos por el hospital.

XVIII CAPÍTULO

*Usted cree que la ha visto (...). Pero está equivocado.
Cierre los ojos y vuelva a abrirlos y ya no la verá. No le
conviene.*

ANTONIO MUÑOZ MOLINA
Beltenebros

Solo el persistente rumor del agua chocando contra la piel de Silvio era más fuerte que el silencio helado de una noche sin rastro de nubes. La luna llena enturbiaba la negritud de un cielo bajo el que danzaba una ligera brisilla. Con ambas manos apoyadas sobre los gastados azulejos blancos, el inspector recibía el chorro de la ducha hirviendo en la nuca. Con las piernas flexionadas y la espalda encorvada, por sus labios entreabiertos se deslizaban gotas sinuosas que terminaban precipitándose al vacío. De su piel escaldada emanaba el vaho que ascendía hasta perderse por la claraboya entreabierta para transfigurarse en un blanco más intenso al contacto con la gelidez exterior y llevarse consigo la vana ilusión de que sus problemas también podían evaporarse. Se mantuvo así hasta que empezó a sentir el punzante escozor que delataba una epidermis rozando el límite. Terminó de secarse, calculando cuánto tiempo le quedaba antes de la hora prevista.

Nadie sabía lo que iba a hacer esa noche, excepto ella. Ya no podía fiarse de ninguna otra persona, y menos aún de su propio entorno. Demasiadas sombras rondándole en forma de rostros y malas intenciones, empeñadas en adueñarse de su vida y de la investigación sobre los asesinatos, surgían de los lugares más insospechados.

De pronto creyó que había dejado de pensar, pero no era cierto. Era el

silencio que le rodeaba. Puede que debiera ir acostumbrándose a la sensación de la nada antes de que esta se lo llevara definitivamente. Pensaba en ello con cierta comodidad cuando notó sobre sí las miradas de reproche de Gisela, Belmonte y la jueza Téllez. A diferencia de él, ninguno de ellos había tenido la oportunidad de prepararse para el fin de su vida. Pero, lejos de sentirse culpable, recordó que eso solo influía en lo tocante al mundo físico, en lo que allí dejaría abandonado. Lo que vendría después los colocaba a la misma altura, y cada vez estaba más convencido de que ya no podía escapar de ese destino. Notó un escalofrío al mismo tiempo que se convenció de que no les debía nada a ninguno de los tres. Por eso les sostuvo la mirada.

Se enrolló una toalla a la cintura, caminó hasta el salón y se sentó en el sofá junto a Pirata, que seguía durmiendo, ajeno al bullicio de los pensamientos de su dueño. El color marfil de su pelo parecía blanco en contraste con el suelo de parqué oscuro, y su plácida expresión se desbarataba en los momentos en que elevaba el belfo con una pequeña sacudida. Después de todo, quizá los deseos y los miedos, materia fundamental de los sueños, no pertenezcan solo al ámbito humano.

La cabeza le daba vueltas. Demasiada agua caliente, razonó. Tenía una sensación extraña, como un dulce mareo, a caballo entre la desesperación que vivía instalada en él y la feliz despreocupación que a ratos le invadía. Tuvo entonces la fugaz certeza de que ninguno de los dos estados era tan real como parecía. Sopló con suavidad en el hueco de su mano. Notaba algo diferente en su aliento, un regusto agrio que achacó a la medicación y que le desagradaba. Se le ocurrió sepultarlo bajo el humo de un cigarrillo, y esa idea le trajo el recuerdo del padre Larrea y sus pitilleras. Aunque el sabor picante del tabaco le apetecía mucho más que rememorar los piadosos consejos del curita. Se acercó a un mueble y rebuscó en los cajones hasta dar con un arrugado paquete en cuyo interior rodaban con libertad dos pitillos. Sacó uno y aspiró el aroma suave y conciliador que liberan justo antes de morir abrasados entre los labios. Al cabo se lo pensó mejor, lo dejó sobre el mueble y su lengua chasqueó cual si pronunciara un *por qué no* en voz baja. Acababa de decidir que la mejor forma de disimular su aspereza era bañándolo en un poco de alcohol.

Estaba al fondo del mueble bar. La botella de whisky estaba prácticamente

vacía, pero para el caso qué más daba. La dejó junto al cigarrillo encima de la mesa y se sentó en el sofá, con la toalla como única protección ante el frío que comenzaba a adueñarse del aire. Con los codos apoyados en sus piernas contempló los dos remedios expuestos sobre la madera, como si de bestias atrapadas tras el cristal blindado de un zoo se tratara, sin terminar de atreverse a romper esa barrera que tantos instantes de placer le había procurado a cambio de largos momentos de desgracia. Entonces se preguntó si en realidad no eran la botella y el pitillo los que le contemplaban a él. El sonido del timbre le dejó sin respuesta.

Miró el reloj. Las agujas marcaban las doce y media. Faltaba una hora para la cita en un lugar alejado de allí y no esperaba a nadie en casa. Su mente voló hasta su pistola, que descansaba en su funda sobre la mesa telefonera. De nuevo las sombras revoloteando a su alrededor, invadiendo los límites de una quietud que nunca antes había sentido tan vulnerada. Si el metal del arma deslizándose por la funda hizo algún ruido, este quedó solapado por los cautos pasos que le condujeron hasta la puerta. Ya era demasiado tarde para apagar la luz. Su presencia en la casa estaba más que delatada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo —dijo una voz de mujer.

¿Cómo es posible que la contrariedad y el deseo se alíen del modo más insospechado para componer una fórmula tan indeseada como apetecible? Estuvo tentado de repetir la pregunta para convencerse de que aquella voz y la presencia que la acompañaba eran reales. La última persona que esperaba ver allí se había convertido de pronto en la primera a la que ansiaba sentir cerca. Cuando abrió la puerta, los labios de Zulema Ncara temblaron imperceptiblemente, como si murmuraran una disculpa.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó.

Silvio echó un irónico vistazo a su cuerpo semidesnudo antes de responder.

—Profundamente, pero no importa. Pasa.

La mujer entró como si anduviera envuelta en una eterna duda, sin reparar en el arma que Silvio intentaba encajar en la parte trasera de la toalla con discreción. Sus dedos acariciaban distraídamente la piel morena y desnuda de sus brazos cruzados, y al llegar hasta la mesa del comedor se dio cuenta de

que él permanecía junto a la puerta, con una mano apoyada en el tirador y mirándola como quien contempla una aparición.

—Siento molestarte a estas horas —se excusó—. Llevo todo el día pensando cuál sería el mejor momento para venir a verte, pero por alguna razón no me atrevía. Al final, ya ves... Creo que he llegado en el peor.

Debía de resultarle la expresión de Silvio tan desacostumbrada que se estremeció, aumentando la intensidad de su propio abrazo y vibrando sus labios con más violencia. A veces la luz del día nos hace tan visibles que solo en la noche nos atrevemos a ser nosotros mismos, pensó él mientras cerraba la puerta. Al volverse de nuevo hacia ella, la luz de la lámpara iluminó la piel alarmanamente pálida de su rostro.

—Esperaba encontrarte con peor aspecto —dijo Zulema.

—Siento decepcionarte. Pero dame tiempo y lo tendré.

Si su compañera tardó en digerir el veneno desencantado que contenía esa respuesta, fue algo que procuró disimular mientras sus ojos oscuros se perdían en los vidrios negros de Pirata, que la estudiaba con interés. A pesar de no haberla visto antes, el animal parecía calmado en su presencia, y tras olisquear el bolso que la subinspectora dejó sobre una silla continuó mirándola mientras agitaba el blanco látigo de su cola.

—Traigo buenas noticias —anunció—. Vengo directamente de comisaría. Hemos localizado el perfil que envió el archivo sospechoso de infectar la centralita de la productora.

Algo se iluminó en el rostro de Silvio.

—¿De quién se trata?

Zulema alzó ambas manos.

—Espera. No es tan sencillo. De lo contrario, ¿crees que íbamos a estar aquí conversando en lugar de correr a cazar a ese asesino?

Pero Silvio acababa de perder las ganas de retóricas.

—¿Lo hizo como Armando nos comentó? ¿Mediante un...?

—Troyano, sí. Tampoco es que Bitoque descubriera la pólvora —aclaró con suficiencia—. Era la forma más fácil de hacerlo. La página web de *Astroesotérico* está inundada de cientos de mensajes de admiradores, muchos de los cuales suelen agregar enlaces publicitarios o archivos basura. Fue de ese modo como accedió.

—¿Y qué nombre utilizó?

—Al menos no podemos decir que ese cabrón no tenga sentido del humor. Resulta curioso que a nadie de la productora le extrañara recibir un archivo adjunto a nombre de una tal «Cesárea Velana».

De no haber sido por la ansiedad que se había adueñado de él, Silvio habría reído la chabacana treta que Ofiuco había empleado para burlar el débil sistema de seguridad de la productora.

—Necesito el informe pericial cuanto antes. Hay que pedir al juzgado el mandamiento para averiguar la IP a primera hora de la mañana.

—Para eso he venido —dijo Zulema sacando del bolso una decena de papeles que le alargó—. Entre otros motivos...

Sin dejar de mirarla, el inspector cogió las hojas acariciándose pensativamente la mejilla con la otra mano.

—¿Fuenteprada sabe algo de esto?

Zulema negó con la cabeza.

—Mejor así. Ahora no puedo ir a comisaría. Necesito unas horas para poner en orden todo esto.

La brisa vespertina había arreciado en un vientecillo que arrastraba hasta los pies de la casa el lejano murmullo de las olas que iban a morir más abajo, en el puerto. Ni siquiera eso enturbiaba el silencio que se hizo a continuación, y sobre el que se derramaban las miradas de dos personas entre cuyos pies la baldosa que apenas les separaba parecía haber adoptado la anchura de un millón de océanos. Y cuando Silvio pulsó el botón del reproductor musical y la versión de *Uptown girl*, interpretada por *La Taberna del Piano*, comenzó a sonar, el eco de sus cálidas notas destacó aún más ese gigantesco vacío.

—¿Qué te pasa?

La voz grave de Silvio acababa de quebrar el duelo de pupilas. Zulema iba a responder, pero antes volvió a mirar a Pirata, como si los ojillos vivarachos del animal fueran capaces de concederle tiempo y excusas.

—Quería saber cómo estás. Estaba preocupada, y los rumores de comisaría no me ayudaban a tranquilizarme.

—Para eso no hacía falta venir hasta aquí. Te hubiera bastado con llamarme hace días.

El remordimiento es un blanco demasiado fácil contra el que lanzar

afilados reproches. Pero, paradójicamente, su capacidad de encaje es limitada.

—Sabes lo mucho que me cuesta dar pasos así. Contigo y...

—... con cualquiera —completó Silvio la frase—. Me sé tu filosofía de memoria: esa extraña escala de valores tuya en la que los demás vamos subiendo o bajando peldaños según el pie con que te levantes.

La voz de la cantante acababa de ceder el paso al piano, que inició un solo improvisado con notas que revoloteaban alrededor de la tonalidad de La bemol, manteniendo ese vuelo hasta que decidieron aterrizar en forma de arpeggio para dejar que la voz regresara y se quedara para seguir contando su historia.

—Hace mucho tiempo que dejé de sentirme especial para ti —continuó él —, así que no te preocupes por eso. Pero al menos esperaba no llegar a formar parte del... ¿cómo lo llamabas?

Zulema le miró entonces con la expresión de quien acaba de comprender cómo, según las circunstancias, ciertas palabras cambian cruelmente de significado.

—El pelotón de los olvidados —murmuró, impregnada su voz más de vergüenza que de dolor.

El pelotón de los olvidados, repitió Silvio mientras pensaba en cómo la hiel que esa expresión ahora le sugería, en otros tiempos le había hecho carcajearse recordando a todos los hombres que lo componían y a los que compadecía por haber sido un simple pedazo en la vida de la mujer que durante aquellas noches interminables se los iba enumerando, yaciendo a su lado, refugiados ambos entre las almohadas, notando aún tibios y cercanos los restos de saliva en sus labios y en su piel. El piano había vuelto a rendirse ante la cantante, que iba por aquello de que al tipo de los barrios bajos no le llegaba el dinero para comprarle perlas a la chica de clase alta, pero que algún día, cuando llegara su barco, ella entendería qué clase de hombre había sido y entonces él habría ganado.

—Al margen de los rumores esto es lo que hay. Estoy aquí y estoy enfermo. Condenado a seguir trabajando para una gente que en el fondo me desprecia, e intentando atrapar a un asesino que se burla de todo cuanto somos —dijo. Luego dirigió la mirada hacia el aparato de música, con la vana

intención de perderla entre las notas que despedía—. Todo lo demás: mis costumbres, mis proyectos, mi salud, mi vida... todo es pasado, Zulema. Incluida tú.

Reprimió ella algo parecido a las ganas de llorar y meditó sobre lo que la voz de mujer que flotaba en la habitación a lomos del piano seguía cantando: cómo había estado viviendo en su mundo de pan blanco tanto tiempo como cualquiera de sangre caliente podría, pero que ahora, al fin, lo que buscaba verdaderamente era un tipo de los barrios bajos. Y eso es lo que él era.

—¿Necesitas algo? —le preguntó finalmente.

—Que esto termine de un modo u otro —respondió Silvio.

No quiso precisar a qué se refería exactamente. En cualquier caso ya estaba todo dicho. Los últimos siseos de los platillos de la batería se disipaban en el aire húmedo del salón cuando Silvio apagó el reproductor. La hora de marcharse se le había echado encima. Barbotó alguna excusa y entró en su habitación para vestirse. Entretanto, Zulema se aseguró de que el botón de la camisa que se había deslizado temerosamente entre sus dedos todo el tiempo seguía en su lugar. Cuando su compañero regresó, recuperó su bolso de la silla.

—¿Te llevó a algún sitio? —se ofreció.

—No hace falta, gracias.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

A Silvio aquello siempre le había parecido una estúpida redundancia. Escondarse tras el infantil escudo de plantear una cuestión con otra previa. Pero tenía demasiada prisa para quedarse a discutir.

—Tú dirás.

—¿Hay alguien en tu vida?

De nuevo esa adictiva mezcla de morbo y melancolía se volcó como un torrente por sus venas. El equilibrio perfecto entre la dosis justa de ego que le rescataba del pelotón de los olvidados y el desapego exacto como para que en realidad no le importara. Pero no podía permitirse el lujo de olvidar ni siquiera por un momento que la hermosa mujer que tenía delante y con la que un día había compartido cuantos gemidos y anhelos caben en una sola madrugada poseía una inteligencia capaz de adormecer a cualquier sentimiento. Comprendió entonces que no eran los celos sino la curiosidad la

causante de su pregunta.

—¿De qué nos serviría a ambos que respondiera a eso? —dijo con toda la ambigüedad de la que fue capaz.

—Puede que de nada. Pero hasta hace no mucho malgastábamos nuestro tiempo en llorar sobre nuestros pañuelos. Quizá saber la respuesta me diera fuerzas para agitar el mío en el aire y despedirme por última vez.

—¿Sin rencores?

—Y sin pelotones.

El sincero abrazo entre dos personas que se supieron al fin condenadas al olvido quedó para siempre hundido en el reflejo de los oscuros ojos de Pirata.

Los adoquines de las calles languidecían bajo la enrarecida humedad de la madrugada. Silvio caminaba intentando no resbalar, notando cómo la viscosa película bajo sus pies parecía impelerle a deslizarse cuanto antes hacia su destino. Oyó a lo lejos el gemido quebrado de una sirena que provenía de lo más profundo del mar, y eso hizo que aumentara el frío que le corroía. Sobrecogido, apretó el paso, sin conseguir despojarse del chirriante lamento que flotaba a lo lejos sobre la negritud de unas olas cuyo sordo fragor se iba acrecentando según dejaba atrás el laberíntico entramado de calles en las que la resonancia amplificaba la desazón que sentía. Esquivó un socavón del asfalto gracias a la escasa luz que a modo de limosna una triste farola le ofrecía, sin distinguirlo de las pocas almas que a esas horas se atrevían a vagar por allí buscando consuelo donde a nadie más se le habría ocurrido hacerlo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos de su cazadora. Palpó una vez más la memoria usb que había encontrado en el velero de Eduardo Belmonte y que descansaba entre los pliegues de la tela forrada de raso. Y allí era donde debía continuar. Llegó por fin al extremo de la cuesta y siguió caminando por la parte más interior de la acera del paseo marítimo, a duras penas oculto por unas sombras que a nadie más que a él importaban. Miró a su derecha, y en medio de la oscuridad alcanzó a ver la espuma blanca y súbita rompiendo contra las rocas, dotando de forma física al rabioso estruendo que fue borrando sus pasos conforme se fue acercando a la oxidada reja metálica que presuntamente prohibía el paso al malecón. Aquella noche la luna había

decidido no ser cómplice de la desesperada discreción que necesitaba y, aunque estaba seguro de que nadie vigilaba sus pasos, de haber sido así, quien quiera que le hubiese observado llegar al lugar —tal vez desde alguna de las ajadas azoteas del barrio de los pescadores o a través del parabrisas de cualquiera de los numerosos coches que se agolpaban junto al malecón, y en cuyo interior se abandonaban al gozo y a las venéreas parejas sedientas de sexo rápido— habría reparado en los mismos ojos esquivos tajados por el resplandor del astro nocturno que estaban posados sobre él desde hacía muchos metros. Unos ojos dueños de una mirada que, a pesar de la costumbre, le hizo estremecerse una vez más.

—Buenas noches —saludó.

—Hola.

La preocupación se reflejaba en el semblante de Raquel, tan quebrado como el cartel que advertía del peligro de acceder a la escollera. Pero además, Silvio detectó esta vez algo que jamás antes había visto en ella. Desconfiaba. Estaba claro. Su amiga, su compañera, su amante... desconfiaba, si no de él, sí de las misteriosas circunstancias en las que la había citado.

—Esto se nos está yendo de las manos, Silvio. ¿Qué pretendes? ¿Terminar de romper mi matrimonio? No quieras saber cómo se ha puesto Jacobo cuando le he dicho que tenía que acudir a una vigilancia a estas horas. Pero bueno, sé que eso a ti no te importa. Nunca lo ha hecho.

—Te equivocas —replicó—. Me importa, al menos ahora. No habrás venido en coche...

—Sí —titubeó—. Pero lo dejé aparcado bien lejos y he hecho el resto del camino andando. No te preocupes.

—Ya había tenido en cuenta cómo se lo tomaría tu marido. Por eso deduje que pondrías aún más cuidado en evitar que nadie te siguiera.

—Eso es cierto —reconoció.

—Mejor. Si has logrado despistar a Jacobo lo habrás hecho con cualquier otro.

—¿De qué estás hablando?

Iba a explicárselo cuando cayó en la cuenta de que lo mejor era marcharse de allí. Aunque habían puesto todo su empeño en evitar miradas indeseables aquella seguridad no podía durar mucho más tiempo, conque la tomó de un

brazo y la apremió a seguir caminando, volviendo ambos a refugiarse entre las sombras irregulares que jalonaban los rincones de aquella barriada próxima al mar. Fue un agitado paseo, con cambios bruscos de trayectoria y sin dirección aparente, durante el cual Silvio aprovechó para referirle sus sospechas y el motivo de tan peculiar encuentro. Le contó que había vuelto al punto en el que se había torcido el caso, el *Indalo III*, y el modo en que tras un buen rato de búsqueda se había dado cuenta de que la brújula señalaba erróneamente el norte magnético, y cómo al abrirla había descubierto que estaba bloqueada por el dispositivo usb escondido dentro del mecanismo interior y que contenía, entre otros archivos, una carpeta con perfiles de hombres y mujeres, además de algunas fotografías que revelaban que Belmonte no era el modélico y anodino empresario que su familia creía. O al menos era algo más que eso. Y cómo de entre todos esos datos indiscretos sobresalía el nombre de un lugar de la ciudad conocido solo en ciertos ambientes, que frecuentaban aquellos que sabían dejarse guiar por la oscuridad y por el inconfesable deseo de una vida excitante más allá del tedio cotidiano. Un local con tantos años de historia como de olvido y que, treinta minutos de caminata después, se alzaba frente a ellos, tan aparentemente disimulado como lo había sido su paseo: el club de intercambio de parejas Excalibur.

Tenía el aspecto de lo que era. Un caserón viejo, de angosta fachada pintada de un color que en su día debió de aspirar a ser rosa palo y que mostraba los evidentes signos del paso del tiempo. Sentado en un taburete, el negro que hacía de portero les miró sin demasiado interés mientras se mordisqueaba una uña. Parecían una pareja corriente, vestidos de manera informal, cuyas caras desconfiadas no se distinguían demasiado de las de otros que se decidían a abandonar la rutina y dar aquel truculento paso. Sin decir ni una palabra, renunció al acto de onicofagia y con la misma mano les abrió la puerta de madera con desgana. Entraron, y apenas dos pasos después se vieron frente al pequeño mostrador de recepción que gobernaba una madama empeñada en desvirtuar sus años y excesos tras un recargado maquillaje y aún más aparatoso escote. Sesenta euros. Entrada y cuatro copas. Incluida taquilla y toalla, les advirtió. Silvio pagó mientras Raquel no osaba levantar la mirada, intentando evitar el escote y el bochorno que la sobrepasaban a partes iguales. La oscuridad disimuló el respingo que dio al sentir el brazo de su compañero

apoyándose suavemente en su hombro para invitarla a pasar primero.

La barra principal recorría el lado derecho del local, jalonada por taburetes de aspecto tan pesado que se diría que estaban pegados al suelo. A la izquierda, junto a la máquina del tabaco, una estrecha balaustrada de madera soportaba un estrado con cinco o seis mesas altas rodeadas por unas espigadas sillas, mudas y raquílicas, de una madera tan oscura que la penumbra del lugar hacía difícil verlas. Los altavoces escupían algo parecido a una bachata que hacía vibrar el suelo por el que avanzaban. No más de ocho o nueve personas había en aquella parte del club, un par de ellas bailando en medio de las mesas con la soltura que el alcohol y los fracasos terminan por conceder. Un poco más cerca, dos tipos sentados en la barra conversaban con las cabezas muy juntas y aire precavido, como si pese al ruido alguien más pudiera escucharlos. El que parecía más joven llevaba una perilla desarreglada y un aro de plata brillante en la oreja, ojos saltones y mirada intensa, y parecía estar embaucando al tipo gordo con aire bobalicón que asentía a todas y cada una de sus palabras entre trago y trago al cubata. Fue justo detrás del vaso que lo contenía donde aparecieron los ojos de la camarera. Era joven y pelirroja, y obsequió a la pareja recién llegada con esa falsa sonrisa de quien simula recordar a alguien que en realidad no conoce. No quedaba un pedazo de piel en sus brazos sin tatuar. Limpió apresuradamente la barra con una gamuza, volvió a sonreírles y se inclinó solícita para escuchar lo que Silvio le pedía al oído. Oía muy bien, a una fragancia marina con tintes secos. Al cabo de medio minuto dejó sobre el mostrador las dos copas solicitadas: un *gin-tonic* para él y ponche con cola para ella. Silvio cogió su vaso y echó un vistazo al fondo del local, donde dos jóvenes flacos de pelo largo jugaban sin demasiado interés una partida de billar. Luego volvió a mirar a la camarera, pero esta ya había hundido sus ojos en el fregadero. De haberle devuelto la mirada, sin duda habría sido mucho más amable que la que Raquel esgrimía en ese momento. La conocía muy bien. Se sentía realmente incómoda por estar allí, y él sabía que lo mínimo —lo único, mejor dicho— que podía hacer para mantenerla el tiempo necesario era prestarle toda su atención. Aún así, se sintió avergonzado cuando le pidió que pasearan juntos para reconocer el local.

Notaba estremecerse la cintura de su compañera bajo el brazo con el que

la rodeaba. No había más remedio que fingir que eran una pareja en busca de nuevas experiencias, solo que jamás habían estado tan cerca el uno del otro en público. Era, en verdad, una situación desconocida por completo para ellos. Las dudosas caricias, los besos calmantes de una sed culpable o la humedad conquistada a base de gemidos. Todo eso pertenecía a un universo pretérito e íntimo que había permanecido siempre oculto por los pesados telones que ahora se desgarraban, dejándoles expuestos a un mundo que les parecía saturado de luz y gente donde en realidad no había más que tinieblas envolviendo apenas una decena de almas huidizas. Dejaron atrás la primera sección del club y atravesaron una cortina de tacto áspero y color indefinido que les condujo a otra sala donde la música latina sonaba con más estridencia. Estaba decorada con finos estores y cuatro sofás separados entre sí por una prudente distancia. No había nadie sentado en ellos. Silvio alivió un poco la presión de su brazo pero notó que Raquel no se separaba pese a sentirse más libre. Aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, le costó distinguir los rasgos de su compañera cuando se volvió a mirarla. Había pasado de la turbación al miedo y él no sabía qué hacer. Levantó su mano y la invitó a sentarse en uno de los sofás. Cuando lo hicieron, permanecieron en silencio un buen rato. Hacía calor allí dentro y el aire acondicionado salía por las rejillas del techo con un fuerte olor a sintético. Un pequeño televisor en una de las esquinas superiores, bajo la moldura, mostraba escenas de una película porno barata.

Aumentaban el transcurso de los minutos y la proximidad física entre los dos, y Silvio cada vez estaba menos convencido de haber acertado acudiendo a aquel sórdido lugar forzando prácticamente a Raquel a que le acompañara. Por un momento admitió que no tenía ni idea de qué estaban haciendo allí. Pero al poco acudió de nuevo a él la misma sensación que había experimentado cuando se encontraba solo a bordo del velero de Eduardo Belmonte, justo cuando la angustia que lo devoraba por el tormento de su enfermedad y su situación personal había dejado paso por primera vez a una extraña sensación de júbilo al comprender que era el miserable chantaje de Ofiuco el que le devolvía a la investigación pese a las reticencias de Manuel Fuenteprada. Y cómo la expresión temerosa del jefe de la Policía Judicial cuando se habían despedido en el puerto le había confirmado que el

dispositivo que acababa de encontrar debía permanecer a buen recaudo hasta que pudiera estudiarlo a fondo. No obstante, imaginaba que hallaría cualquier cosa una vez analizado: lo mismo contabilidad no declarada del empresario que incluso imágenes relacionadas con la vomitiva pederastia. Eran ese tipo de intimidades las que solían encontrar paralelamente al transcurso de sus investigaciones a poco que rascaran en la vida de cualquier implicado en delitos tan graves. Pero no esto. No un pecado tan aparentemente común y liviano —más allá de arruinar otro espejismo de familia perfecta— que, sin embargo, Belmonte se había molestado en ocultar en un recóndito hueco de su barco. Era como comprar una caja fuerte solo para esconder el contenido de una hucha. Resultaba tan desproporcionado como extraño, y era eso lo que, forzando su garganta para hacerse oír a duras penas sobre la machacona bachata, logró contarle a Raquel mientras daba breves sorbos a su *gin-tonic*, como si a cada trago tuviera más cerca la clave, no tanto para resolver el caso como para comprender de una vez lo que él mismo intentaba explicarse por todos los medios. Ella no giró la cabeza en ningún momento para mirarle. No perdía de vista la entrada a aquella salita —una de las dos existentes. La segunda, que no habían visto al principio, estaba en un lateral, de modo que la estancia en la que se encontraban era más bien una zona de paso—, observando las pocas personas que a ratos atravesaban la raquílica cortina antes de desaparecer de nuevo tras ella. Cuando se dio cuenta de esto, Silvio se atrevió a sonreír por dentro. Ya no era la vergüenza la que movía las pupilas de su compañera intentando evitar miradas indiscretas que pudieran descubrirla, sino su instinto cazador el que la empujaba a estudiar todas y cada una de las siluetas que deambulaban por allí. Por fin, de un modo u otro, quizá incluso mejor que él mismo, Raquel empezaba a comprender.

Fue justamente una de esas siluetas la que les sacó de su estado de concentración. No se habían dado cuenta pero llevaba un buen rato estudiándoles. El fornido contorno de un hombre se vislumbraba a través de la tela raída que terminó por apartar para acceder al interior del cuartucho. Raquel se disponía en ese momento a coger el vaso y beber por primera vez, pero le pareció como si el propio hielo se congelara en su mano. Su respiración se aceleró y, por puro instinto, su brazo buscó el contacto con el de su compañero. El tipo estaba quieto, junto a la abertura, mirándoles con

todo descaro, con la mano izquierda caída a ese costado mientras que la derecha se movía despacio, buscando el bolsillo trasero. Silvio se puso en tensión. Su mano también empezó a deslizarse hacia la funda de su pistola pero había adoptado una postura tan relajada en el sofá que su propia espalda aprisionaba el arma contra un cojín. No podía echar mano de ella sin realizar un gesto brusco que les delataría sin más remedio. Se maldijo por ello. Raquel seguía con la copa entre los dedos, inmóvil, sin perder de vista al recién llegado ni hacer el amago de soltarla. Fueron unos segundos interminables, al cabo de los cuales el otro pareció pensárselo mejor. Sacó la mano vacía del bolsillo trasero, se la pasó por el pelo y terminó por acercarse al sofá. Cuando se inclinó sobre ellos comprobaron que era un hombre de unos cuarenta y pocos años, de aspecto desaliñado. El fulgor que emanaba del pequeño televisor en cuya pantalla continuaba el espectáculo de sexo de saldo reveló a contraluz en su rostro marcas propias de la varicela. Su aliento olía a tabaco mezclado con gingivitis y en un rápido ejercicio mental ninguno de los dos logró identificar su cara. No conocían a aquel tipo.

—Hola —saludó—. Esto... ¿os apetece que pasemos el rato?

Fue una negativa rotunda pero cortés. Incluso, aunque disimulada por la penumbra, el rechazado pretendiente creyó advertir una sonrisa de alivio en los labios de Raquel. Volvió a incorporarse, esperó unos segundos, no se sabe si con la esperanza de que reconsideraran su decisión o para encajar la respuesta, y sin decir nada más se marchó. Para cuando volvieron a cerrarse los cortinajes, los dos policías ya se sentían mucho más cómodos. Habían pasado una suerte de prueba tan absurda como inesperada que les había servido para romper el corsé del prejuicio ante lo desconocido y entender que aquel sitio no era muy distinto de otros que antaño les habían resultado igual de ajenos y hostiles. Entonces se miraron, y por primera vez en aquella noche y en mucho tiempo, ambos volvieron a reír abiertamente.

Otra bachata arrancó de nuevo y esta vez les pareció mucho más alegre. Se levantaron, perdida la vergüenza y recobrada la curiosidad, y se dirigieron hacia la segunda abertura con paso relajado, rozándose sus manos con cálida naturalidad. Descorrieron la cortina y avanzaron por un largo pasillo que les llevó hasta otra sala mucho más grande que la anterior. En el techo, barras de neón destilaban una suave luz azul que dotaba a la estancia de un ambiente

acogedor al que contribuían varios divanes circulares rematados con cojines rojos en forma de corazón. Clavado en una puerta, al fondo del todo, un pequeño cartel anunciaba un *jacuzzi* tras ella. Acomodadas sobre uno de los divanes, un par de parejas charlaban tan enfrascadas en su conversación que no repararon en ellos cuando entraron. El murmullo del aire acondicionado sonaba con fuerza junto a la música. Después de reconocer la sala, una expresión de contrariedad volvió a instalarse en el rostro de Silvio. No había nada allí dentro que pudiera ayudarles. Que Belmonte era un tipo con una doble vida resultaba tan evidente como en apariencia inútil para el propósito de su investigación.

Uno de los hombres del entretenido cuarteto se interesó por la parejita que llevaba un buen rato de pie en medio de la estancia, pensando si tal vez necesitarían de alguien que les introdujera en el ambiente para romper el hielo. Pero ninguno de los dos quería repetir la experiencia de hacía unos minutos, conque se apresuraron a sentarse en uno de los divanes vacíos, concretamente el más alejado de la sala. El tipo debió de captar el mensaje porque volvió a centrarse en sus tres acompañantes.

Con sus cabezas apoyadas en el asiento, Raquel miraba el perfil de Silvio pero él no se daba cuenta, perdidos sus ojos al frente, inmersos en la dudosa claridad del aire, tan azul y desconocido como lo era el mar que le acogía en momentos como este, en los que la amargura que se adueñaba de él parecía más grande que todos los océanos juntos.

—Puede que... —murmuró Raquel. Pero Silvio no escuchó el final de la frase, envuelta como quedó en la chillona música latina.

—¿Cómo dices?

—Que puede que aunque esta pista no conduzca a nada por lo menos has sido capaz de hallarla. Esa meticulosidad tuya hará que al final capturemos a Ofiuco.

Raquel había acercado tanto los labios a su oído que sus palabras sonaron tan claras y débiles como un susurro. Sonrió. Ya no por el cumplido sino por volver a sentir esa peculiar habilidad que su compañera tenía de insuflarle ánimos cada vez, y eran muchas, que dudaba de sus posibilidades de éxito durante una investigación.

—Esta vez es distinto —apuntó.

—Siempre lo es, Silvio.

Pero esta vez lo era más. Y ella lo sabía. Nunca antes había sentido esfumarse ese algo que siempre le sostenía hasta en los momentos más duros. Unos lo llamarían motivación; otros, constancia. Puede que incluso desesperación, qué más daba. En cualquier caso, era una fuerza que siempre caminaba unos pasos por delante y que le impulsaba a seguir con la obstinación del animal de carga que no conoce otro camino que el que tiene delante de sí. Ahora esa fuerza había desaparecido. Silvio volvió a pensar en el mar y en los solitarios acantilados, y en las ropas que el olvido había dejado dispuestas en forma de hombre que, pese a las apariencias, no le miraba. Se sentía de nuevo mecido por las aguas movidas por una brisa tan muda como ellas, pero esta vez dejaba atrás, muy atrás, los acantilados, la arena, la ciudad, y se alejaba cada vez más hacia el fondo, y según avanzaba notaba cómo remar parecía más fácil, aumentando su velocidad, sintiéndose más ligero, cual si fuera dejando caer su pasado, sus defectos, su enfermedad, su historia... Todos los lastres de una vida que había perdido su sentido en tierra. Todos, excepto el escollo más punzante que se empeñaba en seguir abriendo su corazón en jirones de modo que el reguero de sangre y recuerdos sobre el mar por el que huía fuera siempre un indeseado rastro que le impidiera abandonarse al olvido para siempre. Un escollo tan próximo que hasta podía notar el tacto de su cabello movido por la ventilación de la sala rozándole el cuello y provocándole un ligero picor que solo encontraba alivio en su aliento suave que acariciaba su piel haciendo que el océano de su voluntad se encrespara.

—¿Para qué seguir?

—No digas eso, por favor —gimió Raquel.

—Si el silencio fuera un remedio ten por seguro que me lo aplicaría. Pero no lo es. ¿De qué sirve intentar animarme con buenos deseos cuando el que me mata por dentro y el que asesina ahí fuera siguen avanzando inexorablemente? A los treinta y nueve años se es demasiado joven para morir, pero también se es lo bastante viejo para comprender que por muchas victorias acumuladas siempre llega el momento en que debes aceptar la derrota y pasar el testigo.

—No cuentes con esa opción. Si lo haces, seguirá matando.

—Lo hará del mismo modo, ¿o qué piensas? Esto solo es un juego para

Ofiuco. Se aprovecha de un conflicto que ya existía entre mis jefes y yo y que desgraciadamente hicimos público, de una crisis entre quienes teníamos encomendada la tarea de darle caza. No es más que un pirómano que ha prendido fuego al mismo ayuntamiento que no podía pagar el suministro de agua a sus bomberos. Descubrió una batalla interna entre algunos peones de su imaginario tablero y ha decidido crear una partida paralela. Pase lo que pase no puede perder. Solo le queda seguir moviendo las piezas enfrentándolas entre sí, observar cómo se estorban mientras las demás siguen cayendo y disfrutar con el espectáculo. Hazme caso: he de ceder el paso a otros. En mi trabajo y en mi corazón.

La última palabra se ahogó bajo la presión del dedo índice de Raquel presionando sus labios. Estaba frío. Muy frío. Al contrario que sus ojos verdes, que parecían estar a punto de derretirse incendiados por la desesperación de quien siente el valor definitivo para arrojarse de cabeza a un abismo hasta entonces inexpugnable. Ocurre que a veces, lo mismo la luz y la oscuridad que el recuerdo y el olvido o la realidad y el deseo, se alían en un pacto honrado que da como fruto una dulce confusión que lo envuelve todo, y en la que el futuro desaparece para transformarse en presente, la cobardía se despoja de sus ropajes para mostrar en su desnudez que era en realidad valentía, y donde lo que antes fue un error imperdonable ahora podría ser la decisión correcta. Fue entonces cuando su dedo resbaló despacio, bajando la guardia con la temerosa firmeza de un soldado que se deja sobornar sin ser capaz de olvidar del todo las consecuencias que puede acarrear su abandono. La yema del dedo se deslizó hacia abajo, arrastrando consigo el labio inferior de Silvio, flexionándolo despacio hasta que de un suave respingo recobró su posición, entreabierto y húmedo, sin voluntad ni defensa ante la boca temblorosa que se aproximaba despacio, tan lentamente como la luz, la música y las voces se iban diluyendo hasta quedar reducido el mundo solamente a ellos dos.

Pero todo momento tiene su frontera. La delgada línea pintada en el aire tras la cual ya no hay posibilidad de dar marcha atrás. Silvio ansiaba ese instante de tal forma que le resultó imposible cerrar los ojos y allí se mantuvo, expectante, notando sus mejillas estremecerse bajo las acometidas de la sangre bombeada violentamente por su corazón, contando los milímetros que faltaban

para que Raquel volviera a traspasar esa peligrosa linde con su rostro entornado y decidido, tan cercano al de Silvio que ya comenzaba a desdibujarse. Quizá fue por esa razón o tal vez porque las cosas importantes solo suceden cuando menos se esperan por lo que los ojos del inspector enfocaron involuntariamente la pared que se encontraba detrás de su compañera a varios metros, desnuda y bañada por la monótona luz azul que contribuyó a revelar lo insospechado que contenía. Fue tal su sorpresa que instintivamente ladeó un poco la cabeza para no perder de vista lo que acababa de vislumbrar, de suerte que apenas notó contra su mejilla el roce de la de Raquel, entregada ya sin remedio. Fue al no sentir el contacto de sus labios cuando se detuvo, abrió mucho los ojos y le miró sin comprender nada.

—¿Qué ocurre?

—Creo que hay una conexión entre Gisela Soto y Eduardo Belmonte.

Raquel frunció ceño. La estridente bachata les había devuelto a la realidad y no había escuchado bien sus palabras. Se inclinó hacia él, que ya abría la boca para repetírselas cuando su teléfono móvil sonó inesperadamente. Miró la pantalla antes de descolgar.

—Hola, Hugo.

—¿Oye? ¡No te oigo bien! ¡¿Qué es ese escándalo?!

—Luego te explico. Dime.

—Llevan un buen rato intentando localizarte desde la Sala del 091 pero no tenías cobertura. Por eso me han llamado a mí.

—¿Qué pasa?

—Voy de camino a comisaría y te aconsejo que hagas lo mismo. Ofiuco está de nuevo en directo.

La noche había preferido darles la espalda a esas dos sombras fugitivas que atravesaban velozmente la oscuridad. Iban a la par pero sin esperarse, confundiéndose sus agitados pasos con los jadeos de la frenética carrera que les llevaba a deshacer el camino que con tanta discreción habían recorrido apenas una hora antes, cuando pasar desapercibidos había constituido su única prioridad. Ahora lo era llegar cuanto antes al vehículo que aguardaba aparcado discretamente en alguno de los callejones que iban a morir al puerto.

Percibían las fachadas de las casas como lados de un triángulo que no terminaban nunca de juntarse en un imposible vértice, a pesar de que cada vez corrían más. Silvio aminoró el paso para coger el teléfono que volvía a sonar.

—Dime.

—Alberto está de incidencias en el cuarto de escuchas pero no sabe manejar bien el aparato que nos dejaron los de Sistemas Especiales. Lo único que me aclara es que tiene detectada la señal IP de la llamada y que parece proceder de la zona norte de la ciudad, nada más. Estoy a punto de llegar a comisaría. En cuanto lo haga te digo algo.

El inspector se detuvo en seco. Raquel frenó unos metros más adelante, interpeándole con la mirada.

—¿Dónde está el coche? —la apremió Silvio tapando el micrófono del móvil con una mano.

La joven dudó.

—A unos quinientos metros —dijo al fin.

—¿Qué pasa ahí? —sonó al otro lado del auricular.

—Nada, no te preocupes —repuso—. Escucha, necesito que te des prisa y llegues cuanto antes. Llama a la sala, pídeles que localicen al jefe de Sistemas Especiales y que envíe personal con urgencia. Vamos a atrapar a ese cabrón como sea.

—¿Y qué pasa con Fuenteprada? ¿Le aviso también o lo haces tú?

Habían vuelto a emprender su veloz carrera cuando a Silvio se le presentó de golpe la extrema debilidad que la tensión y la adrenalina le habían hecho olvidar. Se ahogaba, como si su propio resuello intentara trepar con gran esfuerzo a la cima de sus pulmones para conseguir escapar por su boca. Pero esa sensación no le oprimía tanto como la visión de Manuel Fuenteprada, que se le iba antojando cada vez más sombrío. Más aún que los callejones donde Raquel había dejado aparcado el coche y a los que acababan de llegar justo cuando su mano ya se levantaba para pedir a su compañera que aflojara el ritmo. Cuando estuvieron junto al coche, Silvio se apoyó en el marco de la puerta abierta y miró al cielo disimulando su fatiga como pudo. La visión de la luna resquebrajando el plúmbeo azul moteado de estrellas le hizo sentir que el aire que tomaba a silenciosas bocanadas era más fresco.

—¿Hacia dónde? —preguntó, nerviosa.

—Arranca y toma la circunvalación en dirección oeste.

—¿Pero a dónde vamos?

Justo al terminar la pregunta supo que no iba a obtener respuesta. Era el estilo de su jefe. Cuando algo le obsesionaba se concentraba en ello por completo, cayendo en un áspero mutismo que solo rompía para decir lo estrictamente relacionado con el plan que ya había trazado en su cabeza y en el que los demás quedaban reducidos a meros actores de las instrucciones que pudiera impartir. Pero de haber querido responder tampoco le hubiera sido posible porque el teléfono volvió a sonar.

—Ya estoy aquí —dijo Hugo. Su voz agitada indicaba que subía corriendo por las escaleras.

—¿Qué pasa con los de sistemas?

—Avisados, pero tardarán un poco.

—¡Mételes bulla, joder! Tú vete al cuarto de escuchas y dame toda la información que puedas. Necesito su localización ya.

Al otro lado de la línea el inspector escuchó apagarse los pasos del oficial repentinamente. Debía de haber alcanzado la quinta planta, lo que no hubiera tenido nada de extraño de no ser porque al rumor de la puerta abriéndose le siguió un sonido de fondo que de tan conocido le hizo estremecerse instintivamente. Era la voz de Ofiuco.

—¿Tenéis la televisión encendida? ¿Qué dice? —preguntó Silvio.

—No es la televisión, jefe. Lo están emitiendo también por la radio.

Raquel notaba bajo su pie el tacto duro del acelerador, que se esfumaba solo en los escasos instantes en que lo levantaba para reducir una marcha en los giros. Aunque no apartaba la vista del negro asfalto, cuyas trazas irregulares desaparecían bajo sus ojos a velocidad de vértigo, atisbó a su compañero buscando desesperadamente en el dial de la emisora del coche. Cuando localizó la frecuencia sus corazones latieron mucho más deprisa: la voz de Ofiuco empezó a sonar por los altavoces. Al principio, el ruido del motor junto con el de los neumáticos rozando la carretera les impidió entender con claridad su diatriba. Pero al poco, su tono profundo y gélido inundó el habitáculo del vehículo.

—... a diferencia de ti, una persona puede estar faltando a la verdad sin ser un mentiroso. Simplemente porque sus sentidos fallan.

—Hugo, a partir de ahora deja la línea abierta y no me cuelgues, estaremos en contacto permanente —dijo Silvio—. ¿De qué demonios están hablando?

—Ni idea. No he escuchado el principio de la conversación pero acabamos de encender también el televisor y tendrías que ver la cara de Velano. Está pálido como un muerto.

Y si esto sigue así tal vez no le quede tanto para estarlo de verdad, pensó Silvio. Pero de su boca salió otro pensamiento que le acuciaba aún más.

—¿Habéis averiguado ya desde dónde llama?

—Estoy en ello, dame un segundo... La señal sigue apuntando a la zona norte. Parece estar en el Distrito San Lorenzo.

—¡San Lorenzo! —indicó Silvio dándole un golpecito seco en el brazo a Raquel, que reaccionó inmediatamente acelerando. El coche se desplazó violentamente hacia la derecha, atravesando tres carriles de golpe. El distrito estaba a unos cuatro kilómetros. Debían darse prisa y llegar cuanto antes al lugar desde el que Ofiuco propagaba su terror a través de las ondas hertzianas.

—¿Sigues manteniendo que puedes ver fantasmas?

—Desde luego —respondió César—. Y si antes creía, ahora lo hago con más firmeza, entérate. Me alegra pensar que aunque haya gentuza como tú, al menos las vidas que exterminas sobreviven más allá del trance de la muerte.

—Menuda sarta de embustes. Volvemos a lo de siempre: afirmas la existencia de algo sin ofrecer una sola prueba.

—Existen múltiples testimonios que...

—Otra vez los testimonios —repuso con tono de fastidio—. ¿Qué demuestra el hecho de que alguien cuente no ya lo que vio sino lo que creyó ver? Pese a lo que estamos acostumbrados a pensar, nuestros sentidos no registran fielmente la realidad. Más bien al contrario: nos engañan constantemente. Como cuando asistimos a un espectáculo de magia y el ilusionista hace desaparecer un objeto en sus manos delante de nuestras propias narices. ¿Qué dice nuestro sentido de la vista? Que se ha esfumado en el aire. Pero, ¿qué dice nuestro sentido común? Que ha de haber forzosamente una explicación detrás de esa proeza. Desistimos de buscarla simplemente porque disfrutamos sintiéndonos engañados. Es cuando esa imperfección de nuestros sentidos va más allá de un mero entretenimiento y entra en contacto con nuestras inquietudes cuando creemos ver entes fantasmales.

—¡Estás haciendo el ridículo! —bramó César envalentonado—. Es absurdo afirmar que todo acaba en esta vida. Hay pruebas, vídeos, fotografías que demuestran que las almas de nuestros difuntos pueden y quieren seguir comunicándose con nosotros.

—Es curioso que la mayoría de esas presuntas pruebas registren siempre las apariciones en lugares abandonados e inhóspitos, casi siempre de noche. Nunca a plena luz del día en medio, digamos, de una gran avenida o de un centro comercial. Nuestro cerebro está diseñado para hacer encajar todo cuanto percibimos en patrones establecidos. Como somos animales diurnos, si escuchamos un crujido y un llanto a las doce del mediodía no tenemos problema en deducir que se trata de una vieja rama en el jardín y del bebé de nuestra vecina. Pero por la noche, cuando la sugestión se dispara, tendemos a pensar automáticamente que es un fantasma que pena sus desgracias en el pasillo de casa.

De nuevo y por un momento calló la emisora de radio, y la madrugada absorbió hasta el más ínfimo de los sonidos, incluido el latido de dos corazones que se desbocaban en el interior del vehículo oscuro que acababa de tomar la salida número 8A de la circunvalación. Los dedos de Raquel aflojaron la presión sobre el volante del mismo modo en que lo hizo su pie sobre el acelerador, aminorando la marcha hasta detenerse ante un semáforo en rojo, justo en la confluencia de cuatro calles de cierta anchura. Cuando la luz cambió a verde el coche siguió sin moverse, contagiados sus ocupantes por la incertidumbre de quien a partir de un lugar ya no sabe a dónde ir.

—Es demasiado sospechoso que a lo largo de más de un siglo hayan abundado las fotografías de fantasmas en las que se reconocían claramente sus rostros y formas; que luego, con el paso de los años, disminuyera considerablemente su número y solo mostraran reflejos, manchas y lucecitas y que, actualmente, apenas existan pruebas gráficas de ese tipo. Es algo en lo que los artistas del embuste ni siquiera habéis reparado y, sin embargo, tiene su lógica: la superchería y los intentos de fraude, pues no eran otra cosa, han disminuido a la misma velocidad a la que la ciencia aplicada a la imagen y a la informática ha avanzado. Por eso hoy en día resulta casi imposible que alguien aporte tus tan cacareadas pruebas sin que resistan el análisis de un experto en video o fotografía. Y aún dando por hecho que ese inoportuno

destello de la imagen fuera cierto, ¿por qué habríamos de inferir forzosamente que se trata de un ser incorpóreo con un pasado, una inteligencia y una voluntad de transmitirnos algo?

—Los de Sistemas Especiales ya están aquí —sonó la voz de Hugo por el manos libres del teléfono móvil—. Están rastreando la llamada. ¿Dónde estás? ¿Quieres que te mande algún refuerzo?

—No hace falta, no estoy solo. Raquel también está aquí.

Un breve silencio por el altavoz fue el único signo delatador del desconcierto del oficial. Pero se repuso rápidamente.

—Lo que sí necesitaré serán unidades de apoyo en caso de que logréis ubicar a Ofiuco y debemos intervenir —pidió Silvio.

—El Coordinador de Servicios ya está avisado y la Unidad de Prevención y Reacción también.

—Que se aproximen a la Avenida del Oeste, a la altura del Puente de Fusta. Desde ahí se accede fácilmente al Distrito San Lorenzo. Pero quiero discreción absoluta: ni luces, ni sirenas. Nada. ¿Está claro?

—Perfectamente. ¿Algo más?

—Sí. Que averigüéis de una vez dónde está ese hijo de puta.

César Velano hablaba en ese momento:

—Nadie discute que existe el fraude y que, desde luego, a algunas personas la imaginación les juega una mala pasada. Pero eso no implica que todo el mundo mienta ni que nuestra percepción se reduzca a los sentidos físicos. Existen otros muchos que no están al alcance de cualquiera y que funcionan mucho mejor en la tranquilidad de una casa aislada que en medio del bullicio de un centro comercial, como dices.

—¿Qué otros sentidos? —rió Ofiuco.

—La intuición —replicó muy serio.

—¡Ah, sí! Llegar a un sitio y *sentir* que allí *pasó algo muy fuerte* demuestra a todas luces tus afirmaciones —se burló—. ¿De modo que si alguien siente miedo de un perro porque piensa erróneamente que es agresivo eso hace que el animal lo sea verdaderamente? Puede que sea cierta la sensación, pero en modo alguno el hecho que la origina. Lo que nos lleva a concluir que todo está en el interior de la mente y no en el exterior, donde sí lo están las cosas reales y físicas. ¿Cómo justificas esas historias de fantasmas

que se aparecen vestidos a la usanza de la época en la que se supone que vivieron si no es porque así los imagina el cerebro del observador? ¿Qué fenómeno físico o esotérico explica que, además del alma, también el peinado o los abalorios se transmuten al plano fantasmal? Aunque, pensándolo bien, esa es una antigua creencia que ya poseían los egipcios. Seguro que tú no tendrías ningún problema en inventar alguna conexión entre ambas cosas con tal de que te reportara beneficios...

—¡Lo tenemos, jefe! ¡Está en la calle Sagasta, en el tramo comprendido entre los números 9 y 21! ¡Transmite desde una red móvil! —exclamó Hugo.

El rugido del motor fue la única respuesta. El camuflado cruzó la intersección en diagonal a gran velocidad y giró a la izquierda. Raquel había vuelto a centrarse en la conducción y Silvio no sabía cómo encontrar la postura adecuada. Esta vez no era dolor sino una excitación que le carcomía por completo y que temía se le iba a hacer muy difícil de controlar a lo largo de los casi dos kilómetros que les separaban de su destino.

—¡Que nadie se acerque a esa calle! —gritó Silvio por el teléfono—. ¡Dile a la Sala que no quiero ninguna patrulla por la zona y que contacten con la Policía Local y le indiquen lo mismo!

—Dame un punto de espera para los refuerzos.

Silvio se aferró a la puerta para no perder el equilibrio en una curva que su compañera tomó muy cerrada. Intentaba pensar rápido. No sabían a lo que se enfrentaban realmente. Tal vez el asesino no fuera una sola persona o contara con algún tipo de ayuda. En cualquier caso, una vez en el lugar, los dos policías corrían el riesgo de ser detectados. Ofiuco conocía perfectamente su rostro, le había visto en televisión, así que puede que lo más prudente fuera desplegar a las unidades uniformadas en las calles adyacentes y establecer un cerco con la esperanza de atraparle si intentaba darse a la fuga. Quienquiera que fuese, esta vez iba a caer. A cualquier precio.

—No conozco la zona de memoria —dijo a Hugo—, pero comunica al jefe de la UPR que despliegue a su personal en un radio de cuatrocientos metros. Y que ninguna dotación pase por la calle Sagasta para llegar al punto de espera.

—De acuerdo.

—Está demostrado científicamente que cuando un fantasma aparece provoca una disminución de la temperatura ambiental de varios grados —

argumentó César.

—Para que una supuesta entidad haga descender la temperatura del aire debe forzosamente restar energía cinética a los átomos que lo componen, y eso es fácilmente medible con el dispositivo adecuado. Prueba que jamás aportan tus presuntos científicos, que no son en realidad más que grupos de parapsicólogos pertrechados con chalecos multibolsillos y todo tipo de aparatos estrafalarios que se entretienen pasando las noches de invierno entre viejos cementerios y ruinas cargadas de absurdas leyendas y que se limitan a sostener termómetros caseros en el aire, poniendo cara de asombro cuando una simple corriente húmeda en la madrugada hace descender el mercurio.

—¡Estamos llegando a la zona! —exclamó Silvio—. ¡Decidme algo más!

—Un segundo, jefe. Está... ehm... sigue en la calle Sagasta. ¡No, espera! Se está moviendo. Avanza hacia el norte, a la altura de... ¡está girando a la izquierda! ¡Ha tomado la calle Azorín!

Raquel agarró la palanca de cambios, pero antes de que le diera tiempo a engranar Silvio la detuvo. Ella le miró sorprendida y vio sus ojos fijos en el salpicadero, la boca entreabierta y una nube de preocupación cubriendo por completo su frente. Lo conocía de sobra y sabía que en ese momento su mente bullía representándose todas las opciones de actuación posibles y sus consecuencias. Por qué lado acceder a la calle, dónde situarla a ella, cómo proteger el lugar, de qué forma abordar al sospechoso o el modo de impedir su fuga. Y todo bajo su exclusiva responsabilidad. Sabedor de que si la cosa salía bien no faltarían solapas de uniformes para apuntarse las medallas. Si salía mal... bueno, ya no le quedaban ni honor ni reputación que defender. Ni tan siquiera la vida, concluyó amargamente. Pero, pensó alzando la cabeza de pronto, si tenía que perderla no iba a ser el único que lo hiciera.

—Avanza hasta aquella esquina, donde la farmacia —se limitó a decir.

En pocos segundos el coche alcanzó el lugar indicado por Silvio.

—Apaga el contacto —dijo abriendo la puerta—. Vamos.

Sagasta era una calle de barrio en la periferia. Bloques de viviendas coexistían con pequeños comercios dispersos a lo largo de las estrechas aceras. A esas horas estaba desierta. Raquel levantó la vista: se hallaban frente al número 7. Con un gesto su jefe le indicó que se ubicara en la acera de la derecha, según el sentido del recorrido que acababan de iniciar a paso

ligero. Silvio llevaba el teléfono móvil pegado a la oreja y desde el otro extremo de la calle Raquel solo alcanzaba a escuchar el ruido ahogado de sus zapatos sobre el pavimento. Habían dejado atrás el vehículo estacionado y con él la radio. Ya no podían escuchar lo que decía Ofiuco.

—Leonardo da Vinci se planteaba hace siglos cómo eran posibles aquellas historias sobre difuntos susurrantes que la gente solía referir presa de la histeria. Llegó a la sabia conclusión de que quien carece de aparato fonador —y hasta el día de hoy ni el éter, ni la luz ni el vapor lo poseen— no puede emitir sonido alguno. Pero eso no le servía de nada. Seguía contemplando con desolada frustración lo mismo que yo observo quinientos años más tarde: siempre hay quien se aprovecha de la ignorancia y el miedo ajenos.

—Es tu opinión —quiso zanjar César—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Sigue avanzando por la misma calle —dijo Hugo—. Ahora va un poco más rápido, ¡daos prisa!

Silvio alzó la mano izquierda. Raquel se detuvo al instante. Luego bajó el teléfono móvil, miró a su alrededor y volvió a hacerle un signo para que le siguiera a través del estrecho pasaje que atravesaba el edificio junto al que se hallaban. Eso les permitiría alcanzar una calle paralela a la que su objetivo ocupaba e interceptarlo unos metros más adelante. Sus corazones competían ahora con el eco de sus pasos apresurados y la humedad de la madrugada calaba sus pulmones.

—¡Rápido! ¡Está saliendo de la zona! —gritó Hugo.

El silencio del pasaje quedó roto definitivamente por la alocada carrera que Silvio inició sin previo aviso. A Raquel solo le dio tiempo a ver la silueta de su jefe alejándose a toda velocidad hacia la tenue luz de la salida y corrió tras él, dándole alcance al final del pasadizo. Ninguno de los dos sabía hacia dónde se dirigían ni qué iban a encontrar exactamente. Cuando volvieron a la calle giraron a la derecha. Apenas faltaban veinte metros para llegar al lugar que marcaba el localizador de Sistemas Especiales. Pero no habían salvado ni la mitad de la distancia cuando la voz de Hugo hizo que Silvio se detuviera en seco:

—Esperad, esperad... No sé qué pasa... Se ha perdido la señal, no lo entiendo.

—¿Qué dices?! ¿Cómo es posible?

Silvio se dobló sobre sus rodillas para tomar resuello. Recuperado el aliento, volvió a erguirse y dio dos o tres pasos para apoyarse en un pequeño coche aparcado. Raquel aguardaba de pie, junto a él, intentando mantener la calma en una situación que empezaba a distar mucho de ofrecerla. Sabía que lo último que su jefe necesitaba ahora era que le acosara a preguntas. Por eso se alegró de no necesitar respuestas. Era evidente que algo iba mal.

—¿Cómo ha podido esfumarse? ¡Vamos, decidme algo! —preguntó el inspector mientras recorría el pequeño trecho que les separaba de la calle Azorín.

—Puede que tuviera un vehículo preparado y haya huido, no lo sé... —dijo Hugo—. Espera un poco. Los compañeros están rastreando de nuevo.

Dos cabezas se asomaron discretamente a la calle Azorín. Su aspecto era aún más desolador que las anteriores. Había coches estacionados a lo largo de una de las aceras pero de un solo vistazo comprobaron que estaba vacía.

—Ve a buscar el coche —le dijo a Raquel.

—Pero...

—Ve a por el coche —repitió, tajante.

Raquel tragó saliva y echó a correr intentando recordar el lugar exacto donde lo había estacionado. Cuando el inspector de Homicidios se quedó solo permaneció unos segundos inmóvil, oteando de nuevo la fría soledad de una calle que tenía pinta de no haber sido pisada por un alma en toda la noche. Luego caminó por la acera desierta desde el principio de la vía, despacio, observando por si acaso, una a una, las ventanillas de la oscura formación de coches inmersos en su solidario e inescrutable silencio. Cuando llegó hasta el final de su infructuoso chequeo volvió a tomar aire y esperó, sintiendo cómo la impaciencia se adueñaba de él.

El camuflado regresó al poco. Silvio abrió la puerta del copiloto pero no subió. Con una mano apoyada en el techo siguió pensando, dejándose llevar por el sonido del ralenti del motor que a esas horas parecía más arrastrado que nunca. La voz de Hugo por el altavoz del teléfono móvil le sacó de su estupefacción.

—¡Le tenemos de nuevo! ¡Sigue en el mismo distrito pero se mueve con rapidez! ¡Ahora mismo está en la Avenida de la Reconquista!

—*Siempre soy el mismo, nunca soy lo mismo.* ¿Conoces el aforismo,

César? —la voz de Ofiuco volvía a empantanar el vehículo que se dirigía a toda velocidad hacia la dirección indicada.

—No, no lo conozco...

—Tampoco necesita demasiada explicación. Nuestra esencia permanece desde que nacemos, pero nuestra personalidad va cambiando constantemente, moldeada por los avatares y las circunstancias de la vida. ¿Estás de acuerdo?

César se mantuvo en silencio.

—Vas a responder igual, te lo aseguro. Vamos, dime, ¿estás de acuerdo?

—¡Joder, sí!

—No esperaba menos. Pero tu anuencia plantea entonces otra cuestión: ¿de quién sería, pues, el fantasma que se aparece en un determinado lugar? ¿De esa persona cuando era un niño? ¿De su etapa como adolescente o tal vez como anciano? No es una cuestión baladí —observó—. O imaginemos por un momento que se manifiesta alguien que murió inmerso en el abismo de la demencia senil. ¿Debemos suponer que su fantasma recuperó la memoria de golpe o solo mantiene aquellos recuerdos que logró atesorar cuando gozaba de una plena salud mental?

—¡Está casi al final de la avenida, parece que va en dirección a la rotonda de la calle Jacinto Benavente!

Los dos agentes giraban sus cabezas buscando por todas partes. Acababan de llegar a la rotonda y en aquella amplia zona saturada por la luz naranja de las farolas y el blanco de los focos que apuntaban a la gran torre del mirador que la coronaba no se divisaba a nadie. Raquel se saltó el semáforo en rojo despacio y rodeó la glorieta sin ningún resultado.

—¿Pero dónde estáis? ¡Está en la misma rotonda, en dirección hacia el estadio de fútbol!

El campo deportivo quedaba justo en la parte contraria de la plazoleta. La agente redujo una marcha y aceleró. El coche circunvaló la rotonda derrapando, pero no había llegado al final cuando hubo de frenar súbitamente. El tranvía nocturno estaba pasando en ese momento. Raquel golpeó el salpicadero, presa de la rabia y la impotencia.

—¡¿Por dónde va?! —le gritó a Hugo por el manos libres—. ¡Aquí no hay nadie!

—¡Está justo en la rotonda! ¿Cómo es posible que no lo veáis?

—Joder... —murmuró Silvio.

—¿Qué? —le miró Raquel.

—¡Está en el tranvía! ¡Tira!

Raquel tardó unos segundos en reaccionar. Se había despegado del asiento y adelantado la cabeza hacia el parabrisas, asomándose para intentar ver más allá de la cola del pequeño convoy de vagones blancos y azules que se dirigía velozmente hacia la oscuridad. No había carretera alguna para circular y poder darle alcance. Lejos de ser paralela a la avenida que conducía al puerto, y en cuya dirección bajaba el tren urbano, la vía férrea se separaba un poco más adelante para adentrarse en unos terrenos que lindaban con la Universidad y que la institución académica había cedido al Ayuntamiento para facilitar la construcción de la línea que daba servicio a los miles de estudiantes que acudían allí todos los días. No podemos seguir por ahí, fue a decir. Pero lo que quiera que viese contenido en los ojos desesperados de su jefe le pareció un obstáculo mucho más insalvable que el no disponer de pavimento. Así que aceleró todo lo que pudo.

Detrás de la voz de Silvio dándole indicaciones, Hugo podía escuchar por el auricular los botes inmisericordes que el vehículo oficial iba dando al atravesar los huertos urbanos que discurrían cercanos a la vía. La próxima parada era la del Parque de las Artes, pero estaba demasiado próxima como para que los agentes de refuerzo llegaran a tiempo. Esperarían a la siguiente: la de la Plaza Biondal. Raquel daba fuertes volantazos de un lado a otro, intentando esquivar los socavones que poblaban aquellos terrenos baldíos mientras veía como la angosta silueta del tren con su luz interior de neón se alejaba irremisiblemente.

—¿Jugaste alguna vez de pequeño a adivinar qué forma tenían las nubes, César?

—¿Y a ti qué te importa?

—Nada, ciertamente. Pero puede que sí a los televidentes. De hecho, déjame que les pregunte a ellos.

El rostro del médium palideció un poco más. Ofiuco rió con burlona sonoridad.

—No será necesario —reconsideró—. Estoy convencido de que su respuesta sería afirmativa.

—Vaya cosa. Cualquiera ha jugado a eso siendo un crío.

—De hecho seguimos haciéndolo cuando somos adultos. Nubes que parecen un corderito, riscos montañosos con forma de cabeza humana... o manchas en las paredes que gentuza como tú pretenden convertir en rostros de personas muertas que desean comunicarnos algo.

—¿De qué disparate estás hablando?

—Pareidolia, se llama el fenómeno. Tan antiguo como nuestro propio cerebro, programado para hallar o, mejor dicho, predecir formas lógicas en medio del caos o del aparente azar. Algo curioso que incluso puede llegar a ser divertido... hasta que algunos lo convertís en una burda patraña para timar a pobres crédulos. En cualquier caso, no se trata de fantasmas, ni *teleplastias* ni mensajes del más allá con forma de cara impresa en la pared o en el pan quemado de una tostada.

Un último salto y dejaron atrás los yermos terrenos. El violento crujido metálico al salvar el elevado bordillo que les devolvió al asfalto no sugería nada bueno. Pero el coche todavía rodaba así que Raquel pisó a fondo. Tras saltarse otros tantos semáforos se desviaron a la izquierda, alejándose del convoy que en ese momento afrontaba el último tramo antes de detenerse en el Parque de las Artes. Raquel notó en su antebrazo los toques suaves de Silvio indicándole que aminorara. Aunque faltaba otra parada no quería alejarse demasiado de aquel tren.

—¡Vamos, Hugo, no te calles! ¿Seguimos teniendo señal? —preguntó.

—No hay cambios, jefe. Está localizada en la zona del parque.

—¿Y los refuerzos?

—Completando el cierre de la Plaza Biondal. Falta un equipo por comunicar.

Silvio contempló su propio rostro en el espejo retrovisor. Sus labios se estremecieron en un movimiento reflejo que parecía miedo y que, por el contrario, no era más que una débil sonrisa.

—De acuerdo. Allá vamos.

Los estertores del maltrecho vehículo arrancando en medio de la madrugada borraron del aire la voz radiofónica de Ofiuco. También se mezclaron con el runrún del tranvía que acababa de volver a ponerse en marcha.

—... de modo que voy a darte la oportunidad de que contactes con ellos y canalices toda la información que sobre mí quieran darte. Estoy seguro de que arderán en deseos de encontrar un oído privilegiado capaz de escuchar cuanto quieren decir. De ese modo podrán tener justicia y tú harás un servicio público admirable. Piénsalo.

—Escucha, ni es el momento ni el lugar. Yo... —farfulló César.

—No sabes cuánto me desagrada que intentes siempre escurrir el bulto. No es propio de alguien con tu experiencia y preparación. Aunque yo no me preocuparía por eso sino por lo que ese gran público que te admira pudiera llegar a pensar —su voz había sonado ahora con un tono de falsa pesadumbre—. Puede que no me creas, pero esa multitud al otro lado de la pantalla está ahí por ti. Por el Gran Maestro Velano. Porque consideran que eres el único que puede triunfar donde todos los demás han fallado. Se sienten inseguros viendo como políticos, jueces y policías fracasan estrepitosamente mientras sigue muriendo gente, pensando que cualquiera de ellos podría ser el próximo, ¿por qué no? Incluso ese policía, el Inspector Tanco, la gran esperanza en la que todos habían depositado sus expectativas, ha resultado ser una gran decepción. Solo les quedas tú.

Raquel no pudo evitar dirigir a Silvio una mirada que parecía contener miedo y compasión a partes iguales. Pero el perfil oscuro de su compañero recortado sobre las luces que se sucedían velozmente tras la ventanilla tenía toda su atención puesta en la pistola que ahora sostenía en sus manos.

—Estoy concediéndote la última oportunidad para redimirte ante el mundo y acabar con esta desagradable situación —dijo Ofiuco—. Venga, ¿qué dices?

—No necesito ninguna oportunidad de un loco asesino.

Había un poso de serena crueldad en la risa que se escuchó al otro lado del teléfono.

—Insultarme no te servirá de nada. Es curioso cómo, a pesar de tus afamados dones, gozas de tan poca memoria, ¿o acaso has olvidado ya cómo funciona esto? —hizo una breve pausa antes de continuar—. Haz lo que te estoy pidiendo o para cuando esta llamada termine tendrás el dudoso honor de cargar sobre tu conciencia con la muerte de otra persona.

El sonido de los músculos faciales de César desmoronándose pudo escucharse hasta por la radio.

—Adelante, acepta el reto y compensa el fiasco de la última vez. Demuéstranos a todos que eres capaz de comunicarte con los espíritus de Gisela, Eduardo y Asunción, y revela en directo lo que te cuenten. Supongo que estarán deseosos de informar sobre quién los mató. Sería lo lógico.

—¡Unos cuatrocientos metros para llegar a la Plaza Biondal! —exclamó Hugo.

—Ya lo sé —contestó Silvio—. ¡Preparaos!

El coche había tomado una calle en obras que atravesaba en diagonal la manzana en cuyo extremo final se encontraba la plaza. Raquel fue disminuyendo la velocidad para adecuarse a la del convoy, que ya se aproximaba a la parada. Al cruzar una de las intersecciones los dos agentes notaron sobre sí, muy fijas, las miradas llenas de ansiedad de los policías de la Unidad de Prevención y Reacción que, apostados en sus furgonetas, aguardaban tensos la señal para intervenir. Faltaban muy pocos metros. Conforme las trayectorias del coche y del tren iban convergiendo, Silvio empezó a atisbar las siluetas de los escasos pasajeros que iban a bordo. Perfiles de chavales que regresaban a sus hogares tras una noche de juerga, operarios dirigiéndose a trabajos que se iniciaban en la madrugada e incluso algún anciano insomne que se distraía recorriendo una y otra vez la ciudad. Varios jóvenes sostenían teléfonos móviles en sus manos. Hablaban o tecleaban ágilmente con la sonrisa pegada a los labios, volviéndose para charlar los unos con los otros brevemente antes de regresar a la pantallita iluminada. Ningún adulto lo utilizaba. Excepto uno.

Era de mediana edad, complexión fuerte y la cara cubierta por una bufanda gris. Llevaba además un gorro de lana de color oscuro y por el cristal de la ventanilla asomaban las solapas azules de una camisa. Iba sentado en mitad del vagón de cola, y hubiera pasado desapercibido si no fuera porque, justo al pasar la última intersección y antes de que ambos vehículos unieran definitivamente sus trayectorias, Silvio advirtió el auricular de color blanco insertado en su oreja izquierda. Nada de particular, por otro lado. Pero su postura inmóvil, con la vista fija en el frente, su aspecto hierático y el disimulado movimiento de sus labios le hicieron centrar su atención en él. Faltaban apenas cincuenta metros para llegar a la parada de la Plaza Biondal cuando el camuflado sobrepasó el último edificio y quedó en paralelo al

tranvía, que ya aminoraba su velocidad. Silvio echó la cabeza hacia atrás, intentando ocultar su rostro a la vista del hombre que, tras la ventanilla y alertado por el vehículo que acababa de aparecer en la oscuridad, se había girado hacia él. El marco de la puerta le impedía ahora verlo con claridad pero pudo divisar cómo el tipo elevaba lentamente su mano izquierda hasta atrapar entre sus dedos pulgar e índice el auricular para a continuación retirárselo mientras sus labios dejaban de agitarse. Justo en el preciso instante en que la distorsionada voz de Ofiuco desapareció para transmutarse en los ojos de aquel hombre que ahora miraba a Silvio de un modo igualmente indescifrable.

—¡Ahora, vamos! —gritó.

—¡Aún no ha llegado a la parada! —advirtió Raquel. Pero a lo lejos, como un resorte, el aullido creciente de las sirenas quebró la noche indicando que ya no había marcha atrás. De un violento acelerón alcanzó la cabina del tren indicando a su conductor que parara. Silvio se había encaramado al asiento intentando no perder de vista al sujeto, que seguía inmóvil en su asiento, iluminada la mitad de su rostro por el resplandor azul de los vehículos policiales que habían comenzado a rodear el convoy como una rabiosa jauría ávida de su presa. Raquel y Silvio bajaron del coche y corrieron hacia el último vagón. La puerta se abrió con una parsimonia hidráulica que se les hizo eterna y, cuando entraron, el resto de pasajeros que gritaban y se escondían histéricos tras sus bolsos ante la visión de las armas que esgrimían en sus manos desaparecieron ante sus ojos. Solo existía el individuo que desde su asiento, inerme y con ambas manos sobre el respaldo delantero les contemplaba del mismo modo incomprensible.

—¡Policía! ¡Al suelo! ¡Al suelo!

En pocos segundos, el tranvía estaba tomado por una veintena de agentes. Algunos intentaban calmar a los pasajeros, cuyos gritos se mezclaban con el desconcierto de la situación. De un violento tirón, Silvio derribó al hombre mientras Raquel le apuntaba.

—¡Lo tenemos! —informó uno de los agentes uniformados por la radio.

Silvio aflojó levemente la tensión de sus brazos. No podía ver el rostro del tipo, solo su pelo oscuro y enmarañado aplastado contra el piso del vagón, respirando agitadamente y sin decir una sola palabra. Exhaló el aire

acumulado con alivio, y al levantar la cabeza sus ojos se clavaron en Raquel, que intentaba contener la emoción como podía. Había llegado ese momento de la intervención en el que, pasado el peligro, solo quedaba tomar conciencia de cuanto había ocurrido y disfrutar momentáneamente del éxito logrado antes de volver a una realidad plagada de papeleo y calma. Una calma que se rompió de manera inesperada. No fueron las sirenas, ni los gritos, ni siquiera el murmullo entusiasmado del resto de policías que se felicitaban por la captura los que despedazaron de un golpe su tan ansiado éxito: Ofiuco seguía hablando por los altavoces de la emisora de radio del tranvía.

—Creo que nos está quedando un programa fantástico, César. Está siendo una noche realmente divertida. ¿Tú no te estás divirtiendo?

Raquel notó la pistola temblar bajo sus dedos sudorosos. Silvio abrió mucho los ojos, miró a su compañera desconcertado, luego al tipo que continuaba inmóvil y boca abajo, y por último al resto de compañeros. De un salto se levantó, gritó y comenzó a dar patadas a los asientos, a los cristales, a todo cuanto estuviera a su alcance hasta que dos policías lograron tranquilizarle y llevarle al fondo del vagón. La joven agente no se atrevía a moverse de donde estaba. Seguía apuntando al hombre tumbado en el suelo que ahora intentaba alzar un poco la cabeza.

—Yo no he hecho nada... —musitó el tipo.

Varios policías la miraban, mudos, con la misma decepción embadurnando sus rostros y las pupilas fijas en la indecisa pistola. Al fin la bajó, despacio, tan lentamente como iba asimilando que Ofiuco había vuelto a jugársela y que poseía los medios y la capacidad de envolver a todos en un macabro pasatiempo cuya principal regla parecía ser el no poder atraparle. Cuando el arma regresó a su funda, Raquel se fijó en el suelo. Junto al detenido estaba el teléfono móvil de Silvio. Se agachó a recogerlo y lo acercó a su mejilla.

—¿Hugo?

—La emisora es un caos de comunicados. ¿Qué ha pasado ahí?

—No era él.

—Los de Sistemas Especiales dicen que...

—Diles que por mí pueden largarse todos a casa. Es inútil intentar coger a ese tío.

La amarga sentencia de Silvio, que acababa de arrebatarse el móvil a su

compañera, resumió aquella angustiosa situación. Había que rendirse a la evidencia: Ofiuco los manejaba a su antojo. Estaban en un callejón sin salida. Por ese camino jamás le detendrían. Había que cambiar la estrategia. Todo eran caras de incredulidad cuando Silvio ordenó suspender el operativo. Hasta el responsable de la Unidad de Prevención y Reacción, que acababa de llegar al lugar, insistió en prolongar el servicio hasta que el rastreo diera sus frutos, pero el jefe de Homicidios se negó en rotundo. Luego salió fuera del vagón y caminó alrededor de la parada sin rumbo durante un buen rato, mientras la mayoría de efectivos se iban retirando del lugar. No se sentía cansado. La rabia le mantenía despierto y al mismo tiempo le anesthesiaba el peso que la siguiente víctima iba a arrojar sobre su conciencia. Pero, ¿qué podía hacer él? Fracasada la técnica, difícilmente podía lograr algo a base tan solo de instinto policial. No, era inútil. Ahora ya solo podía aguardar como un simple espectador más el final de la intervención de Ofiuco y dirigirse a comisaría para redactar el atestado. En el que, además, esta vez tendría que explicar por qué se habían vulnerado los derechos de un pobre soldador que se dirigía a la empresa de fabricación de tubos de escape en la que trabajaba.

Empezó a sentir un desagradable hormigueo en las piernas y decidió regresar al vagón. La niebla de la madrugada que comenzaba a formarse le daba a la escena un aire de mal sueño del que se sentía incapaz de escapar. Cuando estuvo a pocos metros se detuvo, avergonzado. Raquel le esperaba junto a la escalerilla y la luz blanquecina que se escapaba por las ventanillas suavizaba los rasgos de su rostro consumido por la amargura, de tal modo que le pareció más hermosa que nunca. La joven se le quedó mirando y Silvio supo que aquellos ojos contenían todos los interrogantes del mundo. Para ninguno poseía él respuesta en ese momento e, incapaz por primera vez de sostenerle la mirada, desvió la suya hacia la marquesina que había a su derecha. Justo cuando parecía que todo iba a concluir con éxito se había dado cuenta de que estaban perdidos, sin saber dónde se hallaban ni qué camino tomar, por mucho que el amarillento plano de la ciudad tras el cristal traslúcido ironizara con un *ESTÁ UD. AQUÍ* rotulado en rojo, señalando el punto exacto en el que se encontraban. Sus ojos recorrieron el mapa urbano a trompicones mientras sus labios murmuraban la misma pregunta de un modo casi ininteligible: ¿dónde estás? Las calles Sagasta, Azorín, el Parque de las Artes, la Plaza Biondal...

Repasaba todos los lugares que Ofiuco les había obligado a recorrer por el placer de burlarse de ellos mientras, recordó sintiendo una punzada de dolor en sus vísceras, probablemente en otro sitio muy alejado de allí una persona a punto de ser asesinada agonizaba en sus últimos momentos, esforzándose como un animal moribundo por hallar el sentido a una muerte que el sufrimiento y la angustia le anunciaban muy próxima. Un sentido que jamás hallaría, concluyó, porque no lo tenía en absoluto. Como tampoco aparentaba tenerlo aquel itinerario anárquico que su dedo índice marcaba sobre el cristal lentamente y siempre hacia el norte, dejando el rastro del sudor amargo de sus manos. Cuando llegó de nuevo hasta el lugar en el que estaban se alejó un par de pasos hacia atrás. Sobre el plano ubicó mentalmente los puntos donde habían ido apareciendo las víctimas con la esperanza de otorgarle algún significado, de ser capaz de entender si, en medio de su cruel juego, Ofiuco se había permitido dejar escrito algún mensaje. Ante sus ojos apareció un enorme zigzag que, conforme avanzaba cronológicamente hasta ese preciso instante, se iba estrechando y apuntando hacia un lugar situado, en efecto, hacia el norte y que de repente le pareció muy familiar. Demasiado, tal vez. Y como si todo su ser hubiera sido infectado por el ansia macabramente lúdica del asesino, creyó ver en cada tramo del zigzag la V de una venganza que acababa de reconocer y que siempre había tenido delante sin ser capaz de interpretarla.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Raquel.

Silvio ni siquiera volvió la cabeza.

—Coge el coche. Rápido.

—No es... no es tan fácil —se excusó César Velano.

Ofiuco chasqueó la lengua.

—Qué extraño. Suele serlo cuando median euros de por medio. Ese es el problema, ¿ves? Que los archivos de televisión existen. ¿Te has tomado la molestia de revisar tus intervenciones a lo largo de estos años? Yo sí. He gastado incontables horas de mi vida analizando cada gesto, cada palabra, cada detalle que salía de tus labios, contemplándote henchido de soberbia y charlatanería, vanagloriándote de tus presuntos poderes mientras contactabas con una facilidad pasmosa con los difuntos de los ingenuos que llamaban. Padres, hermanos, abuelas... qué demonios, hasta la portera de un edificio derruido hacía décadas. Nunca se te vio dudar a la hora de interpretar lo que

tus presuntos espíritus querían transmitir. ¿Por qué no ahora, César? ¿Cómo te atreves a renunciar a que tres almas te sirvan en bandeja información sobre la última persona que vieron antes de abandonar este mundo? Sería un alivio para ti y un servicio impagable a la sociedad. Si no lo haces, la gente supondrá que lo que has contado hasta ahora era una burda mentira o, aún peor, que estando en tu mano te niegas a colaborar con la justicia y a capturar a un asesino.

Un par de indicativos de Seguridad Ciudadana permanecían en la parada del tranvía recabando los datos para aclarar la errónea detención de aquel tipo inocente. Pero el camuflado hacía rato que se había marchado de allí y ahora recorría velozmente la avenida que conducía hasta una urbanización al norte de la ciudad, seguido a cierta distancia por varias furgonetas de la UPR.

—Por favor, no me hagas esto...

—Durante todo este tiempo has ido perdiendo tu dignidad poco a poco —respondió—. Así que hazte un favor, no desperdicies la que te queda justo ahora. No es el momento.

—Escucha, si me dejas en paz te prometo...

—Tampoco lo es de negociar, lo siento. Ya es demasiado tarde.

Los ojos del vidente se humedecieron y su respiración comenzó a acelerarse. Bajo la luz de los focos su rostro brillaba empapado por el sudor y la angustia.

—Vamos, mantén el tipo —pidió Ofiuco—. Permíteme otra pregunta: ¿has leído algo de Cicerón?

César no respondió, ahogándose como seguía en sus agitados estertores.

—Fue un jurista, político y filósofo romano. Uno de los mejores oradores de todos los tiempos. Sin embargo, reaccionaba exageradamente ante la adversidad, como tú. Y de igual modo, también puso su oratoria al servicio de la causa equivocada. Eso le costó la vida. Una vez ejecutado por orden de Marco Antonio, este mandó que le cortaran la cabeza y las manos con las que había escrito las *Filípicas*, en las que le criticaba tan demoleedoramente. Cuando el cónsul tuvo los miembros del fallecido en su poder los expuso sobre la barandilla de la tribuna para que todo el pueblo romano los viera, lo que les causó un gran pavor. Pero la gente no veía la muerte en el rostro ausente y desgajado de Cicerón. ¿Sabes qué es lo que contemplaban en

realidad?

Raquel levantó el pie del acelerador al sentir la mano de Silvio tocando la suya. Estaban ante el acceso principal de la urbanización. Se giró tímidamente hacia él pero no dijo nada. Silvio tragó saliva, y el sonido de su garganta al hacerlo le pareció idéntico a las paladas de los remos sobre el agua tersa aquella confusa mañana, y la mirada perdida de su compañera le recordó de nuevo el sentirse observado de lejos por una figura que iba perdiendo su realismo conforme se acercaba a ella. Y comprendió entonces que, fuere cual fuere el motivo, la venganza de Ofiuco alcanzaba no solo a sus presuntos aliados. También a sus enemigos.

Fue cuestión de segundos. Al estampido de la puerta cayendo siguieron gritos, luces, confusión y olor a aceite de armas desenfundadas. Silvio y Raquel entraron en primer lugar. El recibidor y el pasillo estaban desiertos. Mientras los policías de la UPR rodeaban la casa y apoyaban la entrada, los dos agentes avanzaron hasta el salón, con la esperanza de sorprender a Ofiuco con la faena a medio terminar y rogando, extrañamente, que intentara atacarles para poder abatirle y acabar de una vez por todas con aquella pesadilla. Deseando, en definitiva, encontrar cualquier cosa. Cualquiera menos el despiadado pavor que les arrastró al divisar la cabeza y las manos de Eladio Manchón cuidadosamente expuestas sobre la mesa del comedor de su domicilio.

XIX CAPÍTULO

Quien sabe de dolor, todo lo sabe.

DANTE ALIGHIERI

Hay lugares a donde no llegan los tañidos de las campanas. Sonaron la tarde de un miércoles, en los momentos previos al funeral por Eladio Manchón, y al expandirse en todas las direcciones, como un funesto reguero de nostalgia, alcanzaron a cuantos encontraron a su paso. Lo mismo a quienes se detuvieron en medio de la calle que a quienes andaban refugiados en la pretendida seguridad de sus hogares. Todos participaron de un mudo desasosiego al sentirse atravesados por el lastimero sonido que presagiaba que nadie estaba a salvo.

El féretro fue introducido en la iglesia por seis empleados de la funeraria. Casi más que el número de allegados que lo esperaban dentro. Estaban de pie, en las primeras filas. Un par de señoras de cierta edad muy maquilladas, una de las cuales parecía la más afectada de todos, un chico joven y varios hombres dispersos por la bancada completaban el exiguo séquito. A ratos se miraban furtivamente unos a otros, como si intentaran averiguar los motivos que les habían atraído a aquel lugar. Solo a uno de ellos, un hombre ubicado en el extremo derecho de la cuarta fila, le había bastado un único vistazo al resto. Después no había vuelto a mirarlos más. Aguardaba en silencio, cabizbajo, con una mano apoyada en el banco y la otra metida en el bolsillo de su gabardina oscura. Solo cuando el ataúd pasó a su lado en dirección al altar, Manuel Fuenteprada alzó la cabeza, contemplando con más dudas que dolor la caja de madera alejarse. Luego volvió a agacharla y a sacar del bolsillo la

mano en la que sostenía un teléfono móvil. Lo consultó por enésima vez, torció el gesto y pulsó un botón con rabia. Pero la llamada, como el redoble de las campanas, no llegaba a donde se encontraba Silvio. Un sitio muy alejado en el espacio y que bajo el influjo de la luz del sol parecía tan distinto al recuerdo que el inspector de Homicidios conservaba en sus retinas, que de no haber reconocido la desolación que lo impregnaba hubiera creído que no se trataba del mismo lugar. En cualquier caso, allí se sentía a salvo de todos. De Fuenteprada, desde luego, pero también del enjambre de mandos, jueces y periodistas que habían vuelto a entrar en ebullición y que, de un modo u otro, se empeñaban en usarle como catalizador de sus ansias y miedos. Sonaban los teléfonos en comisaría, en los despachos, en las redacciones, sin importar la hora del día. Todos le buscaban.

Agachado junto a un rincón, oculto entre unas cajas de cartón, a Silvio le parecía escuchar de nuevo, cercano y amenazante, el zumbido de las abejas removiéndose desesperadas intentando averiguar quién era o dónde estaba el enemigo del que debían defenderse. Volando sin rumbo fijo, mirando en todas las direcciones mientras sentían la invisible amenaza de muerte sobre cualquiera de ellas. Y cuando eso ocurre, cuando el aguijón palpita, listo para ser usado, se acaba picando a quien más cerca se tiene. Justo lo que quería evitar que le sucediese. Había caído en la trampa tendida por Ofiuco. El burlón itinerario al que les había sometido para que ellos mismos se condujeran hasta el siguiente cadáver revelaba que se sabía rastreado y, lo peor, que tenía los conocimientos suficientes para manejar esa circunstancia. Que la víctima fuera Eladio Manchón solo podía significar una cosa: la trampa se cerraba sobre el círculo policial. ¿De quién se vengaba Ofiuco?, se preguntaba. ¿De César Velano o puede que de él mismo? Ya no podía fiarse de nadie, por eso ahora se había convertido en una abeja solitaria, alejada del influjo desesperado de una colmena que había comprendido, por fin, que no podía sentirse a salvo y que, si era necesario, estaba dispuesta a ofrecer a quien hiciera falta como sacrificio.

Al respirar, notaba las mucosas de su nariz calientes. Estaba cansado y las piernas le hormigueaban por la postura. Las estiró con cuidado, despacio, hasta terminar sentado en el suelo, y apoyó la cabeza en la pared. Cerró los ojos, y por un momento hubiera jurado que escuchaba el zumbido con más

intensidad, trascendiendo su imaginación para convertirse en real. Los abrió, e inclinando un poco la cabeza prestó atención. Solo se trataba de una chicharra que cantaba a lo lejos, a pesar de que aún no había llegado con toda su intensidad el calor a aquella primavera. Puede que ella también la hubiera escuchado, o que intuyera que había algo fuera de lugar. Tal vez por eso interrumpió el paso y quedó detenida en medio del solar, la bolsa de basura en la mano y el mentón ligeramente elevado, oteando el horizonte como quien busca la solución a un problema que todavía desconoce. Desde lo más alto, el sol atravesaba sin ningún pudor su cabello, arrancándole destellos cobrizos que se proyectaban sobre la fina camiseta blanca de tirantes bajo la cual se adivinaban sus formas juveniles que se movían con la graciosa celeridad que la calma y el desconcierto imprimían a su respiración. El sonido de la vieja puerta de madera cerrándose tras ella pareció devolverle a la realidad y continuó su camino. Al llegar a los contenedores de basura abrió uno de ellos y con un ágil gesto arrojó la bolsa negra a su interior. Cuando la tapa volvió a caer, el rostro cansado y barbilampiño de Silvio estaba allí.

—No te asustes —dijo él incorporándose trabajosamente.

—No lo estoy —respondió la chica lacónicamente y sin moverse—. Imaginaba que volverías.

Cuando estuvieron de pie, frente a frente, a Silvio le resultó algo más baja de lo que le había parecido la noche anterior. Bajo aquel sol de justicia y al natural, despojada del maquillaje, de los tacones y de los efectos de las luces y las tinieblas, solo quedaba una menuda joven pelirroja de unos veintitantos años cuyo rictus de curiosidad añadía más belleza a su añorado rostro.

—¿No viniste a ligar, verdad? ¿Eres poli?

—¿Qué te hace pensar eso?

La joven sacudió un poco la cabeza, recobrando vigor los reflejos de su cabello.

—Todas las noches vienen parejas al club en busca de emociones fuertes. Sufren tal falta de deseo en su relación que sus ojos andan siempre en busca de otros que colmen sus fantasías. Se sientan o bailan en silencio, toman copas y miran ansiosos en todas las direcciones... pero jamás el uno al otro —explicó antes de interrumpirse un instante, como si no estuviera realmente segura de lo que iba a decir—. Nunca había visto a un hombre mirar a su acompañante de

la forma en la que tú lo hacías. Parecía más dos compañeros de trabajo que andan mezclando asuntos peligrosamente.

La chicharra había dejado de cantar. A menos de un metro, la chica continuaba plantada junto al contenedor sobre el que Silvio había apoyado un brazo para no desfallecer por la fatiga y el calor. Sobrevino un fuerte hedor a basura y el inspector se tocó la nariz, resoplando.

—¿Te importa si vamos dentro?

La luz del día insufla vida a cualquier cosa al mismo tiempo que mata todo su misterio. Qué distinto se veía ahora el Club Excalibur ante la claridad natural de las primeras horas de la tarde. Las paredes de madera pintada en negro de la galería por la que ahora caminaban permanecían mudas, desposeídas de la pretendida profundidad que la oscuridad de la noche les otorgaba. Iluminado por el sol que entraba por las ventanas y sin la cansina bachata, el local parecía mucho más pequeño e inofensivo de lo que le había parecido a Silvio durante su visita nocturna.

Cuando llegaron a un cruce de pasillos, el inspector se detuvo. La joven se dio cuenta un par de metros más allá. Se giró y volvió sobre sus pasos. Silvio se mordisqueaba los labios con aire preocupado.

—Tranquilo —dijo ella—. No hay nadie. Solo queda la cocinera y a estas horas esa gorda gruñona estará durmiendo.

—¿Dónde me llevas?

—A recepción, al otro lado del local. Entraste por allí anoche, te debe sonar.

Silvio se mantuvo pensativo durante un instante.

—¿A dónde conduce este pasillo? —señaló el corredor que se abría a su derecha.

—A una de las salas. La de la pista de baile.

La chica se adelantó en esa dirección y se abrió paso con delicadeza entre la pared y él. Al hacerlo apoyó suavemente su delgada mano con las uñas pintadas de negro en el pecho del inspector, que dio un paso atrás intentando aparentar cortesía donde solo había un absurdo rubor. Ahora ella caminaba delante, y su espalda generosamente descubierta por la liviana pieza de tela blanca mostraba el tatuaje de un puñal insertado en la piel rodeado por una cinta en la que había escritas unas palabras que no pudo distinguir. La

ilustración desapareció tras la cortina color borgoña que volvió a caer tras el paso de la joven. Fue al descorrerla de nuevo cuando ante los ojos de Silvio apareció la misma sala en la que había estado junto a Raquel la noche anterior.

Sin abrir la boca, miró hacia un rincón. Ella tampoco dijo nada, se encogió de hombros y se dirigieron hacia uno de los extremos de la estancia. Sin el juego de luces azules aquello era simplemente una habitación desolada. Los divanes, tan aparentemente exóticos en la madrugada, pintaban ahora como simples muebles desvencijados por el roce continuo del deseo y del tiempo. Una hilera de ventanucos en lo más alto de la pared cedían el paso a sendos haces de luz que languidecían sobre la sala sumergida en un cansado silencio.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

La chica dudó un poco antes de responder.

—Unos seis meses.

—¿Solo pones copas?

Nunca hasta ese momento se había dado cuenta de la mancha negra que rompía el círculo malva del iris derecho de la joven. Un peculiar defecto que se revelaba en toda su intensidad ahora que ella había clavado en él sus ojos teñidos de ofensa.

—No soy puta, si es lo que preguntas.

—Veo que no te van las cortesías. Mejor, a mí tampoco.

Se habían detenido junto al diván situado al final de la sala. Silvio se hizo a un lado, esquivando la silueta de la chica para estudiar de nuevo y a la luz del día el enigmático cuadro que había descubierto unas horas antes, oculto también tras el cuerpo de otra mujer.

El lienzo, de unos cincuenta por setenta centímetros, mostraba a un grupo de jóvenes de rostro infantil y frágil apariencia dispuestas en torno a una hoguera, danzando de forma festiva bajo un fuerte viento que era sugerido por la posición de las cintas que ceñían sus vaporosos vestidos. Eran estos, junto con las alas que brotaban de sus espaldas, los que hicieron comprender a Silvio que se trataba de hadas. Sin embargo, todas compartían una extraña peculiaridad: sus vestidos estaban teñidos de negro y sus delicados pies calzaban unos lindos zapatos rematados con unos tacones tan afilados que hasta las llamas de la hoguera se reflejaban en ellos. Se aproximó un poco más al cuadro y pudo observar que aquellas dulces caritas tenían los ojos

vidriosos y la sonrisa quebrada. Tanto tiempo quedó Silvio absorto en tan desalentadora imagen que cuando la abandonó para volver a mirar a su anfitriona ya no quedaban en esta vestigios de indignación.

—¿Cómo llegó este cuadro hasta aquí? —preguntó Silvio.

La joven elevó los hombros y frunció los labios exageradamente.

—Ni idea. Yo no me ocupo de la decoración.

—¿Tampoco sabes quién lo pintó?

El flequillo pelirrojo se agitó con vigor al sacudir su cabeza negativamente.

—¿La conoces?

Le bastó un vistazo a la fotografía que Silvio acababa de ponerle frente a sus narices para bajar la mirada y ruborizarse.

—¿Qué tiene que ver esto con el cuadro?

—¿La conoces o no? —insistió con brusquedad.

—Es Dalia. Se deja caer de vez en cuando por aquí, se hace algún cliente y tal... Pero no es de ese rollo. Solo cuando le hace falta la pasta.

—Ya...

—De todas formas, hace ya tiempo que no viene.

El calor que arrasaba la tarde afuera, el bochorno del interior de la sala o el irritante canto de la cigarra que había vuelto a lo suyo con fuerza. Puede que fuera cualquiera de estas cosas, todas ellas a la vez o ninguna, lo que provocó que la joven se sintiera de pronto desvanecer y cayera hacia atrás, buscando con sus dedos el contacto tranquilizador del diván sobre el que quedó finalmente sentada, la cabeza hundida entre las manos y respirando fatigosamente. Puede, tal vez, que fuera el conocer de boca del propio Silvio el verdadero nombre de Dalia, esa prostituta que iba por libre, compañera ocasional del club, y que en realidad se llamaba Gisela Soto Narváez. La chica cruelmente asesinada por Ofiuco cuyo rostro nadie conocía pero cuyo nombre estaba en boca de todos. La misma mujer que había pintado el cuadro que tenían ante ellos, y cuya firma en la esquina inferior derecha, una G y una S entrelazadas, le quemaba en el ánimo y en la memoria a Silvio con la fuerza de un hierro candente.

Veinte minutos, un vómito y dos botellines de agua fría después, la chica volvió a estar en condiciones de seguir hablando con él. Sus sollozos y

arcadas habían despertado a la obesa cocinera, que asomó su oronda cabeza por una puerta al otro extremo de la estancia. Bastó un gesto de la pelirroja para que se retirara con cara de pocos amigos y no volviera a aparecer más. Aún conmocionada, la joven lloró durante un rato más. De pie, junto a ella, Silvio empezaba a sentirse satisfecho. No sabía aún de qué modo pero las piezas iban encajando. Gisela Soto ofrecía sus servicios sexuales en el mismo lugar que frecuentaba Eduardo Belmonte. Y ambos estaban muertos. Demasiada casualidad como para no sentirse feliz. Amargamente feliz.

La camarera se llamaba Malena. Silvio no supo nunca si era su nombre de guerra o el verdadero. Tampoco le interesaba saberlo. Tenía veintidós años, carácter rebelde, una hepatitis y tres asignaturas aprobadas de Filosofía a sus espaldas. Le daba lo mismo servir copas allí o en cualquier otro lado. Por eso habló. Habló sobre lo que quizá todo el mundo sabía pero nadie le había preguntado antes. Le explicó el funcionamiento del club, de las dos partes que lo componían: una conocida y promocionada para el público en general; otra solo para clientes muy específicos. Personas que aparecían en las sombras de madrugada y pasaban de largo, sin saludar ni preguntar cómo funcionaba aquello. Individuos que eran conducidos por clientas aparentemente ocasionales, como Gisela, a ciertos departamentos de los que luego salían por la puerta trasera sin mirar atrás. Habló también de sus jefes, aquellos que se encargaban de la parte legal del club: las copas, los intercambios, el mantenimiento... Los mismos cuyos rostros, algunas noches y sin una frecuencia determinada, al igual que la sombra delata la existencia de luz, reflejaban con su turbación la presencia allí de alguien del que nadie quería hablar pero que se hacía patente de pronto. Igual que las cintas de las hadas con tacones afilados sugerían un viento que parecía no existir.

Todo eso se lo trasladó esa misma noche Silvio a Manuel Fuenteprada, que le escuchaba tras la mesa de su despacho muy serio, sin pronunciar palabra, la cabeza inclinada y apoyada sobre una mano, casi rozando su mejilla la ceniza consumida del cigarrillo que sostenía con un ligero temblor. Acabado su relato, Silvio apartó la mirada del veterano inspector jefe, en un gesto impropio de él. Como si ya no necesitara prestar atención a sus ojos cansados, a su bigote cada vez más amarillento por el tabaco o a su incontrolable inquietud.

—¿Sabe alguien más esto? —se limitó a preguntar.

—No. Solo tú, Manolo.

Fuenteprada asintió con aire derrotado y ya no dijo nada más. Se levantó despacio y miró a Silvio de arriba abajo, con el hosco desconcierto de quien tiene ante sí un fantasma que creía muerto hacía mucho tiempo. Por fin se acercó hasta él, esperó a que se levantara y, cuando estuvieron de pie frente a frente, posó su mano derecha en el brazo de Silvio, asiéndolo sin apenas fuerza. Luego le dio un par de palmadas y el jefe de Homicidios lanzó un discreto vistazo al cenicero en el que se amontonaban los cadáveres de los cigarrillos abrasados antes de dar media vuelta y marcharse en silencio.

—Repítemelo otra vez.

—Yo tenía... hmfff... tenía doce años y aquel tirachinas que me había regalado mi primo Antonio.

—¿Y qué pasó?

—¡Maldita sea! ¡¿Para qué quieres que lo cuente mil veces?!

El joven barbilampiño dejó de apretar. Cogió la pequeña toalla que llevaba colgada del hombro y se secó el sudor de la frente. Luego volvió a posar sus manos sobre los dedos del pie del hombre tumbado en la camilla y los flexionó ligeramente hacia atrás.

—Cualquier cosa en la que pienses será mejor que el dolor. Además, es una buena historia.

—Me cargué un pajarillo de una pedrada, ¿qué tiene eso de bueno?

—Que te sentiste culpable —respondió el chico apretando un poco más fuerte—. Y que cuando te diste cuenta de lo que habías hecho, te llevaste sus dos polluelos a casa.

El hombre se aferró a la camilla intentando disimular una mueca de dolor.

—No du... joder... no duraron ni dos días vivos.

—Eso no importa. Lo intentaste. Pero la vida no es justa. No lo fue para esos pájaros ni lo ha sido para ti.

El hombre abrió mucho los ojos y relajó el gesto, como si hubiera dejado de molestarle. Puede que porque el joven fisioterapeuta que trasteaba su pierna aflojara al darse también cuenta de lo que acababa de decir. Iba a

añadir algo más, tal vez a modo de excusa, pero se vio interrumpido por la súbita aparición de una de las enfermeras.

—Tienes visita, José —anunció.

—¿Quién es?

—No lo sé. No lo conozco.

Quince minutos después habían terminado los estiramientos. El chico le acompañó hasta la puerta de la sala de rehabilitación, y al salir, José le agradeció el gesto y le dijo que prefería seguir solo. Cuando el fisioterapeuta se marchó, el hombre cuarentón de pelo canoso y barba de dos días aferró con fuerza las ruedas de su silla y la condujo por el largo pasillo hasta la habitación número 2009 del Hospital de Paraplégicos.

Se respiraba un dulce silencio allí. Como una ordenada colonia cuyos ocupantes se guardan de compartir sus lamentaciones con los demás, no por respeto sino por el singular egoísmo que el dolor inesperado termina por inocular. Solo el estridente orfeón vespertino de pájaros diluía la sempiterna mudez del lugar. Estaba llegando al final del pasillo y ya vislumbraba el número de su habitación en la plaquita colgada en el pasillo. Nadie de su entorno le había avisado de que iría a visitarle y conforme impulsaba su silla la duda se acrecentaba más. La puerta estaba entornada, y al empujarla con la mano el apagado runrún de las ruedas de goma contra el suelo pavimentado cesó de pronto.

Por puro instinto encabritó suavemente la silla para dar media vuelta pero sin saber por qué se detuvo en esa posición, observando la oscura silueta recortada contra el fondo gris del anochecer en la ventana. Por fin dejó caer la silla y la giró hacia el extremo contrario, como si pretendiera contemplar la aparición desde otra perspectiva para asegurarse de lo que estaba viendo. Mientras, la sombra seguía inmóvil.

—Tendré que quejarme al servicio de seguridad del hospital —masculló José—. Dejan entrar a cualquiera.

—Ellos no tienen la culpa; supe inventar una buena excusa.

No respondió. Entre el caótico murmullo de los pájaros apenas se le escuchaba respirando quedamente, sin apartar la vista del inesperado visitante. El resplandor de neón del pasillo también le hacía de contraluz, lo que les resumía en dos sombras que se observaban con el árido recelo que

esgrimen los desgraciados.

—No resultas tan importante visto de cerca —acertó a decir José, estirando la mano para accionar el interruptor. El suave fulgor de una lamparita iluminó entonces su rostro serio inclinándose despacio para estudiar con más atención el del recién llegado—. Aunque sí más castigado de lo que parecías en televisión.

Una risa bronca y lenta salió de la garganta de Silvio. Había entornado los párpados, molesto no tanto por la luz sino por haber sido arrancado de su cómoda penumbra; deseando que su interlocutor siguiera hablando, porque cuanto más lo hiciera, más tiempo podría mantener ese alentador silencio que nos cobija cuando no tenemos palabras que llevarnos a la boca. Cuando su vista se acostumbró a la reciente claridad volvió a abrirlos, y aquella fue la señal que José parecía esperar para preguntarle algo.

—¿Es cierto lo que dicen en televisión? ¿Tienes cáncer?

El inspector ya no sonreía. Miraba a la silla de ruedas como si el brillo del cromado contuviera la respuesta a la pregunta.

—Un budista diría que mi karma tiene la culpa. Un católico, que Dios me ha castigado por mis pecados. ¿Qué excusa puede ofrecer un agnóstico como yo? Si te sirve de algo, mal de muchos...

—Supongo que la venganza se disfruta mejor a ciento ochenta centímetros sobre el suelo. Postrado en este armatoste la cosa pierde su encanto —replicó aún más serio José—. En otras palabras, no me alegro de tu desgracia.

Silvio guardó un silencio que duró exactamente lo que tardó en exhalar una bocanada de aire.

—Cuesta creerlo viniendo de un hombre de cuya desdicha yo soy el autor.

—Bueno, ¿qué quieres? —se impacientó el otro.

—Nada, en realidad. Ver cómo estás, saber si necesitas algo...

—Mi abogado me ha dicho que no hable contigo bajo ningún concepto. No necesito nada, al menos hasta que salga el juicio y te saque los higadillos.

—Pues procura que sea pronto. No sé si llegaré en condiciones a ese día —replicó.

—¿Tan mal estás?

Silvio se apoyó en un costado de su silla y giró despacio la cabeza hacia atrás, mirando a través de la ventana los árboles que ya no eran más que un

ejército de sombras en la negritud, invisibles sus ocupantes de no ser por el hervidero de agudos chillidos que se clavaba en sus oídos como un millar de agujas.

—No pongas esa cara o al final pensaré que te importa —dijo al fin. José seguía estudiándolo, como si no creyera posible que aquella escena fuera real, sin terminar de entender cómo podía tener delante a aquel a quien había deseado mil veces la muerte por haberle condenado a esa silla de ruedas y sentir, justo al contrario de lo que siempre había imaginado, más curiosidad que odio. Pero ninguno de los dos creía en los cuentos de hadas. Al fin y al cabo, aquello no cambiaba absolutamente nada.

—Me enteré por las noticias de que te habían dado tu merecido por lo que me hiciste. Como imaginarás, si algo me sobra aquí es tiempo para ver la televisión —puntualizó con acidez para, a continuación, cambiar radicalmente el tono—. Pero no esperaba nada de esto: tu enfermedad, el puteo al que te han sometido. No sé muy bien qué pensar, la verdad.

—Creo que ninguno de los dos estamos aquí para eso. No es necesario que intentemos razonar lo que nos ha pasado. Simplemente, de un modo u otro, creo que mi tiempo se acaba. Pocas cosas me importan verdaderamente a estas alturas, pero una de ellas es ajustar cuentas con ciertas personas. Empezando por ti.

José suavizó el gesto escrutador hasta adoptar su semblante un aire que bien podía recordar a la tranquilidad.

—Tú dirás...

—No soy hombre de muchas palabras. De hecho, tengo la esperanza de que mi presencia aquí signifique para ti lo mismo que para mí, sin necesidad de más argumentos ni explicaciones. Hace un tiempo mi vida se redujo a una espiral vertiginosa, tan agitada que al descender por ella fui derribando demasiadas cosas, una de las cuales eres tú. Arruiné tu vida por una simple noche de farra, por cuatro copas y un acelerón para impresionar a la fulana que me acompañaba y que además ni siquiera era guapa. Esa es la verdad. Sé que mis disculpas no te levantarán de ahí, pero si en medio del caos que nos rodea, de tu enfermedad, de la mía, de la histeria de la población porque un asesino anda suelto, de la locura, maldita sea, que nos invade, el que yo haya venido aquí puede servirte al menos para entender que no todo está perdido,

habrá servido de algo.

Silvio se puso en pie con dificultad. Cuando estuvo completamente erguido miró a José, que no le correspondió. Su mirada seguía fija en el mismo punto donde antes había estado el rostro demacrado de Silvio y ahora solo quedaba la absoluta oscuridad de fuera, diluyendo las últimas trazas de una rabia tan acariciada como imposible de expresar en ese momento. El inspector se dirigió a la puerta despacio, sin apartar la vista del hombre derrotado que mantenía ambos brazos apoyados en la silla de ruedas. Solo cuando estuvo casi a su espalda, con un pie ya puesto en el pasillo, José pareció reaccionar. Agarró ambas ruedas y se giró hacia él.

—Bueno —dijo Silvio—. Supongo que esta será la última vez que nos veamos. Por lo menos yo a ti.

José asintió despacio, como si meditara sobre lo que esas palabras querían decir. Luego de unos segundos de duda, finalmente Silvio desistió de intentar estrecharle la mano y se dispuso a marcharse.

—¿Oyes eso? —dijo de pronto José.

El inspector se detuvo, desconcertado.

—Los pájaros han dejado de cantar. Siempre lo hacen justo al anochecer. El resto del día pían mucho. Demasiado. Hablan y hablan sin parar. Solo cuando uno de ellos pía cuando el resto calla creo entender qué diablos pretende decir a los otros. Porque solo en medio del silencio ciertas cosas parecen cobrar verdadero sentido. Así que aprovecha y márchate ahora que he comprendido el significado de tu visita. Gracias por ella y que Dios te perdone. Casi podría jurarte que yo me esforzaré por hacerlo también.

La luna empezaba a acariciar, despacio, las puntas humedecidas del césped del hospital. Había en el aire un aroma extraño, mezcla de amargo y picante, envuelto en el discreto cantar de un grillo que desde un lugar tan cercano como indeterminado se atrevía con sus primeros cortejos. Silvio se detuvo en medio del estrecho sendero de piedra que conducía a la salida antes de exhalar el último aliento de congoja que le quedaba en sus pulmones. Aliviar la conciencia no deja de ser un acto egoísta, se dijo. No había arreglado nada con su visita y tampoco se llevaba el perdón de allí. Pero al

menos sentía por sus venas correr una extraña serenidad que hacía mucho que no experimentaba. Jamás podría volver a dar marcha atrás, solo que ahora lo había comprendido por fin. Se esforzó por considerar aquel un capítulo cerrado que esperaba se alejara en el tiempo como el lóbrego edificio lo hacía en el espacio conforme aceleraba el paso.

A falta de escasos metros para alcanzarlo, el coche aparcado en la avenida encendió los faros. El inspector alzó una mano instintivamente para protegerse los ojos, viró a la izquierda y se dirigió hacia la puerta del copiloto. Al accionar la vieja manilla metálica notó el violento hormigueo en las manos que se había acrecentado en los últimos días. Empezaba a resultar verdaderamente molesto. Cuando se acomodó en el asiento, el padre Larrea le dirigió una mirada llena de curiosidad.

—¿Cómo ha ido?

—Sabía que no podría esperar ni un segundo para preguntármelo — replicó Silvio suspirando—. Le agradezco el favor de haberme acompañado hasta aquí, pero si no le importa preferiría no hablar del tema.

—Faltaría más —respondió el sacerdote volviéndose hacia el volante. A continuación, giró la llave y el viejo Citroën BX de color blanco que conservaba desde hacía más de veinticinco años avanzó por la avenida entre estertores de diésel. Los dos parecieron ignorarse deliberadamente durante los cuarenta y cinco minutos que duró el trayecto. Solo cuando ya entraban en la ciudad, Silvio exclamó de pronto:

—¡Pare!

—¿Qué ocurre?

—Por favor, pare un momento —insistió.

No habían terminado de detenerse en el arcén cuando Silvio salió disparado hacia la cuneta y echó hasta las tripas. Solo había bilis en el vómito pero al terminar se sintió mucho más aliviado, justo al contrario que el padre Larrea, que le miró gravemente cuando volvió a dejarse caer en su sitio.

—Comprenderá que no puedo llevarle a casa en ese estado. ¿Quiere que le acerque al hospital?

—Déjelo —murmuró—. Conoce los efectos de la quimio mejor que yo, así que no se preocupe.

—¿Cuánto hace que no ha comido?

Silvio encogió los hombros mientras se sujetaba el vientre, dolorido por las violentas arcadas.

—Haremos una cosa —propuso el sacerdote—, vendrá a mi casa, le prepararé una cena ligera y después le acompañaré a la suya, ¿de acuerdo?

El inspector, agotado, parecía haber caído en un estado de somnolencia. O eso, o no le quedaban fuerzas ni para discutir con aquel cura tan pesado. Puede que estuviera de acuerdo o que el coche diera una ligera sacudida cuando pisó un bache, pero lo cierto es que su cabeza inclinada sobre el pecho se agitó levemente en lo que pareció un signo de asentimiento. Pocos minutos después volvían a encontrarse los dos ante el antiguo edificio en el que vivía el padre Larrea. Al salir del vehículo, el sacerdote observó un mohín de contrariedad en el rostro de su acompañante, que miraba la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Pasa algo?

—No me queda apenas batería y estoy esperando una llamada importante. De verdad, le agradezco el ofrecimiento pero será mejor que me marche.

—Bueno, si ese es el problema puede enviarle un mensaje a quien sea y facilitarle el número del teléfono fijo de mi casa. No tiene nada que ver con esos aparatos tan modernos que manejan ustedes —sonrió—, pero a día de hoy todavía permite la comunicación humana.

No había nada que hacer con aquel clérigo tan duro de mollera que parecía tener respuestas para todo. Así pues, Silvio volvió a asentir resignadamente y tecleó con paciencia el número que su anfitrión le dictaba antes de enviarlo. Luego subieron despacio las escaleras hasta el cuarto piso, siempre bajo el solícito apoyo del sacerdote, que procuraba ayudarle discretamente en aquellos tramos en los que se sofocaba más de la cuenta. Al abrir la puerta, aquel aroma tranquilizador que tan bien recordaba le contagió un sueño que comenzaba a resultarle tan insoportable como placentero.

—Échese aquí. Con toda la confianza —le ofreció.

Ya no le quedaban fuerzas ni para dudar, conque lo último que alcanzó a escuchar fue el sonido de la puerta cerrándose tras de sí antes de caer exhausto sobre el sofá.

Un rato después volvió en sí. No supo cuánto tiempo había pasado, aunque

tampoco le importaba demasiado. Hizo el amago de levantarse pero ni el extremo más distante de sus piernas le respondió. Era como si el último resto de energía que le quedaba en el cuerpo hubiera ido a parar a su cerebro. Podía pensar, mas no moverse. Consideró seriamente la posibilidad de volver a dormir pero el olor a la pasta caliente con salsa boloñesa despertó una jauría de hambrientos gruñidos en su maltrecho estómago. Haciendo un gran esfuerzo, y ayudándose de un brazo apoyado en el respaldo del sofá, logró erguirse ligeramente. Desde la mesa, ultimando la colocación de dos juegos de cubiertos, el padre Larrea lo observaba sonriendo.

—Me alegro de que haya descansado —saludó—. Peneque continúa asustado bajo mi cama preguntándose dónde estarán los leones que pegaban esos ronquidos.

Tampoco le quedaban fuerzas para captar el sentido del humor o tan siquiera para excusarse. Como pudo, terminó de incorporarse y se dirigió con paso vacilante hacia la mesa. La fuente de pasta fresca coronada por el tomate y la carne picada le hizo salivar y sentirse mareado al mismo tiempo. Tenía un hambre de mil demonios, aunque esa era una expresión que por pura lógica se reservó para él. El sacerdote le esperaba de pie, junto a una silla que había apartado cortésmente para que su invitado tomara asiento.

—Si quiere un consejo...

—No se preocupe —le interrumpió Silvio—. Comeré despacio y no demasiado.

Sus labios se habían torcido en una sonrisa que bien hubiera podido pasar por cómplice. El padre Larrea la correspondió, en cambio, con una carcajada franca y espontánea. Demonios, se dijo el inspector. Algo iba mal si ya era capaz de anticiparse a aquel *jodío* cura. Cualquiera diría que empezaba a comprenderle. Resopló para sus adentros ante ese pensamiento, que se desvaneció enseguida tras el vapor de la pasta humeante.

Nada más terminar de cenar, y tras advertir seriamente a Silvio que no se le ocurriera intentar quitar la mesa, el padre Larrea se dirigió a la cocina. Aquella comenzaba a ser una rutina que no terminaba de desagradar al solitario policía. Disfrutaba realmente del silencio y la tranquilidad que se respiraba en aquel salón. Hasta del olor sedante que el papel viejo de los libros poseía. Puede que nunca hubiera sabido apreciar esa paz porque jamás

la había conocido antes. A cambio, pensó, tenía que compartir tiempo y espacio con un hombre devoto cuyo carácter extrovertido y locuacidad le resultaban en ocasiones aún más difíciles de digerir que sus creencias religiosas. De cualquier modo, descansado y con el estómago lleno, ya no tenía tanta prisa por marcharse de allí. Premura que se redujo todavía más cuando escuchó el gorgoteo del café recién hecho.

Sentados ambos frente a frente, el vaho que emanaba de las tazas no lograba disimular la impaciente perspicacia en los ojos del padre Larrea. Parecía que iba a reventar si mantenía la boca cerrada un minuto más. Pero los primeros tragos de café que ya reposaban en su estómago habían congraciado a Silvio de nuevo con la humanidad, así que, resignado a soportar —aunque solo fuera en justo agradecimiento por el trato dispensado— el rato de charla, devolvió la tacita al plato y dio el pistoletazo de salida mirando al sacerdote con toda la condescendencia de la que fue capaz.

—¿Se encuentra mejor? —se arrancó aquel.

—Al grano, padre.

Tronó de nuevo la carcajada del cura, al final de la cual se le escapó una ligera tos. Está bien, está bien, pareció decir alzando una mano mientras con la otra se tapaba la boca. No era momento para diplomacias, comprendió. Por fin se recompuso, dio un largo trago a la taza y lo intentó de nuevo:

—¿Cómo se siente después de la visita?

Silvio se lo pensó unos segundos antes de responder.

—Extraño. Noto cierto alivio, como si hubiera dejado atrás tantos meses de conjeturar sobre cuál sería la reacción de aquel tipo cuando me viera por primera vez. No había vuelto a verle desde que acudí al hospital justo después del accidente. Sin embargo, siento que nada ha cambiado, que todo sigue exactamente igual.

—¿Y qué esperaba?

Silvio le miró sorprendido.

—¿A qué se refiere?

—Puede que ese hombre, además de lamentarse, también se haya pasado todo este tiempo preguntándose cómo reaccionaría al ver de nuevo a quien provocó su desgracia.

—Es posible.

El padre Larrea se recostó en la silla, cruzando los dedos de las manos sobre la mesa.

—Su cara refleja ese alivio del que me habla. Sus ojos, en cambio, parecen seguir inmersos en esa honda preocupación que nunca le abandona.

—No me llevé su perdón de allí. Es una estupidez, o al menos —corrigió— lo es para mí. Sé que para ustedes es algo de vital importancia. Pero no sé, me hubiera gustado marcharme con otro sabor de boca.

—¿La despedida fue cordial?

—Extrañamente cordial.

—Perdonar, en su raíz griega, significa precisamente abandonar, dejar ir. Dejándole ir, sin más, olvidándose de usted, en cierto modo ya ha comenzado a perdonarle.

—Con eso no basta...

—Entonces el problema no está en él, sino en usted. ¿Qué más pretende?

—Tiene razón, es absurdo. Por mucho que me perdone, siempre seguirá postrado en esa silla de ruedas.

—¿Perdonaría usted a Ofiuco?

Puede que la pregunta mezclada con la cafeína que ya empezaba a hacerle efecto fueran las causantes de la excitación que Silvio sintió al escuchar tan inesperada cuestión. Necesitaba andar. Cualquiera cosa menos permanecer sentado en esa silla. Poniéndose en pie, abandonó su taza sobre la mesa y caminó hasta la ventana. El aire fresco de la noche le hizo estremecerse. A esas horas la calle era un desierto jalonado de pequeñas farolas anaranjadas.

—¿Eso qué tiene que ver? —dijo—. No me corresponde a mí arrogarme esa potestad. Las víctimas no eran mis seres queridos.

El padre Larrea también se había levantado. Se acercó hasta la ventana caminando despacio, procurando no derramar el café que sostenía en su mano derecha. Cuando estuvo junto a él, dejó la taza en el alféizar y se asomó para aspirar la brisa.

—No, desde luego. Pero eran ciudadanos cuya seguridad dependía, en parte, de usted. Desde su posición de garante de la seguridad de todos, ¿cree que si lograra atraparlo y cumpliera su condena podría llegar el día en que él gozara de su perdón?

—Dígame usted. Desde su posición como pastor de almas, como

defensor a ultranza de la vida, ¿perdonaría a quien ha arrebatado tantas?

El sacerdote ahogó una sonrisa mordaz. Luego volvió a inspirar despacio y profundamente. Al fin y al cabo, hasta un ministro de lo divino necesita una dosis extra de tiempo y oxígeno para responder una cuestión tan humana.

—Si se arrepiente de sus acciones, contribuye a reparar el mal causado y muestra un sincero propósito de enmienda...

El inspector sacudió la cabeza.

—¡Está loco! ¿Sería capaz de perdonar a un miserable asesino que nunca podrá devolver las vidas que aniquiló?

—Es exactamente lo mismo a lo que usted aspira —dijo volviéndose hacia él—, y tampoco podrá hacer jamás que ese hombre vuelva a caminar.

El amargor que había percibido en el aire a la salida del hospital acababa de instalarse en su corazón y en su paladar. No supo qué decir. Se limitó a caer de nuevo en la cuenta de lo irreparable de su acción mientras contemplaba el rostro del sacerdote dividido en dos partes, una inundada por la oscuridad de la casa, la otra bañada por el liviano fulgor naranja de las farolas que aportaba a sus rasgos una dureza solo comparable a la que contenían las palabras que acababa de pronunciar. También de esto se dio cuenta el padre Larrea, que agregó en el tono más comprensivo del que fue capaz:

—Me temo, hijo mío, que confunde el perdón con la justicia, y nada más lejos de la realidad. Perdonar es, justamente, renunciar a que se haga justicia, porque el ofendido decide, en conciencia, no sentir resentimiento hacia el que le ha causado un mal. La voluntad de Dios queda muy clara en las Escrituras: hemos de perdonar a nuestros semejantes, por cruel y abyecta que haya sido su ofensa contra nosotros... o contra los demás.

Silvio volvió a negar efusivamente con la cabeza.

—Ni quiera su Dios puede pretender que...

—Hasta setenta veces siete —le interrumpió—. Piénselo bien, inspector. Es una oportunidad para nosotros que Dios nos obligue a perdonar hasta en los casos que se escapan a nuestra razón humana. De no ser por ese imperativo del que millones de personas han hecho una filosofía de vida desde el principio de los tiempos, la historia de la Humanidad estaría aún más saturada de guerras, conflictos y muerte de inocentes.

—Nadie es inocente en el fondo, padre.

Como si esas fueran las palabras que estaba esperando escuchar, el cura arqueó las cejas y levantó el dedo índice en el aire.

—Pero una vez lo fuimos. Incluso Aquel que propició nuestra caída al abismo del pecado también fue en el principio el ángel más inocente y perfecto de cuantos había creado el Altísimo.

—¿No había determinado la Iglesia Católica que el Diablo no existe? —se burló, incrédulo.

El sacerdote volvió de nuevo el rostro hacia la calle y alzó la mirada, como si intentara localizar un lugar que existiese mucho más allá de los edificios que les contemplaban mudos.

—Allá en Roma lo saben todo sobre interpretar textos y libros sagrados, pero fuera de sus muros sus fieles soldados sabemos mejor que nadie lo que es pastorear almas. Y lo que a lo largo de mi vida sacerdotal he visto en algunas de ellas me hace recordar con demasiada frecuencia las palabras del poeta Baudelaire, que afirmaba que la más hermosa de las jugadas del Diablo es convencernos de que no existe.

—No irá a decirme que Satanás también merecería perdón...

El padre Larrea se volvió súbitamente.

—Exactamente en los mismos términos que cualquier otra criatura de la Creación, ¿por qué no? Estamos acostumbrados a pedirle a Dios favores y prerrogativas, pero nadie se ha parado a considerar que si Dios es Amor en sí mismo, forzosamente también tiene que experimentar sufrimiento cuando castiga a una de sus criaturas, como fue el caso de Satanás. ¿Se le ha ocurrido a uno solo de sus hijos rezarle para algo más que para solicitarle dádivas, esto es, para consolarle en su infinito dolor? En cuanto al Diablo, desde que somos conscientes de su existencia no hacemos otra cosa que evitarle y temerle. Se nos llena la boca con mandamientos sobre el perdón pero jamás hemos pensado en aplicárselos a él. ¿Se da cuenta de lo que podría ocurrir si todos los seres humanos nos aprestáramos a unir nuestras fuerzas y rogáramos por el perdón de Lucifer?

—Interesante teoría.

—¿Verdad? —sonrió—. Aunque no es mía. La planteó Giovanni Papini a mediados del siglo pasado en un libro titulado, precisamente, «El Diablo». Pero a lo que iba: si es posible perdonar de corazón al Maligno, ¿por qué no a

Ofiuco?

Silvio esgrimió una mueca maliciosa.

—No me imagino al Diablo confesándose por sus pecados.

—Sin embargo, sería algo imprescindible. Y posible, bien pensado —murmuró—. Es más, le diré algo en lo que tal vez no haya caído: de redimirse Satanás y volver al seno de Dios, volvería a ser el ángel más perfecto de cuantos Él creó. Casi como Dios.

—Tendría gracia que Satanás acabara teniendo la capacidad de escuchar nuestra confesión.

—Bueno, coincidirá conmigo en que ningún otro ser posee tantos conocimientos sobre el pecado —observó—. Pensándolo bien, no todo el mundo tiene el lujo de poder confesarse con el Diablo.

Silvio bajó la cabeza. Aquella conversación empezaba a ser demasiado metafísica para su gusto. Observó sus piernas. Las arrugas de sus pantalones ya eran alarmantes. De seguir languideciendo sus miembros a ese ritmo tendría que comprar ropa nueva, al menos dos tallas más pequeña. Cuando volvió a levantarla, el sacerdote leyó en sus ojos su intención de marcharse.

—Sin ánimo de inmiscuirme en su trabajo, me gustaría hacerle una pregunta antes de terminar nuestra conversación.

El policía asintió en silencio. A estas alturas..., pensó.

—Verá. La otra noche estaba en esta misma ventana, fumando un cigarrillo, cuando la vecina de al lado se asomó y me avisó de que el asesino había vuelto a aparecer —explicó—. Corrí a encender el televisor y, en fin, lo que ocurrió usted lo conoce mejor que yo.

Silvio seguía mirándole sin comprender a dónde quería llegar. El cura desvió un instante la mirada, intentando hallar el modo adecuado de decir algo.

—¿Ha encontrado ya la respuesta a la pregunta que Ofiuco le formuló a César Velano? —soltó al fin.

El inspector movió la cabeza negativamente. El cura le hizo un gesto para que le siguiera y caminó hacia la biblioteca. De un simple vistazo localizó uno de los libros, no demasiado grueso y con las pastas de color marrón, algo gastadas. Lo puso sobre la mesa, sujetando con sus dedos índice y pulgar el separador de tela color rojo y, con suavidad, tiró de él para abrirlo. En sus

ojos brillaba ahora un entusiasmo investigador que se le hacía muy difícil de contener. Volvió a buscar los de Silvio, asegurándose de que poseía toda su atención antes de que anunciara con voz queda y solemne:

—Mestrio Plutarco fue un historiador griego del siglo I que, entre otras obras, escribió una titulada *Vidas paralelas*. Es un conjunto de biografías agrupadas por parejas en las que compara en cada una de ellas la vida de un personaje griego con la de uno romano. Lo interesante de este conjunto de biografías, o al menos de las que sobrevivieron al paso del tiempo, es que Plutarco las concibió como un intento de demostrar la influencia del carácter de dichos personajes en sus destinos y en la Historia —explicó antes de hacer una pausa para a continuación añadir—: Supongo que a estas alturas de la disertación ya habrá adivinado a qué personaje histórico dedicó Plutarco una de sus *vidas*.

Silvio metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y hurgó torpemente. Luego extrajo su bloc de notas y fue pasando con parsimonia las hojitas hasta detenerse en una.

—Cicerón —leyó—. Disculpe, no estoy muy puesto en estos temas.

—No se preocupe —sacudió condescendentemente una mano en el aire—. Cada uno come de lo que aprendió a cultivar en su huerto. Pero ahora que estamos seguros de que ambos hablamos de lo mismo, permítame que le haga otra pregunta.

—Adelante.

El padre Larrea pareció azorado de repente.

—Si no quiere responder lo comprenderé, por supuesto...

—Dispare, padre.

—Las noticias hablan de que encontraron la cabeza y las manos de un hombre sobre la mesa del comedor, ¿es cierto?

Silvio asintió. El recuerdo de los miembros descuartizados de Eladio Manchón mezclado con el de esa imborrable expresión de envenenada suficiencia carcomida por el rencor cuando aún estaba vivo se derramó por su memoria como una pringue viscosa de la que le resultaba imposible deshacerse. El clérigo tomó el libro en sus manos, lo alzó y leyó con calma:

—*Cortóle por orden de Antonio la cabeza y las manos con que había escrito las Filípicas: porque Cicerón intituló Filípicas las oraciones que*

escribió contra Antonio, y hasta el día de hoy aquellas oraciones conservan este nombre. Y la cabeza y las manos las hizo poner sobre lo que formaba barandilla en la tribuna. Espectáculo terrible para los Romanos, en el que no tanto era el rostro de Cicerón lo que veían como la imagen del ánimo de Antonio...

Silvio se estremeció al oír estas palabras. Era como si Ofiuco hubiera pasado largo tiempo tejiendo una red de preguntas y respuestas a su alrededor sin que él fuera capaz de darse cuenta. Como un ejército de sombras que le flanqueaban a lo largo de aquel tortuoso camino que estaba condenado a recorrer. No era, pues, el resultado de los crímenes de Ofiuco lo que en verdad la sociedad debía temer sino el motivo por el que los cometía. Pero seguía sin ser capaz de descifrar qué causa tan terrible había podido desencadenar tamaña crueldad y devastación.

—Tenga cuidado, señor Tanco —dijo el sacerdote compasivamente mientras cerraba el libro.

Gracias, musitó él. De pronto sentía unas ganas terribles de beber otra taza de café, pero el hastío y el cansancio le sugirieron cambiar de idea. Sería mejor regresar a casa, sacar a pasear a Pirata e intentar dormir un poco. Al ver que el padre Larrea se aproximaba al perchero para rescatar su abrigo le detuvo diciendo:

—No se moleste, en serio. De verdad, necesito dar un largo paseo.

—Pero vive usted demasiado lejos. Y en su estado...

—Hágame caso, lo necesito de veras. El trecho que no pueda recorrer lo haré en taxi.

Bajó despacio, sin apoyarse en la barandilla. Como si se dejara caer, ausente, confiando en que el ruido de la calle le devolviera a la realidad cuando llegara a la planta baja. Había restregado la mano por los ventanucos empañados del patio de luces y se la pasaba, fresca y húmeda, por el cuello, para espabilarse. Jamás lo hubiera creído pero en su descenso pensaba en el sacerdote. En el confort de su casa y en lo grato de su inteligente compañía. Pero no dejaba de ser un cura, con todos los inconvenientes que eso suponía. Hablaban lenguajes demasiado distintos. Incompatibles entre sí. Que Dios le bendiga, le había dicho el clérigo al despedirlo en la puerta. Tenía gracia. De modo que debía creer que el mismo Dios que quería cargárselo, el mismo

Creador que estaba, según todos los indicios, dispuesto a consentir su destrucción sin haber cumplido los cuarenta años, ahora le bendecía en un acto tan pretendidamente pomposo como irrelevante. Al carajo su dios, musitó entre dientes en la oscuridad del portal. Las bendiciones no eliminan tumores ni alisan los pliegues de la ropa que cubre un cuerpo consumido irremediabilmente. Salvó el último escalón y al abrir la puerta la destemplanza nocturna le arrancó de su letargo. Echó a andar calle arriba, la cabeza agachada, evitando mirar al cercano hospital cuya visión solo le traía sensaciones de amargura y dolor. ¡Cómo me habéis engañado, hijos de puta!, dijo a la nada y sin bajar la voz. Ya podríais haberme dicho la verdad, que no tenía solución, que no había nada que hacer y haberme dejado morir en paz en vez de forzarme a intentar sobrevivir. Si de verdad mirarais por el bien del paciente me habríais chutado cualquier cosa para dejarme acabar mis días en la tranquilidad de mi cama, alejado de este maldito laberinto sin salida en el que estoy atrapado. Pero no, cabrones. Preferisteis utilizarme para vuestras investigaciones de mierda atiborrándome de un veneno que no sirve para nada.

Quería caminar más deprisa pero sus exiguas fuerzas no se lo permitían, de tal modo que procuraba alinear sus torpes pasos con las líneas de las baldosas para no perder el equilibrio. Al jurar, su voz se fue elevando cada vez más, de tal modo que los iracundos pensamientos que lo devoraban comenzaron a tener su eco en el silencio de la madrugada. Era como si sus palabras se multiplicaran, como si hubiera más voces que también le hablaban muy alto intentando atraer su atención. Cerró los ojos muy fuerte para ahuyentar lo que le pareció una alucinación. Hasta que oyó con total claridad su nombre rebotando entre las fachadas de las casas. Asomado a la ventana de su domicilio, el padre Larrea le llamaba a gritos para que regresara.

—¡Pase, deprisa! —le rogó el clérigo nada más abrirle la puerta—. Le llaman, es muy urgente.

Silvio movió la cabeza, sin comprender.

—¡Ahí! —exclamó el sacerdote señalando el teléfono.

Corrió entonces hacia el vetusto aparato que pendía de la pared y cuyo auricular estaba descolgado.

—¿Diga?

—Silvio... Por fin —tembló la voz de Zulema.

—¿Qué pasa?

—Tengo los resultados de los análisis. Tenías razón. El ADN de la colilla que cogiste en el despacho del jefe de brigada presenta un alto índice de coincidencia con el del feto que extrajimos del primer cadáver.

Silvio palideció.

—Manuel Fuenteprada era el padre del hijo que Gisela Soto esperaba.

XX CAPÍTULO

*Ubique daemon
(El Diablo está en todas partes)*

SALVIANO (Discípulo de San Agustín).

Los clientes del Club Excalibur miraban estupefactos a aquellos policías que habían entrado de malas formas y a todo correr en su local, manoseando papeles y documentos como los que el jefe de Homicidios tenía ahora en sus manos y que, junto con el testimonio del encargado, hábilmente interrogado por un Hugo desprovisto de toda paciencia para entonces, remataban el último nudo gordiano de la tupida red que Silvio llevaba días tratando de desentrañar en su cabeza.

Cuando lo tuvo claro del todo volvió a dejar los papeles sobre la barra y, apoyado en ella, miró al encargado que estaba sentado en un rincón, cabizbajo y doliéndose mucho menos de la contundencia del oficial que le custodiaba que del pavor que le producía pensar en lo que podía ocurrirle cuando el siniestro dueño de todo aquello se enterara de lo que había pasado. Durante un segundo sus miradas se cruzaron y Silvio sintió entonces el invisible viento que azotaba los lazos de los vestidos de las hadas en los ojos de aquel hombre invadidos por ese miedo del que le había hablado la pelirroja Malena. No tienes nada que temer, le habría dicho de tener alma de psicólogo. Pero siempre había preferido que cada hijo de puta aguantara su cruz. Y sobre eso no hacía excepciones. Aunque supiera que el cacique de aquel club barato que en realidad no era sino el responsable de una red de prostitución mucho más amplia no iba a regresar en bastante tiempo por allí. Se había terminado el

tiempo para Cesáreo Fuster Cánovas, de nombre artístico César Velano, que desde la pantalla del pequeño televisor suspendido sobre el mostrador procuraba afinar su videncia en directo sin ser capaz de predecir lo que estaba sucediendo en su local a varios kilómetros del plató.

Quizá porque cuando asumió la dirección del establecimiento nunca llegó a pensar que su negocio alcanzaría tal dimensión, imaginaba Silvio, César Velano había cometido la torpeza de consignar su verdadero nombre en los documentos contables más antiguos que obraban en el local. Con el tiempo se había convertido en una impredecible sombra omnipresente que apenas se dejaba ver por allí salvo en contadas ocasiones, y que manejaba los hilos desde la distancia gracias a una estructura de socios que regentaban el club, buscaban a las chicas y las ofrecían a clientes, algunos de los cuales eran demasiado conocidos como para permitir que una desafortunada indiscreción pusiera en peligro su reputación. También de alguno de esos clientes, por incidentes relacionados con ciertas peticiones a las chicas o por desavenencias en el precio pactado con ellas, se habían tenido que encargar esos mismos socios en más de una ocasión. De todos, comprendió Silvio, excepto del que protagonizó el asunto más desagradable y de más difícil solución. De ese prefirió ocuparse el propio César, que sin duda vio el cielo abierto cuando recibió la noticia de que a Dalia la había dejado embarazada ese tipo maduro que pagaba cada vez más por gozar de ella en exclusividad y que a la sazón era el jefe de una Brigada de Policía Judicial que desde hacía tiempo le venía tocando las narices con una investigación a raíz de múltiples denuncias por estafa a sus teléfonos 806. Lo demás fue rodado: una charla con Manuel Fuenteprada sugiriéndole la inconveniencia de que ese escándalo llegara a oídos de la institución policial y, sorprendentemente, las investigaciones que el grupo correspondiente llevaba muy avanzadas fueron paradas en seco por orden suya. Silvio se maldijo por haber estado tan ciego, por haberse centrado exclusivamente en el propio asesino y sus víctimas sin plantearse siquiera husmear en el entorno de un vidente que, en tanto que objeto de la humillación de Ofiuco, siempre le había parecido un simple perjudicado más en toda esa pesadilla.

Ojalá ciertos resúmenes no hubiera que hacerlos nunca, se lamentaba mientras iba encajando las piezas de la evidencia que acababa de estallar en

su narices. Había escuchado en más de una ocasión rumores sobre el pasado de un Fuenteprada que en su madurez no iba más allá de ser un hombre de carácter desapacible pero que mucho tiempo atrás había llegado a ser conocido y temido por sus ataques de cólera y su inhumanidad tanto con detenidos como con compañeros. Se hablaba también de una detención por malos tratos a su pareja por aquel entonces. Durante los años que habían trabajado juntos, él no había sido testigo de ningún comportamiento así, y aún de haberlo hecho le costaba enormemente hacerse a la idea de cómo el odio y la desesperación habían vuelto loco a un veterano policía, licenciado en Ciencias Físicas, hasta el punto de urdir una venganza tan cruenta contra el hombre que se atrevía a amenazar su profesión y su propia vida, haciéndola extensiva a aquellos que consideraba un estorbo para alcanzar su impunidad. El jefe de Homicidios tuvo un pensamiento para Gisela. La joven y pobre Gisela. Al fin y al cabo, solo una chica rebelde que había pagado muy caro un descuido que no la convertía en culpable de nada, si acaso en víctima de una fatal casualidad. Al eliminarla Fuenteprada, César Velano recibía la primera y más seria advertencia, y de paso desaparecía el principal testigo de su doble vida que a la sazón albergaba en su vientre la más importante prueba de la que, pese a los constantes ruegos del inspector jefe, primero, y a sus exigencias después, la joven no había consentido en deshacerse, decidida a ser madre como estaba. El caso del infeliz Eduardo Belmonte había sido muy distinto, a falta de confirmación. Silvio no lograba establecer un nexo de causalidad más allá de que también era cliente del Excalibur. Puede que también hubiera disfrutado de los placeres de Gisela; en cualquier caso, sin duda fue allí donde Fuenteprada lo habría observado por primera vez, convirtiéndolo tiempo después en un damnificado más de su reguero criminal. La memoria del jefe de Homicidios voló hasta aquella madrugada de Viernes Santo, en la Cala de Los Vélez, mezclándose el aroma de muerte que flotaba sobre las aguas al amanecer con el estruendo de su propia vida al derrumbarse bajo la que él había creído implacable mano del Comisario Sogorb y que ahora acababa de comprender que era Fuenteprada quien la había impelido a moverse desde la sombra, convenciendo al máximo responsable policial para que tomara una medida tan certera como expeditiva sin que este supiera que en realidad, obrando así, eliminaba a la inoportuna mosca cojonera que tenía toda

la pinta de lograr interrumpir la espiral de asesinatos como acababa de demostrar dando con el paradero de Eduardo Belmonte. Pero, ¿por qué entonces poco después Ofiuco, es decir Fuenteprada, hizo todo lo posible para que retomara el caso? Silvio no pudo evitar estremecerse. Puede que el perfeccionar la parte técnica del asunto, logrando evitar a toda costa el ser localizado, unido a haber perdido del todo la cabeza, hubiera impulsado a su jefe a subir la apuesta en su macabro juego. Había pasado de procurar ser descubierto a deleitarse con una venganza que alcanzaba a todos cuantos se interponían en su camino. Quizá por eso no tuvo empacho alguno en acabar también con el estorbo que suponía la jueza Téllez. Un obstáculo al que, además, odiaba. Empeñada en suspender la emisión del único instrumento del que el inspector jefe disponía para, utilizando su formación científica, humillar al causante de sus problemas. Puede que el chantaje al que César Velano se había atrevido a someterle imposibilitara que los tribunales de justicia demostraran que era un vulgar estafador. Por eso, con su despiadado ardid, Manuel Fuenteprada se había asegurado de que fueran millones de personas los que dictaran la verdadera sentencia.

Los agentes de policía mantenían controlados a todos los que estaban dentro del club, procurando que los teléfonos móviles estuvieran apagados y evitar así llamadas de alerta que pudieran dar al traste con la operación. El círculo se cerraba en torno a César Velano, como proxeneta y estafador, y a Manuel Fuenteprada como Ofiuco, el asesino. Silvio estaba mareado. Se pasó la mano por la frente. Sudaba. Miró otra vez al televisor donde el vidente explicaba algún absurdo argumento que el sonido desconectado del aparato impedía escuchar. Apenas restaba media hora de programa. Ese era el escaso tiempo del que disponían para presentarse en el estudio y detenerlo antes de que intentara darse a la fuga. Consultó con la mirada a Raquel, que, teléfono en mano, movió la cabeza negativamente. No había forma de localizar a Fuenteprada.

Treinta minutos después, tres coches camuflados llegaban a los estudios del Canal 6. Un silencio impresionante abrumaba la escena. Ninguno de los seis policías que descendieron de los mismos decía una sola palabra.

Tampoco lo hicieron cuando accedieron al interior del edificio y hubieron de cortar el paso a Leticia, que intentaba huir a la desesperada por el pasillo.

—¿A dónde crees que vas?! —exclamó Raquel, sujetándola.

Pero algo iba mal. La joven la miró con más alivio que contrariedad. Respiraba muy rápido y parecía a punto de caer desmayada. De pronto rompió a llorar.

—¡Menos mal que habéis llegado! —gritó—. ¡Está ahí! ¡Lo ha matado!

Otros gritos procedentes del fondo alcanzaron a los agentes, que tomaron posiciones y se parapetaron en cualquier obstáculo que tuvieron al alcance. Raquel obligó a agacharse a Leticia, cuyo llanto era ya incontrolable.

—¿Qué ha pasado?! —preguntó Silvio.

—¡Ha entrado de pronto en el estudio y le ha disparado! —balbució la joven.

Más gente corriendo histérica pasaba delante de ellos. Los policías comenzaron a conminar a todos a salir fuera, incluida a la propia Leticia. Cuando cesó el sonido de los pasos atolondrados volvió el silencio. Silvio levantó un brazo para indicar con un gesto a tres de sus compañeros que permanecieran en la retaguardia. Luego miró a Raquel. La agente desenfundó la pistola en imitación de su jefe, que ya la sostenía en su mano. Avanzaron despacio por el corredor, cada uno por una pared, seguidos por Hugo a prudente distancia. Un tenue fulgor iluminaba la parte del pasillo que torcía hacia la izquierda. Silvio se agachó en ese punto, asomándose con precaución. Tras el giro, a unos cinco metros, la luz roja sobre la puerta de entrada al plató que indicaba la emisión en directo aún estaba encendida. Pero ya no quedaba nadie controlando las cámaras. Caminaron un poco más rápido hasta la misma puerta de doble hoja metálica. El inspector dio una veloz ojeada por el ventanuco redondo. Al echarse para atrás se topó con los rostros indagadores de Raquel y Hugo, a los que les bastó con ver su expresión para comprender que todo había terminado allí. O casi todo.

Manuel Fuenteprada se giró sobresaltado al escuchar los goznes de la puerta abriéndose. Hasta ese momento había permanecido contemplando el cuerpo de César Velano tendido en un charco inmenso de sangre. La pistola de la cual había salido la bala que le había atravesado la cabeza estaba sobre el atril donde tantas noches el vidente había jugado a adivinar un destino que esta

vez tampoco había sabido predecir. Al ver las caras de sus dos subordinados el veterano policía pareció alegrarse.

—Por fin, Silvio —dijo, volviendo a dirigir sus ojos hacia el inerte quiromántico, como si aún necesitara de ese gesto para explicar lo que allí había ocurrido—. No sabes cuánto tiempo llevaba esperando este momento. Ya ves lo que da de sí un mal polvo con una puta y un vidente de tres al cuarto que quiere aprovecharse de la situación.

El inspector no apartaba la vista de su jefe. Tragó saliva, dedicando una fracción de segundo a pensar si con esas palabras se refería a la muerte de César o a estar ambos frente a frente en una escena final digna de una película de acción.

—¿Qué ha pasado, Manolo?

La serena sonrisita desapareció abruptamente de la boca de Fuenteprada, que miró a Silvio con torva decepción. ¿A ti qué te parece?, parecían decir sus ojos ahogados en unas abultadas ojeras. Desde la puerta, Raquel esperaba con medio cuerpo fuera y el otro medio, pistola incluida, oculto por la hoja entreabierta.

—¿Crees de verdad que vas a necesitar eso? —preguntó el inspector jefe a Silvio, señalando con el mentón el arma que el inspector mantenía en su mano apuntando hacia el suelo.

—No lo sé. Dímelo tú.

Fuenteprada miró a hurtadillas el atril.

—Una bala es un método demasiado rápido e indoloro —dijo girando un poco más su cabeza para dedicarle otro vistazo al cadáver de Velano—. No sabes cuánto me hubiera gustado hacerlo de otro modo, pero esta vez las circunstancias no me favorecieron. Ha quedado demostrado que hay tantas formas de matar...

Silvio amasó disimuladamente con los dedos la culata de su pistola. Había notado una gota de sudor resbalando por ella y por nada del mundo quería que ese detalle permitiera a Fuenteprada detectar su nerviosismo. La desabrida realidad de que el intenso estrés le hacía olvidar todos los síntomas de su enfermedad nubló de amargura su mente. El sufrimiento solo es capaz de ser anulado con más sufrimiento. No tenía ni la más mínima idea de cómo iba a terminar aquello, pero en cualquier caso era algo entre policías; gente con su

propio código y su escala de valores. Le costaba creer que su jefe fuera capaz de dispararle, a pesar de que ahora todas las noches en vela, las llamadas al programa, la voz sin identidad de Ofiuco, los rastreos o el hallazgo de las víctimas asesinadas trufadas de violencia se habían materializado en una realidad que tenía la forma de Manuel Fuenteprada.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Silvio—. No hay más que ver lo de Manchón.

El rostro del inspector jefe se incendió en cólera.

—¿Ese?! ¡El mayor hijo de puta que ha parido la tierra! —masculló aproximándose un poco al atril. Desde su punto, Raquel alzó un poco más la mano que sostenía la pistola, aún oculta por la puerta—. ¿Sabes? No importa cuánto ayudes a mantener a ciertos parásitos ni los vicios que les sigas tolerando. Nunca les basta. El muy... —bufó—, el muy cabrón era el machaca de César. ¡¿Puedes creerlo?! Después de haberle procurado la salida más digna del Cuerpo que ningún policía corrupto ha tenido jamás, después de haberle tratado con guante de seda a cambio tan solo de algunos favores, resulta que jugaba a dos bandas. De veras que no me causa ni un ápice de tristeza, Silvio. Esa sabandija llevaba la codicia escrita en su ADN.

De pronto Fuenteprada se interrumpió. Sus propias palabras acaban de recordarle algo.

—Unos llevan la codicia. Otros, una maldita e insaciable curiosidad —dijo mirando fijamente a su subordinado—. ¿Cómo pude cometer un error así? ¿Cómo no reparé en que a poco que ese maldito cerebro fisgón tuyo albergara la más mínima sospecha sobre mí hallarías el modo de meter las narices hasta en los desechos de mi cenicero para saciar tu ansia de explicaciones? Por un lado celebro tu astucia, Silvio. Por otro, me entristece tanto que llegaras a pensar que no sería capaz de enterarme de que habías solicitado un análisis comparativo de ADN al laboratorio por tu cuenta...

—¿Eso te preocupa más que el haber matado a esa gente?

Manuel Fuenteprada se puso muy rígido. Resopló sordamente, lleno de ira, y dio un manotazo tan fuerte que por poco tumba el atril. La pistola resbaló y de un rápido gesto la cogió con su mano. El retumbar del disparo desapareció absorbido por el aislante de las paredes del plató de televisión. Pero un instante antes de que eso sucediera, el inspector jefe ya había caído muerto de

espaldas sobre el cadáver de César Velano. Silvio permaneció sin moverse, como si ya no formara parte de aquello, como si la detonación, la sangre y el olor a pólvora le fueran tan ajenos como hasta ese momento lo habían sido una debilidad, una palidez y un dolor en sus entrañas que ahora volvía a sentir de golpe. Luego giró lentamente la cabeza y vio a Raquel con ojos ausentes y húmedos, una mano sosteniendo la puerta y la otra levantada con su pistola aún humeante.

Las abejas volvieron a revolotear aquella noche, pero esta vez su zumbido denotaba un inquieto entusiasmo, sabiéndose por fin a salvo y a la espera de decidir con calma quiénes merecerían ser elevados a los altares de la gratitud política y social y quiénes serían juzgados como prescindibles y sin cabida en la nave del éxito. También los teléfonos ardieron durante esa madrugada. Todas las altas y medias instancias fueron avisadas del controvertido desenlace acontecido en el plató de *Astroesotérico*. El lugar elegido por la pesadilla para nacer había resultado también ser su tumba. Pero de ninguno de esos avisos fue responsable Silvio. Acabado todo, se había limitado a salir del plató y a meterse dentro de la cabina de realización, sentándose en una silla y observando desde allí el ir y venir de los sanitarios, policías y miembros de la comisión judicial durante toda la noche. Había caído en un estado de sopor y ausencia; un lago mental cubierto por una densa niebla empeñada en ahogar los recuerdos y sensaciones de su reciente pasado. Pese al esfuerzo y al sufrimiento, eran tantas las pérdidas como pocos los motivos tenía para disfrutar de la satisfacción por haber puesto fin a todo aquello. Había comenzado a olvidar el pasado, a despreciar el presente y a entristecerse por un futuro que sabía ya no era tal. Se rascó con la mano el picor de su cabeza y al regresarla observó un gran mechón de pelo entre sus dedos. La quimio seguía su imparable avance. Al otro lado del cristal continuaba el enjambre. Tan ajenos mutuamente el uno del otro. Hasta que al fin entendió que él era una abeja más de esa inmensa colmena que, cumplida su misión, estaba a punto de finalizar su ciclo vital. Quizá fue asumir lo inevitable de ese pensamiento o sentir la mano de Raquel posándose en su hombro lo que le hizo prorrumpir en un sollozo tan desvalido y sincero que la

joven acarició con más fuerza, y en silencio, la hirsuta piel de su cuello. Había comprendido al fin que si por algo lamentaba morir era por ella. Y lloró. Lloró amargamente. Por saber que la perdía para siempre. Por creer que el dolor por echarla de menos le perseguiría hasta la nada que esperaba encontrar después de la muerte. Ni siquiera el abrazo que su compañera le dio hizo que dejara de llorar. Hasta que ella aflojó sus brazos, se colocó delante y, cogiéndole suavemente por las manos, tiró de él para levantarlo. Cuando lo hizo, ambos quedaron frente a frente. Silvio fue a decir algo pero Raquel volvió a posar el dedo sobre sus labios, mirándole fijamente. Entonces ella abrió los suyos.

El primer rayo de luz de la mañana se posó sobre su pecho, descubierto por unas sábanas que se habían rendido después de la tórrida madrugada. Llevaban demasiado tiempo esperándolo, no podía culpárseles de nada. El anaranjado haz de luz señalaba, certero, su pequeño pezón sonrosado y allá fue a explorarlo una vez más. Raquel se arqueó, aún somnolienta, sintiendo sus areolas ceder bajo el húmedo entusiasmo de una lengua que la dibujaba un millón de veces sobre el lienzo de su misma piel. Las sábanas terminaron de caer y el frío del amanecer erizó sus cuerpos hasta que las llamas que latían dentro de ellos volvieron a encontrarse por enésima vez.

A besos ascendió por su cuello hasta alcanzar sus labios, mordiéndoselos con la fiereza del cachorro que descubre el placer de los primeros bocados de la carne más tierna. Mas no se entretuvo demasiado tiempo allí. Para cuando la joven quiso darse cuenta, dos manos decididas habían asido con fuerza sus pechos, juntándolos, y una boca obstinada en probar cuánto más podía endurecerlos daba breves chupaditas cuyos restos de saliva desaparecían barridos por dos eficaces labios. Le bastó un gemido para avisar de que empezaba a sentir cierto escozor en ellos. Solía pasarle a menudo. Por eso las manos se relajaron, abandonando sus senos para deslizarse por su abdomen, despacio, arando sinuosamente con las uñas su vientre, que se contraía anticipando el final de aquel estimulante sendero. Fue al notar el excitado aliento sobre su sexo cuando sus pies se agitaron en el aire, notando la punta de la lengua tentar la orilla de aquel océano encarnado y profundo que latía

rogándole adentrarse en él cuanto antes. Y no hubo una sola molécula de sus fluidos que no se mezclara entre gemidos y jadeos, surcando la ardiente humedad hasta naufragar de placer en las contracciones con las que finalizó la primera etapa de la travesía. Luego, la boca de Raquel tembló y se curvó en una sonrisa pícaro, indicando a su otra mitad que había llegado su turno. Zulema también sonrió, irguiéndose a continuación y balanceándose despacio a un lado y a otro mientras se aproximaba a ella, rozando despacio con sus grandes pezones oscuros los labios con que la joven policía se esforzaba por atraparlos con dulce torpeza y sin éxito. No hubo preliminares esta vez. La diminuta Raquel asió con fuerza los muslos morenos de la subinspectora para rendir su vulva a una boca que había aprendido a saciarse de ella antes de conocer lo que significaba la sed. Y cuando el amanecer fue un hecho, de aquella batalla entre dos mujeres solo quedaban fatiga y amor.

Zulema dormía plácidamente sobre su regazo, y Raquel, apoyada en el cabecero de la cama, respiraba profundamente mientras iba saliendo de su estado de éxtasis y regresando a la realidad. Se palpó el alma. La imagen de Fuenteprada abatido por su certero disparo se le aparecía una y otra vez. Era extraño; no sentía haber cumplido ningún deber, simplemente no había tenido más elección. Por primera vez en su vida había matado a un hombre. Solo le consolaba pensar en aquellas personas anónimas que seguirían vivas gracias a una bala que nunca estaría segura de haber disparado oportunamente. Ahora quedaban por delante semanas, tal vez meses de la complicada instrucción por la muerte del jefe de la Brigada de Policía Judicial. El resto de compañeros pretendía darle ánimos. No tienes nada que temer, le habían dicho. Y en verdad no temía nada, pensó mientras se resistía a la tentación de acariciar la negra cabellera de su amante dormida. Había merecido la pena tanta espera, tantas dudas e inseguridades. Ese sentimiento increíble y confuso que habían comenzado a sentir cada una por separado cuando Zulema se había marchado a realizar el curso de ascenso a subinspectora. Todo fueron miedos. Miedo al que dirían. Miedo a decírselo a su marido. Sin intención de hacer daño a nadie, lo cierto es que ambas habían logrado engañar a todos, incluso a aquellos que creyeron que el regreso de Zulema a la ciudad o la crisis de Raquel con su marido tenían algo que ver con Silvio. Y nada más alejado de la realidad. Solo cuando pensó en él y cómo había reaccionado cuando ella le

había confesado en la cabina de realización la verdad, reprimió una lágrima al recordar la expresión que el dolor había esculpido en su rostro al enterarse. Si quieres hacer reír a Dios, muéstrale tus planes, recordó el proverbio que había dejado incompleto aquella noche en casa del inspector. Qué diferentes son las cosas cuando se conocen de verdad. Y qué dolorosas resultan cuando, para continuar con su vida, uno debe aceptar que el camino de la felicidad está asfaltado de renunciadas y abandonos. A veces, por desgracia, de quienes menos lo merecen.

No pasó demasiado tiempo antes de que la ciudad y sus habitantes regresaran a ese extraño concepto llamado normalidad. Lentamente se fueron despegando tras la pesadilla para abrazar de nuevo las rutinas de las que estaban hechos. Nuevos sucesos y sus correspondientes noticias desplazaron el recuerdo de los asesinatos de Ofiuco hasta precipitarlos por el acantilado del olvido, y apenas tres meses después ya nadie recordaba al Inspector Silvio Tanco como el proscrito soldado que había procurado el fin de aquella angustia colectiva. En realidad, no le recordaban de ningún modo. La vida de un hombre que no había cumplido los cuarenta años se apagaba mientras afuera los días de verano brillaban con toda su intensidad. Hugo, Raquel, Zulema..., todos continuaron con sus vidas con más o menos acierto, quizá tratando egoístamente de olvidarle en vida para no tener que sufrir a la hora de su muerte. El día en que lo ingresaron en el hospital alguien avisó a la protectora de animales para que se llevaran a Pirata. Solo Elena Guarner abandonaba de vez en cuando sus quehaceres y permanecía breves ratos en la habitación, al principio iniciando animadas charlas que fueron convirtiéndose en compasivos silencios cuando la metástasis ya había alcanzado el cerebro y su discernimiento se vio comprometido.

Fue una tarde de mediados de julio cuando el mundo tal y como lo conocía dejó de tener sentido para transformarse en confusas sombras que danzaban sorteando la luz de la habitación. La caquexia propia de la fase terminal de su cáncer le había reducido a un saco de piel y huesos inmóvil sobre la cama. Los estertores de su insuficiente respiración inquietaban hasta a las paredes y ya ni el oxígeno podía hacer gran cosa para remediar eso. Su boca era un

cúmulo de secreciones y solo la perfusión de cloruro mórfico lograba aliviar a duras penas el dolor que estaba terminando de deshacerle. Los recuerdos, las experiencias y los sentimientos habían dejado de existir para él. Ya no sentía miedo, nostalgia o enfado. Tampoco amor. Justo cuando la presión era más terrible e insoportable comenzaba a sentirse libre de veras, y los rostros que le habían mantenido ligado a la vida se iban marchando como siluetas engullidas por la oscuridad. La última de ellas apareció en la habitación aquella tarde. La morfina le mantenía obnubilado pero consciente, y a pesar del sonido bronco de sus pulmones escuchó el ruido de unos pasos póstumos acercándose hasta su cama.

—La paz sea contigo, hijo mío —saludó el padre Larrea contemplándole desde el cabecero. Luego miró los goteros, inspiró profundamente y se arremangó hasta la mitad de los antebrazos—. Hace mucho calor aquí. Supongo que es lo que necesitas ahora —dijo, y caminó hacia la ventana.

Nunca antes había empleado el tuteo para dirigirse a él. Pero eso era lo que menos importaba a Silvio. Sus manos esqueléticas estaban posadas en su vientre, sobre la sábana. Seguía la figura del padre Larrea con la mirada mientras su respiración sonaba cada vez más trabajosa. Parecía como si cada exhalación fuera a ser la última.

—Lo más adecuado para un hombre de prolongados silencios es la sinceridad revestida de pocas palabras —dijo el sacerdote mirando a través del cristal—. Se acerca tu final, Silvio. Y con esto sé que no provooco en ti miedo ni alarma; más bien al contrario, te confirmo lo que habrás concluido a pesar de que tu cerebro, como el resto de tu cuerpo, ya ha comenzado a desmoronarse.

Tras la ventana, allá abajo, en el parque del solitario columpio, sobre el césped antaño podrido por el frío del invierno habían crecido ahora unas florecillas rojas que un niño de corta edad se afanaba en observar de cerca, arrodillado, bajo la atenta mirada de su padre que descansaba apoyado en un tronco de madera, a pocos pasos. El cura observó la escena durante unos minutos, con las canas brillándole como nunca a la luz de los últimos rayos de sol del día.

—La historia siempre es la misma —señaló—. Un padre ofrecerá todo su tiempo, su oficio, su dinero... su vida, si hace falta, para que el hijo viva feliz

y no le falte de nada, sin que nadie le garantice que ese esfuerzo que la propia naturaleza le impone como un dulce deber le será devuelto cuando sea anciano siquiera en forma de una caricia o una palabra de cariño.

Silvio había vuelto trabajosamente la cabeza hacia el lugar desde el que el padre Larrea le hablaba, sin llegar a poder divisarle del todo.

—La vida puede llegar a mostrarse terriblemente desagradecida —continuó—. Una flor a punto de morir por la voluntad de un bebé que decide arrancarla, un padre que en su senectud es abandonado por su hijo... Todo obedece a un mismo principio.

Desde su cama, Silvio creyó escuchar cómo el rumor del exterior aumentaba de improviso. A continuación sonó el chasquido de un mechero. El sacerdote había abierto la ventana y fumaba.

—Es como si el polvo en el que se convirtieron los cuerpos de los asesinados hubiera cubierto también la memoria de todos cuantos te conocieron —murmuró tras una primera y larga calada—. Es triste dejar de ser alguien mucho antes de que la muerte te convierta en nadie. Lo lamento en el alma, Silvio. Créeme que hice todo lo que pude para que fueras una leyenda.

El moribundo sintió cómo su respiración se detenía un instante. Su cabeza seguía inmóvil pero ahora, pese al espeso humo, podía ver algo mejor las duras facciones del hombre que le hablaba. El padre Larrea había abandonado la ventana y ahora estaba inclinado sobre él.

—¿Te molesta que fume? Bueno, en tu estado no creo que te importe demasiado. Entenderé que no —concluyó con tono suficiente. Silvio sentía que su corazón se iba acelerando por momentos—. Como te decía, no fue nada fácil. Pero en cuanto reparé en la injusticia que habían cometido contigo me propuse volver a ubicarte en el lugar que te merecías. Resulta miserable la forma en que la sociedad relega a sus héroes solo porque su conducta no es todo lo ejemplar que se esperaba de ellos. Y es que hasta los santos tuvieron sus sombras.

Dejó a medias otra calada y frunció el entrecejo, como si dudara de algo.

—Sí, tienes razón —dijo liberando el pitillo de sus labios y sonriendo—. Esto no tiene ni pies ni cabeza. Permíteme que empiece desde el principio.

El único movimiento que Silvio logró hacer fue abrir un poco más los ojos

mientras su respiración sonaba cada vez más ronca. El padre Larrea volvió a alejarse unos pasos hacia la ventana. Se le notaba inquieto. Levantó el cigarrillo y observó la brasa incandescente de la que se liberaba la sinuosa culebra de humo que se aceleraba en contacto con el aire exterior.

—Un hombre puede pecar de muchas formas. Después de todo, el pecado no es sino alejarse de la voluntad de Dios y existen innumerables maneras de hacerlo. Pero, ¿y un sacerdote?, ¿de cuántas formas distintas puede pecar un ministro del Señor? Aquí el hecho reviste mayor gravedad, como es lógico. Sin embargo, tampoco nosotros estamos a salvo de esa circunstancia.

Giró otra vez la cabeza en dirección al parque. El niño y su padre habían desaparecido.

—Demasiado tiempo ha pasado desde la ceremonia de mi Ordenación Sacerdotal. ¿Treinta años? Puede que más. La inexperiencia y la juventud son un magnífico caldo de cultivo para la fe, y créeme que yo tenía mucho de ambas. Desde mi primer destino en una pequeña parroquia siempre cumplí con mis obligaciones, pero no puedo negar que la rutina de un presbítero me aburría enormemente. Con el devenir de los años tuve la oportunidad de estudiar otras áreas del conocimiento que no fueran la teológica, y así fue como me acerqué a la ciencia. Fue maravilloso descubrir materias tan fascinantes como la física cuántica o la medicina. Por supuesto que no obtuve ninguna titulación oficial; simplemente una disciplina me llevaba a la otra, y yo devoraba todo cuanto caía en mis manos. Empecé a frecuentar bibliotecas y a asistir a seminarios, y conforme fue resultándome insuficiente lo que aprendía en ellos comprendí que solo viajando y ampliando mis horizontes geográficos podría satisfacer mi necesidad de saber —explicó mientras seguía fumando despacio. No parecía tener prisa por terminarse el cigarrillo. Con un brazo apoyado en la ventana, alzó los ojos hacia el cielo, y sus pupilas quedaron bañadas por el reflejo anaranjado que el atardecer imprimía a los edificios de enfrente—. Fue durante uno de esos viajes cuando la conocí.

El padre Larrea cogió la colilla a medio terminar con los dedos, la observó una vez más como si todo lo dicho hasta ese momento estuviera contenido en ella y de un gesto rápido la arrojó al vacío, contemplando el amplio círculo que describió en su caída. Luego tosió un par de veces y cerró la ventana antes de volverse hacia Silvio, que seguía vuelto en su dirección sin

que sus ojos parecieran concretarse en nada.

—Se llamaba Paz —continuó—. Un nombre ciertamente paradójico para una mujer que me turbó tan profundamente. No porque fuera una mala persona. Al revés: joven, de una belleza moderada y carácter discreto. Estudiaba tercero de Ciencias Químicas. Se sentaba bastante más adelante que yo en el seminario sobre química orgánica donde coincidimos. Yo solía hacerlo atrás del todo. Jamás prescindía del alzacuello y la descarada curiosidad de la gente llegaba a resultar verdaderamente molesta en ocasiones. Fue en los descansos cuando reparamos el uno en el otro. Al segundo o tercer día hablamos por primera vez, y aunque el seminario no duró mucho más y yo regresé a casa, al despedirnos nos dimos los teléfonos casi sin pensárnoslo, como dos colegas universitarios cuyas conversaciones giraban siempre alrededor de cuestiones académicas.

Al contacto con la luz artificial de la habitación, las canas del padre Larrea se habían apagado, mezclándose con el moreno de su frondoso pelo. Parecía como si al hablar sus recuerdos le hicieran dar marcha atrás en el tiempo y rejuveneciera.

—Podría darte mi palabra de que ninguno de los dos esperábamos nada de lo que surgió en nuestros corazones. De hecho, pasó mucho tiempo, demasiado como para sospechar cualquier atisbo de bajas pasiones o intereses mundanos, antes de que nos diéramos cuenta de que algo iba mal, por así decirlo; de que algo empezaba a palpar dentro de nosotros hasta el punto de que, cuando quisimos darnos cuenta, el hablar a diario se había convertido poco menos que en una obsesiva necesidad. Procurábamos no descuidar nuestras obligaciones cotidianas: ella, en sus estudios; yo, en mi diócesis. Pero hasta en la celebración de la Eucaristía, más de una vez me sorprendí pensando en ella.

La arrastrada respiración de Silvio se había atenuado un poco. Deslizó ligeramente hacia abajo las manos en un gesto lento y torpe que recordaba al que se hace cuando se intenta alisar una sábana contra los muslos. Mientras, el padre Larrea había sacado una pitillera y la miraba sin decidirse a abrirla.

—Hay impulsos a los que ni el mejor de los hombres puede escapar pero de los que debería hacerlo hasta el más insignificante de los sacerdotes. Ese fue el primero de mis grandes pecados —dijo empujando hacia arriba la tapa de la cajita metálica y plateada. Cogió otro cigarrillo, la cerró y volvió a

guardarla. Tras encenderlo, se quedó mirando la llama del mechero, que ardía insolentemente erguida—. Y, como el fuego, cuando aún lo tenía a prudente distancia, su calor me reconfortaba y me atraía aún más. Fue al acercarme, pensando que podría dominarlo, cuando caí de bruces y comprendí que parte de mis creencias y el voto de castidad que había realizado al ordenarme acababan de consumirse en él.

El padre Larrea alivió la presión que su dedo ejercía sobre el mechero, y al extinguirse la llama su rostro quedó sumido en una sombra que parecía alcanzar hasta su alma.

—No puedo reprocharle nada a esa mujer —murmuró—. Estaba aún más asustada que yo pero jamás hizo nada para perjudicarme. Llevó su embarazo con la mayor discreción que pudo y, cuando nuestra hija nació, se alejó del mundo académico y se entregó por completo a su cuidado. Pese a la distancia que nos separaba, alguna vez me acerqué hasta la capital a verlas. Nos reuníamos en una casa propiedad de sus padres, en la sierra, y cuando eso sucedía yo pasaba largas horas mirándolas a las dos, sintiendo dentro de mí una batalla eterna que no cesaba entre el arrepentimiento y el amor.

Se cruzó por un instante la mirada inquisitiva del sacerdote con la de Silvio. Pero la de este parecía cabalgar sin rumbo a lomos de la morfina.

—Nunca me lo pidió abiertamente, pero más de una vez, durante nuestros clandestinos encuentros en aquella lóbrega casa, dejó traslucir la idea de que yo abandonara el sacerdocio y formáramos una familia. Pero para un ministro de Dios no era en absoluto sencillo dejarlo todo por una mujer y una hija ilegítima. Así que a los dos años de nacer Esther... Es un bonito nombre, ¿verdad? En fin, todavía era un bebé cuando le confesé a Paz mi decisión de seguir sometido a la jerarquía eclesiástica. Por aquel entonces yo era aún un hombre lleno de fe. Aunque eso no bastó para evitar la decepción y el dolor que vi inundando sus ojos. No sé si encolerizada por ello o tal vez porque en su entorno alguien se dio cuenta de lo que estaba pasando, de repente un día puso tierra de por medio. Empezó a excusarse para dilatar nuestros encuentros. Luego, su trato respecto a mí cambió radicalmente. Su carácter se volvió agrio y su amabilidad se tornó en displicencia. Para mitigar mi sufrimiento decidí centrarme en mis actividades pastorales. Me embarqué en proyectos religiosos, pedí voluntariamente ir a las misiones y pasé tres años y

medio en Angola. Cuando volví ya era un hombre completamente distinto, lleno de nuevas experiencias y conocimientos... pero también mucho más vacío de fe. Ni yo mismo sé cómo se gestó esa realidad. Simplemente sucedió. Un día empiezas a hacerte preguntas que hasta entonces o no te habías planteado o te las habían resuelto en el seminario con la manida excusa de que hay cosas que el ser humano ni puede ni debe explicarse. Pero hay ciertas inquietudes que vuelven para quedarse ahí para siempre. Hasta que te das cuenta de que la respuesta que las esclarece y te deja satisfecho es incompatible con las creencias que hasta ese momento de tu vida te habían sostenido. Ese fue mi segundo gran pecado, Silvio. Seguí siendo un sacerdote, un presbítero entregado a su comunidad, un pastor de almas, un ministro de Dios... sin fe en Él.

Se oyó un silbido hueco. El cloruro mórfico continuaba su imperturbable goteo y el cura continuó hablando:

—¿Puedes imaginar a un hombre haciendo cada día justamente lo contrario de lo que le sugieren sus convicciones más profundas? Es algo antinatural, que envenena su misma esencia —dijo—. Pero ya no había marcha atrás. Si ni el amor por una mujer y una hija había cambiado el curso de mi vida, ¿cómo hacerlo entonces por haber perdido la fe? Me dispuse, pues, a vivir otra mentira, asumiendo las consecuencias que eso conllevaba. Yo era un hombre feliz en mi ciencia y desgraciado en mi fe. Al menos para entonces ya habían pasado tantos años que Paz y Esther eran solo un dolor difuso en el horizonte de mi recuerdo. Hasta que un día recibí esa maldita llamada.

Se frotaba el padre Larrea el pelo con la mano, incapaz de contenerse al recordar algo que había petrificado su rostro en una expresión de hierático amargor.

—La primera vez que volví a escuchar a Paz después de tanto tiempo, aunque solo fuera al otro lado del auricular, sentí que me desmoronaba por dentro. Por fuerza los años debían haber pasado por ella pero su voz era un cincel que esculpía su rostro en mi imaginación, visualizándola tan encantadoramente desvalida como la joven estudiante que yo había conocido casi dos décadas antes. También había en su tono un trasfondo de angustia. Esther ya era una adolescente que aún no había cumplido la mayoría de edad; sin embargo, sufría constantes depresiones y ya se había escapado de casa más

de una vez. La relación entre ambas estaba cada vez más deteriorada y como última opción había pensado en recurrir a mí. ¿Te imaginas qué cosa tan absurda? ¿Pretendía que me acercara a ella en mi condición de padre o de sacerdote? Nunca lo supe. ¿Y si la cría llegaba a sospechar lo más mínimo? ¿Cómo le explicaría quién era y por qué estaba allí? Habría sido un completo desastre. Aún así me trasladé a la capital. Pero cuando llegué no tuve ni la más remota idea de qué hacer.

Ahora caminaba el padre Larrea de un extremo a otro de la habitación. Sus pasos eran lentos, solemnes, como queriendo asegurarse de que Silvio no le perdía de vista pese a su maltrecho estado.

—No me costó demasiado dar con su dirección. Por aquel entonces vivían en un piso pequeño, en un barrio de la periferia. Me había quitado el alzacuello para no delatar mi condición y procuré vestir de la manera más corriente que pude —dijo—. Permanecí horas rondando aquel lugar. Iba, venía, me sentaba. Siempre alrededor de aquella vivienda insignificante de un edificio cualquiera. Nadie hubiera dicho que en su interior albergaba a las dos personas más importantes de mi vida. Horas después, siendo ya de noche, desde el banco en el que estaba sentado, vi salir a una joven a paso ligero.

Se había detenido justo en medio de la habitación, volviendo a mesarse el cabello con la cabeza alzada, mirando hacia el techo. El neón arrancó un destello de melancolía a sus ojos.

—Entonces lo comprendí, Silvio. Entendí que esa joven era quien era porque yo había sido lo que fui. ¡Qué doloroso es contemplarte a ti mismo en otra persona y no poder acercarte a decírselo! Es algo que va en contra de nuestra propia naturaleza como seres humanos. Su sola presencia me dejó desarmado, sin aliento, cobardemente aferrado a la fría madera de aquel banco y asumiendo que no sería capaz de acercarme jamás a ella —murmuró—. Luego la vi alejarse entre el silencio de la noche y el estruendo de mi corazón derrumbándose. Paseé durante toda la madrugada por la ciudad y al día siguiente cogí el primer tren y me marché de allí.

La falta de oxígeno o la intención de decir algo. El sacerdote no supo por cuál de las dos razones Silvio se agitó durante algunos segundos para volver a caer en el impotente sopor que su mirada perdida reflejaba.

—Puedes pensar lo que quieras. Ha pasado el tiempo suficiente como para

entender que aquella era una montaña demasiado escarpada para mí. ¿De qué hubiera servido abordarla? Esther podría haber huido o haberme rechazado. No lo habría soportado. Es curioso cómo un cobarde convive mejor con su propio egoísmo que con el repudio ajeno —dijo—. Los reproches de su madre por teléfono cuando volví a la ciudad me afectaron menos. Me llamó todo cuanto puedas imaginar. Lástima que no supe comprender a tiempo que su furia se debía más a la desesperación que a su enfado conmigo. Pero si bien es cierto que mi fe se había extinguido hacía mucho, Dios iba a encargarse de recordarme que Él todavía seguía allí. Y que su ira no conoce límites a la hora de castigar a los renegados.

Cayó la pitillera al suelo, puede que incapaz de ser sostenida por los dedos temblorosos del sacerdote, que buscó apoyo en una esquina de la cama mientras miraba a Silvio con los ojos vidriosos.

—El teléfono de casa sonó una mañana, muy temprano. Por ese mismo auricular que tan bien conoces, como un anzuelo la voz de Paz me anunció que mi pequeña se había suicidado —tiritaron sus labios—. Se había arrojado a las vías del tren esa misma madrugada... Yo no dije nada. Solo me quedé ahí, de rodillas, llorando junto al teléfono, escuchando al otro lado el frío clic que significó que las había perdido a las dos para siempre. Ya era demasiado tarde para arreglar nada. Pero al poco rato reaccioné. Dios me había negado la capacidad de amar pero no la de razonar. Lo único que podía hacer era hallar una explicación a lo sucedido. Volví a la ciudad para asistir a su entierro, como un simple invitado más, sentado al fondo de la parroquia y sintiéndome el hombre más miserable del mundo. Fue un funeral breve y muy lindo. El cura que lo ofició la recordó con unas palabras tan hermosas y sinceras que le agradeceré eternamente el haberme permitido conocerla un poco más gracias a ellas. Cuando todo terminó busqué a Paz. No pareció sorprenderse al verme. Sin decir nada, ambos nos encaminamos al piso. Allí pasamos varios días en absoluto silencio, digiriendo nuestra tristeza, durante los cuales me dediqué a contemplar los rostros y escenas de una vida que podía haber sido también la mía, y que en cambio me miraban ajenos y distantes desde las estanterías. Hasta que por fin Paz se decidió a hablarme. Me explicó las circunstancias que habían rodeado los últimos meses de nuestra hija. Lo que al principio había creído una crisis adolescente se prolongó durante demasiado tiempo.

Esther se había convertido en una joven insegura, obsesionada con el destino y con las ciencias ocultas. Su madre empezó a notar que le faltaba dinero esporádicamente. Un día encontró una factura del teléfono móvil de la niña: gastaba cientos de euros todos los meses en llamar a un número de videncia 806. Lo hacía a todas horas. Incluso cuando se suponía que debía estar dormida o estudiando en el instituto. Esa era la única pista que había podido sacar en claro. Entonces le pregunté por su ordenador. Estaba en la que había sido su habitación. Allí fui, me senté frente a él y lo conecté. Era una clave sencilla, no fue difícil descifrarla. Aunque a veces pienso que ojalá no lo hubiera hecho nunca. Puede que por no saber borrarlos o quizá voluntariamente, lo cierto es que Esther guardaba las copias de las innumerables conversaciones de chat que había mantenido durante el último año y medio de su vida con un tipo que se presentaba como vidente. Dedicé horas a su lectura. Mi hija sufría una obsesión extrema por mantener controlada su vida a base de predicciones sobre su futuro. Al principio todas las charlas giraban sobre temas esotéricos, pero con el tiempo se iban volviendo más... mundanas. Aquel tipo era un cerdo depravado que le tenía sorbido el seso. Seguí leyendo y por poco me desmayo cuando averigüé que habían quedado en más de una ocasión y se habían acostado juntos. ¡Era menor de edad! Y cuando por fin obtuvo de ella lo que quería la abandonó como un simple despojo. Mi hija estaba enferma. Sufría una adicción a ese hombre y a sus supuestos poderes. Pero no importaron sus súplicas ni sus ruegos para que la ayudara a salir de su estado de desesperación. No contento con eso comenzó a hablarle de una vida mejor más allá, de liberarse de las cargas terrenales, de encontrarse consigo misma en comunión con su espíritu...

La noche se había desplomado allá afuera. La luz de neón imprimía una palidez aún mayor al rostro del padre Larrea, que continuaba sin moverse apoyado en una esquina de la cama. Las lágrimas de sus ojos se habían secado absorbidas por la sombra que los había cubierto por completo.

—Te llamó la atención aquel bello cuadro del Club Excalibur, ¿verdad? Puede que Gisela no fuera la pintora con más talento del mundo pero hay que reconocerle su descarada sinceridad a la hora de plasmar sus tormentos sobre el lienzo. Por otra parte, no creo que hubiera tenido un gran futuro en las artes, sobre todo llevando en sus entrañas al hijo bastardo de un hombre como

Manuel Fuenteprada. Por eso decidí aligerar su tránsito por este valle de lágrimas. Sabía que el mensaje sería inequívoco para César Velano, el hombre que indujo a mi hija a quitarse la vida. El averiguar la existencia del club fue casual, siguiendo la pista de quien creía era tan solo un estafador de tres al cuarto. Imagina cuál fue mi sorpresa cuando descubrí lo que esa despreciable alimaña tenía montado. Por extraño que pueda parecer, el resto de personajes girando como una caterva de miserables satélites a su alrededor no me sorprendió tanto: basta rascar en el lugar adecuado y con la profundidad suficiente para hallar siempre a alguien que tiene mucho, a veces demasiado, que esconder. Por eso no me duele haberles utilizado como instrumentos para cumplimentar mi venganza. Ninguno de ellos era inocente. Merecían purgar sus pecados y sufrir también en comunión con el malnacido con el que compartían su miseria. Es una sensación demasiado placentera el tener a un hombre humillado ante ti. Perdido, desesperado, desnudo ante la evidencia de que es un miserable farsante. Sin embargo, matarle directamente habría sido demasiado indoloro. Suena hasta absurdo —bufó—. ¿Crees que me importaban lo más mínimo los signos del Zodíaco o del tarot? En absoluto. Pero empleando esa iconografía acababa con él despacio, prolongando su agonía.

Los agitados estertores de Silvio se mezclaron con los disparados pitidos del monitor del electrocardiograma. El padre Larrea hizo como que no se daba cuenta de ello y siguió hablando:

—No es por pecar de inmodestia pero la parte técnica del asunto resultó ser lo más sencillo. Han sido muchos años de aprendizaje y a vosotros os queda bastante por aprender. Pero no es culpa vuestra. Dadle a un hombre tiempo y ansias de venganza y eliminad su miedo a perderlo todo y no habrá quien lo pare. Al menos lo intentasteis.

Ahora se dirigía a Silvio con tono benevolente, incluso lleno de comprensión. La misma que parecía empeñado en demandar de él.

—El mundo está lleno de hadas que pasan por él caminando. Y aunque al cruzarnos con ellas a veces ni siquiera nos damos cuenta, el simple ruido de sus pequeños zapatos nos conforta. Son criaturas que danzan sin reparar en que nunca faltan malvados que las acechan sin importarles nada, ni siquiera sus vidas, y que absorben hasta su último hálito para acabar convirtiendo este

planeta que habitamos en un lugar aún peor. Pero en ocasiones las hadas llevan tacones afilados, amigo mío. Y cuando menos lo esperas se rebelan y los clavan en quienes osan hacerles daño, aunque para ello tengan que servirse de personas como yo. Con la muerte de Esther comprendí la mentira de que el Bien siempre triunfa sobre el Mal. Por eso lo único que pude hacer fue procurar que el Mal cambiara de manos. Ahora todo ha terminado por fin. Mi venganza se ha consumado.

Había retrocedido un poco hacia la puerta, deslizando sus dedos sobre las sábanas de la cama, como si se resistiera a despedirse.

—Ya ves qué injusta es la vida. Manuel Fuenteprada fue quizá el que menos tuvo que ver en todo esto. Al fin y al cabo no era más que la víctima de un chantaje. Pero la desesperación le pudo y me arrebató el placer de quitar de en medio a esa sabandija de Velano. A punto estuvo esa noche de irse todo al traste. Suerte que la vehemencia de tu compañera le impidió seguir hablando, o de lo contrario estoy seguro de que nada te habría detenido hasta dar conmigo. No te merecías lo que te hicieron, créeme. Cuando coincidimos en el hospital no me lo podía creer. Menuda casualidad. ¡Por poco acabo creyendo de veras en la alineación de los astros!

Había reído un poco más fuerte pero al instante recuperó la compostura. Se había detenido en la puerta, dedicando a Silvio una mirada llena de tristeza.

—No me gusta verte sufrir. Podría haber puesto fin a tu agonía de una forma rápida, pero la mayor muestra de respeto que puede ofrecerse a un hombre es permitir que afronte su propia muerte con dignidad y dejarle conocer la verdad. No somos sino dos soldados sin fe, amigo mío. Y ambos ya hemos cumplido nuestra misión. Descansa en paz.

La respiración se volvió más entrecortada y Silvio empezó a convulsionar. Su pecho se elevaba en cortas sacudidas, intentando a la desesperada tomar un poco de aire. Se mantuvo así durante unos segundos interminables. Luego, el último de los estertores se prolongó hasta extinguirse. Y con él la vida de Silvio. Su cuerpo quedó inerte sobre la cama, sosteniendo una mirada inexplicable al sacerdote que, justo antes de marcharse para siempre, trazó con su mano en el aire la señal de la cruz, otorgándole el perdón divino a un hombre que de haber podido hablar se habría negado a mendigarlo. Pero en el

trance de la muerte el silencio es más elocuente que las palabras. Y no todo el mundo tiene el lujo de poder confesarse con el Diablo.

AGRADECIMIENTOS

Un libro es una mentira compuesta de muchas verdades, algunas de las cuales no pertenecen a la experiencia ni a la imaginación de su autor, y sí al conocimiento de quienes tuvieron a bien ayudarlo aun, en ocasiones, sin ser conscientes de ello.

Desde estas páginas quiero expresar mi más sincera gratitud a las siguientes personas e instituciones por su inestimable colaboración:

A la doctora Rebeca Chulvi Veiga, Médico Especialista en Oncología Médica, por haberme adentrado en el conocimiento de una enfermedad como el cáncer, no solo en sus aspectos clínicos sino también en su dimensión más humana.

A Aureliano Juárez Delgado, amigo e ingeniero de telecomunicaciones (por este orden), por su excelente asesoramiento sobre nuevas tecnologías, tan pedagógico que hasta yo fui capaz de entenderlo.

A mi también amigo Alejandro Soler López, por explicarme de forma sencilla y apasionada el desarrollo del Via Crucis Penitencial de la Hermandad Juvenil del Santo Cristo del Perdón de mi hermosa ciudad: Almería.

A Manuel Marlasca, periodista, por el apoyo prestado y por saber contar como nadie lo que somos y lo que fuimos. Mi respeto y admiración.

A los fotógrafos Yolanda Martínez y José Macías, por saber plasmar en imágenes lo que tal vez otros difícilmente sabríamos describir con palabras.

A M^a Carmen G. Galott, de *Estilográficas Corrección*, por la difícil tarea de poner con impecable eficacia a un escritor delante del espejo de sus errores y erratas.

A Ramón García, pianista y alma de *La Taberna del Piano*, por regalarme la música que me acompañó durante incontables horas de escritura.

A todos aquellos que me ayudaron leyendo los primeros borradores de esta novela y que me proporcionaron datos y traducciones puntuales con la generosidad que siempre caracteriza a la gente de bien.

A mi familia, a mis amigos y a mis compañeros, en este caso por su entusiasta apoyo, porque si tuviera que definir con palabras cuánto les debo no habría libro capaz de soportar tal cantidad de páginas.

Y por último, al Cuerpo Nacional de Policía, enorme institución que me enorgullece, me define y me emociona al mismo tiempo.